GAZIEL

DIARIO DE UN ESTUDIANTE EN PARIS

PRÓLOGO
DE
MIGUEL S. OLIVER



CASA EDITORIAL ESTVDIO
BARCELONA

GAZIEL

DIARIO DE UN ESTUDIANTE EN PARÍS

PRÓLOGO
DE
MIGUEL S. OLIVER

SEGUNDA EDICIÓN



*

BARCELONA
Casa Editorial ESTVDIO
1916

PRÓLOGO

Lector :

Con vivas instancias se me pide un prólogo para este libro, uno de los que menos lo necesitan, ciertamente, puesto que su aparición responde a generales requerimientos del público, encariñado con las páginas que lo componen, desde que ellas salieron dispersas. Sin más título, para el honor de encabezarlas, que el hecho de dirigir el periódico que las solicitó y obtuvo, la sinceridad me obliga a repetir aquí, ligeramente ampliado, lo que ya antes, de una manera espontánea y a hurtadillas del autor, me fué grato escribir acerca del mismo, de sus trabajos y del momento en que aparecían.

Porque esta catástrofe inmensa ha trastornado todas las tradiciones, ha abolido todos los precedentes, ha subvertido todas las ideas y todas las costumbres marciales.

Estrategia, política, economía : cuanto se relaciona con las conflagraciones entre pueblos, ha sido objeto de profunda remoción. Nada de lo antiguo ha quedado en pie y, por no quedar nada de lo antiguo, la misma crónica de periódico ha experimentado la más completa de las transformaciones.

El clásico corresponsal de guerra, incorporado de una manera fija al Cuartel general, siguiendo al Estado Mayor de los ejércitos, abarcando el conjunto de las batallas, ha pasado a la historia. ¡Si ya no hay batallas, en el sentido antes corriente del vocablo! ¡Si no hay más que una serie perdurable de ataques, en un frente extensísimo, y que en meses y más meses sólo consiguen imprimir una ligera, inapreciable desviación a la línea de origen! Esto mismo imposibilitaría las grandes informaciones y correspondencias, aunque no las hubiera suprimido el acuerdo de denegar permisos permanentes a los periodistas que, al principio de las operaciones, solicitaron su agregación a los ejércitos en lucha. Semejante negativa ha dado otro sesgo a la crónica, la cual, para satisfacer la avidez del lector, aborda actualmente una infinidad de temas y aspectos antes absorbidos por el relato circunstanciado y técnico de las operaciones. Y de este modo ha surgido un nuevo tipo de cronista, el cronista «espiritual» de la guerra, que no actúa tanto sobre sus episodios concretos, sobre la descripción minuciosa de

los combates y sus consecuencias, como sobre la repercusión social del estupendo conflicto, es decir, sobre el fondo humano en que se desenvuelve.

Ejemplo culminante de esos nuevos cronistas es el que se dió a conocer a los lectores de La Vanguardia, *de Barcelona, bajo el seudónimo de* Gaziel *y mediante los relatos contenidos en este volumen.*

Con dificultad se hallaría en los anales de la prensa española un éxito periodístico más rápido y brillante que el de dicha aparición. El lector lo recordará, seguramente : cuando el verano pasado salieron en las columnas de La Vanguardia *los primeros artículos del* DIARIO DE UN ESTUDIANTE EN PARÍS, *no se oía hablar de otra cosa. En las peñas literarias, en los cafés, en los trenes, en las tertulias de balneario y estación veraniega, eran comentados y ponderados diariamente aquellos capítulos seminovelescos en la forma, pero veracísimos en el fondo, que tan a lo vivo describían el aspecto de París y el estado del alma francesa, aturdida por el formidable porrazo de la movilización. Con mis treinta años de experiencia profesional, yo no puedo citar, porque no lo conozco, un caso semejante. A las pocas semanas de aparecida la primera crónica, al cerrar con el trigésimoquinto artículo aquel feliz* DIARIO, *su autor había popularizado plenamente el seudónimo y conseguido una notoria y merecida reputación.*

El caso fué como sigue : al estallar la guerra, Gaziel, *o sea, Agustín Calvet, se hallaba en París, continuando la ampliación de sus estudios. Licenciado en letras, doctor en filosofía, había estado ya anteriormente en la capital de Francia, y, de regreso a Barcelona, entró como Secretario-redactor en la sección histórica del Instituto de Estudios Catalanes, desempeñando este cargo hasta últimos de 1913. A principios del 14 volvió a París, trabajando en su especialidad filosófica y siguiendo los cursos superiores más relacionados con ella, mientras la* Casa Editorial ESTVDIO *publicaba su interesante y docto libro acerca de* Fray Anselmo Turmeda. *Desde allí envió algunas cartas a* La Veu de Catalunya, *que revelaban un verdadero temperamento de escritor, y, poco después, sobrevenía el formidable estallido. Llevado de su invencible curiosidad, sintiendo la grandeza trágica de aquel momento y preparado para comprenderla y expresarla con sus dotes de observador, su sensibilidad exquisita y su cultura sólida y extensa, no trató de regresar a España como la mayor parte de nuestros compatriotas sorprendidos por la conflagración. Quedó en París y en París se estuvo hasta que la retirada del Gobierno a Burdeos y la inminente caída de la capital de Francia en poder de los alemanes, hicieron imposible o peligrosa la persistencia en tal determinación.*

Cuando Calvet llegó a Barcelona, uno de los primeros días de septiembre del año pasado, traía un libro en el cual acababa de anotar, en lengua catalana, sus emociones ante el espectáculo de París en fiebre.

Yo le pedí el manuscrito, hojeándolo rápidamente. Unos «días» o capítulos estaban desarrollados hasta el punto de poderse dar a la imprenta sin retoque. Otros no contenían más que el esbozo o esqueleto del asunto respectivo : cuatro ideas esenciales, anotación de rótulos e inscripciones patrióticas, recortes de programas teatrales, couplets *de circunstancias... Y así en lo desarrollado como en lo informe creí descubrir un trabajo periodístico de aquellos que surgen muy de tarde en tarde. Por decirlo todo : una pequeña obra maestra. Le insté para que transcribiera o acabara dichos apuntes, y un día después aparecía en las columnas de* La Vanguardia *el primer artículo. Antes de tres meses había salido ya el* DIARIO *completo y, con él, una verdadera historia sentimental del terrible agosto de 1914 en la insigne y atribulada Lutecia.*

Normalizada la situación de París y vuelto allí el Gobierno, Calvet volvió también como corresponsal de dicho periódico y desde entonces no ha cesado de mantener su contacto con el público y de acentuar el interés y perfección de sus correspondencias. Visiones de la gran capital, transfigurada por la tribulación y el martirio ; excursio-

nes por las ciudades y aldeas de la zona devastada: reconstitución magnífica del avance alemán sobre París y de la retirada del Marne; viajes al frente de batalla hasta llegar alguna vez a las últimas trincheras y a cuarenta o cincuenta metros de las enemigas; descripción de convoyes, trenes de heridos, hospitales y campos de concentración de prisioneros; semblanzas de hombres públicos y de generales, de periodistas y de campesinos, de damas elegantes y de mujeres del pueblo, de intelectuales y de analfabetos, de nacionales de Francia y de extranjeros y cosmopolitas: todo en tropel ha pasado por su pluma y ha tomado en ella relieve, color, movimiento y, más que nada, sentido ideal, como en un gran cuadro de irreprochable perspectiva y gradación de términos.

Cada ser humano ha tenido su voz y su símbolo en esa colección de instantáneas; cada episodio su trascendencia. Hasta en aquellas ocasiones en que más distraído parece Calvet por las minuciosidades de la anécdota, no tarda en remontarse a lo eterno y a lo universal, comprendiendo entonces el lector la habilidosa astucia de que acaba de ser objeto. Baste recordar la «pensión» o casa de huéspedes de París — balzaquina por los cuatro costados, hermana gemela de la de Papá Goriot *— y todos los personajes masculinos y femeninos que nos presentó en el* Diario de un estudiante, *para advertir esa tendencia y eficacia expresivas, ese poder de representación me-*

diante los cuales Calvet pinta figuras humanas y en cada figura resplandece una idea general o se encarna un sentimiento, y todas juntas alcanzan el doble valor de la caracterización individual y del sentido alegórico. Nadie dejará tampoco de advertir, involucradas en esas dotes, las de un verdadero novelista y escritor de historia, apto para introducir, mover y eliminar, rápida y diestramente, personajes significativos, sobre un ambiente espiritual y sobre un fondo visual o físico, fundiéndolos con ellos y puntualizando sus acciones y reacciones incesantes.

Ha pasado un año ; y al considerar ahora la obra de Gaziel, *al considerarla, sobre todo, reunida en volúmenes, habrá de verse que ella constituye uno de los documentos más interesantes, extensos y variados que debemos a la emoción de esa guerra sin precedente, una de las confidencias más delicadas en que haya prorrumpido la sensibilidad moderna ante ese cataclismo espantoso. Estilo percepción fina y rápida, emoción, piedad, avaloran dichas páginas, escritas al correr de los acontecimientos mismos, pero con la vista fija en lo futuro y aun en lo eterno.*

Para su valoración, he tratado de compararlas, una y otra vez, con los más señalados ejemplares de su género, producto de parecidas condiciones : memorias personales, epistolarios de los días terribles, textos vivos de las

épocas de martirio y espanto, desde la primera Revolución de Francia a la Commune. *Ultimamente, esa atracción de las fechas afines, algo que podríamos llamar* simpatía de las efemérides *por semejanza a la de los órganos dobles, llevóme a repasar casi todo el montón de libros aparecidos en torno del fatal 1870. Diríase que la expectación de lo trágico enciende un misterioso prurito de hiperestesia, una como voluptuosidad del dolor presente, ávido de reconocerse, intensificarse y tomar conciencia de sí mismo en el dolor pasado. Así, en muchas tardes de domingo, cuando la calle apartada queda en soledad y meditación, releí el año pasado, y he continuado haciéndolo ahora, casi toda la literatura inmediatamente anterior y posterior a Sedán : profecías y trenos, anuncios y lamentaciones, de Veuillot a Zola, de* Les odeurs de París *a* La Débâcle.

En estas calladas sesiones, han desfilado otra vez ante mis ojos las marchitas estampas que me horrorizaron de niño, al venir húmedas y flamantes en las « Ilustraciones » de antaño. Han desfilado también aquellos volúmenes que recogieron la pasada efeméride y conservan su vibración extinguida, a manera de sismogramas del espíritu humano : Le siège, *de Sarcey, el excelente Teófilo Gautier con los* Tableaux du siège, *Máximo Du Camp y sus* Convulsions de Paris, *y, finalmente, los Goncourt, Daudet, Julio Simon y Claretie, sin per-*

donar el libro de nuestro venerable don Andrés Borrego, reliquia en la prensa y en el mundo político de la generación española de 1833, que resistió el cerco dentro de París, como agente confidencial del Gobierno amadeísta.

Pues bien : todo ese cúmulo de impresiones y nuevas lecturas me fortalece en la convicción de que así el presente tomo de Gaziel como los que le seguirán del mismo asunto, pueden hombrearse con los mejores de aquéllos, con los más vivos y ya clásicos en cierto modo. Así lo consiguen tanto por su incentivo dramático y por su variedad de episodios y puntos de vista, como por la riqueza y exquisitez general de su prosa que, a la fuerza cromática de los días de Gautier, al preciosísimo descriptivo de los Goncourt, ha logrado reunir cuanto de ingrávido, de inmaterial, de insinuante y medio silencioso han traído los últimos años y los nuevos estilistas, fundido con tal armonía y ponderación que place de consuno a los más y a los mejores.

Esto, lector, sé decirte de Gaziel, de Agustín Calvet, cuyas primicias de cronista se reunen en este libro, no para probar fortuna, sino para satisfacer una ansiedad general con gran insistencia expresada. Saboréalas de nuevo — o por vez primera si antes no leíste alguna — en la paz de tu casa, a la luz propicia de tu lámpara familiar, mientras el autor de esos cuadros, en busca de nuevas emociones, anda tal vez de trinchera en trinchera,

recorriendo campos de batalla, siniestros y calcinados, con su aire juvenil y benigno, con su figura sencilla y agradable de castizo estudiante barcelonés. Léelas y juzga ; que yo, por mi parte, siempre consideraré como indiscutible honor de mi obscura carrera periodística, el haber contribuído a determinar una vocación semejante y una obra tal como la que tienes a la vista.

MIGUEL S. OLIVER

Este DIARIO comprende exactamente la primera etapa del conflicto planteado en Europa durante el verano de 1914. Su contenido abarca desde la declaración de guerra entre Alemania y Rusia, hasta la evacuación de París por el Gobierno de la República y el éxodo precipitado de la población hacia las regiones del Mediodía, en vísperas de la batalla del Marne : 1 de agosto a 4 de septiembre de 1914.

La situación especial en que se encontraba el autor, le permitió recoger puntualmente algo que no figurará jamás en los relatos telegráficos de los periódicos, ni en las publicaciones oficiales : la vida íntima, el palpitar recóndito del corazón de París durante ese mes de esperanzas febriles y de zozobras continuas ; y además el aspecto interesantísimo de un modesto rincón de la capital de Francia, donde halló inolvidable hospitalidad una reunión amistosa, juvenil y cosmopolita, que luego fué disuelta y dispersada por los acontecimientos.



Sábado, 1.º de agosto

Esta mañana escribí a mi amigo el Marqués de X., que habita en su castillo de Saint-Ange, en las cercanías de París : « Cuando usted reciba esta carta, la guerra estará declarada ». El Marqués recibirá mi carta mañana. Esta tarde he visto expuesta en la comisaría de Saint Germain-des-Près la orden de movilización general, llamando a todas las fuerzas de mar y tierra. La guerra es inminente. En los sitios donde la orden estaba expuesta, el público leía y luego se dispersaba sin hacer comentarios. Desde esta mañana se sabe que Alemnaia ha declarado la guerra al Imperio ruso. Ya no queda esperanza.

Al conocer la orden de movilización general, mi amigo Trabal y yo hemos ido en seguida a la Embajada de España. A duras penas podemos llegar al bulevar de Courcelles. Ha quedado suspendido por completo el servicio de *autobus*, que el Gobierno

reserva para los transportes de guerra. Toda la circulación de París se hace por medio del metropolitano y de los tranvías eléctricos. La aglomeración es espantosa.

Hemos preguntado en la Embajada de España qué disposiciones se habían tomado para los extranjeros residentes en París. Un empleado nos ha respondido cortésmente : « Aquí todavía no sabemos nada. » Cuando salimos a la calle, después de andar unos doscientos pasos, encontramos fijado en una esquina un pasquín oficial, conteniendo las disposiciones que andamos buscando. He ahí lo esencial: «Los alemanes y austriacos deben abandonar París el primer día de la movilización, que será mañana, domingo, 2 de agosto. Los que prefieran permanecer en Francia serán transportados por cuenta del Gobierno hacia los departamentos del Oeste, hacia Bretaña y Normandía. Los demás extranjeros pueden quedarse en París, a condición de que se presenten durante el tercero y cuarto día de la movilización en la comisaría del distrito correspondiente, donde recibirán un permiso de residencia si poseen documentos acreditativos de su nacionalidad. En todo caso, no podrán salir del recinto fortificado de la capital sin un nuevo permiso. »

Mi amigo Trabal y yo decidimos permanecer en París, mientras no se cierre la Biblioteca Nacional. Mi amigo y yo vivimos en una vieja pensión o casa de

huéspedes muy cerca de Saint Germain-des-Près. Al volver a ella, encontramos a Mlle. Leticia, pensionista también, italiana, en un estado lamentable. Esta muchacha había logrado reunir, trabajando y ahorrando, más de un millar de francos. Una vez en posesión de esta cantidad por todos conceptos respetable, parecióle prudente confiarla a la alta tutela del Estado, y Mlle. Leticia, con sumo tacto y discreción, la ingresó en la Caja de Ahorros. Pero el Gobierno, temeroso de la desaparición total de los fondos confiados a su custodia, en virtud del pánico económico provocado por el anuncio de la guerra, ha decretado que de hoy en adelante sólo podrán retirarse de la Caja de Ahorros 100 francos mensuales, en dos plazos. Mlle. Leticia es una de las primeras víctimas inocentes del conflicto actual.

Durante la cena, aparece Mlle. Ericka, pianista alemana. No sabe nada, no se ha enterado de nada. Al notificarle que debe marcharse de París al día siguiente, Mlle. Ericka nos mira con estupor. Su traje verdemar descubre el chaleco blanco y descotado, con grandes botones de nácar. Sobre su *canotier* color de bronce, una pluma negra con reflejos metálicos se mueve blandamente. Ericka, la alemana que ama tanto París, interroga con sus ojos claros a sus jóvenes amigas de Francia sentadas a la mesa. Y la expresión de su rostro parece decir : «¿Por qué me echáis?» Después de cenar, todos salimos a despe-

dirla a la puerta. Y sus amigas de Francia se esconden para llorar.

Nos reunimos en consejo. ¿Ha de continuar la pensión? Mme. Durieux, la dueña, está en Toulouse, descansando unos días en el campo. Su hija mayor, Mlle. Mireille — la primera hija del Mediodía que ha llevado el nombre de la heroína de Mistral, — nos dice que consultará a su madre, por escrito. Mientras tanto, todo seguirá igual.

Salgo con Mlle. Rabier a dar un paseo por los bulevares. Cuando en París se dice « por los bulevares » se entiende los que van desde la Madeleine hasta la puerta Saint Denis. París está sombrío y excitado. La multitud es más compacta que de costumbre. En las terrazas de los cafés no hay mesas ni sillas, a fin de poder reprimir en seguida toda manifestación extemporánea. La circulación se hace lenta y penosa. No se improvisan oradores fanáticos: huelgan por completo los videntes, profetas y estrategas populares que se producen, espontáneos, en las grandes convulsiones sociales. La gente no está entusiasmada ni aterrada: la gente está, simplemente, profundamente preocupada.

Jamás pueblo en el mundo habrá ido a la lucha tan sin querer como este pueblo de Francia. Por los alrededores del Crédito Lyonés, hay un círculo de comentaristas. Destaca una voz grave, apasionada, sombría: « No hay que dudar, es seguro. Inglaterra está con

nosotros. Rusia es una potencia formidable. Italia permanecerá neutral. Bélgica se opondrá a la invasión alemana con todas sus fuerzas... » Y Francia, ¿qué? Nadie habla de Francia. Después del proceso Caillaux, después del debate provocado por el senador Humbert, en el cual se pusieron de relieve peligrosas interioridades, nadie se atreve a hablar de Francia. Y he ahí por qué Francia está preocupada, por qué no se atreve a hablar de sí misma, por qué quizá no puede confiar por completo en sí misma.

Francia siente que el éxito de la lucha que se avecina no puede depender de ella sola. Francia hará todo lo que pueda, pero no podrá hacerlo todo y deberá contar con la colaboración ajena. ¿Hasta qué punto podrá disponer de tal colaboración? Esta incertidumbre es la causa de la preocupación general que se advierte. Pero el hombre no fué hecho para dudar. Si encerráis a un francés dentro de un círculo lógico de preguntas sobre el porvenir, acabará por responderos: «¿Es que se nos quiere llevar a la guerra, es que se nos obliga a ir a ella? ¡Pues bien, vamos allá y nos batiremos hasta la muerte! » Pero se adivina que si no se le obligara, Francia no se batiría.

Seguimos adelante. La *Taverne Viennoise* se ha visto forzada a cerrar sus puertas por temor a la hostilidad popular. Al llegar al bulevar Montmartre se alza un rumor de gritos y cantos patrióticos. La gente se arremolina sobre el paso central. Un centenar de

muchachos con algunas mujeres, pasan enarbolando banderas francesas, inglesas, rusas e italianas. El aire se llena de voces ardientes cantando la *Marsellesa*. Entre los espectadores, algunos se descubren al paso de las banderas, otros aplauden, la mayoría observa. Cuando el rumor de la manifestación se pierde a lo lejos Mlle. Rabier me dice satisfecha: «*Vous savez? Il est beau de voir le peuple comme ça!* »

A las diez de la noche la animación se ha disipado lentamente. Volvemos a casa. Subo a mi cuarto y salgo a la ventana. Hay paz absoluta en el silencio de la noche. Yo recuerdo todos los incidentes de estos últimos días y observo de qué manera falaz e inesperadá el temor de una guerra europea, que parecía absurdo, ha ido tomando cuerpo y condensándose en el alma de este viejo París, toda impregnada ya del dorado decaimiento otoñal. M. Dolbatsch, el oficial prusiano que convivía con nosotros en la vieja pensión, leía, aun no hace cuatro días, su viejo ejemplar del *Fausto*, de Goethe, junto a la ventana abierta de su cuarto, en mangas de camisa, fumando su larga pipa de porcelana pintada. Anteayer por la tarde, de una manera inesperada y súbita, se presentó a la hora de comer diciendo que debía partir la misma noche hacia Sarreburg, en la Alsacia alemana. En el fondo de sus ojos claros, tranquilos, brillaba una luz dura y siniestra. Cuando me dió las manos antes de partir, sentí que temblaban entre las mías.

Nuestros amigos persas que estudiaban en la Escuela de Ciencias Políticas, escriben desde los valles emolientes de Suiza, donde pasan las vacaciones, pidiendo inquietos noticias de París. Mlle. Louise, del fondo de su clara Borgoña, ha escrito también que aplaza su retorno a causa de los rumores alarmantes. M. Maver, el dálmata filólogo, ha partido de su pequeña isla del Adriático hacia Viena, llamado con urgencia de no sé qué esferas gubernamentales. Y la dulce e inteligente Mlle. Zoska, la polaca que esperaba en Lodz el retorno del invierno para volver a París, nos envía llena de angustia su grito de alerta : « ¿Qué se dice en Francia? *¿También se quiere ahí la guerra?* »

¡Querer la guerra! ¿Quién puede quererla? En la soledad de mi ventana abierta a la paz de la noche, miro hacia el fondo sombrío de la calle. Los mecheros de gas arrojan una luz macilenta. La calle está desierta, cubierta de sombras densas e inescrutables. ¿Quién puede querer la guerra?

De pronto, un fantasma alto y blanco atraviesa la calle, el paso lento, el talle seco y erguido. Al cruzar por debajo de los mecheros de gas, reconozco a Mme. Parthiker , la vieja inglesa que come en la pensión. Lleva un gran sombrero derivado sobre el lado izquierdo, con una enorme pluma gris que se balancea a su paso, detrás de la cabeza, como un penacho de humo. Veo en su mano el eterno paquete misterioso,

que, según dice Mlle. Geneviève, encierra una bomba de sufragista. He ahí el único ser de los por mí conocidos, a quien la noticia de la guerra inminente no ha causado ninguna impresión. Y su paso reposado, en medio de la noche; su paso vigilante y seguro cuando todo Paris se duerme con el temor del nuevo despertar, se me antoja la imagen de su astuta patria, la única nación del mundo que hoy podrá descansar tranquila, segura del mañana.

Domingo, 2 de agosto

París se despierta en medio de un silencio profundo. El aire es claro, el cielo azulado. Ha cesado el rumor trepidante de los *autobus*. Después de vestirme, salgo a la calle en seguida. La ciudad presenta un aspecto anormal; el silencio es tan extraordinario, que evoca el recuerdo de los domingos londinenses. De la Plaza de Saint Germain-des-Près hasta la Avenida de la Opera, pasando por la Plaza del Carroussel, apenas encuentro a mi paso media docena de *fiacres*. Todos ellos van atestados de viajeros, cargados de maletas y canastos de mimbre. Son los eternos previsores, que madrugan para abandonar la ciudad a los primeros rumores del magno conflicto. Los cocheros aprovechan la ocasión, que es excelente; delante del Hôtel del Louvre, uno de ellos ha pedido veinte francos por llevar un pasajero hasta la Estación del Norte.

¿Qué haremos hoy en París? Todos los domingos salíamos al campo, hacia los bosques centenarios de

Montmorency, donde lloraba sus desdichas J. J. Rousseau, o hacia las alturas frondosas de Bellevue y Meudon, que encierran el estudio luminoso y tranquilo del escultor Rodin. Pero a la caída de la tarde, en los vaporcitos que vagan sobre las brumas cenicientas del río, regresábamos siempre a la vieja ciudad. Y hoy sólo parten de París los que ya no saben cuando volverán a verlo.

Durante dos horas recorro las calles, en busca de algo que me dé la impresión del espíritu popular. La característica humana es hoy día, en París, el instinto de previsión. Unos parten, otros se procuran provisiones. En todas las calles esta observación se confirma. Hombres, mujeres y niños, todos llevan en las manos un cesto o un maletín. El aprovisionamiento es considerable, sin duda excesivo. Los que empezaron por retirar de la circulación casi todo el dinero en metálico, intentan acaparar igualmente toda clase de vegetales, comestibles y conservas. Es inútil que las autoridades hayan hecho saber al vecindario que la alimentación normal de París está asegurada. Hay quien ha desalojado los muebles de su saloncito burgués para llenarlo de patatas y judías, en previsión de la escasez de víveres.

He visitado las estaciones del Norte, de Saint Lazare y del Quai d'Orsay. La aglomeración es enorme en todas ellas. He oído decir que la recaudación de ayer en las taquillas alcanzó la suma de 600,000 francos. A la salida de un tren de la Estación del Quai

d'Orsay, los andenes quedaron sembrados de paraguas, bastones, cajas, sombreros, etc., abandonados por los fugitivos que asaltaban furiosamente los vagones.

Los periódicos de hoy publican dos proclamas: una del Presidente de la República, otra del Kaiser a la nación alemana. La primera revela, a las claras, el espíritu del pueblo francés. Nadie quiere la guerra en Francia, y la nación está dispuesta a todos los intentos decorosos para conjurarla. El estilo de la proclama firmada por el Presidente, es natural y reposado ; los sentimientos que la inspiran son pacíficos. La corta arenga que el Emperador ha dirigido a la multitud — que le aclamaba al aparecer en uno de los balcones de palacio, en Berlín, — es, por el contrario, vibrante y amenazadora. Su estilo lacónico y rudo no deja de tener un sello de grandeza. Y un sentimiento religioso de confianza en los designios de la divinidad, le da un aspecto insólito en nuestros días.

Los diarios han reducido el número de sus páginas. *Le Journal* y *Le Figaro*, publican solamente cuatro ; *La Patrie, La Presse* y, en general, todos los periódicos que aparecen al atardecer, dan una sola hoja de reducidas dimensiones. En todos ellos se hace sentir la cauta vigilancia gubernamental. Las noticias son insignificantes. Se ha proclamado el estado de sitio en toda Francia, Argelia inclusive. Se anuncia la invasión del Estado neutral de Luxemburgo por los alemanes,

y que la de la frontera francesa del Este ha sido violada en diversos puntos. La prensa, unánime, hace constar que la agresión ha partido de Alemania, a pesar de lo cual el Embajador del Gobierno del Kaiser sigue todavía en París. El Parlamento ha sido convocado para el martes próximo.

A las diez de la mañana, al regresar a mi cuarto, recibo la visita de un amigo español, don Carlos Capdevila. El conocido actor barcelonés y su esposa, la actriz doña Emilia Baró, se encuentran en París desde hace dos días, con el objeto de dar algunas representaciones en *lengua internacional*, durante el Congreso Esperantista que debía celebrarse en la primera quincena de agosto. Entre los expedicionarios que partieron de Barcelona, figuraba el publicista Francisco Pujolá y Vallés. Este último que, según me dice mi amigo Capdevila, se había nacionalizado en Francia, ha debido ingresar a toda prisa en las filas del ejército francés... He tenido interés en acompañar a mi amigo al Museo del Louvre. Las puertas estaban cerradas y un aviso anunciaba que permanecerían así « hasta nueva orden ».

Durante la comida, llaman de improviso a la puerta de la pensión y aparece como llovida del cielo Mme. Durieux, la dueña, que estaba cerca de Toulouse, descansando en el campo. Es una señora bajita, flacucha, de rostro pálido y fino, vestida toda de negro, que cojea ligeramente y habla en lenguaje vivo y

pintoresco. Después de besarnos y abrazarnos a todos, se deja caer rendida en un sillón. La comida se suspende. Llueven las preguntas. ¿Qué pasa en provincias? ¿Qué se dice en el *Midi?* ¿Cómo se viaja? ¿Seguirá la pensión?

Mme. Durieux se lleva las manos blancas a las sienes cruzadas por venas azules, con un signo de aturdimiento. Mme. Durieux tiene un hijo que es oficial y acaba de atravesar toda Francia para llegar a París. Sus revelaciones, por lo tanto, provocan la expectación de los pensionistas. En Toulouse no se sabe nada, pero se habla de todo. El *Midi*, menos que el Norte aún, no quiere la guerra. Las cosechas se presentan espléndidas, los campos rebosan de frutos; el pueblo del *Midi*, como el del Norte de Francia, no quiere más que paz y trabajo. El hijo de Mme. Durieux, que estaba con su madre en Toulouse, fué llamado de urgencia a Maubeuge, en la frontera de Bélgica, uno o dos días antes de terminar el mes de julio. Está de guarnición en un fuerte, y, al partir de Toulouse, no creía inevitable un conflicto europeo. Mme. Durieux ha llegado en el último tren que venía a París, antes de que comience la paralización causada por el movimiento de tropas. (En tiempo de guerra, como en tiempo de revolución, todas las personas amigas nos llegan siempre «en el último tren». Esto no obsta para que al día siguiente recibamos la visita de nuevos amigos, llegados también casi por milagro.) Mme. Durieux ha venido de

la estación de Austerlitz a su casa, en un carro de transportes que encontró al llegar. En la estación era imposible encontrar un coche.

Después de comer se ha hablado largo rato de la guerra, que se considera inminente. Yo, que procuro recoger los estados de opinión que pueden ser característicos, observo un fenómeno digno de notarse. Toda la confianza de estos hombres y mujeres en el triunfo de Francia, se basa tan sólo en una certeza ciega, absoluta, del valor único, incomparable, del soldado francés. Digo del «soldado» del *petit pioupiou* francés, como ellos le llaman; no del Estado ni del Gobierno de Francia. La confianza en el valor individual, personal, del soldado francés es absoluta; la confianza en el valor de conjunto, social, de la nación, mejor dicho, del Estado que es su representante, es limitada. Las imprecaciones son idénticas en todos los labios: «¿Qué dicen ahora esos diputados que votaban sin descanso contra la ley de los tres años; que derribaban, aun no hace mucho, al ministerio Ribot; que predicaban contra las reformas militares recomendadas por un grupo de clarividentes, para oponerlas a los grandes preparativos bélicos de Alemania? ¿Quiénes estaban en lo justo, los que querían armar a Francia para una guerra inevitable, o los que querían desarmarla para una paz imposible?»

La respuesta parece tan evidente en estos instantes, que los puños de los patriotas franceses se crispan de

rabia y de dolor, al pensar que quizá el triunfo de la verdad habrá llegado demasiado tarde. Sólo esta fe ciega, instintiva, que el pueblo tiene en el valor personal de sus hijos, logra infundir en las almas corrientes de esperanza.

Por la tarde, la animación en los bulevares es ingente. Pasa una manifestación con grandes banderas de Francia y de Rumanía, enlazadas. A la cabeza marcha un joven que sostiene un letrero, donde hay escrito con grandes letras negras sobre fondo blanco: « *Volontaires israelites-roumains* ». Los espectadores aplauden, pero no hay entusiasmo.

Después de cenar, salimos otra vez mi amigo Trabal y yo a recorrer las calles. En el Bulevar de los Italianos encontramos otra manifestación, también con banderas y estandartes. Un gran cartelón marcha al frente de los manifestantes. Dice asi: « *Les espagnols de Paris* ». ¿Quiénes serán esos españoles? Procuramos reconocer al que lleva el letrero alzado fieramente, la cabeza descubierta, los cabellos al viento, los brazos extendidos y el pecho erguido y valeroso.

Yo dudo un instante, pero luego, al confirmar mi sospecha, la comunico a mi compañero. El jefe o portaestandarte de la manifestación es un catalán, seudo actor cómico, tenor a ratos y viejo amigo de toda clase de turbulencias estudiantiles y callejeras. Mi acompañante le reconoce también y ambos recordamos, al ver su postura gallarda y tenoresca, una no-

che olvidada en que, luciendo una actitud semejante, le oímos entonar sobre las tablas del teatro Romea, en Barcelona, el aria famosa de *Marina*.

¿Será posible que algún francés diga mañana, al recordar esta manifestación : « El pueblo español quiere ir con Francia a la guerra? »...

Lunes, 3 de agosto

Mi primer pensamiento al levantarme, después de haber descansado toda la noche, ha sido éste : « Decididamente, hoy no trabajo. » ¿Por qué trabajar? El trabajo requiere normalidad, sosiego, ecuanimidad y templanza, y yo sólo experimento el deseo de salir por el mundo a ver cosas nuevas, peligrosas y desconocidas. Mis papeles, mis libros, toda mi vida interior y recogida me parecen ahora cosas vulgares de una monotonía tiránica. Por fin, la vida es algo más que el desfilar sucesivo y ordenado de las hojas lentas del calendario, *donde todo ya estaba previsto.* Y en el fondo de mi espíritu, avezado al rigor de la normalidad, se levanta el deseo insaciable y maligno de asistir, desde un lugar seguro, al espectáculo bárbaro de una guerra inaudita. ¿Cuántos millones de hombres entre los que habitan las naciones neutrales como España, habrán sentido siquiera un instante, como yo esta mañana, este deseo de espectador de circo?...

Recuerdo que estoy invitado a comer en casa de mi amigo M. Gognéry. M. Gognéry pertenece a la alta y selecta burguesía parisiense, que es la primera y más bella burguesía del mundo. En el salón exagonal que este señor posee en la Avenida Montaigne, se habla de libros muy discretamente, de política con algo de parcialidad y de todo con mucho ingenio y cortesía. Nada mejor podía yo esperar para conocer la opinión de esa capa social, verdadera médula de Francia, que unas horas pasadas en casa de M. Gognéry.

Poco antes del mediodía, me dirijo a la Avenida Montaigne. Sin hacer antesala encuentro a Mme. Gognéry junto al sofá, con los brazos caídos y la cabeza inclinada sobre el pecho, que ostentaba un collar de amatistas. Se me comunican noticias inesperadas. M. Gognéry ha sido llamado a filas. Ernesto, el hijo mayor, partió ayer tarde ; su padre esta mañana, a las nueve. Mme. Gognéry se ha quedado sola en casa, con Odette, su hija de doce años, y monseñor Lagrois, íntimo amigo de la familia, llegado ayer de Bélgica huyendo de la invasión alemana que parece inminente. Mme. Gognéry me mira con ojos asustados :

— ¿A usted le parece que habrá guerra? — me pregunta. — ¡Pero esto es absurdo! ¿Con qué motivo, con qué razón? En Francia no hay nadie que quiera la guerra ; y si no la quiere nadie, ¿no le parece a usted que sería una cosa injusta, monstruosa?

Se abre una puerta sigilosamente y aparece un clérigo anciano. Es Mgr. Lagrois. De los largos años pasados en las colonias del África, conserva el color tostado de la piel y las manos rugosas y fuertes. Su luenga barba gris desciende hasta encima del pecho. Avanza despacio sobre la alfombra verde claro; en sus chanclos relucen dos hebillas plateadas. Cuando habla, tiene el hábito inimitable de cerrar del todo el párpado izquierdo y de mirar fijamente a su interlocutor con un solo ojo abierto, claro fulgurante. Yo conocí a Mgr. Lagrois hará unos cuatro meses, en el castillo de los Marqueses de Saint Ange. Es un hombre franco, leal, que después de pasar su juventud en las colonias, dedica una actividad febril a inculcar sus principios tradicionales a algunos vástagos de la nobleza y de la alta burguesía.

— Ya lo ve usted — me dice él, estrechándome la mano. — La *cosa* ha llegado. No había más remedio. No podremos quejarnos de falta de tiempo para prepararnos. Hemos tenido cuarenta y cuatro años y una infinidad de Gobiernos.

Sus últimas palabras revelan a las claras un sentido irónico. Después de tomar asiento en el sofá, Mgr. Lagrois expone sus impresiones y sus ideas. Al transcribirlas, yo no pongo nada de mi parte.

« Es cierto, dice monseñor, que en Francia nadie quiere la guerra. Pero no hay que engañarse al juzgar el origen de este sentimiento. Sería absurdo creer que

Francia desea la paz impulsada tan sólo por un espíritu de justicia y de templanza. La justicia y la templanza no podrán imperar en el mundo, mientras subsistan en pie las viejas injusticias y las destemplanzas tradicionales de las naciones. Mientras las regiones de Alsacia y Lorena estén en poder de los alemanes, mientras uno solo de nuestros hermanos esté expuesto a sufrir el yugo del dominador, y las consecuencias inicuas de incidentes como el que se desarrolló últimamente en Saverne y que ocupó la atención de todo el mundo, será del todo inexacto, será casi un acto criminal de lesa patria, decir que en Francia sólo se quiere la paz *a toda costa*.

» En Francia queremos la paz en los momentos actuales; es cierto. Pero la queremos porque nuestra conciencia íntima, nos dice que no estamos preparados para la guerra. Al decir que no estamos preparados, quiero indicar la arraigada convicción del pueblo francés de que *no puede hacerse la justicia por sí solo*, sin ayudas, socorros ni coadyuvantes de ningún género, él por sí mismo, midiéndose de igual a igual con su enemigo y dejando que el mundo permanezca tranquilo a su alrededor, contemplando cómo Francia restablece el imperio del derecho.

» Si nosotros, los franceses, nos hubiéramos sentido lo bastante fuertes, la guerra habría estallado hace ya largo tiempo, provocada quizá por nosotros; porque nuestro deber, nuestro máximo deber de pa-

triotas no tendrá cumplimiento hasta el día en que todos nuestros hermanos se cobijen bajo el pabellón de Francia. No siendo esto posible, hemos de contemporizar, para no agravar nuestro mal con imprudencias temerarias. El deseo de paz que se advierte ahora en Francia es la manifestación adecuada de ese instinto práctico de contemporización. Pero, desgraciadamente, parece que esta vez no servirá de nada. »

Las palabras pronunciadas por Mgr. Lagrois con una convicción profunda dejan una estela de inquietud. Mme. Gognéry suspira, con los ojos cerrados y los labios contraídos con amargura. Suena un timbre eléctrico en el interior. Al poco rato aparece Mlle. Odette, acompañada de su Miss. La niña es alta, delgada y muy graciosa. Tiene unos brazos magníficos, un poco largos, y los dedos afilados y nerviosos de violinista. La música es su pasión favorita y durante el último invierno, muchas tardes, a la hora del té, nos ha encantado con su habilidad rarísima... La Miss es una muchacha joven, de escasa estatura, fuerte de carnes, que se retira en seguida, después de saludarnos.

Odette, pregunta a su madre:

— ¿Dónde está papá?

Mme. Gognéry alza los ojos extrañada :

— Esta mañana ha partido a la guerra. ¿Ya no te acuerdas?

La niña baja la cabeza y murmura con tristeza :

— Es verdad.

La situación se hace violenta. Yo intento despedirme para marcharme a mi casa. Pero la amable señora no quiere y me retiene a comer.

Nos sentamos a la mesa. El comedor es limpio, claro y silencioso. Por una ventana entra el sol y se posa sobre los manteles blancos, con una orla bordada color de azafrán.

Monseñor prosigue desarrollando sus pensamientos. « Ha habido en Francia demasiados Gobiernos durante los últimos tiempos. Los Ministerios se han sucedido casi con igual rapidez que las estaciones del año. Imposible hacer nada provechoso con una inestabilidad semejante. Todo lo hecho se reduce a unos cuantos ataques a la religión y a un sin fin de peligrosas condescendencias para con los enemigos de la patria ».

Mme. Gognéry interrumpe a menudo :

— No tanto, monseñor ; no tanto.

Llega un momento en que los ataques de monseñor son tan rudos, que Mme. Gognéry exclama de pronto con la voz ardiente y temblorosa :

— Todo lo que usted quiera, monseñor. Pero Francia no quería la guerra y se le obliga a ir a ella. Debemos, pues, batirnos hasta el último instante. Mi hijo y mi esposo han partido ya. Y prefiero que mueran en el campo de batalla antes que se rindan.

Mgr. Lagrois mira fijamente, con un solo ojo abierto, a la dama patriota. Luego exclama con la voz firme y natural :

— Yo soy demasiado viejo para soportar una campaña. Con todo, estoy dispuesto a ingresar en la Guardia republicana.

Tanto monseñor como la dama han dicho estas grandes palabras con una sencillez pasmosa. Yo pienso en España. ¿Cuándo oiríamos allí un lenguaje semejante? ¿Entendemos allí el patriotismo con el mismo espíritu de sacrificio? ¿Sería capaz mi madre de hablar como ha hablado Mme. Gognéry, de preferir que yo muriese en la guerra antes que verme rendido, aunque fuese con todos los honores con que se rinden los héroes?...

Cuando estábamos tomando el café, ha aparecido en el cuarto un joven alto, elegante, de ojos vivos y alegres. Es un amigo de la casa, que viene a despedirse antes de partir a la guerra. Forma parte del cuerpo de aviadores y conoce a fondo la aviación mundial.

Después de sentarse con nosotros junto a la mesa, monseñor le asedia a preguntas. ¿Cómo está la aviación en Francia? ¿Qué se sabe de las flotillas aéreas de los alemanes? ¿Qué planes, qué proyectos de ataque o de defensa se susurran?

El joven aviador satisface nuestra curiosidad con sus palabras llenas de animación, casi febriles. «La aviación alemana parece ser sensiblemente superior a la francesa. Los franceses, que fueron los inventores de la aviación y que son todavía los mejores pilotos del mundo, no han acertado a dar a su descubrimiento el desarrollo y

la organización práctica necesarias. En la actualidad no hay aparatos bastantes para todos los aviadores militares. Por esto el Gobierno ha debido incautarse de los aeroplanos que poseían algunos particulares; pero, naturalmente, esos aparatos hechos para un simple uso recreativo, no están de momento en las condiciones necesarias para soportar una campaña rigurosa.

» Los alemanes poseen catorce grandes dirigibles y seis de un tipo más pequeño, pero el menor de ellos es superior a los primeros dirigibles franceses. Contra esas fortalezas aéreas, Francia tiene los aeroplanos y los cañones. En caso de necesidad, no faltará jamás un hijo de Francia que, montado en un aeroplano, se lance impetuosamente contra el dirigible alemán para destruirle y morir abrasado entre sus pavesas».

El joven aviador habla con la misma simplicidad con que hablan Mme. Gognéry y monseñor. Se advierte que, si fuera preciso, en este mismo instante realizaría, con la sonrisa en los labios, la hazaña horrible que describe.

Apenas el aviador termina de hablar, aparece en escena un nuevo personaje. Este es M. Chantrel, bajito, meticuloso, pulcro, con el cabello cano, argentado, y las cejas hirsutas, salientes, negras como dos tiznas de carbón. Lleva en la mano derecha un bastón de ébano con puño de plata y va dando golpecitos con él, sobre la alfombra, a medida que avanza con pasos diminutos y ligeros.

M. Chantrel, rico propietario de la Champaña establecido en París, tiene dos hijos en el ejército. Uno está en el Norte, otro en la frontera del Este. Preguntamos a M. Chantrel qué opina sobre el éxito de la guerra que va a empezar. La guerra no ha comenzado todavía y todo el mundo se preocupa de cuál será su fin. M. Chantrel es un robusto optimista. En el hojal de su levita, la cintita verde de los veteranos del año 70 anuncia que este señor ha conocido de cerca todos los horrores de la guerra. A pesar de ello, el optimismo de M. Chantrel es casi exagerado.

— Todo irá a pedir de boca — dice M. Chantrel. — El ejército francés está preparado a maravilla. El generalísimo Joffre es un hombre de mérito extraordinario, de un talento casi providencial. Pau y Castelnau, sus colaboradores y subordinados, valen tanto como él. ¿Pero qué me dicen ustedes de nuestra artillería? Nuestro cañón de 75 no tiene rival en el mundo. ¿Y qué diremos de la pólvora de Turpin? Ah, ¿ustedes no saben que el químico Turpin ha inventado una pólvora? Pues eso dicen las gentes que están muy bien informadas. Parece que se trata de algo infernal e inusitado. Es una pólvora que mata sin herir, por un procedimiento asfixiante rapidísimo. Nada de derramar sangre, ni de quebrar huesos, como hasta hoy día. Dispara usted una granada que contenga una carga de pólvora Turpin y, al explotar, despide unos vapores de fuerza nociva tan grande, que es imposible aspi-

rarlos *con éxito*. Ya verán ustedes cómo les arreglamos las cuentas a esos alemanes.

Las palabras de M. Chantrel producen en sus oyentes efectos contrarios. Cuando yo me dispongo a salir, porque va siendo tarde, monseñor me dice al oído, después de aislarme junto a una ventana del comedor :

— Los hombres como M. Chantrel son los que pierden a Francia.

Poco antes de salir de la casa, mientras recojo mi sombrero en el vestíbulo, Mme. Gognéry me dice algo más animada :

— ¿Ha oído usted a M. Chantrel? La verdad es que monseñor es demasiado pesimista.

Salgo a la calle y vuelvo a mi casa andando lentamente bajo los castaños de los Campos Elíseos. La tarde declina y hay un polvo de luz dorada y tibia que palpita en el aire. Hago un resumen neutral de lo que he visto y oído. Y, la verdad, me parece que tanto monseñor con sus ataques constantes al Gobierno, como M. Chantrel con su cándido y macizo optimismo, como el joven aviador con su simplicidad heroica, como Mme. Gognéry — quizá la más admirable de todos por su patriotismo impotente y resignado — son una prueba magnífica, formidable, de que el viejo corazón del pueblo de Francia es el mismo de siempre ; de que esa gente que difiere en sus opiniones, que protesta de sus Gobiernos o se ilusiona con espejismos peligrosos, llegado el caso encuentra siempre una fór-

mula superior de unidad, representada por un amor incondicional, ciego, instintivo, por un amor sin límites a la tierra generosa que los viejos cronistas llamaron *la dulce Francia* y para la cual están dispuestos a sacrificarse y a sacrificarlo todo, absolutamente, incondicionalmente.

Martes, 4 de agosto

Yo tengo siempre sobre mi mesa de trabajo un ejemplar cómodo y manejable de los *Pensamientos*, de Pascal. Su espíritu es, para mí, tan profundo y su estilo tan claro, que aun después de haberlos leído por entero cien veces, a menudo me deleita ojearlos. Los sucesos de hoy han sido tantos y mis impresiones tan numerosas que, al tratar de resumirlas en mi cuaderno de apuntes, me encuentro con una dificultad experimentada por todo escritor, que Pascal ya señaló con las siguientes palabras : « La última cosa que se encuentra al escribir una obra, es saber cuál será la primera que debe decirse ». En mi caso, lo mejor será cortar por lo sano y ponerme a escribir *ex abundantia cordis* o a la buena de Dios, según vayan apareciendo en mi mente las imágenes luminosas pero fugaces de los recuerdos.

Esta mañana, a cosa de las diez, estaba yo en mi cuarto trabajando. Mi barrio es tan tranquilo y mi

ventana se abre tan arriba del suelo, que al gozar del sosiego y la luz que inundan mi cuarto de estudio, se presiente a su alrededor una verde campiña que no existe. De pronto ha llegado a mis oídos un rumor confuso, creciente, inusitado, de voces humanas. He salido a la ventana; en las casas próximas los vecinos aparecían también asomados, con expresión de extrañeza. ¿Qué ocurre? La calle está tranquila, desierta; pero el rumor aumenta y es más impotente porque su causa permanece invisible. De pronto veo a Mlle. Henriette, una pensionista enlutada, vivaracha, que tiene su cuarto en la casa de enfrente. Está asomada a su ventana, casi colgando de la estrecha baranda.

Yo doy un grito para interrogarla. Mlle. Henriette se incorpora y, al verme, sonríe alegremente y, agitando los brazos con una animación nerviosa, grita esta frase intraductible: *On pille, on pille là-bas!* Mlle. Henriette ha estado largos años en Madagascar y, sobre todo, en el Tonkín, porque su padre era oficial del ejército de las colonias. Por las noches, en el salón de Mme. Durieux, refiere historias espeluznantes de los anamitas: envenenamientos en masa, revoluciones súbitas, ahogadas en ríos de sangre, e insolaciones instantáneas, al tiempo de sacar la cabeza fuera de la tienda de campaña, sobre los yermos asiáticos. Su agitado contentamiento infantil debe obedecer a alguna causa semejante. Tomo el sombrero, y en cuatro saltos, me planto en la calle.

En la *rue* de l'Echaudé Saint-Germain, las turbas del barrio acaban de entrar a saco en un establecimiento Maggi. Ya no queda ni un cristal en los escaparates; las puertas están destrozadas, astilladas; los rótulos arrancados, apabullados, pisoteados, y los cacharros de porcelana blanca y lustrosa, hechos añicos, sirven de proyectiles a la turba amotinada. ¿Cuál es la causa de este brutal y desordenado furor? Sencillamente: los establecimientos Maggi, en París, son aún más numerosos y populares que los Tupinambas en España. La leche que en ellos se expende es inmejorable; los bollos que fabrican son dorados, tiernos y gustosos sobremanera. Pero la compañía Maggi es, según dicen, una sociedad alemana. Y a la primera noticia de la guerra, una parte del pueblo, la más ínfima y canallesca, ha juzgado necesario destruir los bienes de esa sociedad por que, de pronto, le ha parecido injusta, explotadora, enemiga y tiránica. Todas o la mayor parte de las tiendas Maggi en París, han sufrido la misma suerte que éste, enclavado en un rincón de l'Echaudé Saint-Germain.

Cuando el establecimiento no es más que un montón de escombros, llegan jadeando unos cuantos agentes policíacos. Suenan gritos atronadores de *¡Viva Francia! ¡Mueran los cochinos!*, y otros aún de un carácter más apropiado al espectáculo. Una mujer del pueblo, de tez morena y rubicunda, se abre paso a empellones entre las apiñadas filas de curiosos y

energúmenos contenidos por la policía; y recogiendo sus faldas con un movimiento tan fácil que parece habitual, se agacha sobre el letrero *Maggi* que yace por los suelos, para hacer a sus costas algo que sólo a la niñez está permitido hacer públicamente. El pueblo aplaude a rabiar y los agentes sonríen, benévolos y maravillados.

Escenas semejantes se han repetido en París durante los últimos días. Una tienda de comestibles ha sido saqueada, por haber intentado su dueño sacar partido de la situación subiendo los precios de las mercancías. Un café ha sufrido serios desperfectos, por haber cobrado un mozo a un militar 70 céntimos por un *bock* de cerveza. En casi todos estos casos, la autoridad ha intervenido con mayor o menor eficacia. Y parece que el Prefecto de policía, — que viene a ser lo que en nuestro lenguaje diríamos el Gobernador civil de París, — está dispuesto a tomar medidas rigurosas, ante el temor de que arrecien las furias populares.

Los periódicos de hoy aparecen en su mínima expresión posible. *Le Journal* y *Le Matin*, publican tan sólo una hoja. Las noticias que insertan son breves y escasas. Los alemanes han invadido Bélgica. No se conocen detalles de esta violación inaudita. Dos hechos importantes ocupan con preferencia la atención del público. Italia ha proclamado su neutralidad; Alemania ha declarado la guerra a Francia y su Em-

bajador abandonó ayer tarde, al anochecer, la capital francesa.

He ahí otra noticia en extremo interesante para mí. Algunos miembros del Instituto, el primer centro científico y literario de Francia y el más noble del mundo, han ingresado en filas. Estos señores son: Mauricio Barrès, Edmundo Rostand, Chavanne, Lamy y Pedro Loti. Estos buenos patriotas van a trocar las palmas académicas y el sillón doctoral por los duros trabajos de los hijos del pueblo. Ello es un ejemplo más de ese sentimiento admirable que observaba ayer en casa de Mme. Gognéry. Ante el peligro que amenaza a Francia, todas las rencillas desaparecen, como todas las categorías, para fundirse en un solo impulso que dé por resultado un máximum de resistencia heroica.

El Prefecto de policía y el Gobernador militar de París, han acordado suspender los medios de locomoción y ordenar que se cierren los cafés y restauranes a las ocho. Estas medidas serán puestas en vigor a partir de esta noche. París, la enorme ciudad bulliciosa y alegre, va a caer súbitamente en el sopor de una paz medioeval. Por este tiempo, hay todavía en París, a las ocho, una luz mortecina y difusa que se diluye en el aire empañado por la niebla del río. Será un espectáculo interesante y melancólico ver a esta hora las puertas cerradas y las calles desiertas, resonando con el rumor de pasantes tardíos. Sólo falta que también se extingan los mecheros pú-

blicos al anochecer. Si el caso llega, será ocasión de ir a rondar una noche por los alrededores de Cluny, para ver si vaga entre las ruinosas arcadas claustrales la sombra austera y dulce de Abelardo.

Al mediodía, el espacio que cada pensionista ocupa junto a la mesa se ha vuelto tan angosto, que las indispensables maniobras corteses que el arte de bien comer exige, se hacen casi impracticables. Todo efecto procede de una causa eficiente. La que motiva el acrecimiento de nuestra estrechez, radica en la llegada de dos nuevas pensionistas. Estas son dos jóvenes rusas procedentes, una de la playa de Saint-Malo, en la costa occidental de Francia, y otra del famoso balneario de Contrexeville. La primera es profesora de una escuela de niñas en Polonia, y se llama, en francés, Mlle. Rachel; la segunda, Mlle. Hélène, acompaña a un viejo persa, puesto al servicio del Sha dimitido, que habita en Odesa. Mlle. Rachel es un tipo judío. Nariz corva, ojos ligeramente oblicuos, pómulos salientes, labios gruesos, lascivos y torpes. Mlle. Hélène es pequeña, tímida y apacible. Su voz es clara y sosegada. Tiene los ojos negros, pero límpidos, y el rostro fino y atezado. Su tipo es meridional, con todas las características de esas españolas de exportación que brillan en los tablados europeos, acompañadas de un anuncio que dice: *De la cour d'Espagne.*

Durante la comida experimentamos un calor sofocante. Las ventanas están abiertas de par en par sobre

el jardín sombrío. Por encima de las casas vecinas asoma el campanario de Saint Germain-des-Prés, con su cúpula pizarrosa, que brilla al sol con reflejos metálicos. En todas las mesas del mundo y más aún en las mesas de Francia, es casi obligatorio hablar por hablar; nosotros, naturalmente, hablamos de la guerra. Abundan las dudas y los temores sobre el resultado final de la lucha. Sin embargo, hay un punto de coincidencia casi general: los alemanes son unos bárbaros, casi salvajes, cuya destrucción se impone a la humanidad.

Es curioso observar que esta saludable pero arriesgada operación, no se encomienda a Francia tan sólo, sino que se procura hacer solidarias de ella a todas las naciones del globo. Las muchachas manifiestan proyectos de destrucción rápidos y expeditivos. Mlle. Rachel, la rusa judía, se singulariza por sus instintos sanguinarios. Dice que no quiere entrar en la Cruz Roja, como la mayoría de las pensionistas, porque si le viniera a las manos un herido alemán no podría contener el impulso de retorcerle el pescuezo. Al manifestar sus instintos feroces, Mlle. Rachel acompaña sus palabras de variados movimientos de retorsión imaginaria, que aumentan la estrechez y congoja de sus convecinos. Mlle. Mireille, la hija mayor de la dueña, muchacha deliciosa que es todo un carácter de mujer, sonríe maliciosamente.

Alguien recuerda entonces a M. Dolbatsch, el oficial prusiano, ex pensionista, que debe estar ya en Sarre-

burg, pronto a batirse. La escena cambia de aspecto en seguida. Todas las muchachas exclaman a coro: «¡Pobre M. Dolbatsch; pobre M. Dolbatsch!» Se refieren en seguida mil detalles cómicos o bondadosos de este personaje lento y fatigante, pero de un candor infantil e inagotable. Es curiosísimo oir de labios de estas lindas muchachas que odian hasta la muerte a los alemanes en abstracto, el elogio más afectuoso y sentimental que pueda hacerse de un oficial prusiano, el único alemán que ellas han visto en carne y hueso. Y cabe pensar en esos millones de hombres que a estas horas están dispuestos a matarse, — sin que haya mediado entre ellos ofensa alguna personal, porque jamás se han visto, — que se amarían también entre sí, caso de haberse conocido, como esas muchachas de París aman a M. Dolbatsch, el oficial prusiano, porque las hacía bailar durante las noches claras de la primavera tocando valses lánguidos y desconocidos de más allá del Rhin.

Por la tarde vamos, mi amigo Trabal y yo, a la comisaría. El espectáculo de los extranjeros que esperan a la puerta para obtener un permiso de residencia en París, es desconsolador y pintoresco a un tiempo. Entramos en las filas, apretadas, lentas en el avance, bajo la lluvia del sol abrasador que inunda la calle de l'Abbaye. Un joven empleado en la comisaría, alto, rasurado y fumando una pipa, con un aire de Sherlock Holmes procaz y empedernido, contiene y encauza

los movimientos bruscos e impacientes que se producen en nuestras filas. El espectáculo que ofrecemos debe ser sugestivo. No se hallan entre nosotros dos cabezas semejantes, ni dos pares de ojos del mismo color, ni dos lenguas que hablen el mismo idioma.

Hay ingleses, rusos, polacos, griegos, turcos, africanos, persas, suecos, japoneses, americanos de las dos Américas y de cada una de las innúmeras repúblicas en que se subdividen, suizos, búlgaros, rumanos, montenegrinos, serbios y otras variedades balcánicas, chinos, noruegos, daneses, un portugués escuálido y mi amigo Trabal y yo, que con él completamos la representación de la península ibérica. Los matices de color ofrecen contrastes sensacionales; al lado de una inglesita rubia, limpia como el nácar, con ojos de cristal azulado, aparece el cutis negro y lustroso de un senegalés, y sus ojos se revuelven ardientes, inyectados de sangre. Hay corbatas claras para rostros morenos y sombreros de formas insólitas, anticuadas o fabulosas. Si pudiéramos ver en el fondo interior de sus copas, leeríamos los nombres de Londres, Chicago, Budapest, Pekín, Coimbra, Atenas, Estocolmo, Cienfuegos y Teherán.

Todos los sastres del mundo han contribuído a vestir esta turba exótica y abigarrada. Hay chalecos con doce botones que cierran cuidadosamente toda la curva abdominal, como un relicario, y otros hay que se sostienen por milagro dejando el pecho franco

y descubierto. Y sobre tantas diferencias exteriores, la confusión horrible de las lenguas, esforzándose todas por medios diversos para expresar a borbotones y de modo imperfecto, esa luz de espíritu que brilla en el fondo de los ojos humanos.

Cuatro horas mortales hemos tenido que aguardar, mi amigo y yo, a la puerta de la comisaría. Cuando por fin nos ha sido entregado el permiso de residencia en París, hemos vuelto a casa para lavarnos y descansar. Sin que tengamos parte en la guerra, venimos de librar una verdadera batalla de polvo, de sudor, de cansancio y de hastío.

Después de cenar, con la esperanza de ver el espectáculo que ofrecerá París de noche, salimos de la pensión Mlle. Mireille, su hermana menor Geneviève, Mlle. Rabier, mi amigo Trabal y yo. Nuestra desilusión es completa. Nada de sombras medievales en las avenidas desiertas y obscuras. Las calles están iluminadas como de costumbre, y la animación todavía es mayor a causa del cierre de los cafés, restauranes y otros establecimientos similares. Los coches circulan en gran número, ocupados casi todos ellos por el elemento militar. Tan normal y corriente es el aspecto de los bulevares, que decidimos abandonar el centro de la ciudad para encontrar más aire y más holgura a orillas del río.

La noche es clara, transparente, luminosa. Brilla en lo alto la luna, con un halo diáfano que la circunda.

Vamos andando por las orillas del río, bajo los árboles que se inclinan sobre el parapeto. El agua corre mansa, lenta, bajo los ojos obscuros de los puentes. Las lucecillas rojas, amarillas y verdes que brillan en lo alto, proyectan un reguero palpitante de luz, que parece hundirse hasta el fondo del río.

De pronto Mlle. Mireille da un grito de sorpresa y extiende un brazo hacia lo alto. Una faja de luz blanca, tenue, ciñe toda la bóveda nocturna y se mueve despacio en el silencio y la paz de los cielos. Es la proyección luminosa del reflector emplazado en el « Aéreo Club », para vigilar una posible agresión de los dirigibles alemanes. El haz de rayos aparece más intenso sobre los tejados del Louvre y va palideciendo hasta perderse en la profundidad del infinito. ¿Vendrán los alemanes esta noche?...

Pero la noche es tan bella, que el signo del reflector, que nos recuerda en silencio la guerra y sus horrores, no alcanza a turbar ni un instante el sosiego del alma.

Miércoles, 5 de agosto

La gran metrópoli dormita en silencio, como una ciudad provincial. Ha muerto en París casi toda la vida del espíritu. No hay museos, exposiciones, conciertos ni teatros; no hay impresores, ni libreros. No hay más que soldados. De todas las nobles instituciones de cultura, sólo permanece abierta, como un faro en la noche, la Biblioteca Nacional, con dos únicos lectores : mi amigo Trabal, en la sección de manuscritos, y yo, en la de impresos.

La otra tarde me encontraba solo, trabajando en el inmenso salón de lectura vacío. Había más de tres millones de libros a mi alrededor. De pronto, al levantar los ojos en un momento de fatiga, me di cuenta de mi espantosa soledad. Un extraño temor se apoderó de mí. ¿Qué podía hacer yo solo en medio de tres millones de libros? En sus filas ordenadas y prietas se contenía todo el caudal de la cultura humana, todo lo que el hombre ha pensado y sentido desde el origen

de la inteligencia. Para mantener este esfuerzo colosal y para perpetuarlo, es necesario un verdadero ejército de investigadores sagaces y de creadores poderosos. Y sin embargo, en un momento dado, imprevisto, ese ejército de la cultura ha abandonado su cuartel general, su casa y su templo, para ir a luchar en los campos de batalla, sin saber por qué, impulsado por una fuerza brutal que, aunque sea prácticamente necesaria o inevitable, no deja de resultar espiritualmente estúpida y monstruosa. Y he ahí por qué yo me he quedado solo, abandonado, perdido, en medio de esta sacrosanta soledad.

Si el ejército internacional de la cultura, convertido de improviso en ejército de la barbarie, pereciese por completo en los campos de batalla, los pocos que quedáramos de él en el mundo nos hallaríamos en una situación semejante a la de aquellos monjes medievales que, — tras las ásperas luchas con los bárbaros y una vez reanimada por las manos solícitas de Carlomagno la flor exangüe y deshojada de la cultura clásica, — pusieron todos sus amores y todos sus desvelos en guardar los tesoros de ciencia y poesía salvados del naufragio. Cuando yo alzaba los ojos la otra tarde en la Biblioteca Nacional, solo y en medio de un tan grave silencio, comprendí que las horas actuales pesarán en la historia del mundo. Esta guerra que va a empezar tendrá en su desenlace algo de irreparable y decisivo. A través del tiempo, el año

de 1914 será una fecha lejana y memorable, más que 1870 o 1648, como 1793 o quizá como 1453. Pero, en último término, triunfará el espíritu.

Esta espantosa guerra que ha desorganizado el ejército de la cultura, será a su vez vencida y dominada por él. Y la misma destrucción actual será la causa de un enriquecimiento futuro. Dentro de un siglo la guerra de 1914, convertida en materia de estudio, estará reducida a algunos centenares de volúmenes llenando una estantería de esta misma Biblioteca Nacional, abierta antes y después a todos los eruditos del mundo, y hoy tan abandonada y triste, con un ujier anciano dormitando a la puerta, y un solo estudiante español que trabaja en el vasto y silencioso recinto, mientras sus colegas de uno y otro bando se destrozan miserablemente en los campos de batalla.

Pero, ¿qué aspecto presenta París, el París callejero? La casa de Mme. Gognéry, las conversaciones de los pensionistas, el saqueo de las tiendas *enemigas*, la soledad de la Biblioteca Nacional, son elementos que me ayudan a formar un juicio adecuado de los sentimientos y de los afectos que la guerra despierta y produce en el alma de París. Pero, el « cuerpo », las calles, las casas, los paseos y jardines, ¿qué aspecto presentan?

En la mañana de hoy, mientras tomaba el desayuno en mi cuarto, he hecho un largo examen de la situación. Los medios de transporte son muy escasos, a estas horas, en París. No hay más que el *metro* y algunos inseguros tranvías eléctricos. El primero no sirve para mi propósito de recorrer la población, porque su desarrollo es casi por entero subterráneo; los segundos, además de otros inconvenientes, se dirigen tan sólo a las afueras. Pensar en un *fiacre* es pensar en lo imposible. Pero abandonar mi propósito de ver el aspecto exterior de París, sería un grave pecado contra la más lícita de las curiosidades. De esta suerte, después de dar vueltas y más vueltas al asunto y no hallando a mi alcance otro medio mejor, me he echado a la calle cerca de las ocho.

He recorrido a pie las distancias enormes que separan la Plaza de la Bastilla y la de la Estrella, la Plaza de Italia del Parque Monceau. París está cuajado de banderas, desplegadas en el silencio de las calles. Todas las tiendas están cerradas. El espectáculo es sorprendente. Jamás se había visto en París una tal profusión de estandartes. Los hay en las grandes avenidas, en los bulevares, en las plazas y en todas las calles y callejuelas. Banderas francesas, inglesas, rusas y belgas. Cuando la última visita del Rey de Inglaterra, el adorno exterior de la ciudad, su aspecto callejero, era muy inferior al que ofrece en estos trágicos momentos. Un extranjero llegado a

París, ignorando el conflicto internacional, creería hallarse en medio de una gran festividad popular. Sólo el silencio que reina en todas partes hace advertir la anormalidad presente. Al andar por las calles, se tiene la impresión de que todo el pueblo de París, en fiesta, se halla reunido en las afueras, en Longchamps o en Vicennes; se tiene la ilusión de que, al doblar una esquina o al cruzar una calle, aparecerá de pronto a nuestros ojos una manifestación imponente y alegre, y nuestros oídos se engañan a cada paso creyendo escuchar a lo lejos el rumor de las músicas y los gritos del pueblo. Pero nos cansamos de andar por las plazas desiertas y las grandes avenidas interminables, cubiertas de banderas a millares, sin dar con la causa de tan extraña y pintoresca manifestación en silencio.

Hay, sin embargo, en todas las calles una explicación inmediata de tan extraordinario suceso. Todas las tiendas están cerradas, y sobre casi todas las puertas o pegado a los cristales de los escaparates, hay un cartel que anuncia la causa del cierre del establecimiento. *El propietario de la tienda, perteneciente al 8.º cuerpo de cazadores, ha partido a la guerra. ¡Viva Francia!*

La lectura de estos avisos es interesante y a veces amena. El tipo del cartel vulgar y el más usado es el siguiente : *Cerrado a causa de la movilización.* Otros son más explícitos y manifiestan los sentimientos

religiosos o patrióticos de sus redactores. Por ejemplo: *M. Britou, propietario de esta quincallería, ha partido a la guerra. Rogad por él y por el triunfo de nuestra patria invencible. ¡Viva Francia! ¡Viva Juana de Arco!* En la calle de Lafayette he leído el siguiente cartel: *El dueño y los dependientes de esta casa han partido a la guerra y confían al pueblo de París la custodia del establecimiento. ¡Viva Francia!* Todas las puertas estaban abiertas. El pueblo miraba hacia adentro con religioso temor. Y los vecinos del barrio custodiaban, por turno riguroso, la tienda confiada al pueblo de París.

Las casas que podrían parecer sospechosas por los nombres extranjerizados de sus dueños — los Bertheim, los Krauss, los Calmann y tantos nombres de judíos franceses, — o a causa de su rótulo equívoco, — como *Panadería vienesa,*—ostentaban también sendos letreros, con fervientes protestas de patriotismo y complicadas reproducciones del árbol genealógico del propietario, para demostrar al pueblo que la casa en cuestión es de pura cepa francesa. El pueblo lee en silencio estas explicaciones, y se aleja satisfecho.

Al entrar en mi cuarto, me siento cansado, rendido, después de haber trazado a pie una cruz enorme sobre el pavimento de París. He visto muchas cosas curiosas, interesantes. He oído hablar al pueblo, a lo que se lla-

ma el pueblo por antonomasia, en sus barrios típicos de Parmentier y de la Plaza de Italia. Ahora quisiera condensar y resumir mis impresiones en el cuaderno de apuntes, encerrado en mi cuarto de estudio, a merced del reposo nocturno. Pero me siento fatigado en demasía y, sobre todo, no puedo apartar de mí el recuerdo de una escena emocionante, que he presenciado esta tarde. Mis impresiones de hoy, en general, las dejaré para otro día; pero ésta, no. Ésta quiero consignarla en seguida, para que no pierda con el tiempo ni un destello del fulgor desusado con que aparece ahora en mi alma. Yo no sé si el cansancio físico que experimento influye en mi modo de apreciar este suceso; pero yo creo que la impresión que he recibido de él la guardaré toda mi vida.

Era en la Estación del Este, a las tres de la tarde. Yo pasaba al acaso por el Bulevar de Estrasburgo. De pronto he visto una infinidad de coches que se dirigían hacia la estación, llenos de soldados. Éstos son, he pensado, los que van a batirse en la frontera de Alsacia y Lorena. Y he sentido al instante una curiosidad grandísima de verlos partir. ¿Sería posible entrar en la estación? Las puertas estaban guardadas militarmente. Sólo se permite el paso a los soldados que parten y a sus familias. Ya casi había renunciado a mi deseo, cuando de pronto veo un grupo muy numeroso de soldados y paisanos que se estrujan a la entrada de una de las puertas. Me dirijo corriendo

hasta allí y, después de indecibles sudores, consigo deslizarme hacia adentro.

Los andenes presentan un aspecto imponente. Bajo el enorme cobertizo de hierro, la luz es gris y el aire húmedo y denso. Entre humaredas turbias y sofocantes, seis trenes militares están aguardando vacíos, con las puertas abiertas. Los soldados que parten están todos con sus familias en el andén. Se oyen silbidos estridentes de las locomotoras; pasan empleados corriendo; suena el timbre del telégrafo con un tintineo nervioso y continuo.

El espectáculo es inolvidable. Los que parten hacen esfuerzos para esconder y disfrazar sus pensamientos. El carácter francés se revela con un vigor admirable en estos momentos únicos. Los soldados ríen y juegan entre sí, dándose empellones y manotadas en las fuertes espaldas. Unos se llevan botellas de vino, otros compran tabaco, y todos marchan a la guerra al parecer tranquilos, la sonrisa en los labios, pero con un destello febril en el fondo de los ojos ardientes.

¿Y esos que quedan? ¿Qué hacen esos que se quedan? Esos son, sencillamente, los más admirables de todos. Miradlos, mejor dicho *miradlas*. No hay más que mujeres con algunos niños y otros tantos viejos. Miradlas, a estas mujeres de Francia. Esas son las que, sin poder hacer nada, pasivas, rezando y llorando, van a presenciar desde el principio hasta el fin, cruzadas de brazos, la ruina o la gloria de su nación. Cruzadas de

brazos, inmóviles, pero con toda el alma puesta en los campos de batalla.

Esas son las mujeres que, como Mme. Gognéry, prefieren ver a sus hijos muertos antes que rendidos. Sus rostros pálidos y finos se mantienen tranquilos con una tenacidad heroica. Yo veo a las claras que sus gargantas están hinchadas de lágrimas que no pueden salir por los ojos, y sus pechos estallan por no poder sollozar. Ni una sola ha dejado escapar un grito de dolor. Están junto a sus hijos, a sus padres y hermanos o amantes, y no dicen nada, no pueden decir nada, porque, al abrir los labios, saldría afuera el torrente de dolor que las azota el alma. Y todas han hecho, sin decírselo, el juramento de no llorar ante los que se van. De cuando en cuando veis que se acercan con un impulso tembloroso y febril al amado; y cogiéndole con los dedos crispados, rígidos, que deben clavarse en la carne, le besan furiosamente, rabiosamente, cerrando con fuerza los párpados que se tiñen de un color violáceo, de martirio.

De pronto suenan las señales de partida. Se dan los postreros abrazos, quizá los *últimos*. Todos los soldados suben a ocupar los vagones. Las puertas se cierran y las cabezas asoman a millares por las ventanillas abiertas. Los trenes se ponen en marcha. Resuenan en los vagones gritos y cantos patrióticos. Sobre los muelles, las mujeres quedan solas con sus niños y viejos, y yo observo, a la luz que va entrando

en el inmenso cobertizo desalojado por los trenes, que sus rostros se cubren de una palidez mortal. Una de ellas, una mujer del pueblo, levantando un brazo en alto puede gritar aún a su hijo, que se pierde a lo lejos: *¡Mátalos, mátalos, hijo mío!...*

Cuando los trenes han desaparecido por completo, queda un gran cacho de cielo abierto y luminoso, en la lejanía. La muchedumbre de mujeres, mudas e impasibles, continúan mirando sin ver, hacia el fondo. Un silencio incomparable, absoluto, reina por todas partes. Jamás he escuchado un silencio tan grande y profundo.

De pronto, he ahí la impresión que yo recordaré toda mi vida. Estaban las mujeres unas al lado de otras, pero separadas por los espacios vacíos que habían dejado los soldados al partir. Estaban así, fuertes, tenaces, pálidas, pero sin derramar ni una lágrima. Mas al desaparecer el último rastro de los trenes, cuando no quedaba en el andén ni un solo soldado, en medio de aquel estupendo silencio que he dicho, se ha alzado de pronto un sollozo gigantesco, pero tierno a la vez y femenino; no un sollozo de rabia, de sorpresa, o de dolor carnal, sino un gemido inmenso de amor contenido, de amor desesperado, de amor infinito y entrañable.

Entonces ha sucedido algo anormal, que yo jamás hubiera sospechado. Todas esas mujeres, pobres o ricas, desconocidas entre sí todas ellas, que nunca se habían

visto juntas ni volverán a verse jamás, se lanzaron unas contra otras en un abrazo sofocante. Y, así, confundidas en un apiñado montón, han llorado largo tiempo, a escondidas, por esta guerra que Francia no quiere ni ha querido, y por la cual ha hecho hasta el último instante el sacrificio de su honor.

Mientras lloraban las mujeres, yo estaba olvidado en un rincón, lleno de espanto...

Jueves, 6 de agosto

Cuentan que durante la guerra de 1870, el primer Teatro Nacional de Francia mantuvo casi sin interrupción sus puertas abiertas al público. Y hasta me parece haber leído que durante los días más calamitosos de 1793, en pleno Terror, algunos teatros continuaron sus representaciones. Los burgueses pacíficos y los tenderos de espíritu casero y sosegado, pudieron de este modo olvidar por las noches, por espacio de breves horas, los espeluznantes sucesos que turbaban su tranquilidad durante el día.

Estos rasgos de buen humor, ciertos o dudosos, se refieren en Francia como una vanagloria nacional. Desde los primeros días de la guerra, se dijo en París que también esta vez permanecerían abiertas al respetable público las puertas de la Comedia Francesa. Sin embargo, al pasar ayer junto al Teatro Nacional, un pelotón de curiosos agolpados delante de las puertas me advirtió de que ocurría algo extraordinario.

La reunión de transeuntes ante la casa de Molière y Racine era motivada por el siguiente aviso, pegado a una columna del pórtico famoso :

LA COMEDIA FRANCESA SUSPENDE
PROVISIONALMENTE
SUS REPRESENTACIONES

Obedeciendo a sentimientos que el público parisiense estará unánime en reconocer, después de consultar la opinión del Subsecretario de Estado para las Bellas Artes, el Comité investido de los poderes administrativos en ausencia de M. Carré, ha acordado suspender provisionalmente las representaciones de la Comedia Francesa.

Estos simples renglones de prosa complicada y burocrática, advierten al público que debe renunciar por completo a una de las más gratas expansiones de la vida civil. Porque es casi innecesario añadir que todos los teatros de París han sufrido, con anterioridad, la misma suerte que la Comedia Francesa. La lista de las diversiones de que dispone actualmente la capital, es curiosísima por lo reducida. He ahí, por ejemplo, la de anteayer, día 4, que es la que tengo a mano:

Por la tarde: *Grandes Almacenes Dufayel* (concierto y cine de dos a seis); *Gaumontcolor* (otro cine, como su nombre indica); *Jardín de Aclimatación; La Casa*

eléctrica (diversión excéntrica para uso de los extranjeros de bulevar); *El Turista* (vaporcito con restaurán que hace la travesía de París a Saint-Germain-en-Laye); *Museo* y *Teatro Grevin* (figuras de cera y atracciones varias); *Torre Eiffel* (subida en ascensor hasta el segundo piso nada más). Por la noche: *Jardín de las Tullerías* (representación deficiente y adulterada de *La Vie de Bohème*, de Puccini); *Baile del Moulin Rouge; Baile Tabarín; Ba-ta-clan* (concierto parisiense, con título que nos retrotrae a Luis Veuillot); *Cine-Magic; Cinema-omnia-Pathé; Cinema Palace; Circo de Invierno* (otro cine); *Electric Palace; Enghien* (restaurán y casino en las cercanías de París); *Luna-Park* (atracciones diversas al aire libre); *Magic-City* (otra variedad del mismo género); *Pathé-Cinema; Ternes-Cinema* y *Tívoli-Cinema.*

De esta suerte París, la ciudad famosa por la universalidad de sus placeres, donde encontraron solaz gustoso y diversión desde el buen rey Eduardo VII, que Dios tenga en su gloria, hasta el hortera de *César Birotteau*, se halla hoy reducida al exiguo número de espectáculos de que disfruta, en tiempos normales, una simple capital de provincia de tercera clase.

Esta estrechez y carestía se echa de ver reflejada en los rostros macilentos y tristes de los extranjeros de bulevar. Los restos de la caterva inagotable de sudamericanos sonrientes, europeos menores y asiáticos fastuosos que se exhibía en las terrazas de los bule-

vares, sorbiendo *bocks* y chupando cigarros descomunales en un éxtasis vago y soñoliento, andan ahora dispersos y desocupados durante el día, arrastrando el infortunio inmenso de su riqueza inútil. Para colmo de males, en cuanto obscurece les echan de los cafés con una ingratitud sin ejemplo. Y ya no les queda más remedio que tomar el tren.

Para distraer los ocios de esos favoritos de París caídos en desgracia, un editor innominado ha dado a luz una hoja macabra, que los vendedores proclaman a grandes voces por el bulevar. Llámase *El testamento de Guillermo.* Una cabeza de cochino, cubierta con el casco prusiano, ocupa casi por completo la primera página. Luego, en el interior de la hoja, se hallan consignadas las disposiciones del supuesto testamento del Emperador. Huelga decir que, en previsión de su próxima muerte, se atribuyen al jefe del Imperio alemán un sin fin de patochadas bufonescas que deben ser pasadas en silencio. El libelo es un curioso ejemplar de esa literatura canallesca y soez que nunca falta en las grandes conmociones sociales. Hace muy pocos días, con motivo del proceso instruído por la muerte de Calmette, se voceaba por las calles un producto semejante, que entonces se llamaba *El testamento de Mme. Caillaux.* En su ignorado retiro actual, la esposa del ex Ministro podrá leer, puesta tranquilamente en salvo, ese documento que recorrió todo el bajo París durante varios días.

Con la suspensión de la vida normal y la marcha de los extranjeros que visitaban la ciudad, los hoteles van quedando vacíos. Ante las puertas del Hôtel del Louvre, vi ayer un espectáculo desusado. Unos cuantos ingleses de ambos sexos, quizá los únicos huéspedes que tiene el hotel, estaban sentados bonitamente, tomando el fresco, a la puerta. Ellos con gorra y fumando sus pipas, en zapatillas; ellas con la cabeza descubierta, vestidas con blancos trajes de tocador, y todos juntos sentados en actitud digna sobre el propio peldaño de mármol que está a la entrada del hotel, de manera que el paso quedaba obstruído. Todos miraban con grande insistencia, en silencio, a lo lejos, hacia el fondo de la avenida que cierra la mole obscura de la Grande Opera, con su cúpula verde en lo alto. Yo también volví los ojos hacia aquel lugar. No vi nada digno de contarse: todo estaba como de costumbre.

La noticia del día es el sitio de Lieja por los alemanes. Los periódicos refieren que las tropas del Kaiser han encontrado a su paso una resistencia formidable, que jamás podían sospechar. Los fuertes de Lieja no sólo se mantienen intactos y se defienden con un vigor inaudito, sino que causan pérdidas enormes a los alemanes. Se combate sin tregua ni descanso con la ayuda de reflectores, durante la noche. Los alemanes dan asaltos continuos y con un empuje brutal, despreciando el peligro. Pero Lieja resiste heroicamente, con un valor sin ejemplo.

¿Será cierto lo que cuentan los periódicos franceses? El espíritu popular ha reaccionado en París. Las primeras noticias de la guerra produjeron como una suspensión en el espíritu público. La actitud de todo el pueblo de París fué de estupor, de duda, de inseguridad. ¿Que ocurrirá? ¿Estamos preparados para la guerra? ¿Nos ayudarán los ingleses? Y todo el mundo acarició hasta el último instante la vaga esperanza de que se encontraría un medio para mantener la paz. Actualmente, el sentimiento popular ha renunciado por completo a esa esperanza de conciliación. No hay más remedio — se ha dicho el pueblo. — Nosotros no queremos la guerra. Pero Alemania está empeñada en ir a ella. No podemos perder el tiempo mientras los enemigos movilizan sus fuerzas enormes con una rapidez prodigiosa. Es preciso que toda la nación se alce unánime para resistir la injusta agresión. ¡Viva Francia!

Y Francia se ha alzado como un solo cuerpo, con una alma sola. La lectura de la sesión que tuvo el Parlamento francés, el martes último por la tarde, es instructiva y conmovedora. El discurso del Presidente del Consejo, M. Viviani, pronunciado en medio de un silencio profundo, interrumpido tan sólo por salvas formidables de aplausos, ha puesto fuera de duda la premeditación del Gobierno alemán, dirigida a provocar a toda costa el conflicto europeo.

Esta explicación del proceso que ha seguido la crisis

de la paz y el sentimiento inmediato del peligro nacional, han bastado para hacer desaparecer todas las innúmeras parcelas que dividen el campo político de Francia. Ni el asesinato cobarde de Jaurès ha logrado destruir un solo instante esta perfecta y conmovedora unión de todos los hombres políticos. La guerra actual ha sido considerada en Francia, desde un principio, como una guerra santa en la cual se confunden para el pueblo francés, el instinto de independencia patria y el deseo caballeresco de libertar al mundo de un poder opresor, bárbaro, despótico y feudal, representado por el militarismo prusiano. El Secretario de la Confederación general del Trabajo, M. Jouhaux, pronunció durante las exequias de Jaurès las siguientes palabras, que constituirán un documento definitivo para los historiadores futuros de la guerra actual: «Contra el imperialismo germánico, los obreros tienen el deber de convertirse en soldados de la libertad, a fin de conquistar para los oprimidos — para los demás tanto como para sí mismos — un régimen liberal como el nuestro, creando así la armonía internacional bajo la salvaguardia de todas las naciones.»

Los directores de la opinión pública en Francia, han insistido durante estos últimos días en inculcar al pueblo esa manera característica de enfocar el conflicto europeo. La lucha que va a empezar, se ha dicho, traerá como consecuencia el triunfo definitivo de uno de los dos grupos contendientes. El vence-

dor dominará los destinos de Europa durante largos años. En la victoria de la *Triple Entente*, imperará la orientación pacifista en el sentido armónico de respetar las nacionalidades vivientes y todos sus derechos adquiridos, desterrando poco a poco, hasta llegar a aniquilarlo, el régimen armado. Pero si, por el contrario, triunfara Alemania, Europa se vería dominada, oprimida por el puro espíritu de raza, fanático y destructor, y la evolución social, tal como está orientada en nuestros días, sufriría un retraso considerabilísimo, por no decir una desviación irreparable. De esta suerte se han hecho solidarias en espíritu a todas las naciones *modernas*, de la acción que Francia viene obligada a sostener contra un pueblo *medieval*.

Esta exposición del problema planteado por la guerra es, como todas las explicaciones deliberadamente claras y simples, no poco incompleta. Su claridad se obtiene a costa de su precisión. Dice algo, pero calla mucho más. Contiene parte de verdad y se esfuerza en representarla toda. Pero, en cambio, es asequible a la inteligencia popular. Es una verdad de manual, verdad a medias, pero útil, cómoda y, sobre todo, expedita.

Por la noche, durante la cena, se habla de la guerra en la pensión. Los periódicos de la tarde anuncian que el sitio de Lieja continúa, y proclaman este hecho como una gran derrota de los alemanes. Alguien sospecha que si éstos se apoderan al fin de la ciudad sitiada, como

es probable, se dirigirán sobre Namur, que es la línea directa para llegar hasta Maubeuge, en la frontera de Francia. En Maubeuge es donde se halla el hijo de Mme. Durieux. Sólo al oir el nombre de aquella plaza fuerte, Mme. Durieux se estremece. Hace algunos días que apenas toma alimento y pasa las horas rezando en la iglesia de Notre-Dame-des-Victoires.

Después de cenar pasamos al salón, donde se organiza una tertulia íntima. En estos instantes es cuando se encuentra a faltar al oficial prusiano, M. Dolbatsch, que tocaba el piano durante tres o cuatro horas sin fatigarse. A veces casi tenían que echarle, para que no siguiera tocando hasta el día siguiente.

Mi amigo Trabal y yo jugamos a las damas. Un círculo de muchachas nos contempla. De pronto, una de ellas exclama:

— Vamos a ver. Las damas blancas serán la *Triple Entente* y las negras la *Triple Alianza*. A ver quién gana...

Pero antes de plantear el problema, la muchacha se ha cuidado muy bien de confiarme las damas de su protección, porque sabe que yo soy más fuerte que mi amigo. Comienza el juego. Hay a nuestro alrededor una impaciencia febril. Mme. Durieux nos contempla desde el fondo de su sillón. Las damas blancas avanzan paso a paso, alentadas por las exclamaciones animosas de las muchachas. A poco, sus progresos se hacen más rápidos y sensibles al enemigo. Por fin las blancas

llegan a un *doble*. Al ver sus efectos terribles, una muchacha exclama:

— Este es nuestro cañón de 75.

Cuando termina la partida, con la derrota absoluta de las damas negras, suenan gritos atronadores de *¡Viva Francia! ¡Viva Francia!*

Mme. Durieux se sonríe melancólicamente, pensando en su hijo encerrado en Maubeuge.

Viernes, 7 de agosto

Hoy no he salido de casa en todo el día. Llueve desde el amanecer. Nieblas densas, obscuras, empañan el aire, y detrás de los cristales de mi ventana, salpicados por la lluvia, he visto al levantarme el primer cielo otoñal. Cuando la doméstica ha subido a mi cuarto para servirme el desayuno, he sentido la tentación de mandarle que encendiera la estufa.

Marguerite es una moza fea, enjuta de cuerpo y de rostro aplastado, como una vieja pintura mural. Hace ya largo tiempo que sirve en la pensión con una fidelidad constante, invariable. Cuando va de paseo, lleva puesto un sombrero de forma indefinible y se calza unos guantes de algodón azul. El encanto mayor de su vida consiste en salir de París todos los domingos, bailar sin descanso hasta el anochecer y subirse después a la cima de un castaño enorme, para tomar chocolate con bizcochos en las garitas colgantes que pueblan los frescos y sombreados oteros de Robinsón.

Marguerite está triste desde que empezó la guerra, porque su novio ha sido enviado a la frontera del Norte. Su manera total de juzgar a los alemanes se resume en un insulto, breve pero enérgico : *¡Espèce d'ostrogoths!* La palabra « ostrogodos » — ignorada de Amieno Marcelino y de Zósimo, los grandes historiadores del imperio gótico, — representa en el espíritu de Marguerite el máximum de la barbarie y de la vileza humanas.

Todos los días, al verla aparecer en mi cuarto con la bandeja entre las manos, la dirijo la misma pregunta:

— ¿Qué hay de nuevo, Marguerite?

Y ella contesta invariablemente :

— Nada, señor. *Les forts de Liège tiennent toujours.*

« Los fuertes de Lieja siguen manteniéndose ». He aquí la frase que resume todo cuanto sabemos de la guerra en París. Esta frase se lee en todos los periódicos y se oye en todas las conversaciones. Se dice, además, que las pérdidas alemanas son enormes. Mientras tanto, la movilización prosigue en Francia. Con la resistencia heroica opuesta por los belgas al ejército invasor, los alemanes no podrán llegar a la frontera del Norte antes de que el ejército francés haya terminado su concentración. Hace ya cuarenta y ocho horas que los alemanes se estrellan contra los muros de Lieja. En París se asegura que Namur ofrecerá todavía una resistencia mayor. Cuando el ejército alemán llegue a las puertas de Francia, cansado de luchar, se encontrará con otro ejército nuevo e intacto. La resistencia belga,

además, ha levantado de un modo extraordinario el espíritu público. El alma impresionable de los franceses empieza a soñar victorias gloriosas. Si Bélgica ha podido vencer a los alemanes, ¿qué no haremos nosotros? Porque aquí no se dice que los alemanes han sido detenidos en Lieja, sino derrotados, vencidos. ¿Quién nos diría la verdad?...

Se habla otra vez del famoso cañón de 75, de la pólvora Turpin, del valor de los aviadores franceses, de las tropas que van a llegar del Senegal, de un sinnúmero de factores cuya suma, si no la victoria, da a lo menos a Francia un vigor que no había demostrado en los primeros días de la guerra. ¡Jamás los franceses podrán pagar a Bélgica el precio inestimable de su inmolación!

Uno de los efectos más anecdóticamente curiosos de este súbito vigor que la resistencia belga ha infiltrado en el pueblo de París, ha sido la exhumación de toda clase de profecías, augurios, presagios, pronósticos y adivinaciones, que yacían depuestos y olvidados. Desde la predicción tan conocida de Mme. de Thèbes, que auguró, entre otras cosas, la guerra europea, la victoria de Francia y la caída del Imperio alemán para el año actual, hasta las experiencias particulares de quirománticos y sonámbulas, toda la inmensa y vaga floración astrológico-adivinatoria que se nutre en la sombra y el misterio del porvenir, ha reverdecido en París durante estos días. Los mis-

mos periódicos de gran circulación, como *Le Matin* y *Le Journal*, han reflejado en sus páginas este estado sentimental, publicando algunas de las más famosas profecías favorables a Francia. Y he ahí, en pleno siglo XX, en nuestra época tan esclarecida por los grandes inventos, en la Francia actual del laicismo racionalista, un retroceso del sentimiento popular hacia los tiempos más tenebrosos de la Edad Media. La voz de Mme. de Thèbes anunciando al pueblo estupefacto la ruina del Imperio germánico y la victoria de Francia, es exactamente parecida a la del provenzal Nostradamus, favorito de Catalina de Médicis, que a mediados del siglo XVI predecía la muerte de Enrique II, durante un torneo :

Le lyon jeune le vieux surmontera
En champ bellique par singulier duelle ;
Dans caige d'or les yeux luy crèvera :
Deux classes une , puis mourir ; mort cruelle.

Y los acentos apocalípticos con que los augures de hoy anuncian el asolamiento de Europa, recuerdan las *Profecías* del mallorquín Fray Anselmo Turmeda, que, al finalizar el siglo XIV, sirvieron para alentar a los parciales del Conde de Urgel :

Lo cel veig que comanda
Que molta sanch s'espanda,
E de cascuna banda
Morrà molt poble.

Las artes mágicas encuentran de antiguo en París una credulidad pasmosa. Hay en la capital una verdadera legión de aventureros que vive de descifrar lo indescifrable. Y es muy común hallar, entre personas educadas, las huellas inconfundibles de la superstición.

¿Quién no ha visto las ferias bulliciosas, incomparables, de Neuilly, Meudon, Montrouge o Saint-Cloud? Figuran en ellas, con una profusión maravillosa, todos los espectáculos fantásticos y ensordecedores capaces de divertir el corazón sencillo, eternamente joven, del pueblo de París. Las casas de fieras, los circos acrobáticos, los *hombres de fuego*, las montañas rusas, las loterías, los tiros al blanco, las ruletas, los acuariums, las figuras de cera, los achantis y los tíos-vivos movidos al vapor, en todas sus múltiples y pintorescas variedades: vacas de cuernos dorados, cochinos sonrosados y ubérrimos, automóviles, aeroplanos, dirigibles, elefantes y dromedarios. Todo en una baraúnda confusa y delirante, en una rotación enloquecedora de espejos y cristales de color, entre el estruendo de los órganos, el reclamo de los voceadores, los gritos de las muchachas y el humo, pardo y denso, de las locomóviles.

Pero lo que más abunda en estas fiestas, más que los charlatanes y malabaristas, son unas tiendas silenciosas e inanimadas donde se predice el porvenir. Su composición es simple y misteriosa; en ellas no hay vestíbulo alguno, ni taquilla, ni voceros, ni músicos a la

puerta, ni un ser animado a su alrededor. Su funcionamiento es automático en apariencia. Se componen de un gran cuadro de tela mantenido en posición vertical, con dos vallas de madera a los lados, sirviendo de sostén. En la parte superior de la tela, se anuncia con grandes y estrambóticos caracteres el título augural : *Horóscopo de la Vida, La Predicción de la Felicidad, Ker-si-fi-tu o el mago persa, La Ciencia Misteriosa* o *El Talismán de Singapore.*

Una composición pictórica de estilo alegórico y adecuado al caso, llena por completo el resto de la tela. Aquí se trata de representar un viejo mago, con su túnica negra cuajada de estrellas, puesto el mágico cucurucho sobre su cabeza lánguida, la mano derecha apoyada sobre una retorta colosal, rodeado de un torbellino espeso de endriagos y murciélagos. Más allá es una tierna y delicada deidad misteriosa, que aparece sentada en un carro simbólico, arrastrado por cisnes, con una guirnalda de rosas entre las manos blancas, y una caterva bulliciosa de amorcillos desnudos, revoloteando a su alrededor.

En todas esas tiendas, a una altura conveniente, hay unas grietas o hendiduras hechas sobre la tela, y cada una de ellas lleva el nombre de uno de los meses del año. Echando una pieza de diez céntimos en el lugar correspondiente al mes del nacimiento, aparece en seguida, más abajo, por la boca atrompetada de un tubo metálico, un papelito rojo, verde o azul, conteniendo

toda suerte de predicciones favorables o satisfactorias. Y no hay casi una sola de las muchachas de París, alegría y encanto principal de esas ferias, que después de haber recorrido todos los barracones y baratijas, no vaya a preguntar al horóscopo, antes de partir, si su vida será plácida como un ensueño o si son ciertos y creíbles los juramentos de amor eterno que acaba de escuchar entre el torbellino de los tíos-vivos o el vuelo acompasado de los columpios.

En España, las manifestaciones de las artes mágicas aparecen tan sólo en medios populares y gitanescos. No sólo las clases elevadas, sino las intermedias y hasta parte de las populares, están inmunizadas contra esa contaminación. El sonambulismo y la adivinación son en España industrias vergonzosas. En Francia y en Inglaterra, a pesar de su nivel superior de cultura, las artes ocultas tienen echadas profundas raíces y gozan de una cierta beligerancia incomprensible. Jamás creo yo, por ejemplo, que los grandes periódicos de España hablarían de profecías como las publicadas en París últimamente, con toda clase de aclaraciones y comentarios. Y si esas publicaciones han tenido lugar, es, sin duda alguna, porque al pueblo no le extrañan, sino que, por el contrario, le regocijan y deleitan cuando son favorables, y le espantan y aturden cuando son aciagas.

Yo he podido apreciar a maravilla esa popularidad del instinto supersticioso. Las mujeres, en

especial, se han ocupado con gran detenimiento de comprobar los asertos de los adivinos con los hechos que se desarrollan. Este estado curiosísimo del alma popular, que resucita en pleno siglo XX, con una fuerza prodigiosa, las corrientes obscuras de superstición llamadas *medievales* por antonomasia, llega a un grado completamente morboso en el caso de Mme. Parthiker, la vieja inglesa que come en la pensión.

Mme. Parthiker, viuda del *mayor* de su nombre, es una dama correctísima, instruída, muy educada y de una amabilidad exquisita. Pero su estado de superstición reviste formas absolutas, dogmáticas y alarmantes.

He ahí una distinción curiosa. La superstición francesa, como otros tantos vicios de la raza, presenta un aspecto frívolo y amable. La finura incomparable del espíritu francés, ha sabido encontrar para sus supersticiones una fórmula de expresión ligera y atenuada. Al comprobar, por ejemplo, que las profecías de Mme. de Thèbes se cumplen, los franceses se limitan a exclamar, con la sonrisa en los labios: *¡C'est drôle!* ¡Es curioso! En cambio, el carácter inglés de Mme. Parthiker necesita de una mayor seguridad. Mme. Parthiker no puede mantenerse, como los franceses, en un estado de duda aparente, que hace soportable la superstición. Mme. Parthiker necesita adherirse a ella o rechazarla de una manera absoluta, rotunda. Mme. Parthiker no dice: ¡Es curioso! ;

ella siente la necesidad irresistible de afirmar: ¡Es cierto!

La posición adoptada por Mme. Parthiker ha dado lugar a una de las escenas más cómicas que yo he presenciado en mi vida. Gracias a las artes mágicas y adivinatorias, Mme. Parthiker nos ha revelado esta noche, en el salón de Mme. Durieux, la solución de uno de los más grandes problemas actuales. Trátase, nada menos, de la causa que ha producido la guerra europea. Voy a probar de resumir, con toda fidelidad, la escena emocionante de esta revelación trascendental.

Estaba reunida toda la pensión, después de la cena, en el saloncito iluminado por dos mecheros de gas. La noche era fría y desapacible. Se habían cerrado todas las ventanas, abiertas sobre el jardín sombrío, y en pleno mes de agosto la salamandra ardía en el hueco de la chimenea. Formando un semicírculo en medio del salón, todos los pensionistas hablábamos de la guerra. Mme. Durieux presidía el concurso, sentada en un sillón al lado de la estufa, con los pies diminutos descansando sobre un taburete. Mme. Parthiker, instalada en un rincón, el cuerpo erguido, la cabeza coronada con sus grandes mechones de cabellos grises, el rostro flaco y rojizo, los ojillos verdes y relucientes, hacía calceta en una actitud misteriosa e impávida y escuchaba atentamente cuanto se decía.

Dispuesta así la escena, alguien ha venido a hablar de las profecías de Mme. de Thèbes y de las demás que circulan con tanta profusión en París. Entonces, de pronto, Mme. Parthiker ha suspendido su trabajo maquinal, y, con acento misterioso, ha dicho en su francés abstruso, casi incomprensible:

—Todas las profecías hablan de lo que ocurrirá, pero ninguna nos dice lo que ya ha ocurrido.

Estas palabras han provocado una suspensión general. ¿Qué querrá decir Mme. Parthiker? Todos nos mirábamos con extrañeza; alguna de las muchachas se encogía para reir en silencio. Mme. Parthiker ha continuado:

—Quiero decir que nadie habla todavía de la causa que ha producido el conflicto. La gente va diciendo por las calles que ha sido el Kaiser quien ha declarado la guerra, pero ¿por qué la ha declarado el Kaiser?

A la pregunta de Mme. Parthiker han sucedido al instante una infinidad de respuestas. El Kaiser ha declarado la guerra porque tiene odio a Francia, porque está loco, porque su hijo, el *Kronprinz*, le dijo que si no la declaraba se pegaría un tiro, porque los alemanes no caben ya en su tierra y necesitan ganar colonias, por esto, por lo otro y por lo de más allá.

Mme. Parthiker, levantando los brazos en alto y moviéndolos hacia todos lados, como las aspas desvencijadas de un molino, daba signos de gran indignación.

— No, no; nada de eso... Tampoco... ¡Qué horror!.. ¡Qué barbaridad!...

Por fin, nos cansamos de buscar respuestas, algo amoscados por las demostraciones de la vieja. Si el Kaiser no ha declarado la guerra por ninguno de los sendos motivos que venimos aduciendo, ¿por qué será, santo Dios?

Cuando el silencio se hubo restablecido, Mme. Parthiker declaró :

— La causa de la guerra es mucho más sencilla. La guerra no ha estallado por nada de lo que ustedes acaban de decir.

— ¿Por qué se ha declarado, pues? — preguntó alguno con impaciencia.

Y Mme. Parthiker ha respondido, con la voz lenta y gutural :

— Por una momia.

Se ha producido una tempestad de risas escandalosas. Los franceses, de ordinario, saben reirse con una discreción inimitable; pero la revelación inesperada de la vieja inglesa, poniendo de relieve, en un instante, las extrañas creencias que le tienen trastornado el cerebro, ha producido un efecto de hilaridad desconsoladora y deprimente. Sin embargo, Mme. Parthiker no es persona que dé el brazo a torcer al primer contratiempo. De suerte que, habiendo manifestado deseos de ampliar su noticia, y vuelta ya a sus primeros límites la discreción general, todos a una hemos expuesto nuestra conformidad en seguir escuchando sus revelaciones.

Para mayor comodidad y regocijo, se ha hecho venir a Mme. Parthiker hasta el centro del salón. Y una vez puesta allí y hecho un grande y expectante silencio, mientras las ráfagas de viento empujaban afuera los cristales obscuros, la vieja inglesa comenzó a decir:

—Cerca del pozo de Dehir-el-Bahari, donde fué hallada la momia de Ramsés II, hay en Egipto un valle angosto y reducido, que no fué explorado hasta el año de 1903. Por aquel tiempo, un pobre labrador que estaba trabajando en el campo encontró, al acaso, una caja de madera conteniendo una momia. Los trabajos que había visto realizar por comisiones extranjeras despertaron su codicia, de suerte que resolvió guardar la momia para sí en espera del momento propicio para venderla. Dos meses más tarde, la casa del labrador fué presa súbitamente de un incendio espantoso y el pobre hombre pereció entre las llamas. El único objeto que quedó intacto, fué la caja que contenía la momia.

Hallada en el lugar del siniestro, la momia resultó ser de un valor excepcional y, naturalmente — «naturalmente», decía madame Parthiker — fué a parar a manos del Gobierno inglés. Éste resolvió que fuese llevada a Londres sin pérdida de tiempo, y la momia partió de El Cairo custodiada en un buque que, al segundo día de viaje, llegó a las costas de Mesina. Veinticuatro horas después de su llegada, se producían los tremendos terremotos que asolaron aquella región.

Al oir este extremo del curioso relato, Mlle. Geneviève tiene que salirse corriendo del salón, porque la risa le retoza en los labios. Mme. Parthiker, continúa impasible :

— Huyendo de las grandes mareas que se levantaron en el Estrecho, el buque que conducía la momia salió de Mesina y llegó a Londres al cabo de algunos días. La momia fué entregada a una comisión de arqueólogos y depositada luego en el *British Museum*. Así pasó algún tiempo hasta que, un día, el buen rey Eduardo VII fué a visitar el famoso museo. El Rey mostró interés en ver la momia y estuvo largo rato contemplándola. Al volver a palacio, el Rey se sintió ligeramente indispuesto. Al cabo de ocho días había muerto.

Esta vez fué una bandada de tres o más muchachas que abandonó el salón. Sus carcajadas sonoras se oían detrás de la puerta entornada. Yo estaba sufriendo lo indecible para contenerme. Mme. Parthiker proseguía:

— La muerte de nuestro Rey, parece que advirtió a los avisados del gran peligro que entrañaba la conservación y custodia de semejante momia. Se hizo un examen de su historial y se comprobaron los diversos accidentes trágicos que, al parecer, había provocado su presencia en determinados lugares. Por fin, con gran sigilo, el Gobierno decidió embarcar la momia en un buque que hiciera la travesía del Pacífico, para arrojarla al abismo, en alta mar. Así se hizo. Pero antes de que la momia fuese echada al agua, el buque

naufragó a cincuenta millas de las costas de Irlanda, y toda la tripulación acompañó a la momia en su trágico descenso.

Riendo a gritos, mi amigo Trabal y todos los restantes salieron del salón al llegar a este lance. Madame Durieux se fué también, tambaleándose, porque entre la risa y su pie que cojea, apenas si podía andar. Yo me quedé solo, con un grande espanto, retorciéndome las manos por no echar a reir, y mirando a los ojos de Mme. Parthiker para infundirme temor a mí mismo. La historia prosiguió de esta suerte:

— Hundido el buque, la momia y la tripulación, llegó a oídos del Emperador de Alemania el extraño suceso. Pero como el Kaiser es un hombre que no siente el más mínimo temor de Dios, porque supone que Dios no puede negar nada a los alemanes, dispuso que se enviara una comisión exploradora con el fin de pescar la momia y conducirla a Berlín. De esta suerte la momia fué rescatada y se encuentra actualmente en el propio palacio imperial de Potsdam. ¡He ahí la causa de la guerra presente y la confianza absoluta, inquebrantable, que tengo puesta en la total ruina del Imperio alemán!

Dicho esto, Mme. Parthiker, sin apreciar la casi completa disminución de su auditorio, cerró la boca y se quedó inmóvil, mirándome de hito en hito. Y mientras yo oía resonar las carcajadas estruendosas que llegaban de la habitación contigua, y el temblor de los cristales

azotados por el viento, lleno de sudor por los esfuerzos de resistencia que venía haciendo para no estallar, me parecía tener ante mis ojos la propi amomia repescada, venida de Postdam con el propósito funesto de matarme a traición y de hundir con estruendo los muros viejos y decrépitos de la pensión Durieux.

Sábado, 8 de agosto

En la Plaza de Saint-Germain-des-Prés, donde compro cada día los periódicos, se nota hoy una animación extraordinaria. Numerosos corrillos, bajo el pórtico o en el silencioso jardín contiguo a la iglesia, comentan las noticias de la campaña. Lavado por la lluvia de ayer, el cielo está limpio y cristalino. Los rostros de los comentaristas reflejan una alegría singular. *Le Journal* me revela la causa de este contentamiento. En su primera página está impreso en grandes caracteres el siguiente lema: « Ha cesado el bombardeo de Lieja. Los alemanes han perdido 26,000 hombres y piden un armisticio». Se oyen comentarios en extremo optimistas.

¿Cómo se explica que las tropas belgas hayan podido resistir el empuje formidable de los alemanes? Los periódicos no dan una explicación expresa de este misterio. Pero publican, en cambio, dos despachos que pueden servir de clave para descifrarlo. El secreto

es muy sencillo. Mientras los alemanes bombardeaban Lieja, han acudido fuerzas del ejército francés en auxilio de los sitiados. Basta leer los despachos cruzados entre el rey Alberto y M. Poincaré, para convencerse de la legitimidad de esta hipótesis. El rey de Bélgica da las gracias al Presidente de la República «por la rapidez — dice — con que Francia *ha venido*, respondiendo a nuestro llamamiento, a ayudarnos a rechazar al ejército invasor». Y M. Poincaré ha contestado diciendo que «las tropas francesas están orgullosas de poder *secundar* al ejército belga, en la defensa de su territorio». Esta es la explicación del enigma. Alemania ha sufrido el primer contratiempo.

Tales noticias han producido un júbilo inmenso en París. La alegría popular ha llegado por momentos hasta el entusiasmo, con los despachos de última hora, que dan cuenta de la entrada del ejército francés en Alsacia. Parece ser que las tropas francesas se han apoderado ya de Altkirch y se dirigen hacia Mulhouse. Hay una grande animación en las calles. La derrota de los alemanes se da como segura e infalible. Se dice que Inglaterra prepara 200,000 hombres para mandarlos en ayuda de Francia; 20,000 han desembarcado ya, en un punto de la costa francesa que permanece secreto. Todo va a pedir de boca; el pueblo está satisfecho. En la calle de Saint-André-des-Arts, una orquesta improvisada y ambulante tocaba esta tarde *La Marsellesa*, con alegre estruendo. En la Plaza del

Châtelet se cantaban *couplets* novísimos contra los alemanes. Las palabras *cochon*, *choucroute*, *têtes carrées*, y otras semejantes, entonadas con aire socarrón y agresivo, hacían las delicias del público estacionado en las terrazas de los *bars*. Si el resultado definitivo de la guerra es favorable a los franceses, será un espectáculo memorable el que ofrecerán las calles de París, cuando el ejército vencedor haga su entrada triunfal por el Arco de la Estrella.

Pero más todavía que el regocijo producido en París por las bienandanzas presentes, constituye para mí la característica de hoy un suceso de todo punto inesperado, que ha tenido lugar al anochecer. Yo tengo mis dos habitaciones separadas de la pensión Durieux. El continuo trajín de las casas de huéspedes, además de incómodo, es en extremo molesto para el estudio. Yo vivo, pues, en un piso aparte, que tiene una escalerilla angosta, pero en absoluto privada. A la pensión acudo tan sólo a las horas indicadas para la comida. Estas aclaraciones triviales son necesarias para la perfecta comprensión del suceso que voy a referir.

Estaba en mi cuarto al atardecer, sentado en mi sillón de mimbre, cuando han llamado discretamente a la puerta. Voy a abrir y me encuentro con Mlle. Ericka, la pianista alemana que, obligada a abandonar París, se despidió de todos los pensionistas el día 1.º de agosto, al aparecer las severas disposiciones dictadas por el Gobierno francés para los extranjeros.

— ¡Santo Dios! ¡Usted en París todavía!

Sin decir palabra, Mlle. Ericka ha puesto el dedo índice sobre sus labios, recomendándome silencio. Y andando casi de puntillas, con la respiración cansada de haber subido corriendo, ha ido a sentarse en mi sillón, haciéndome signo de que cerrara la puerta. Mi cuarto estaba poco menos que a obscuras. He encendido mi lámpara, puesta sobre la mesa, entre los montones de papeles y libros. El rostro de Mlle. Ericka ha aparecido iluminado. Está muy pálida y decaída. Sus labios se contraen con amargura y sus claros ojos azules miran temerosos y tristes. Al ver mi asombro y al contemplarme inmóvil, de pie, observándola, me ha dicho con amargura :

— ¿Usted también?... Todo el mundo me mira de ese modo raro.

Yo no acertaba a salir de mi estupor. ¿Qué hacía en París Mlle. Ericka? ¿Por qué no se había marchado? ¿Qué quería de mí? ¿Qué significaban su permanencia en París, su desaparición durante ocho días, su vuelta inesperada, y aquel extraño y misterioso modo de presentarse en mi cuarto?

Mlle. Ericka prosiguió :

— No tema usted nada. No soy ningún espía de esos que los franceses se imaginan ver en todas partes. No tema usted que le comprometa. Estoy bajo la protección del Gobierno francés. Tome usted asiento y óigame. Voy a contarle la historia de los ocho días más amargos de mi vida.

Después de hacer lo que se me mandaba, mademoiselle Ericka ha empezado su relato, diciendo:

— Ya sabe usted la impresión que me produjo la inesperada noticia de que debía abandonar París en el plazo de veinticuatro horas. Salí de la pensión con los ojos llenos de lágrimas. ¿Qué iba a hacer? Era ya muy avanzada la noche y, además, no acertaba a concretar mis pensamientos. ¿Me sería posible el retorno a mi patria? ¿Si no podía ganar la frontera alemana, adónde iría a parar? ¿Qué pensarían de mí mis viejos padres que habitan en Dresde? Antes de acostarme, sola en el piso de mi hermana — que, como usted sabe, yo aguardaba desde que ella se fué a pasar el verano en Normandía, — sola y perdida en medio de París agitado y revuelto, escribí dos cartas: una a mi hermana y otra a mi madre. Aquella noche no pude dormir hasta el amanecer.

Levantéme muy temprano para ir a recoger el dinero que tenía guardado en la Caja de Ahorros. Me dijeron que sólo podía retirar cincuenta francos, mediante una solicitud que tardaría quince días en ser atendida. Yo me quedé anonadada. Todo el dinero de que podía disponer estaba en mi bolsa manual : 40 francos. Mandé un telegrama a mis padres. Al día siguiente recibí la respuesta. Pero era ya al anochecer y hasta el martes por la mañana no pude cobrar la cantidad enviada.

Al salir del Banco, me dirigí a la Estación del Norte para tomar un billete. Fué inútil; no había trenes para

la línea de Colonia-Berlín. Este contratiempo me alarmó sobremanera. Me dirigí en seguida a la Estación del Este. Allí me enteraron de que estaba cortada la comunicación con Alemania. Entonces fuí al consulado alemán. Los puentes de la frontera estaban destruídos. Era imposible regresar a mi patria. Salí a la calle en un estado de agitación terrible. ¿Qué iba a hacer? Entonces comencé a observar que todo el mundo me miraba con cierta hostilidad mal reprimida. Yo no quiero, pero aunque quisiera, no podría ocultar mi nacionalidad; mis facciones no dejan lugar a la duda más leve. Andando por las calles al azar, sin rumbo determinado, me ocurrió la aventura más trágica que he tenido en mi vida. Aunque viviera cien años, el recuerdo de aquellos instantes supremos no se borraría de mi espíritu. Déjeme usted que le cuente el suceso con todos sus detalles. Es una aventura sin ejemplo.

Mlle. Ericka se ha detenido un instante, juntando las manos con un gesto febril. Yo la miraba en silencio; sus cabellos rubios, iluminados por la luz dorada de la lámpara, relucían con un brillo metálico bajo el ala levemente inclinada del sombrero. Sus manos nerviosas estrujaban unos guantes blancos. Mlle. Ericka prosiguió diciendo:

— Antes de llegar a la esquina de la *rue* Blanche, oí de pronto un rumor de voces, confuso y agitado. Al doblar la calle, vi una muchedumbre compacta que se agolpaba, arremolinándose. Sonaban gritos estentó-

reos : *¡Muera! ¡Muera! ¡Canalla! ¡Asesino!* La manifestación tenía un aspecto imponente. Yo me acurruqué en el ángulo de la calle, para dar paso a la chusma que se adelantaba. De pronto, en medio del torbellino humano, vi a un hombre joven, alto, intensamente pálido, con el rostro bañado en sangre, que se defendia contra una turba de agresores que le acometían por todas partes. En el mismo instante, una mujer del pueblo, vieja y desgreñada, con los ojos inyectados de sangre y los brazos levantados en alto, gritó dirigiéndose a mí, como si quisiera hacerme partícipe de su alegría brutal :

« ¡Mire usted, mire usted, señorita! ¡Están linchando a un espía alemán! »

Yo me quedé aterrada, y sentí una sacudida espantosa en mi corazón. Mirando hacia el grupo, vi todavía al hombre joven, cubierto de sangre, luchando desesperadamente y gritando con todas sus fuerzas : *«¡Hoch Deutschland; hoch, hoch!* ¡Viva Alemania! » Toda mi alma vibró con un temblor irresistible. Aquel infeliz desconocido era un hermano mío y aquella sangre roja, mezclada de polvo y de sudor, era mi sangre, la sangre inmortal de mi raza! Quise gritar y de mis labios abiertos, ardientes, de mi lengua temblorosa donde sentía la amargura suprema del dolor, no brotó ni una palabra! Mis ojos se cegaban y mis oídos se llenaron de resonancias nerviosas. Sentí que mis piernas temblaban. Y cuando iba a caer desplomada, un ca-

ballero que estaba a mi lado me sostuvo y me dijo al oído, con una amabilidad exquisita: « No tema usted. No le harán nada a su compatriota. Apóyese usted en mi brazo ». ¡Había conocido que yo era alemana! Me quedé mirándole aturdida.

En esto llegaron agentes de policía que libertaron a aquel infeliz. Unos cuantos agresores fueron detenidos y llevados duramente como se merecían. El orden quedó restablecido en pocos minutos. Despejóse la calle. Sólo algunos grupos permanecieron comentando el suceso.

El caballero desconocido quiso acompañarme. Yo me opuse y, en cuanto me sentí con fuerzas para marchar, tomé un coche y llegué a mi casa. Allí he permanecido encerrada hasta hoy, sin apenas tomar alimento. Mi portero se ha encargado de llevarme algo de que comer. Todas las mañanas me presento ante el comisario de policía. Los franceses, que han debido ocuparse de mí, me han tratado con una atención incomparable. Ahora comprendo que el episodio de la *rue* Blanche, que me llenó de horror, no fué otra cosa que un acto de cólera popular, ciego e inevitable. En Alemania yo estoy convencida de que habrá sucedido otro tanto y quizá algo peor. No creo que los franceses residentes en mi patria, que no pudieron salir antes de que quedaran cortadas las comunicaciones, hayan sido tratados con más humanidad que yo. La cortesía de las autoridades francesas para conmigo la agradeceré toda mi vida.

Y Mlle. Ericka ha terminado su relato, de esta suerte:

—Pero yo no soy más que una pobre prisionera en tierra enemiga. Ya no veré a mis padres ni a mis hermanos hasta el fin de la guerra. Mañana parto con otros alemanes que tampoco han podido salir de Francia. El Gobierno nos tiene bajo su protección. Creo que nos llevarán hacia el Sur, quizá a Périgueux. Pero antes de partir he querido verles a ustedes, mis buenos amigos de París, por última vez. Y he subido a su cuarto sigilosamente para hacerle antes una pregunta amistosa: ¿Le parece a usted que Mme. Durieux y los pensionistas franceses gustarán de verme?

—¿Por qué no? —dije yo. —Francia es por excelencia el país de la cortesía y de la hospitalidad, y además ya sabe usted cuánto le aman sus amigas.

Había dado ya la hora de cenar. Cuando bajamos Mlle. Ericka y yo, todos estaban sentados a la mesa. A la puerta del comedor oímos voces animadas, hablando de la guerra y de la derrota alemana ante los muros de Lieja. Al oir los comentarios, Mlle. Ericka se puso pálida.

Yo me apresuré a adelantarme, y entrando en el comedor, dije tan sólo estas palabras:

—Mlle. Ericka está aquí.

Todos enmudecieron inmediatamente. Cuando mademoiselle Ericka entró, las muchachas se levantaron para darle largos besos de paz. Ya no se habló más de

la guerra durante la cena. Y todos se esforzaron para hacer revivir las horas felices en que la amistad existía sin trabas, franca y cordial. Nadie habría adivinado cuál de nosotros era el enemigo sentado a la mesa. Mlle. Ericka permanecía triste, algo atemorizada, tímida casi, con los ojos bajos. Sus amigas de Francia la trataban con exquisita ternura y la miraban amorosas, para desvanecer las nieblas de temor que empañaban su alma.

Después de cenar, Mlle. Ericka me pidió si quería acompañarla hasta su casa. Al salir de la pensión Mlle. Ericka fué besando, una por una, a sus amigas. Todas lloraban. Al llegar a Mme. Durieux, he visto que, al tiempo de besarla, Mlle. Ericka le ponía en la mano el precio de la cena. Pero Mme. Durieux le ha retenido el gesto con dulzura, y besándola en la frente le ha dicho :

— ¡Adiós, hija mía ; acordaos de nosotros y rogad a Dios por todos!

He salido a acompañar a Mlle. Ericka. Apenas hemos hablado durante el camino. Al llegar a la puerta de su casa, al tiempo de estrecharle la mano, yo le he dicho :

— Antes de separarnos quiero hacerle a usted una pregunta, quizá inoportuna. ¿Qué piensa usted de la guerra?

Mlle. Ericka me ha respondido con una confianza pasmosa, sobrehumana :

— Yo no he podido ir a Alemania a juntarme con mis hermanos. Pero es igual, porque ellos vendrán aquí, a buscarme en Francia.

He vuelto solo, en el silencio de la noche, por la calle de Rennes. Al llegar a la Plaza de Saint-Germain-des-Prés, la luna brillaba sobre la mole obscura de la iglesia, en el cielo diáfano, azulado y profundo.

Domingo, 9 de agosto

Mi padre estuvo educándose, allá por los años de 1873, en un viejo pensionado de Epernay. Del tiempo pasado en aquel tranquilo y estudioso retiro cercano a París, mi padre ha conservado un recuerdo indeleble y un amor sin límites a la tierra de Francia. Durante el verano de 1905, aprovechando nuestra estancia en París, mi padre quiso ir a visitar, con un fervor de peregrino, los lugares que encierran, embellecidos por el tiempo, sus más dulces recuerdos de juventud. Y contra todo lo que podía esperarse, quiso esta vez la fortuna que, entre las irreparables y profundas mutaciones que los años aportan fatalmente consigo, todavía encontrásemos en el pensionado de Epernay a un cierto M. Bondel, ya casi octogenario, explicando el mismo curso de Historia de Francia, que allá en los años de su juventud enseñara a mi padre.

Costó no poco esfuerzo lograr que se reconocieran el anciano maestro y su antiguo discípulo que ya casi contaban la mitad de un siglo. Pero todo terminó

felizmente, con un abrazo tan entrañable y efusivo, que yo no espero presenciar otro igual en mi vida. Desde aquel día solemne y señalado en los fastos paternos, cada vez que yo he vuelto a París mi padre me ha confiado la exquisita misión de ir a saludar en su nombre al bueno de M. Bondel que ahora vive retirado en la capital con sus hijos y nietos, en un rincón tranquilo de la Cité.

Esta mañana he hallado por casualidad al viejo maestro, recostado sobre la baranda del puente del Carroussel. Estaba vuelto de espaldas a mí. Los faldones colgantes de su levita, movidos por el aire, se agitaban blandamente, descubriendo las piernas débiles y encogidas. M. Bondel tenía la mano derecha puesta con precaución sobre las alas torcidas de su sombrero de paja, tostado por el sol. Y parecía observar en actitud melancólica el curso sosegado del río.

Al tocar con mi mano su espalda decrépita, M. Bondel se ha incorporado. Yo acababa de leer los periódicos de la mañana.

— Buenos días, señor Bondel — le he dicho. — Las noticias de la guerra parecen excelentes. Ustedes, los franceses, han tomado ya la ofensiva. Después de entrar en Altkirch, el ejército francés se ha apoderado de Mulhouse y se dirige rápidamente sobre Colmar. Esto parece ya la redención de Alsacia.

El viejo señor me ha mirado un instante sin decir palabra. Sus viejas antiparras de cristales limpísimos,

resbalaban poco a poco. Después de acomodarlas sobre la hendidura, profunda y rojiza como un surco, que tiene en la cúspide de la nariz, M. Bondel ha dicho :

— Esa ocupación de Mulhouse puede costarnos cara. Fíjese usted en que nuestras tropas apenas han encontrado resistencia. Y ¿usted cree que los alemanes huyen de nosotros al comenzar la guerra? El abandono de Mulhouse por las tropas alemanas es una añagaza. Los mismos periódicos que nos hablan de victorias prematuras, advierten a continuación que no debemos entusiasmarnos demasiado, porque los éxitos de hoy pueden convertirse mañana en fracasos. Yo no creo en la posibilidad de una acción decisiva en la frontera del Este. Los alemanes vendrán por el Norte y es allí donde hay que concentrar nuestro esfuerzo para resistirles, porque la agresión será formidable.

Yo creía encontrar a M. Bondel, viejo patriota, encantado con los éxitos franceses en Alsacia. Su respuesta rotunda cambia la dirección de mis pensamientos. Sin embargo, me esfuerzo en presentarle objeciones. El ejército alemán está paralizado ante los muros de Lieja. Aun en el caso de que esta plaza sucumba, antes de llegar a la frontera de Francia los alemanes encontrarán una resistencia formidable en Namur.

M. Bondel mueve la cabeza a uno y otro lado con expresión tan enérgica, que me hace enmudecer de vergüenza. ¿Estaré diciendo alguna barbaridad sin

darme cuenta? Este gesto negativo, implacable, de M. Bondel, debía ser un gesto habitual cuando, sentado en su pupitre de dómine, escuchaba los disparates de los alumnos de su clase de Historia, en el pensionado de Epernay.

— Con resistencia o sin ella — prosigue M. Bondel, al verme humilde y resignado — los alemanes llegarán en pocos días a las puertas de Francia. ¿Qué fuerzas podemos oponerles para impedir su entrada en nuestro territorio? ¡Esta es la cuestión! Porque... ¿usted no sabe lo que le ha ocurrido a mi yerno Mauricio? Mi yerno Mauricio...

(Al oir este nombre yo he recordado una tarde de fiesta en que vi por primera vez al yerno de M. Bondel — alto, gallardo, con el rostro moreno y el gesto teatral — cantando, en la tertulia del viejo maestro, la serenata de *Fausto*, con su voz procelosa de bajo profundo).

— ...Mi yerno Mauricio cuenta en la actualidad 35 años. En su hoja de recluta tenía consignada la orden de partir al cuarto día de movilización. Pero en llegando al lugar donde debía presentarse, le dijeron que no le necesitaban de momento y que se volviera a su casa hasta nuevo aviso. En todas las familias han ocurrido casos semejantes. Estamos ya en el octavo día de movilización y ya ve usted : París se ve lleno de hombres jóvenes y robustos, que están esperando ser llamados de nuevo para batirse. ¿En qué piensa el Gobierno?

¿Es que no hay armas y equipos para todo el mundo?... Yo creo que se impone un cambio de Ministerio. El actual, hijo de ciertas circunstancias críticas, podía sostenerse cuando tan sólo se trataba de contemporizar con las infinitas tendencias que han complicado la reorganización de Francia durante los últimos años. Pero hoy que se trata de un esfuerzo supremo para evitar el aniquilamiento de nuestro país, hoy que la nación está unánime y levantada por el más grande de los heroísmos, se hace indispensable la colaboración de los grandes políticos alejados del poder: de Briand, nuestro primer estadista, de Delcassé, el creador del aislamiento alemán, de Millerand, el mejor Ministro de la Guerra que hemos tenido en Francia.

A pesar de sus ochenta y seis años, M. Bondel conserva un vigor extraordinario. Andando despacio, hemos llegado hasta la puerta de su casa. Al tiempo de despedirnos, el viejo maestro me ha dicho sonriendo :

— Durante los días del proceso Caillaux, los vendedores ambulantes ofrecían al público una tarjeta postal, con un dibujo representando a la esposa del ex Ministro ante sus jueces. « ¿Por qué mató usted a Calmette? », interrogaba el Presidente. La respuesta de Mme. Caillaux era la siguiente : « *Pour lui apprendre à vivre!* » ¡Para enseñarle a vivir! Esto es lo mismo que los alemanes intentan hacer con nosotros y con todo el mundo. Quieren favorecernos con su civilización, sin dnda notable, quieren elevar el nivel de la humanidad,

quieren enseñarnos a vivir, en una palabra,... pero asesinándonos previamente.

La Plaza Dauphine estaba desierta. Después de estrechar la mano temblorosa de M. Bondel, me he alejado en dirección al Pont-Neuf. El viejo maestro había entrado en el obscuro portal de su casa, como si fuera a subir la angosta y empinada escalera. Pero antes de doblar la esquina, he vuelto la cabeza atrás con un movimiento instintivo. Entonces he visto a M. Bondel que, saliendo otra vez del portalón de su casa, iba a sentarse sobre un banco desierto, en mitad de la plaza, bajo la sombra tenue de un árbol raquítico. Se ha quitado el sombrero de paja tostada y ha enjugado el sudor de su frente. Después, levantando la cabeza y mirando a lo alto, ha comenzado a silbar, imitando el trino suavísimo de las aves. Al mismo tiempo agitaba los brazos y dejaba caer, desparramadas por el suelo, blancas y menudas migas de pan, que iba sacando del fondo de su faltriquera. La plaza desierta se ha poblado en un instante de una nube de gorriones. Bajaban de los árboles, de los tejados y hasta venían de más allá oyendo el dulce silbido del maestro. Y en la paz del lugar, todos comían como viejos amigos y llegaban hasta posarse sobre las manos temblorosas del viejo señor, que les miraba con serena ternura.

El escaso entusiasmo de M. Bondel por los nuevos avances de las tropas francesas en Alsacia, es casi general hoy en París. ¿Qué corrientes misteriosas son esas

que tienen el mágico poder de trastornar con tanta rapidez los sentimientos del pueblo? La resistencia de Lieja y la toma de Altkirch, bastaron ayer para infundir en París un calor de entusiasmo. La paralización del ejército alemán en Bélgica y la toma de Mulhouse, no bastan hoy para contrarrestar las corrientes pesimistas que se infiltran en el alma popular. Sin embargo, las noticias oficiales no han cambiado. ¿De dónde proviene esta reacción sentimental inexplicable?

Sencillamente. De una manera anónima, pero con una velocidad pasmosa, han llegado a París rumores alarmantes. *Se dice* que en la frontera del Este, cerca de Nancy, dos regimientos franceses han sido aniquilados. *Se habla* de minas secretas que han hecho explosión al paso del ejército francés, tragando en sus simas profundas — llenas de garfios y erizadas de lanzas — un número considerable de soldados. Corren rumores sobre la llegada a París, anunciada para esta noche, de varios trenes atestados de heridos. Mlle. Hélène ha hablado esta tarde con la esposa de un médico parisiense. Su marido había sido llamado con urgencia.

¿Qué hay de cierto en estos trágicos rumores? Yo he recibido hoy una carta de Mlle. Louise, que está en Chalon-sur-Saône, no lejos de Lyon. Me cuenta el efecto que allí produjo la orden de movilización general, proclamada por las calles al son del tambor, al anochecer del dia 1.º de agosto. En Chalon se encuentran

sin noticias. No se reciben los periódicos de París. Está prohibido salir de la población sin un permiso especial. Mlle. Louise fué detenida el otro día, al ir a dar un paseo en bicicleta por las afueras. El pueblo propala noticias extraordinarias. Y Mlle. Louise asegura que durante las noches pasan por Chalon trenes silenciosos e interminables, cargados de heridos. Chalon está cerca de la frontera del Este. ¿Serán estos heridos los que cayeron en Nancy, según los rumores que circulan en París esta noche?

Con la carta de Mlle. Louise, me ha llegado el correo de España. Hace ocho días, desde el comienzo de la guerra, que estábamos sin noticias. Yo he recibido una carta de mi padre y varios periódicos españoles. En uno de éstos, que se publica en Barcelona, leo la siguiente noticia : « Un despacho recibido en Bayona da cuenta de que en Nancy se ha librado una batalla importante, cuyo resultado ha sido favorable a los franceses. Éstos han perdido 12,000 hombres y los alemanes 35,000 ». El despacho añade : « Esta noticia ha producido en *toda* Francia un júbilo enorme ». En efecto : las únicas noticias no oficiales que tenemos en París, sobre posibles combates en la región de Nancy, han causado una impresión enorme, es verdad, pero en sentido deprimente.

Mi familia está inquieta, porque no tiene noticias mías. La carta de mi padre lleva la fecha del 2 de agosto. Supongo que a estas horas habrán ya recibido la que

yo les mandé el día 1.º No obstante, voy a poner un telegrama para tranquilizarles. Al presentar la hoja correspondiente, el empleado me dice: «Tiene usted que hacer revisar su telegrama por el comisario de policía y, además, firmarlo con su apellido». Voy a la comisaría. El empleado imitador de Sherlock Holmes (que cuidaba del orden el día que fuimos a buscar el permiso de residencia en París) me acoge muy amable:

— Usted es español, ¿verdad? — me pregunta con un aplomo imponderable.

— Sí, señor. ¿Cómo lo sabe usted?

El empleado sonríe y me mira casi con desdén. Parece decirme: «¿No ha visto usted mi rostro rasurado, mis labios contraídos, mis ojos fulminantes y mi pipa entre los dientes? ¡A qué extrañarse, pues, de que lo sepa yo todo!» Luego adivino que la fina penetración del detective, consiste tan sólo en haber leído mi telegrama, cuyo contenido deja ver a las claras mi nacionalidad. El empleado cuenta el número de palabras, lo consigna a un lado de la misma hoja telegráfica, para que luego yo no pueda añadir ni quitar nada, y pone finalmente el sello de la comisaría.

Por la noche hay revuelo en la pensión. Mlle. Leticia, la italiana que tiene todo su dinero en la Caja de Ahorros, ha decidido marcharse a su patria. Ya comienza el desfile. Si los rumores de hoy se acentúan, pronto no va a quedar nadie en la pensión.

Después de cenar, salimos a dar un paseo, a ver — como dice en serio Mlle. Geneviève — si hallamos algún convoy de heridos por las calles. Recorremos las orillas del río hasta llegar a la Plaza de Notre-Dame. A medida que avanzamos en mitad de la plaza, nos va entrando en el alma una grata sensación de pequeñez humilde, ante la mole obscura y prodigiosa del templo que va agrandándose sobre nuestras cabezas. Las torres se alzan sobre el cielo estrellado, como sombras de majestad venerable y eterna. Y el cuarto menguante de la luna, aparece deslizándose entre el calado lumimoso y vacío de un alto ventanal.

Mlle. Mireille que está contemplando la paz del firmamento, silenciosa a mi lado, me dice de pronto con la voz apagada por su largo mutismo :

—¿Ha visto usted la Catedral de Reims? Es mucho más hermosa todavía.

Mlle. Marguerite, la que estuvo en el Tonkín, añade :

— Para cuando termine la guerra y yo vaya a Soissons, le invito a usted a pasar unos días en el campo. Desde allí podremos ir un día a visitar la Catedral de Reims. Es una maravilla.

Yo doy las gracias a Mlle. Marguerite. En aquel instante, una estrella fugaz cruza el aire, desgarrando la infinita dulzura del cielo. Y su rastro de luz va a perderse a lo lejos, como si resbalara sobre las aguas plateadas del río.

Lunes, 10 de agosto

Al levantarme he tenido un grave remordimiento. Mi vida no puede continuar en su desarreglo actual. Hace muchos días que no trabajo. Sobre la mesa de estudio tengo un montón de apuntes incompletos y de libros intactos, abandonados. Mis cuartillas, blancas, lustrosas, se vuelven pálidas y amarillentas. Y no hay nada en mi vida presente que justifique este abandono radical de mis buenos hábitos.

En el año de 1870, durante el sitio de París, Ernesto Renan, escribió sus *Diálogos filosóficos* ; de esta suerte consiguió llenar estoicamente sus horas de ocio y de melancolía. Este ejemplo de perseverancia, me ha hecho concebir el propósito de reanudar en seguida mis tareas. Para ello he resuelto encerrarme en mi cuarto y no salir de allí en todo el día. Me he sentado a la mesa, he tomado la pluma y he comenzado a reunir mis pensamientos. Tratábase de averiguar el alcance ideal de unos viejos textos de Raimundo Sabunde. Después de

cotejar mis apuntes y de meditar algún tiempo, he comenzado una frase :

« La *Theología naturalis*, de Sabunde, se caracteriza por... »

En aquel instante han llamado a mi puerta. Marguerite, la doméstica, venía a decirme que Mlle. Leticia, la pensionista italiana, deseaba hablarme. El recado era urgente. Me ha sido imposible continuar mis disquisiciones. Las ideas eruditas se han desvanecido en mi mente como por ensalmo. Mlle. Leticia me aguardaba en el salón de Mme. Durieux. Sentada a su lado en el sofá, había una joven desconocida, muy linda, pequeñita, morena, de ojos bellísimos, con una expresión de azoramiento inexplicable. Sin darme tiempo para saludarlas, Mlle. Leticia me dijo en francés correctísimo :

— Tenga usted la bondad de escucharnos. Se trata de un caso gravísimo e inesperado. Yo bien sé que estaba usted trabajando a estas horas, pero no hemos tenido más remedio que venir a estorbarle. Usted solamente puede salvar a mi amiga.

Mi rostro debe haber tomado una tal expresión de estupor, que las dos muchachas se han quedado perplejas. Pero mi asombro ha subido de punto cuando la joven desconocida, a quien yo debia salvar sin saber cómo ni por qué motivo, se ha levantado en un impulso febril, y acercándose a mí, en actitud suplicante, me ha dicho en el más puro lenguaje de Castilla :

—¡No me abandone usted, caballero! ¡Por lo que más quiera en el mundo, no me abandone usted!

Jamás me había encontrado en un trance parecido. Y como yo no acertaba a decir palabra alguna, interpretando quizá torcidamente mi actitud silenciosa, la joven desconocida ha prorrumpido en grandes y agitados sollozos. Por decir algo, yo la he preguntado entonces si era española.

— Si, señor — ha dicho la joven. — Me llamo Paquita Camacho y nací en Toledo; pero desde pequeñita me he criado en Madrid, donde vivían mis padres. ¡Por Dios, caballero, ayúdeme usted; si usted me abandona estoy perdida!

Mlle. Leticia, sin comprender lo que hablábamos su amiga y yo, se limitaba a mirarme con el alma puesta en sus grandes ojos pardos. Y, con mano temblorosa, acariciaba mientras tanto el rostro de la desconocida, y murmuraba en voz baja:

— *¡Povera ragazza! ¡Povera Nini!*

Con no poco trabajo he logrado, por fin, tranquilizar a las dos muchachas y convencerlas de que yo estaba dispuesto a ayudarlas en cuanto estuviese a mi alcance. He suplicado a la desconocida que me expusiera en detalle la causa de tan extraordinario desconsuelo y los servicios que esperaba de mí. Puestos todos de acuerdo, sosegada la joven, atentos los demás, Mlle. Leticia con el rostro anhelante, y yo con el alma agitada y perpleja, la toledana ha empezado su relato diciendo:

— Yo vivo en París hace ya más de un año, trabajando para una casa editorial inglesa, que tiene establecidas sucursales en Francia. Mi amiga Leticia y yo estamos en la misma oficina. Yo vivo en una pensión de la *rue* Saint-Jacques. Había en la misma casa un joven andaluz, que ha estado estudiando teología en Edimburgo, es pastor protestante y trabaja en la actualidad con nosotras. Es un muchacho de carácter dulce y apocado. Jamás le hemos oído hablar de cuestiones políticas. Imagínese usted el espanto que me produjo el saber que había sido preso, seguramente como espía. Vinieron a buscarle a la pensión, a las dos de la madrugada. Le obligaron a salir de la cama y a vestirse de prisa. Luego, con gran sigilo, se lo llevaron a la cárcel. Hace ya tres días que ha desaparecido. No sabemos nada de él. A estas horas debe estar ya fusilado.

Un temblor convulsivo agitaba las manos de la muchacha. De pronto ha exclamado entre grandes sollozos:

—¡Esto es horrible! Yo quiero irme a España en seguida. Tengo miedo de que nos prendan a todos los amigos de aquel infeliz. Mi madre y mis dos hermanas viven del dinero que yo gano en París. ¡Si me fusilan, mi familia se queda en la miseria!

Y dirigiéndose otra vez a mí con una expresión de abatimiento sumo, ha dicho:

—¡No me deje usted, por Dios! Yo no tengo amigos ni conocidos en Francia. Todos mis compañeros de

oficina se han marchado. Mi amiga Leticia se marcha hoy también. Me ha dicho que en su casa había un español, y yo he creído que usted se apiadaría de mí. No me deje usted sola en París. Quiero marcharme lo más pronto posible. Dígame usted, por Dios, qué debo hacer para ser repatriada.

Era tan vertiginosa la expresión de los sentimientos que agitaban a la pobre muchacha, que yo estaba como aturdido. Por fin, me he dado cuenta de que las dos amigas se encontraban en un estado peligroso. La detención del joven español había quitado a la muchacha toledana hasta las últimas huellas de su presencia de ánimo. Y Mlle. Leticia, en lugar de apaciguar los temores de su amiga, los enardecía y hostigaba aún más con sus raptos sentimentales.

He procurado devolver la paz al ánimo revuelto y encogido de la española. Era casi seguro, indudable, que el joven andaluz no había sido fusilado. Aun en el caso de que prendieran a los amigos del detenido, ella no debía temer nada de las autoridades francesas. Si quería marcharse de París podía hacerlo esta misma noche, yendo antes a buscar un billete, a mitad de precio, en el consulado de España. Le he dado una tarjeta de recomendación para un conocido mío, funcionario de la Embajada, y me he puesto incondicionalmente a sus órdenes.

Al salir de la pensión, mientras yo despedía a las dos amigas, la joven toledana me ha mirado con sus ojos

bellísimos, ya muy sosegados, pero conservando todavía en el rostro el temor que los agrandaba aún más y los hacía más profundos y negros.

— Le advierto a usted — le he dicho en francés — que el tren sale de París a las tres de la madrugada.

— *¡Povera Nini!* — ha exclamado entonces Mlle. Leticia, con gran desconsuelo. — Yo no podré acompañarla porque ya habré abandonado París.

Y dirigiéndose a mí, con un tono de lástima inimitable, bajando la voz suplicante :

— ¡ Si usted fuera tan bueno ! *¡Povera Nini!* A las tres de la madrugada, sola en la estación, rodeada de emigrantes!...

Yo he prometido acompañarla.

Me ha sido imposible trabajar en toda la mañana, porque me sentía el espíritu enturbiado y vacío. He leído los periódicos. Nada de la guerra. Narraciones espeluznantes, inverosímiles, de crueldades alemanas. El fondo de *Le Matin* contiene las siguientes palabras de ira : « Para que la civilización reflorezca en Alemania, será preciso no sólo vencer, sino destruir el Imperio hasta las raíces y remover por completo la tierra alemana, como un campo que se prepara para nuevas cosechas ».

Por la tarde he recibido una carta neumática de la muchacha española. Dice así : « Ya tengo el billete, gracias a su recomendación. Aguárdeme en su casa hasta las diez. Mil gracias. — PAQUITA ».

Mlle. Leticia ha partido después de cenar, repartiendo besos y lágrimas con un sentimiento expansivo.

Hasta las once menos cuarto no ha venido a buscarme mi nueva amiga. Todos estaban ya acostados en la pensión. Yo he esperado dormitando junto a una ventana que da sobre el jardín. La luna invisible derramaba su luz sobre los árboles inmóviles. De la obscuridad frondosa subía un perfume húmedo y delicado.

He salido yo mismo a abrir la puerta. La toledana se ha precipitado en el salón como un torbellino :

—¿Usted no sabe? ¡Morales está libre! Morales es el nombre del andaluz que estaba prisionero. ¡No le han hecho nada, nada! Le han tenido tres días encerrado, dándole de comer, sin decirle la causa de su detención. Esta tarde, sin más explicaciones, le han puesto en la calle. Yo acabo de verle un instante en la pensión. Estaba muy pálido, pero se reía como siempre. Se ha marchado corriendo, a casa de un tío suyo que vive en Suresnes. Por eso yo he llegado tarde, porque estábamos todos en la pensión, hablando... Pero todavía no tengo arreglados mis paquetes. ¿Quiere usted acompañarme? Vamos a mi casa y en cinco minutos estaré lista. Luego tomaremos un coche para ir a la Estación de Austerlitz.

Mi amiga está muy contenta y animada. Charla alegremente y me dice que ya está esperando poder

abrazar a su vieja madre que vive en Madrid. Mientras nos dirigimos a su casa, Paquita me explica que irá a pasar el mes de septiembre en Toledo. Hace ya casi dos años que no ha estado allí. Va a encontrar de nuevo a sus amigas, muertas de hastío en la ciudad imperial. Ya no se acuerda del temor pasado, ni de que va pisando por última vez la calles de París. Toda su alma está ya en España.

Llegamos a la pensión de la *rue* Saint-Jacques. Subimos al cuarto. Paquita enciende una vela colocada sobre una mesa. La habitación es pobre y mezquina. Hay un espejo empañado sobre la chimenea de mármol negro. Tarjetas postales colgadas de las paredes; la mayoría contienen vistas de España y deben ser de la madre o de las hermanas de Paquita. Hay un crucifijo de palo y hueso sobre la cama estrecha y reducida.

Pasamos media hora liando paquetes. Paquita tiene una sola maleta. Cuando está llena, hay que envolver el resto en trozos de papel que se agujerean por todas partes. Por fin, los paquetes se reducen al número de cuatro. De pronto, Paquita exclama con un gran susto :

— ¡Se me olvidaba lo mejor!

Y subiéndose a una silla, descuelga del fondo casi inasequible de un armario empotrado en la pared, un bulto extraño cuya forma traspasa los límites de lo imaginable.

—¿Sabe usted qué es esto? —me dice Paquita. —¿No lo sabe usted? Pues esto es un sombrero de última moda.

Yo le pregunto asustado qué va a hacer con él, puesto que la toledana lleva ya puesto sobre su cabeza otro sombrero más reducido y manejable. Intento convencerla de que es una temeridad salir de viaje, sola, en un tren de emigrantes, con cinco paquetes y una maleta tan apretada que apenas puede cerrarse. Paquita me dice sonriendo :

—Primero dejaría la maleta antes que el sombrero.

Y yo imagino a mi amiga dentro de quince días paseando lentamente por el Zocodover, en Toledo, rodeada de sus amigas envidiosas, requerida por los cadetes, admirada del pueblo, con su sombrero de última moda que habrá llegado de París en un tren de emigrantes...

A las doce y media llegamos a la Estación de Austerlitz. El inmenso patio que está a la entrada del edificio, ofrece el más extraño y miserable aspecto. Centenares, millares de emigrantes, tendidos por el suelo, acurrucados en los rincones, apiñados, confundidos, están esperando la salida de un solo tren. Se oyen gritos estridentes de los que se extravían en la multitud compacta ; hay niños llorando, porque sus padres les han dejado un instante para ir a recoger noticias, y al verse solos les ha sobrecogido el pavor de aquella confusión inmensa.

La noche es tenebrosa y desapacible. Grandes nubarrones y densos velos de niebla cruzan el cielo, empujados con una rapidez fantástica. A veces se iluminan fuertemente con la luz de la luna, que aparece de pronto clara, nítida, fulgurante, o se deslizan en un montón opaco y tenebroso que hace la obscuridad más densa.

En los rincones del patio se producen de continuo violentas ráfagas de aire. La turba miserable de los emigrantes, con sus mantas raídas, desaparece envuelta entre nubes de polvo. Y por todas partes rostros macilentos, cuerpos flacos y endebles, ropas viejas y rotas, mujeres enjutas, hombres taciturnos, niños que se mueren de hambre y de sueño, con los brazos caídos, la cabeza doblada sin fuerza sobre el hombro del padre, y los ojos dilatados, atónitos, como preguntando la causa de tanta miseria y de tanto dolor.

Mi amiga se asustó de ver el aspecto del patio. Cargados con los paquetes y la maleta, llegamos después de grandes esfuerzos, aprovechando todas las coyunturas, hasta el andén. El tren no estaba formado todavía. Al ver la multitud agolpada en el muelle, he creído que mi compañera no podría partir. Había siete filas espectantes, apretadas, infranqueables, y nosotros estábamos en último lugar. Era imposible guardar una posición sostenible. Aquella ola humana, cargada de malhumor y de ira, despiadada, egoísta, se movía de continuo con movimientos bruscos, irritados. A cada instante, desfallecidos por el cansancio, no pu-

diendo sostenerse en pie, cuerpos humanos se sumían en las profundidades agitadas de la muchedumbre. Se producía un movimiento rápido de compasión, y los desfallecidos, recogidos del suelo, eran transportados sobre nuestras cabezas y sacados fuera del andén.

Hemos permanecido dos horas y media naufragando en aquel mar humano de desolación y miseria. Un empleado de la estación se encontraba, al acaso, muy cercano de nosotros. Yo le he prometido, en voz baja, una buena propina si lograba obtener un asiento en el tren. El buen hombre me ha dicho que aguardáramos resguardados en un rincón.

Cuando el tren ha llegado, los gritos y convulsiones de la multitud eran imponentes. Ha habido un asalto formidable, rabioso, trágico. Se oían espantosos gritos de dolor y las puertas de los coches, abiertas violentamente, chocaban contra los montantes con horrible estruendo. Mi amiga y yo mirábamos inmóviles, aterrados. Por fin, ha venido un mozo a decirnos que el empleado nos aguardaba sentado en un coche. De esta suerte, mi compañera ha podido tener un asiento durante su viaje de setenta y dos horas. Una vez instalada en el tren, mi amiga me ha dicho que me marchara y me ha dado las gracias con los ojos arrasados de lágrimas.

— Si usted vuelve alguna vez a Toledo — me ha dicho — no deje de ir a verme. Si yo vuelvo a París, mi primera visita será para usted. ¡Adiós, adiós!

Cuando he salido a la calle eran más de las tres de la madrugada. Todo daba vueltas a mi alrededor y me sentía desfallecer, agotadas las fuerzas. He aguardado sentado en un banco de piedra, hasta que ha pasado un coche de alquiler. Al llegar a mi cuarto, amanecía. Mis cuartillas blanqueaban olvidadas sobre la mesa de estudio. He caido sobre la cama desplomado, como un cuerpo muerto.

Martes, 11 de agosto

Me he levantado muy tarde, casi al mediodía. Antes de comer he salido tan sólo para comprar los periódicos.

De la guerra no hay noticias que satisfagan la expectación general. Oficialmente se dice que los fuertes de Lieja se mantienen intactos; pero se susurra que los alemanes han ocupado la ciudad y que el ejército belga se retira hacia Amberes. Todos los periódicos recomiendan al pueblo la difícil virtud de esperar sin impaciencia. Se está preparando una gran batalla en la cual van a colaborar franceses, ingleses y belgas. El mando de los ejércitos aliados está en manos enérgicas, pero prudentes, que sabrán aprovechar el momento oportuno y las circunstancias más favorables. Dice un periódico de esta mañana: « Durante estas » últimas noches, las más bellas y luminosas del año, » aparecen en el cielo, cada día más tarde, las últimas » fases de la evolución lunar. Antes que el movimiento

» sideral, imperturbable y eterno, haga aparecer en el » firmamento la nueva luna, nuestras tropas habrán » alcanzado ya una victoria decisiva y aplastante ».

Al volver a la pensión he visto un coche de alquiler parado a la puerta. Dos mujeres enlutadas, con el rostro cubierto por espesos velos, estaban a punto de montar en el simón. Al pasar a su lado, he reconocido a Mlle. Henriette y a su hermana Marguerite, las dos huérfanas que pasaron largo tiempo en las colonias del Tonkín. Mlle. Henriette ha exclamado al verme :

— Por fin le encontramos a usted. Hemos estado en su cuarto para despedirnos, porque nos vamos a Soissons. Allí le aguardamos a usted para ir de paseo una tarde, en un cabriolé nuevo, muy lindo, comprado este año. Hemos recibido un telegrama de mi abuelo mandándonos que salgamos de París sin pérdida de tiempo. No quiere que estemos solas porque teme que los alemanes harán barbaridades, si se les deja penetrar en Francia.

Yo he replicado que Soissons está mucho más cerca de la frontera que París. No hay que decir que mi objeción ha sido inútil. Las dos hermanas han subido en el coche. Se iban muy contentas, con la extraña alegría que infunden los acontecimientos inesperados. Tenían formado ya el propósito de ingresar en la Cruz Roja, con el fin de salir a menudo de la casa de su abuelo, para ir a pasearse vestidas de blanco, por las calles de Soissons, con una toca monjil encua-

drando sus rostros finos, sonrosados, y una crucecita roja, color de sangre, puesta sobre el corazón.

En la mesa de Mme. Durieux se come hoy con una holgura ideal. Los movimientos son fáciles, sin trabas, expeditos, y no hay temor de que un gesto resbaladizo o imprudente nos haga hundir el codo en el costado del vecino indefenso. El desfile que yo había previsto se va realizando. Ayer partió Mlle. Leticia. Hoy las « hermanas tonquesinas » —como las llamaba Mlle. Geneviève —se han marchado a Soissons. Hace un mes, había en casa de Mme. Durieux más de veinte pensionistas. Ahora somos cinco : las dos jóvenes rusas, Mlle. Rabier, mi amigo Trabal y yo. Mme. Parthiker sólo viene a comer de tarde en tarde.

La dispersión veraniega y el temor de la guerra, van a acabar con la vieja pensión. M. Maver, el filólogo dálmata que ha estado en París durante todo el invierno, compuso un himno jocoso en el cual se decía, entre otras cosas, que la pensión Durieux era inmortal como las grandes obras del ingenio humano. M. Dolbatsch, el oficial tudesco, había adaptado este himno a la melodía viejísima y sabrosa del *Gaudeamus* alemán, que ya entonara Goethe durante los años de su mocedad. Pero las rápidas deserciones de estos días van a dar al traste con esa institución, cuya vitalidad se había tenido por inexpugnable e imperecedera.

Al atardecer, he salido a dar un corto paseo por los jardines del Luxemburgo que están casi desiertos. Las

bandadas de niños que antes jugaban bajo la sombra movediza de los árboles, han desaparecido por completo. He pasado junto al barracón humilde donde hay instalado el teatro Guiñol. Los bancos que antes ocupaban los ingenuos espectadores, yacían apiñados en el fondo del cobertizo. El viejo titiritero, en mangas de camisa, con su chambergo mugriento echado hacia atrás descubriendo la frente pálida y marchita, fumaba su pipa melancólicamente, sentado a la puerta.

El gran espacio cuadrangular destinado al *Jeu de Paume* — el juego favorito de los reyes de Francia, — está abandonado, desnudo, bajo el sol que lo inunda. Los jugadores ordenados en posición simétrica, que antes llenaban el espacio con sus gestos ágiles, deben hallarse muy lejos de París, dispersados en los campos de batalla, vistiendo el uniforme del soldado, con la zozobra y la inquietud del gran combate que se avecina.

Después de cenar, cuando la tertulia del salón iba languideciendo, ha aparecido de pronto Mme. Duclos, con sus dos hijos. Mme. Duclos es una de las modistas más solicitadas por la burguesía de París. Es una mujer joven, fuerte, de elevada estatura, muy bulliciosa, con el rostro aniñado y unos ojos grandes, ingenuos y picarescos. A través de su charla inagotable se adivina un espíritu malicioso y ligero, ágil, infatigable, dotado de un maravilloso e innato poder de atracción y de simpatía. Es la mujer de París, voluble,

chismosa, casi infantil, que ama las golosinas y los *calembours* resbaladizos, que sabe todos los *couplets* de moda, que va todos los domingos al *vaudeville* del Palais Royal y que jamás ha sentido en su alma la angustiosa opresión del hastío.

Mme. Duclos aparece muy de tarde en tarde en la pensión, pero su llegada reviste siempre la importancia de un acontecimiento inesperado. Al entrar ella en el salón, los rostros de los circunstantes se iluminan con una sonrisa de sorpresa y de contentamiento. Cuando se marcha, bulliciosa y alegre como un torbellino, nos quedamos mirándonos con admiración, fatigados por la risa que aun nos retoza en el alma. Y todo parece más triste a nuestro alrededor.

Al verla entrar esta noche, con sus dos hijos pequeños, eternamente mudos porque su madre no les da tiempo para hablar, todos hemos creído que Mme. Duclos iba a contar algo extraordinario. La conversación ha tomado al principio un aspecto triste y forzado. El tema estaba previsto. Mme. Durieux ha hablado de su hijo que se encuentra en Maubeuge; Mme. Duclos de su esposo que partió para la fronter*a* del Este. Lentamente, con una supremacía natural e indiscutible, Mme. Duclos se ha adueñado del tema:

—Lo raro—decía— es que hallándose muy avanzada la movilización, París esté lleno de hombres jóvenes que todavía no han sido llamados. Esto es inaudito. Se han dado casos muy graciosos. ¿Ustedes no saben

lo que ha ocurrido a M. Damiette, el fabricante de muebles de la calle Tournon?

Mme. Duclos nos miraba a todos con una expresión ingenua y maliciosa a un tiempo, como si quisiera decirnos : « Vamos ; digan ustedes que no, y se lo contaré en seguida ». Ha habido una exclamación general, confesando nuestra profunda ignorancia. Se ha servido el té en un instante, y se ha tomado con precipitación, como si fuese un estorbo. Una vez retirada la mesa, hecho un silencio absoluto, puestos todos en círculo y en actitud expectante, Mme. Duclos ha comenzado a explicar con una gracia incomparable el suceso famoso de M. Damiette:

— Pues, señor, es el caso que M. Gastón Damiette debía presentarse en filas al tercer día de la movilización. La noticia de la guerra produjo en su casa un revuelo terrible. M. Damiette tiene ocho hijos menores de edad, y su mujer no se ha ocupado nunca del negocio. La fábrica de muebles iba a quedar desamparada, sin obreros, sin jefes, sin vigilancia ninguna. Además, ante la posibilidad de una catástrofe, Mme. Damiette dijo a su marido que juzgaba prudente que hiciera testamento. M. Damiette se fué a ver al notario, y empleó los dos días que le quedaban para arreglar sus asuntos domésticos en cuanto fuese posible. Llegada la hora en que debía partir, toda su familia salió a despedirle. Y como M. Damiette iba a emprender un viaje muy largo, su mujer, animada del espíritu de

previsión, se habia encargado de aderezarle abundante comida.

Yo vi a M. Damiette saliendo de su casa con un zurrón nuevo, de lona, colgando del cuello; atestado de conservas, quesos, pan, vino, frutas, embutidos, tenedor y cuchillo. M. Damiette llevaba consigo, además, un paquete abultado conteniendo un par de zapatos nuevos, claveteados, enormes, según las instrucciones publicadas por el Ministerio de la Guerra. De su mano derecha colgaba un viejo maletón pesadísimo, relleno con ropa de invierno, calzoncillos de lana gruesa, calcetines de franela, chanclos de goma, pañuelos, jabón, esponjas y un pequeño botiquín de campaña. Puesto en bandolera sobre el pecho y espalda, M. Damiette llevaba un impermeable también nuevo, verdoso, oliendo a cauchú. Y cruzaba con él una enorme bufanda de lana gris.

Al dar el segundo paso en mitad de la calle, M. Damiette ya no podía tenerse en pie. Le seguía su mujer, llorosa y agitada, y detrás venían sus ocho hijos, escalonados según la edad, y escoltados por dos jóvenes sirvientas. Le acompañaban también su amigo el notario, sus consocios, el viejo mayordomo de su fábrica y algunos más. Subieron todos en seis coches previamente alquilados. Muchos vecinos asomaban por los balcones a curiosear. La despedida de M. Damiette fué una verdadera manifestación de duelo.

Al día siguiente, cerca del mediodía, me dirigí a casa del fabricante. Su esposa estaba desconsolada y yo, por razones idénticas, me hallaba en una situación muy parecida. Estábamos maldiciendo de la guerra, cuando, de pronto, llamaron a la puerta. Oímos un rumor confuso de voces y luego una más fuerte y agitada que gritaba, diciendo : « Amelia, Amelia, ¿dónde estás? ». ¡Santo Dios! Era la voz de M. Damiette, quien apareció de súbito, cargado y sudoroso, tal como se había marchado el día anterior. Su mujer se arrojó a sus hombros, ya que no a sus brazos, que los tenía muy estirados y rígidos con el peso enorme que colgaba de ellos. « ¿Qué significa esto? » decía su esposa. « ¿Es que se ha suspendido la guerra? » ; como si dijera : « ¿Es que se ha suspendido la función? ». « No sé, no sé, » exclamaba el marido abriendo los ojos azorados, abatidos de sueño. « Es imcomprensible. No hice más que legar y volverme. El cuartel estaba abarrotado de gente, infranqueable. Por fin, pude lograr que se me atendiera. « Ya estoy aquí, dije yo. ¿Qué quieren ustedes que haga? » « ¿Cómo se llama usted? », me preguntaron. Dije mi nombre. « ¿ De qué clase es usted? » « De tal clase. » « Pues márchese usted a su casa y vuelva dentro de tres días ». Y dicho y hecho : aquí me tienes de vuelta ».

Fué un espectáculo único ver a M. Damiette descargando lentamente su tremendo equipaje. Las mesas y sillas quedaron llenas. El zurrón de provisiones

estaba intacto. Un pan enorme, duro como una piedra, asomaba por la abertura. «¿Qué vamos a hacer con todo esto?», preguntó la mujer asustada. M. Damiette, sin dar respuesta alguna, se dejó caer sobre un sillón, derengado, abatido: «Me muero de sueño», dijo melancólicamente. «He estado todo el tiempo sin comer ni dormir». Su mujer respondió con dulzura: «Pobre Gastoncito mío. Vete a acostar hasta que se te pase el cansancio».

Dos días después, M. Damiette partió de nuevo con el mismo equipo. Esta vez le acompañaron tan solo su mujer y sus hijos. A la mañana siguiente, fuí a buscar a Mme. Damiette para ir a dar un paseo. Salimos andando por la calle Tournon, hablando de los horrores de la guerra. Al doblar la esquina del bulevar, se nos aparece M. Damiette, cubierto de sudor, jadeante, con una mirada de compasión que llegaba al alma. «¿Ya estás aquí otra vez?», exclamó su mujer casi encolerizada. «Hija mía» dijo M. Damiette con la voz moribunda «esto es un misterio indescifrable. Yo no sé lo que pasa; yo no sé nada. Sólo sé que no han querido admitirme por segunda vez». En los ojos asombrados de Mme. Damiette brilló el fulgor de una idea súbita: «¿Acaso no sirves para ir a la guerra?» exclamó. «¿Tendrás quizá algún defecto oculto, estarás estropeado?» «¡Y qué he de estar», gritó enfurecido M. Damiette «sino tan entero y dispuesto como el que más! ¡Denme un

fusil y mándenme lo que sea, que el resto corre de mi cuenta! Lo que pasa aquí, es que el Gobierno ha dado órdenes que se contradicen con lo que estaba dispuesto en las hojas de reclutamiento. Eso será sin duda por conveniencias de organización, pero yo en este asunto ni quito ni pongo ».

Cuatro días más tarde, M. Damiette partió por tercera vez. Cuando vió preparado su inmenso equipaje, el buen hombre exclamó : «¿Para qué quiero yo todo esto?». Y su mujer dijo : «Mejor será que no lleves nada, porque mañana estarás ya de vuelta. Si tienes ganas de comer, puedes comprarte alguna cosilla en el camino. Adiós, querido. No voy a acompañarte a la estación porque tengo que hacer en casa. Hasta mañana! »

M. Damiette juzgó muy puestas en razón las palabras de su esposa. Encendió un pitillo, dió media vuelta, abrió la puerta del piso, salió a la calle, y se fué solo, completamente solo, sin zurrón ni bufanda, con las manos en los bolsillos del pantalón, como si fuera a dar un paseo por el barrio.

¡Y esta vez, ya no ha vuelto a parecer!

Miércoles, 12 de agosto

El día de hoy ha sido uno de los más calurosos del verano. Pero yo he tenido la inesperada fortuna de pasarlo al abrigo de una casa de campo, sombreada, espaciosa, escondida en el grato silencio de un bosquecillo. Vago rumor de aguas corrientes. Aire fino, abundante ; poca luz.

Muy de mañana he recibido la invitación, grata como una sorpresa. Yo creí que el profesor Dubois — con quien emprendí, durante el invierno, pacientes estudios de historia filosófica medieval — continuaba, a pesar de la guerra y a causa de su miopía, gozando de las vacaciones en Quimper, a orillas del mar, donde se fabrican las más famosas porcelanas de Finisterre. Su billete ha sido la primera noticia de su regreso. Decía así : « Estoy en París. ¿Sigue usted en Francia todavía?
» Hoy comen en mi casa de Bellevue mis buenos amigos
» Lehmand y Andrieu. Se le guardará a usted un sitio
» en la mesa. Habrá polémicas, música y vino de Es-
» paña ».

Al salir de casa, en la Plaza de Saint-Germain-des-Prés, he sido detenido súbitamente por dos individuos de policía. Me han preguntado si había prestado el servicio militar. Al saber que soy extranjero, me han obligado a exhibir mi permiso de residencia en París. Luego, alzando el brazo cortésmente, los dos policías se han alejado satisfechos. Al llegar a la orilla del río, he visto que el servicio de *bateaux-mouches* está interrumpido. Este suceso ha retrasado mi llegada a Bellevue. He debido tomar el tranvía eléctrico de Saint-Cloud y luego ir andando hasta la casa del profesor, bajo una lluvia de sol, entre las tapias de jardines frondosos donde cantaban muy dulcemente los mirlos.

He llegado a la hora del mediodía. El profesor y sus dos amigos, al ver mi tardanza, iban a sentarse a la mesa creyendo que yo habría regresado a España al estallar la guerra. Al saber mi llegada han salido a recibirme, como en las tardes de invierno, cuando yo aparecía de improviso bajo el azote de la lluvia y del viento, y los tres íbamos a reanudar nuestras inagotables polémicas sentados en torno de la chimenea.

Durante la comida casi no hemos hablado de la guerra. Pero luego, en el jardín, mientras tomábamos café bajo la sombra apacible de los árboles, nuestra conversación ha girado por completo en torno del magno conflicto europeo. De esta suerte yo he podido hacerme cargo del sentimiento, tanto como del pen-

samiento, que la guerra inspira a algunos representantes de la intelectualidad francesa. M. Dubois (de cuyo verdadero nombre no quiero acordarme) es uno de los profesores más inteligentes y cultos de la Sorbonne. M. Lehmand se encuentra entre los primeros eruditos musicales de Francia y M. Andrieu, muy joven todavía, procede de la *École nationale des chartes* y se dedica exclusivamente a los estudios históricos. El profesor Dubois está exento del servicio militar, no por su edad que no pasa de madura, sino por su excesiva miopía, que le impide toda relación visual con el mundo exterior colocado más allá de la extensión de su brazo. M. Andrieu, en cambio, parte mañana para la guerra y M. Lehmand debe ingresar en filas el penúltimo día de la movilización.

— La guerra actual, decía el profesor Dubois, presenta un carácter totalmente distinto de cuantas catástrofes semejantes se han producido en el mundo moderno. A mi modo de ver, la guerra actual no ha sido producida por un hecho concreto, una ofensa cualquiera o una ambición territorial determinada, sino más bien por un obscuro e instintivo odio de razas, violentísimo y casi monstruoso. La guerra actual no es una lucha mezquina, movida por un interés económico determinado, sino una trágica guerra de almas, una guerra total, en la que el hambre de dinero y el instinto de rapacidad importan menos que los antagonismos de espíritu y de cultura.

Los que van a batirse no son dos o más ejércitos mercenarios de otras tantas naciones enemigas, cuyo núcleo principal, que es el espíritu, queda en posición expectante mientras se encomienda la solución del conflicto al choque brutal de los cuerpos. Ahora se trata de varias naciones que van a destrozarse integralmente, en cuerpo y alma, con un odio implacable y absurdo, hasta el aniquilamiento. Yo no recuerdo un caso semejante en la historia moderna. —

El profesor hablaba despacio, con su voz dulce y persuasiva. M. Andrieu, sentado a su derecha, la ha interrumpido diciendo :

— Pero hay que confesar, mi querido maestro, que de entre todas las naciones que toman parte en la lucha, ninguna como Francia puede proclamar su inocencia ante el enorme crimen que va a cometerse. Porque ¿cómo podrá Inglaterra protestar del imperialismo alemán, cuando ella ha realizado ya prácticamente el imperio más formidable que ha existido en el mundo? La diferencia máxima que en el orden político puede establecerse entre Alemania e Inglaterra, quizá estriba sólo en que ésta ha realizado ya su ensueño, a costa de todo el mundo, mientras que aquélla pretende aún realizarlo. Inglaterra es la dueña absoluta del mar. Esto no es un proyecto quimérico, sino un hecho real. Y precisamente a causa de su misma realidad, este hecho nos parece natural y lógico. Venimos al mundo y preguntamos : « ¿De

quién es el mar? ». Nos responden : « De Inglaterra ». Y ya no se habla más del asunto. Cuando nos dicen que Inglaterra sostiene el principio de desequilibrio que consiste en mantener una escuadra capaz de vencer por sí sola a las dos mejores del mundo, tampoco lo reputamos absurdo ni lo tachamos de injusto. Es natural, es habitual ; está establecido así hace más de cien años, sencillamente.

Alemania, al querer desarrollar su imperio, se encuentra con las mismas dificultades con que se encontró Inglaterra. Pero si, por desgracia, llegara a salirse con la suya, no duden ustedes de que dentro de otros cien años, el poder de Alemania sería tan natural como lo fué en su tiempo el Imperio romano. « ¿Quién manda en Europa? » se preguntaría la gente. Y la respuesta sería tan sencilla como la anterior : « Alemania ». Y como se trataría de un hecho consuetudinario, establecido ya, y tan poderoso que no habría medio posible de aniquilarlo, se encontraría asimismo perfectamente natural, hasta el momento en que otro poder más fuerte se encargara de reemplazarle. —

Acariciando con la mano afilada sus barbas luengas de pelo rubio y lustroso, M. Lehmand ha intervenido en el debate diciendo :

— Para nosotros, los franceses, yo creo que la posición de Inglaterra implica algo más todavía. Mientras el poder de Francia fué un peligro para su imperio, Inglaterra no cejó ni un momento en su empeño de

aniquilarnos, hasta que lo consiguió. Y en la lucha actual, aprovechándose del ineludible deber que nosotros tenemos de defender nuestras vidas y nuestro patrimonio, Inglaterra *usará* de nosotros para debilitar a Alemania y poder ella encargarse de dar el golpe final.

En la hora presente, puestos en el duro trance de defender hasta la muerte nuestro territorio, nos parece que Francia es el eje o núcleo central de la guerra. Esto no es más que un error de perspectiva, debido a que nos hallamos demasiado cerca de los elementos integrantes del conflicto y a que nuestro corazón ofusca con sus latidos nuestra inteligencia. Pero a través de los años, cuando se depuren los hechos actuales y cada componente vuelva a ocupar su posición respectiva, se verá que la lucha de hoy habrá consistido fundamentalmente en el antagonismo irreductible creado en dos grandes imperialismos europeos, que no podían coexistir : el de Inglaterra y el de Alemania. Las demás naciones involucradas en el conflicto, aparecerán entonces como factores secundarios. Y Francia y Bélgica, víctimas de su honor y de su nobleza espiritual, serán las verdaderas heroínas de la guerra, porque no provocaron a nadie, ni codiciaron botín alguno, ni quisieron dominar voluntades ajenas, sino que se habrán desangrado y cubierto de ruinas en puro holocausto de la independencia nacional y de la justicia. —

Así hablaban los tres amigos, sentados bajo los árboles del jardín. Dijeron otras muchas cosas que re-

velaban cuán lejos ha andado el espíritu francés de provocar el conflicto europeo y al mismo tiempo la decisión tranquila y heroica con que todos ellos, hombres de estudio y de paz, estaban dispuestos a morir por su tierra de Francia. Cuando al atardecer las brumas cenicientas del río se levantaron, empañando la cristalina transparencia del cielo, el profesor nos dijo con una expresión de melancolía en la voz dulce y sosegada :

— ¿Les parece a ustedes que pasemos a mi cuarto de estudio? Yo parto mañana a reunirme con mi familia. Quizá nos hallamos juntos por última vez. Nuestro amigo Lehmand podría darnos un pequeño concierto de despedida.

Entramos en el cuarto de estudio del profesor M. Lehmand fué a sentarse al piano. Los demás, instalados en profundos sillones de mimbre, nos dispersamos por el cuarto espacioso y sombrío. La ventana abierta dejaba ver a lo lejos la orilla frondosa del río, y un destello de luz mortecina en lo alto de los oteros de Meudon. Sólo brillaba una lamparilla eléctrica en el rincón del piano. Nuestros cuerpos desaparecían en la sombra.

Estaba tocando M. Lehmand un admirable fragmento de la *Pasión*, de Bach, cuando de pronto ha llegado hasta nosotros una gritería ensordecedora, alegre, infantil, que hacía imposible continuar escuchando. M. Lehmand ha abandonado su puesto y

todos hemos salido a la ventana. Un corro de niñas del vecindario, dispuestas en mitad de la calle, detrás de la verja que rodea el jardín, giraba alegremente cantando una vieja canción popular.

—Esto es horrible—ha dicho entre sonriente e indignado M. Lehmand.—El fragmento que estaba tocando es de lo más bello que ha producido la música alemana.

Entonces el profesor Dubois, poniéndole una mano encima del hombro, ha replicado con dulzura :

—Pues ya ve usted, amigo mío. Estas son cosas de la guerra. La música alemana, que para usted es la primera del mundo, como su metafísica, como tantos otros productos del genio alemán, cuya excelencia y originalidad reconocemos ; todo en conjunto, digo, no vale nada comparado con nuestra vida nacional. Y usted va a dejar a su Bach con todas sus incomparables armonías y se irá usted a la guerra, a hacerse matar si es preciso, para que estas lindas muchachas puedan formar su corro infantil sobre el suelo de Francia y cantar con sus voces ingenuas una vieja canción, que encierra en su forma ruda e imperfecta el alma libre e inmortal de nuestro pueblo. Lo primero ha sido siempre lo primero; y aquí lo primero son los hijos de Francia.

Ya no se ha vuelto a tocar el piano y, mientras el corro de niñas continuaba jugando, el profesor Dubois, cumpliendo su promesa, ha mandado traer una botella de vino de Jerez. Y antes de separarnos, quizá para siempre, hemos bebido los cuatro a la gloria de Francia.

Jueves, 13 de agosto

He tenido ocasión de conocer la colonia de estudiantes persas que reside en París. Más de una vez, durante los dias breves y lluviosos de invierno, he tomado el té del atardecer sentado en el suelo, con las piernas cruzadas sobre una estera amarillenta, rodeado de esos seres exóticos y fastuosos, cubiertos con amplias capas de piel de camello.

La mayoría de los jóvenes estudiantes persas sigue muy despacio, para alargar en lo posible su estancia en París, los cursos de la Escuela de Ciencias Sociales y Políticas. Casi todos pertenecen a la alta jerarquía de su país. Tienen el rostro de color cetrino, verdinegro y mate, el pelo abundantísimo y áspero, los dientes poderosos y blancos, y los ojos ardientes, cargados de nostalgia y pesadumbre. Hay uno entre ellos que no hace nada en París. Viste con elegancia excesiva, habla muy poco y con autoridad, y se pasea todas las tardes en auto descubierto por el Bosque de Bolo-

nia. Sus compañeros le sirven el té en primer lugar y le llaman «el Príncipe»; pero su nombre preclaro es Almansur.

Tres de estos estudiantes habitaban en la pensión Durieux. Pero al llegar las vacaciones del verano, ellos y la mayor parte de sus compatriotas salieron de excursión, hacia Bélgica y Holanda unos, otros hacia Suiza y Alemania. Con una constancia verdaderamente admirable, enviaban de continuo a la pensión series inagotables y pintorescas de tarjetas postales. Pero al estallar la guerra, esta pródiga demostración de correspondencia quedó interrumpida como por ensalmo. ¿Adónde habían ido a parar los estudiantes persas?

Esta noche, al terminar la cena, se ha presentado en la pensión M. Salem, joven preceptor que tiene a su cargo a los muchachos más jóvenes de la colonia. En la Legación de su país le habían dado noticias de nuestros amigos. El «príncipe» Almansur y su primo Fatolah, que estaban en Bruselas, han podido refugiarse a tiempo en Inglaterra. Los que estaban en Suiza, se hallan reunidos en Ginebra. Pero M. Nurry, el benjamín de la pensión Durieux, que se encontraba viajando por Alemania, solo y sin pasaporte, fué detenido en Munich como sospechoso y ha estado cinco días prisionero en su cuarto de hotel.

M. Salem tiene su domicilio en los alrededores de la torre Eiffel, amplios, obscuros y sobremanera desiertos

durante la noche. Alguien ha dicho al joven preceptor que no era prudente regresar tarde a su casa, sobre todo en estos días anormales en que la vigilancia pública huelga en extremo. Pero el preceptor persa ha replicado :

— Al contrario. Jamás se había vivido tan apaciblemente en París. Desde que empezó la guerra, las emboscadas nocturnas de los maleantes han cesado por completo. El Prefecto de Policía ha mandado barrer, de una manera rotunda, la chusma canallesca de *apaches* que ha dado a París un renombre universal y folletinesco. En la actualidad se pueden recorrer, hasta de madrugada, los barrios más peligrosos y las encrucijadas más sombrías. Yo tendría un interés especial en visitar de noche estos famosos parajes.

Y dirigiéndose de pronto a mi amigo Trabal y a mí, M. Salem nos ha dicho, como si tuviese una idea feliz :

— ¿ Quieren ustedes que vayamos juntos ?

La proposición del preceptor nos ha cogido de sorpresa. Mi amigo y yo nos hemos quedado mirándonos con expresión de duda, sin decir palabra. Mme. Durieux y las muchachas todas, se han levantado unánimes en un clamor de indignación y espanto.

Pero la curiosidad ha vencido todos los razonamientos. Entre una lluvia de improperios y de exclamaciones femeninas, asustadas las muchachas, indignada

la dueña, aturdido el persa y nosotros vacilando, hemos salido mi amigo y yo a buscar nuestras gorras de campo, para darnos un aspecto exterior más en consonancia con nuestros obscuros propósitos. El preceptor ha trocado también su sombrero de paja flamante por una especie de casquete de piel o montera que yo usaba para ir de caza en invierno. De vuelta los tres en el salón para despedirnos, cuando creíamos ser recibidos con denuestos y lágrimas, se ha producido una hilaridad general.

Al salir a la calle, nos hemos dirigido sin titubear hacia *les Halles*. Ibamos los tres andando sin decir palabra, pisando fuerte en el silencio de la noche, algo conturbados, cabizbajos, perplejos, con la mirada fosca y el ademán resuelto. Era la noche clara y sosegada, con la luna tardía que iluminaba el cielo. Andando de esta suerte, buscando a propósito las callejuelas sombrías y desiertas, sin encontrar un alma, hemos venido a parar, rendidos por el cansancio, ante las puertas de un bodegón de aspecto lóbrego y miserable. Detrás de los cristales brillaba una luz tenue y macilenta. Después de pararnos en mitad de la calle desierta, M. Salem ha dicho, mientras enjugaba el sudor que bañaba su rostro :

—¿Quieren ustedes que entremos a descansar un rato?

Mi amigo y yo nos hemos mirado de nuevo, por debajo de las viseras, a la escasa luz que nos llegaba del bodegón.

— A mi parecer — ha dicho después mi amigo, — sería una temeridad empeñarnos en seguir adelante. Nuestro propósito está conseguido. Acabamos de recorrer uno de los barrios más peligrosos de la ciudad sin encontrar alma viviente. Con esto queda demostrado que ya no hay *apaches* o, por lo menos, que la seguridad personal es, en la actualidad, uno de los encantos que la guerra ha proporcionado a los habitantes de París. Pero bien pudiera ser que los *apaches* que no hemos visto en mitad de la calle y por separado, los hallemos ahora en conjunto y casi corporativamente en este obscuro bodegón.

Puestos en el duro trance de resolver nuestra conducta, entre la curiosidad que aguijoneaba nuestra voluntad y el misterioso temor que la comprimía, volvió a insistir el joven persa, porfió mi amigo, levantamos la voz y así gritando y discutiendo, aconteció que el preceptor abrió la puerta del tugurio y casi a la fuerza nos metió, de improviso, donde jamás pensáramos ni quisiéramos ir.

Un vaho cálido y mal oliente flotaba en el ámbito angosto y mezquino. El bodegón estaba iluminado por la luz rojiza de una lámpara que colgaba del techo. Las paredes ahumadas, las mesas mugrientas, los bancos desiertos, el mostrador a un lado, con botellas de espesos y turbios licores, y todo sumido en un silencio profundo y en la más lóbrega soledad.

Al penetrar nosotros tímidamente, apareció por el fondo un hombre gordo, pequeñito, con una pierna de

palo, que parecía ser el dueño del establecimiento. Nos miró con recelo, preguntó qué queríamos, pedimos tres cafés, y al tiempo de sentarnos junto a una mesa, M. Salem le interrogó con un gran desenfado:

—¿Qué tal buen hombre? ¿Cómo anda el negocio? ¿Hay muchos parroquianos? ¿Se trabaja?

—¡Qué va a haber —dijo el otro— más que hambre y miseria, con esta maldita guerra que ha de arruinarnos a todos!

Y mientras nos servía el café, turbio y sin aroma, en vasos de cristal recio y opaco, el dueño prosiguió diciendo de esta suerte:

—Yo no os conozco ni recuerdo haberos visto jamás en mi casa. Pero habéis de saber que este establecimiento era el más acreditado del barrio. Aquí no bajaban de doscientos francos los que se gastaban todas las noches en estas propias mesas. Tengo allí —dijo señalando hacia el fondo— un cuarto capaz para treinta parejas, donde se bailaba hasta el amanecer y sin descanso. Se dice, y es verdad, que a menudo se armaban peloteras y riñas. Pero todo salía a la calle y yo os puedo jurar que jamás en mi casa se ha matado a un hombre. No hay que decir, pues, que el negocio era bueno y que prometía mejorar en adelante. Pero vino la guerra y esto ha quedado más solitario que un desierto. A *ellas* las recogieron como a los perros en el *panier à salade*, y a *ellos* se los llevaron yo no sé donde, en un abrir y cerrar de ojos, como si se los hubiera tragado la tierra.

—¿Y en qué les emplean? —preguntó el persa.

—¡Y yo qué sé! —respondió el dueño. —He oído decir que *ellas* están encerradas en un viejo cuartel, donde fabrican ropa blanca para los soldados. *Ellos* están en la guerra, los que sean franceses, y los demás los habrán mandado a sus casas para que los guarden como oro en paño. Desde que empezó la movilización, por aquí no aparecé ni un alma. Sólo vienen a verme un rato, por las noches, unos buenos amigos que ya están por llegar y —señalando otra vez hacia el fondo — ese viejo que se pasa el día en su rincón, sin decir palabra.

Todos miramos hacia el sitio indicado, escudriñando las tinieblas que poblaban el cuarto. Entonces vimos a un hombre viejo y corpulento, con grandes melenas, en actitud inmóvil, la cabeza enorme apoyada entre las manos y los codos cargados sobre la mesa. Nos estaba mirando fijamente, con sus grandes ojos pardos que brillaban en la obscuridad.

Se abrió la puerta de la calle y aparecieron tres sujetos que, después de saludar al dueño, fueron a sentarse junto a una mesa puesta al lado del mostrador. Debían ser los amigos de que nos hablaba el hombre de la pierna de palo. Iban vestidos con trajes de algodón azul, con los pantalones muy abombados y un pañuelo puesto alrededor del cuello. Calzaban gruesos zapatos de cuero y andaban despacio, con los brazos colgando y las piernas abiertas en compás.

Después de servirles sendos vasos de vino, el dueño se sentó a su lado, recogiendo su pierna rígida debajo la mesa, y los cuatro empezaron a hablar de la guerra. Sus palabras lentas, obscuras, nos revelaron su manera de sentir el conflicto europeo. No hablaban de detalles, ni de grandes movimientos estratégicos, ni mentaban nombres de pueblos y ríos que debían dar lugar a grandes y memorables acciones. Sus inteligencias groseras e incultas no podían abarcar los extensos aspectos que aparecen en las conversaciones de la clase media y de la burguesía : el problema económico, los aprovisionamientos, las máquinas de guerra y la táctica militar. Para ellos la guerra se perdía en un sinnúmero de anécdotas sangrientas y espeluznantes, sin ilación alguna, dispersas en una corriente misteriosa de crueldad y de barbarie. « Los alemanes, disfrazados de hermanas de la Caridad, reparten *bombones explosivos* a los pequeñuelos que encuentran a su paso ; otros, pertenecientes a la Cruz Roja, llevan balas explosivas en el brazal y asesinan a los heridos miserablemente ; en tal parte han emponzoñado las aguas públicas ; un herido alemán descargó su revólver, a quemarropa, contra un médico francés, en el instante en que éste iba a socorrerle ; a una mujer belga le cortaron pedazos de carne y los echaron a los perros hambrientos... » Nada de combates entre grandes ejércitos, ni de acciones heroicas ; la guerra, vista a través de estas inteligencias, aparece como un conjunto de hechos

dispersos e incoherentes, realizados por una banda de asesinos que andan en despoblado, sin más rumbo que el afán insaciable y monstruoso del crimen.

Luego se han puesto a hablar de la situación en Francia. Lo que hace falta, decía uno de los cuatro amigos, es que se ponga a prueba esa pólvora de Turpin que parece ser de una eficacia decisiva. Otro opinaba que la cuestión sería inundar los campos para impedir el avance de los alemanes; otro creía más eficaz la colocación de minas subterráneas; y así por el estilo, con más o menos imaginación, iban mostrando su parecer sin que ninguno satisficiera a todos por completo.

En éstas estaban, cuando de pronto ha resonado un golpe formidable que el viejo taciturno acababa de dar sobre la mesa. Se ha hecho un silencio profundo, lleno de estupor. Entonces alzándose el viejo, que ha aparecido ser de una estatura colosal, se ha acercado temblando de ira, con los ojos llameantes, y dando un segundo porrazo sobre la mesa en que estaban sentados los cuatro amigos, ha dicho con voz de trueno, retumbante:

— ¡Lo que aquí hace falta es un hombre como Napoleón!

Jamás en el mundo otra palabra habrá producido un efecto tan mágico como el nombre del gran Emperador. El dueño del bodegón, que jamás había oído la voz de su huésped, y sus tres amigos, han dicho

a coro, como electrizados por una conmoción súbita e inesperada : « ¡Es verdad! ¡Es verdad! » Nosotros permanecíamos mudos, inmóviles, llenos de interés y con el alma suspensa. Entonces el viejo gigante, con las melenas erizadas blanqueando a la luz de la lámpara colgada sobre su cabeza, de pie y erguido en medio del bodegón, ha abierto los brazos en un ademán inmenso y ha comenzado a hablar de este modo, con un furor de cólera y de entusiasmo :

— ¿Sabéis quién fué Napoleón? ¡Napoleón fué el hombre más grande que ha habido en el mundo! Mi abuelo se batió con él y le acompañó toda su vida. Una vez, sus enemigos le encerraron en una isla del mar, porque estaban celosos de la gloria que había dado a Francia. Pero él, que todo lo podía, se escapó una noche y fué atravesando toda la tierra hasta llegar a París. ¡A su paso los hombres se levantaban como leones y, abandonando a sus mujeres e hijos, le seguían como perros fieles, llevándole en hombros por las ciudades! Cuando un hombre hace esto con los otros hombres, es porque lleva dentro algo muy grande y muy fuerte. Yo no he podido conocerle, pero he leído su historia, que es la más bella del mundo, y mi abuelo me contó muchas veces, temblando de entusiasmo, las grandes batallas que ganó con él. ¡Era un hombre pequeño, pálido, que no cabía en el mundo! Con sus soldados era franco y rudo, como un camarada. Por las noches recorría el campamento y cuando

encontraba a alguno muerto de fatiga, le decía : « Anda, vete a dormir, que yo haré tu guardia ». Y tomaba el fusil y se estaba de pie, sin moverse, hasta el amanecer, soñando en la victoria de Francia! Él era de hierro o de bronce; no dormía, ni descansaba un instante. Y era tan llano y tan bueno que amaba más a un caporal que a sus grandes mariscales cubiertos de plumas, rojos y fuertes como gallos de pelea. ¡Después de las grandes batallas, recorría el campamento, montado en su caballo blanco ; y los moribundos se alzaban por última vez para ver el fulgor de sus ojos cubiertos de gloria!

La impresión que el viejo producía en su auditorio era enorme. Y así fué como en el lóbrego bodegón, adonde habíamos ido buscando el rastro canallesco del vicio, hallamos una visión sin par, de una belleza ruda y simple, que revelaba una corriente inextinguible de entusiasmo heroico.

Cuando salimos del bodegón, fuimos a acompañar, mi amigo y yo, al joven persa, hasta las cercanías de la torre Eiffel. La luna brillaba ya en lo alto del cielo, de un azul pálido y transparente, cuajado de luz. Y al pasar en silencio sobre un puente del Sena, vimos con una emoción inolvidable y profunda, alzarse ante nosotros la cúpula cenicienta de los Inválidos, debajo de la cual descansa eternamente aquel tan grande Emperador, cuyas hazañas han dejado una huella perdurable en el corazón de los hijos del pueblo.

Viernes, 14 de agosto

La anormalidad se ha hecho habitual en París. El as pecto de la ciudad durante los primeros días de la mo vilización, fué inquieto y agitado. Pero, una vez pasadas estas horas de tránsito, el espectáculo cotidiano de París es tan invariable y tranquilo, que parece normal. Ya estamos acostumbrados a prescindir del teatro, de los cafés y de toda suerte de diversión ociosa. A fuerza de haber leído todos los días los rótulos pintorescos que aparecen en las puertas de las tiendas cerradas, ya casi los hemos aprendido de memoria. El espectáculo pintoresco que ofrecían las banderas expuestas en las ventanas de casi todas las casas, nos es sobradamente conocido, y, por lo tanto, indiferente. A nuestro paso invariable por determinadas calles, encontramos a las mismas horas los mismos transeuntes escasos, con un andar sosegado y provincial. Empezamos ya a reconocernos. Nos miramos sin curiosidad todos los días, hacemos los mismos mo-

vimientos para cedernos el paso al doblar una esquina, y parece como si fuéramos a decirnos estas frases jamás pronunciadas : « Ya ve usted. Todo está igual. No pasa nada en Paris ». Y continuamos resignados nuestro camino.

Pero no solamente no ocurre nada en París, sino que tampoco se sabe nada de la guerra. Los rumores de fracasos ocurridos en la región de Nancy, se han desvanecido con la noticia oficial de que no había en Paris ni uno sólo de los heridos que el rumor público había anunciado como próximos a llegar, en trenes misteriosos, con las luces apagadas, viajando furtivamente de noche. La gran batalla anunciada sigue preparándose con misterio. Y los periódicos se limitan a dar, con grandes letras, este lema que, en vez de satisfacer, excita la incertidumbre popular: «Paciencia y confianza».

La absoluta carencia de noticias y la lentitud insoportable de las horas contadas, segundo por segundo, mientras el corazón late con un ansia creciente, han acabado con las débiles fuerzas de Mme. Durieux. Esta pobre mujer, pálida y pequeñita, ya sólo vive para su hijo, el oficial que está encerrado en los fuertes de Maubeuge. Se acabaron para ella, que amaba tanto explicar sus recuerdos, las horas en que nos contaba, con frase viva y pintoresca, cómo había conocido en su juventud al gran poeta Federico Mistral — alto y gallardo, con la voz timbrada como un trovador,—o su viaje a Barcelona, con M. Durieux, cuando la Exposi-

ción Universal de 1888. Mme. Durieux permanece estos días constantemente abatida en su sillón de *reps* obscuro. Está pálida, temblorosa, distraída; no atiende a lo que le dicen; se resiste a tomar alimento; busca el silencio y la soledad; y movida por el curso interior e irresistible de sus pensamientos, a veces se levanta de pronto, corre hacia el mapa de Francia que está expuesto sobre un muro del salón, pone el índice agitado y nervioso sobre el círculo que indica Liège y va siguiendo hacia abajo, con la mano temblando, como si marcara la marcha invasora del ejército alemán. Cuando su dedo se para en Maubeuge, la pobre viejecita se queda inmóvil, como aterrada de haberle hallado tan cerca, y con la voz apagada y los ojos ardientes, exclama sacudida por un estremecimiento súbito de horror: «¡Le matarán, pobre hijo mío! ¡Esos bárbaros, canallas, le matarán!» Entonces sus hijas se apresuran a socorrerla y con grandes esfuerzos la alejan del salón. La otra tarde Mme. Durieux se hallaba sola en él; al entrar luego su hija menor, la halló desplomada, sin sentido, tendida en el suelo bajo el mapa de Francia.

Mme. Parthiker, la vieja inglesa, se indigna sobremanera al presenciar las crisis de Mme. Durieux. Esta noche, mientras cenábamos tristemente, en silencio, con un rastro de luz crepuscular desvaneciéndose en la paz de la tarde, Mme. Durieux se ha echado a llorar de improviso. La vieja inglesa la ha estado observando

despacio, por encima del hombro, con una expresión de desprecio profundo e implacable. Luego con un gesto lacónico y una voz iracunda, ha dicho en su francés casi ininteligible :

—¡Eso es ridículo, señora ; completamente ridículo!

Mme. Durieux la ha mirado con sus ojillos dulces, bañados en llanto, y ha dicho sollozando, casi avergonzada :

— Es que yo tengo un hijo en la guerra. Si me lo mataran...

Mme. Parthiker ha interrumpido con acritud :

— Cuando la guerra del Transvaal — ha dicho — yo tuve mis dos hijos peleando a la vez por nuestra causa. ¡Al mayor lo mataron, al segundo lo hirieron ; pero ganamos la guerra!

Ganar la guerra. Esta es la cuestión, según madame Parthiker ; lo demás no importa. Y Mme. Parthiker está convencida del triunfo final. Los demás discutimos las probabilidades de una y otra parte, nos esforzamos en esperar la victoria de los aliados ; pero no pasamos de la esperanza. Mme. Parthiker no quiere discutir nada, no quiere saber nada, porque habita en las supremas alturas de lo absoluto y desprecia, con un gesto sincero, a los que nos movemos en las bajas y dudosas regiones de lo contingente. Mme. Parthiker sólo tiene una expresión decisiva e inapelable para los alemanes : « *Ils seront écrasés* », dice, « Serán aniquilados ». Y nada más.

Después de la cena, Mme. Durieux se ha retirado a su cuarto para estar a sus anchas en la soledad y madame Parthiker se ha marchado a su casa. En las noches templadas, al pasar por debajo de su ventana abierta, que da a la *rue* Jacob, se la oía tocar la mandolina desde el fondo de su cuarto, sumido en la obscuridad.

Hemos quedado de tertulia en el salón, las hijas de Mme. Durieux, Mlle. Rabier, mi amigo Trabal y yo. Las jóvenes rusas habían salido juntas a dar un paseo por los bulevares. Era la noche obscura y sofocante, sin un hálito de aire. Lucían las estrellas con un fulgor ardiente sobre el fondo aterciopelado del cielo. Nos sentamos agrupados junto a las ventanas abiertas de par en par. En el fondo sombrío del jardín contiguo se oía el rumor sosegado y apacible de una fuente. Mlle. Rabier me ha dicho :

— Hoy he recibido noticias de Barcelona. Quizá usted no habrá sido tan afortunado como yo.

Mlle. Rabier nació en Chartres, donde viven todavia su madre y sus hermanas. Y no conoce otras regiones del mundo que su ciudad natal y el recinto de París, donde trabaja desde hace dos años, empleada en el despacho de una casa de exportación. ¿Qué noticias podrá haber recibido de España, de Barcelona?

—Desde que empezó la guerra —añade Mlle. Rabier al ver mi sorpresa,—se han suspendido casi todos los negocios. No obstante, en *mi* despacho se conservan algunas relaciones con el extranjero, con España, pre-

ferentemente. Las noticias que tengo de su país, consisten en un pedido de la casa Balanzó Hermanos, de Barcelona. Es el único que hemos recibido desde que estalló el conflicto europeo.

Luego, de súbito, sin motivo alguno aparente, Mlle. Rabier se ha echado a reir de tal suerte que los circunstantes hemos quedado un poco sorprendidos. ¿De qué se reiría Mlle. Rabier? Al preguntarle la causa de tan extraño e inusitado júbilo, la muchacha se tapaba el rostro, lindo y vivaracho, con sus manos pequeñas, y agitada por la furia de su hilaridad, sólo acertaba a exclamar con grandes carcajadas : « ¡Pobre M. Dupont! ¡Pobre M. Dupont! » Por último ha logrado sacarnos de nuestro estupor diciendo :

— Cuando ustedes conozcan la causa de este regocijo, de seguro me perdonarán mi descortesía, Monsieur Dupont es el tenedor de libros que trabaja en mi despacho. M. Dupont se fué a la guerra hace unos cuantos días, pero ya está de vuelta. Verán ustedes como fué la cosa. Se trata de un caso verdaderamente cómico. Yo creo que se habrán dado muchos semejantes con la organización inverosímil de la guerra moderna, que consiste en mandar a todo el mundo a batirse.

Algo intrigados por el prólogo que Mlle. Rabier ponía a su historia, nos hemos dispuesto a escucharla atentamente, y ella ha comenzado a hablar así :

— M. Dupont tendrá unos treinta y ocho años. Es un hombre pequeñito, completamente calvo, con un

vientre enorme sobre unas piernas tan sutiles y flacas, que parecen a punto de quebrarse bajo la carga injusta que soportan. M. Dupont es, además, un hombre meticuloso, prudente, cauto y pacífico. Hace veintiocho años que está empleado en la misma casa. Comenzó de suplente en el escritorio y allí se ha quedado, progresando hasta llegar a ocupar el cargo de tenedor de libros. Los dueños tienen en M. Dupont una confianza sin límites. Al día siguiente después de su boda, apareció como todos los días en el escritorio, a las ocho en punto de la mañana. De tanto pasar las horas sentado en su taburete, sin hacer ejercicio alguno, el vientre se le ha desarrollado con exceso y en detrimento de sus piernas, frágiles y encogidas por estar ociosas. Durante toda su vida, a partir de su mocedad, M. Dupont ha vestido siempre de chaqué negro con chaleco blanco. La única prenda de su indumentaria que sufre evolución periódica y regular es el sombrero, que en invierno es de fieltro, con media copa, y en verano de paja, forma panamá.

Cuando M. Dupont recibió la orden de incorporarse al ejército, estaba ultimando el balance del semestre. Su contrariedad no tuvo límites. Se presentó en el despacho del dueño y le dijo respetuosamente, con la voz temblorosa : « Muy señor mío : altos deberes patrióticos me ponen en el duro caso de abandonar el balance. He sido llamado a filas y parto mañana. Pero si usted no tiene inconveniente, yo llevaré conmigo

una copia de los datos finales que estaba arreglando, y procuraré enviarle por correo su resolución». El principal le miró con ternura y le dijo : «Vaya usted con Dios, mi buen señor Dupont, y que Él le proteja». Entonces M. Dupont se atrevió a ofrecer la mano temblorosa a su principal. Éste le dió un apretón efusivo. Y M. Dupont salió del despacho con las alas del chaqué mustias y decaídas, llorando la ruina de su humilde y fidelísima tradición comercial.

Al día siguiente, M. Dupont tomó el tren y, después de un largo y penoso viaje, se presentó en el cuartel a que estaba destinado. El cuartel se hallaba en las afueras de una pequeña ciudad provinciana. Cuando llegó M. Dupont, cubierto de polvo y de sudor, el edificio rebosaba de gente. Había unas baterías formidables a la entrada del patio central, dispuestas a partir. Pelotones de caballería iban y venían en un trote incesante. Se oían toques de cornetas y zumbido de tambores lejanos. M. Dupont fué presa de un gran estupor, ante aquel espectáculo que le parecía casi incomprensible.

Se presentó en el despacho de reclutas, dió su hoja de servicio, y un sargento le dijo: «Espérese usted hasta que le llamen». M. Dupont se sentó en un banco, al lado de otros reclutas. Eran las ocho de la mañana. M. Dupont se acordó de que a la misma hora se presentaba todos los días a la puerta de su despacho, en París. Sintió una nostalgia indecible y el dolor de ver

truncados sus hábitos de paz. Se olvidó por completo de cuanto le rodeaba y, cuando volvió en sí, oyó una voz fuerte y retumbante que demandaba a grandes gritos : « ¡Dupont, Dupont! A ver, ese Dupont, ¿dónde está? » « Estoy aquí, señor », dijo el buen hombre levantándose sobresaltado. Entonces le mandaron atravesar un largo corredor, hasta salir a un patio lleno de soldados y paisanos.

El patio estaba abierto por uno de sus lados a la anchurosa y soleada campiña que rodeaba el cuartel. Un oficial iba llamando a todos los reclutas y, después de examinarles rápidamente, les daba una orden y desaparecían por las innumerables puertas contiguas al patio. M. Dupont fué el último en ser llamado. Cuando se presentó ante el oficial, el patio estaba casi desierto.

El oficial, al verle, estuvo un instante mirándole de la cabeza a los pies. Luego, como si tomara una resolución instantánea, le dijo : « ¿Ve usted esos caballos? » « ¿Qué caballos? », preguntó azorado M. Dupont, mirando a todas partes. « ¿No ve usted esos caballos? », preguntó vivamente el oficial, señalando cuatro potros castaños reunidos en un rincón del patio. M. Dupont, sin comprender todavía, le dijo sonriendo : « ¡Ah, ya! Pues vaya si los veo; perfectamente, si señor. » « Pues ande usted con ellos a que estiren las piernas por ese prado. Dentro de media hora esté usted de vuelta. Nada más por ahora ». M. Dupont abrió unos ojos y una boca tan grandes, que el oficial le preguntó :

«¿Qué tiene usted? ¿Se encuentra usted mal?» «Nada de eso, señor», respondió el buen hombre «pero » yo creí que iban a darme en seguida un traje de sol- » dado». «Luego, luego,» interrumpió el oficial; «cuando » vuelva usted. Por el momento no importa. Adiós». Y sin decir más, le volvió la espalda y desapareció.

M. Dupont se quedó viendo visiones. El patio estaba desierto. El cielo claro, limpio y transparente, con nubecillas blancas y esponjosas que se desvanecían en un baño de luz refulgente. El prado silencioso y verde, aparecía abierto y apacible. M. Dupont se acercó a los caballos andando despacio. Cuando estuvo a su lado los miró con recelo, como si fuesen animales nuevos y desconocidos. Ellos le miraron también con sus ojos profundos y negros, donde se reflejaban en miniatura los árboles soleados del campo y el cielo azul.

Entonces M. Dupont se dirigió a desatar con cuidado la ligadura que retenía sumisos a los cuatro potros. Sus movimientos inesperados y vigorosos, el menear incesante de las luengas colas, sus relinchos y sacudidas, le llenaban de un extraño temor. Pero cuando andaba desatando el cabestro, M. Dupont tuvo una idea feliz. «Mientras estos animales anden pastando por el campo, se dijo, yo podré arreglar las cuentas del balance, para mandarlas luego a mi principal». Con esto M. Dupont sacó de su faltriquera un pliego de papel y un lápiz, ató el cabestro a su cintura para tener libres las manos, y en esta disposi-

ción se fué saliendo del patio muy despacio, con su chaqué lleno de polvo y su panamá ladeado sobre la frente, seguido de los cuatro animales.

Tan pronto se vieron en mitad del campo, los caballos se pusieron a relinchar desaforadamente y a dar señales de inquietud. Entonces M. Dupont, con un gesto de mando, dió una gran voz y golpeó a uno de los potros con su pliego de papel arrollado. ¡Santo Dios! Ver el gesto, oir la voz y echarse a galopar los caballos a campo abierto, todo fué en un abrir y cerrar de ojos. Del primer estirón el pobre recluta perdió su sombrero, pasó de la cabeza a la cola de los caballos y se sintió arrastrado irresistiblemente por el cabestro atado a su cintura. «¡Sóoo! ¡Sóoo!», gritaba M. Dupont enfurecido, corriendo a más no poder para no ser derribado, con las piernas frágiles y temblorosas, el vientre saltando y los faldones de su chaqué abiertos como alas. «¡Sóoo! ¡Sóoo! ¡Basta ya! ¡Pararse!» Pero los caballos, alegrados de verse a su anchas, siguieron corriendo sin cesar, brincando y saltando sobre la verdura deliciosa del prado. Y el pobre M. Dupont no tuvo más remedio que correr tras ellos para no ser arrastrado, durante dos horas, aturdido, jadeante, sin lograr desatarse, con la calva expuesta al sol, los brazos abiertos, para darse aire, el chaqué volando, y el alma angustiada por el temor de su muerte que le parecía segura.

Cuando los potros se cansaron de correr, M. Dupont cayó al suelo medio muerto y sin sentido. Unos solda-

dos le hallaron al atardecer, atado todavía, con las piernas hinchadas de tanto correr, arrastrado suavemente por los caballos que andaban despacio, pastando la hierba mullida. Al volver M. Dupont en sí, le entró una gran fiebre. Dos días después de haber partido a la guerra, su mujer le vió llegar a su casa súbitamente, en brazos de cuatro soldados, vestido aún con su chaqué lleno de polvo. Hace cuatro días que está en cama, y se halla ya muy mejorado. Cuando vuelva a incorporarse a filas, van a colocarle esta vez, según creo, en la Administración militar.

Esta es la historia de M. Dupont, el tenedor de libros que se fué a la guerra.

Sábado, 15 de agosto

Serían las cuatro de la madrugada cuando he sido despertado en mi lecho, con un gran sobresalto. Al abrir los ojos en la obscuridad y al incorporarme con un movimiento instintivo, todavía retumbaba en el silencio de la noche el rumor cavernoso de un trueno, apagándose. Una gran tempestad descargaba sobre París La lluvia azotaba con furia la ventana cerrada de mi cuarto y, a través de los cristales, centelleaba de continuo la lívida claridad de los relámpagos, iluminando la densa y cenicienta obscuridad del cielo. Luego he vuelto a dormirme entre el rumor monótono y emoliente del agua. Pero la tempestad ha durado hasta muy avanzada la mañana, y todo el día han quedado flotando en el aire de París nieblas tristes y lentas. Al atardecer se ha levantado el viento y ha aparecido el cielo limpio, despejado, bruñido, con algunos luceros claros y refulgentes.

Hoy es la fiesta de la Asunción. Esta mañana, al salir de casa con mi amigo Trabal, hemos ido a com-

prar los periódicos, como de costumbre, a la Plaza de Saint-Germain-des-Prés. Luego, con un movimiento habitual, he comenzado a andar hacia la *rue* Bonaparte. Al verme caminar tan decidido, mi amigo me ha preguntado adónde iba. ¿ Adónde podía ir sino a la Biblioteca Nacional ? Entonces mi compañero me ha recordado que la biblioteca estaba cerrada por ser la fiesta de la Asunción, que es una de las principales que se celebran en Francia. El aspecto de las calles es siempre tan igual, desde que empezó la guerra, y nuestra vida se desliza bajo una tan exclusiva preocupación de saber noticias de los campos de batalla, que yo he llegado a perder casi en absoluto la sosegada costumbre de vivir bajo la regla tradicional del calendario.

Los días de fiesta, cuando eran tristes y lluviosos, los empleábamos antes en recorrer los museos o las viejas iglesias de París — tan bellas y tan escondidamente ocultas en los barrios antiguos, — con las naves casi desiertas en el silencio de su paz. Mas hoy los museos están cerrados, las exposiciones de pinturas se acabaron también con la guerra, y las viejas iglesias están llenas de mujeres, rezando y llorando en la sombra por los soldados de Francia.

Hemos seguido recorriendo calles bajo la lluvia otoñal. La mayor parte de los hombres que encontramos, son jóvenes que no han prestado todavía el servicio militar o que traspasan ya la edad madura. Los demás, que parecen todavía aptos para ir a la guerra, llevan

todos un brazal que denota su empleo en los Ministerios o en otras oficinas de servicio público. Las mujeres aparecen en gran mayoría. Y entre la dispersión que ha causado la guerra y la frialdad desapacible del tiempo, no se encuentran por ninguna parte las innumerables familias, cargadas con cestas, que en los días festivos asaltaban los tranvías y los vaporcitos del Sena, para ir a solazarse bulliciosamente en los merenderos y bosques de las cercanías de París.

Al mediodía, mi amigo y yo somos los únicos pensionistas que se sientan a la mesa. Las dos jóvenes rusas, Mlle. Hélène y Mlle. Rachel, están invitadas a comer en casa de unos compatriotas suyos, que parten mañana para Inglaterra con el propósito de dirigirse hacia Odesa. Mlle. Rabier pasa casi todas las fiestas con su tía que vive en Suresnes. Y Mme. Parthiker habrá acudido a la Estación del Norte, adornada de todas sus galas, con el deseo de presenciar la llegada del general French, que viene a saludar al Presidente de la República y a conferenciar con los Ministros, antes de dirigirse al campo de batalla.

La llegada del generalísimo inglés ha sido la nota del día en París. Yo he tenido ocasión de verle esta tarde, mientras paseábamos con mi amigo por la calle Royale. En la esquina de la *rue* Saint-Honoré estaba agolpada una compacta muchedumbre de curiosos. Eran las tres de la tarde. El general French ha pasado en un coche descubierto, al regresar de

su visita al Presidente de la República. Es el general un hombre de cuerpo pequeño, de ojos grises y adormecidos, sin fulgor, con mirar lento y taciturno. La espalda ligeramente curvada, le da un aspecto encogido y receloso. Su rostro afeitado, con el bigote blanco y duro, caído sobre los labios, tiene una rara expresión de indiferencia y de energía, como de un hombre acostumbrado largamente al silencio. A su paso por el *faubourg* Saint-Honoré, la turba de curiosos le aclamaba con grandes y estentóreas voces. Sir John French miraba muy despacio a uno y otro lado, impasible, tranquilo, con una ligera expresión de desdén y de asombro, como si quisiera decir a sus admiradores: «Amigos míos, ¿qué necesidad tienen ustedes de gritar de ese modo?» Y el viejo caudillo del Sudán, que es el hombre de hoy día que ha presenciado más combates, pasaba indiferente entre la turba entusiasta, sin dar un saludo.

Detrás del coche iban un centenar de ingleses con banderas alzadas, muy altos y estirados, cantando himnos patrióticos. Los franceses sonreían al verlos, con su fina malicia que lo muerde todo, pero se sentían confortados e impuestos al mismo tiempo, presenciando la explosión de esa fuerza formidable y sin par que se llama Inglaterra.

Hemos seguido avanzando hacia la Plaza de la Concordia, mientras la multitud se alejaba persiguiendo el coche del general inglés. De pronto hemos visto al-

zarse sobre la densa muchedumbre, una figura de mujer alta y rígida, toda vestida de blanco, agitando los brazos que empuñaban un paraguas enorme. Al acercarnos a ella, hemos reconocido a Mme. Parthiker, puesta de pie sobre una silla, en la terraza de un café contiguo. Estaba dando grandes voces y vítores en inglés, y su rostro bermejo expresaba el estado revuelto de su alma. Yo le he dicho sonriendo :

— ¡Por Dios, Mme. Parthiker! ¿Qué hace usted ahí arengando al pueblo? La hemos estado esperando inútilmente, en la pensión, al mediodía.

Mme. Parthiker ha bajado de su silla, ha dado un franco al mozo del café por haberle permitido usar de ella, y dirigiéndose a nosotros ha dicho muy agitada :

— Háganme ustedes el favor de decir que tampoco iré a cenar esta noche. Hoy no puedo comer. Adiós, señores. Me voy corriendo al Ministerio de la Guerra, para ver otra vez al general French. Le estoy siguiendo por todas partes desde que llegó a París. ¡Es magnífico! ¡Es un héroe! ¡La victoria es segura!

Y alejándose tan aprisa que casi iba corriendo, Mme. Parthiker, llevada de su entusiamo patriótico, ha desaparecido entre la muchedumbre.

Pasados los breves instantes en que la *rue* Royale se ha visto ocupada por la manifestación, las calles han vuelto a quedar desanimadas y tristes, bajo el cielo gris. Fatigados de vagar sin término alguno, nos hemos dirigido a la sinagoga de la *rue des Victoires*, con el

propósito de descansar un rato oyendo las dulces y melancólicas salmodias hebraicas que allí se rezan al atardecer. Pero la sinagoga estaba también cerrada y sus alrededores desiertos. Hemos andado entonces hacia los grandes bulevares y nos hemos sentado, llenos de hastio y de cansancio, en la terraza del café Cardinal.

Atardecia. Un viento fuerte barría la calzada lustrosa y húmeda del bulevar. Brillaban las luces eléctricas con un fulgor claro y frío. Bajo la penumbra de los toldos extendidos sobre las terrazas de los *bars*, aparecían en el fondo los interiores vacíos, con los grandes espejos reflejando las luces doradas, intensas, y las mesas desiertas, sin el humo denso que empañaba el aire en los días festivos, ni el alegre rumor de las voces, ni el espectáculo brillante de los quintetos de *tziganes*, tocando valses lentos, con un suave murmullo de violoncelos.

De pronto, las voces de los vendedores de periódicos, pasando velozmente, levantan la somnolencia triste del atardecer. Hay una noticia inesperada que la edición nocturna de *Le Matin* anuncia con un título sensacional : « El Zar resucita a Polonia ». Los ejemplares salen arrebatados de manos de los vendedores y hay un momento de agitación en el bulevar. Parece ser que el Zar de Rusia ha dirigido una proclama a las regiones polonesas que están en poder de Austria y de Alemania, excitándolas a la insurrección a cambio de la independencia.

Mi amigo y yo nos levantamos y seguimos andando hacia la Plaza de la Opera. La noticia ha producido sensación en París. Los escasos transeuntes se reunen en corrillos animados, comentando el golpe teatral del Zar. Ha sido, se dice, un acto magnífico. Mañana estallará la revolución en todas las partes de Polonia sometidas al yugo austro-germano. Esta insurrección acabará de decidir el triunfo del ejército ruso. Dentro de quince días los cosacos entrarán en Berlín. Los rostros de los comentaristas aparecen excitados y sus gestos denotan una satisfacción casi febril.

A nosotros se nos ha comunicado también esta corriente instantánea y loca de optimismo. Doblamos la esquina de la Avenida de la Opera y nos dirigimos hacia la calle de Rívoli, comentando la nueva. Al llegar delante de la Comedia Francesa, vemos a las dos jóvenes rusas de la pensión Durieux. Nos apresuramos a juntarnos con ellas y les damos nuestra felicitación entusiasta. Mlle. Rachel, la rusa judía, baja los ojos miopes, en silencio. Mlle. Hélène, sonriendo con su dulce sonrisa infantil, nos pregunta extrañada la causa de nuestra enhorabuena. Mi amigo exclama entonces muy gozoso al ver su ignorancia :

— ¿Pero de veras no saben ustedes lo que ocurre? ¿No saben ustedes que el Zar ha prometido la independencia a Polonia, si se alza en masa para luchar al lado de su ejército?

Mlle. Hélène responde :

— Eso dicen por ahí; ya lo sabemos. Pero lo que quizá no saben ustedes es que ésta será, si es cierto lo que se dice, la centésima vez que el Zar promete la independencia a Polonia. Es un arma de Gobierno como otra cualquiera. Y más que a obtener la colaboración de las regiones rusas anexionadas por Austria y Alemania, esa medida se dirige a evitar que la Polonia rusa aproveche la crisis actual para insurreccionarse. Cuando la situación interior de Rusia anda algo apurada, el Zar promete siempre la independencia a Polonia; luego, una vez asegurada la paz, lo que hace es cargar todavía la mano con más fuerza sobre dicha nación, para lograr que otra vez esté tan decaída que no haya necesidad de engañarla de nuevo.

He recordado entonces que Mlle. Zocska, la joven polonesa que estuvo en París hasta principio del verano, me había dicho innumerables veces que, en caso de una guerra europea, la parte de Polonia perteneciente a Rusia aprovecharía la ocasión para alzarse en armas contra el Gobierno del Zar.

Mientras andábamos los cuatro hacia la otra orilla del Sena, Mlle. Rachel, que hasta entonces había permanecido silenciosa, ha dicho con muestras de profundo pesar:

— Ya saben ustedes que yo soy profesora de un colegio de niñas en la Polonia rusa. Es evidente, pues, que habré tenido ocasión de comprobar el estado de aquella región. Es imposible que ustedes se hagan

cargo de la tiranía que nuestro Gobierno ejerce sobre la población indígena. Les está prohibido el uso oficial y la enseñanza de su lengua. La historia de Polonia ha desaparecido por completo de las escuelas. Los impuestos más absurdos y las vejaciones más inauditas se aplican a los poloneses con un rigor implacable. Y su vida en su propio país se hace tan difícil y penosa, que muchos de ellos se ven obligados a emigrar para siempre. Se comprende que la decisión del Zar, que esta noche publican los periódicos, haya despertado aquí una confianza irreflexiva. Pero yo puedo asegurarles que en Polonia no habrá producido la más mínima impresión.

Después de oir hablar a las jóvenes rusas, nuestro entusiasmo ha desaparecido. Volvemos a caer en el marasmo de este día monótono e interminable. Ha obscurecido ya y marchamos por las calles desiertas del barrio de Saint-Germain. Al pasar por la calle de la Ancienne Comédie, encontramos al paso un corro de curiosos alrededor de una orquesta ambulante y efímera. Al son de un clarinete de voz opaca y melancólica, una pobre mujer andrajosa canta algunos *couplets* de gusto canallesco. Al alejarnos oímos aún su voz lenta y nasal, que entona el siguiente estribillo rencoroso :

Il est bon,
Il est bon,
De casser la gueule à Guillaume !

Aparece en lo alto, sobre las viejas casucas del barrio, el cielo limpio y transparente, sin las nieblas obscuras que se ha llevado el viento del atardecer. Brilla un lucero cristalino en el fondo obscuro del espacio. Nosotros penetramos tristemente en la pensión, sin ganas de volver a salir esta noche. Recordamos que aun no hace un mes aguardábamos impacientes estos días de fiesta, el de hoy y el de mañana, para ir de excursión al claro valle de Chevreuse — donde están las santas ruinas de Port-Royal, — a los jardines de Rambouillet y luego a Chartres, con Mlle. Louise, la que está en Chalon, Mlle. Rabier y el buen M. Dolbatsch, el oficial prusiano. Y hastiados, rendidos por el cansancio de este día de fiesta, sin luz ni alegría, nos sorprende el temor angustioso de pensar todavía que mañana es domingo.

Domingo, 16 de agosto

M. Pablo-Mauricio Charnier, *marchand de drapeaux*, establecido en la calle Vieille-du-Temple, ofreció dar, desde los primeros días de la guerra, 5,000 francos al soldado francés que arrancara la primera bandera al enemigo. En el día de ayer, fiesta de la Asunción, un héroe anónimo arrebató el águila del regimiento 132 de infantería alemana, durante un combate librado cerca de Saint-Blaise, en el valle alsaciano de la Bruche.

En toda la campaña de 1870 no se hizo otro tanto. Y el pueblo de París — que adora locamente al boxeador Carpentier — es tan sensible a las gallardías brillantes del heroísmo personal, que prefiere sin duda este acto bravísimo de un combatiente anónimo, a la noticia de la ocupación de las crestas estratégicas de los Vosgos. « La toma de una bandera alemana — dice » un periódico—en seguida de iniciarse la ofensiva d· » nuestro ejército, es el presagio de lo que será esta

» guerra de revancha y de victoria. Sólo empezamos a » mostrar nuestra fuerza y ya las águilas alemanas caen » rendidas a nuestros pies. En la capilla de los Inválidos, » donde cuelgan tantos estandartes conquistados glo» riosamente, un largo estremecimiento debe agitar los » despojos de aquellas naciones que se atrevieron a le» vantar contra Francia sus manos sacrílegas».

Al salir de la pensión esta mañana, con mi amigo Trabal, Mme. Philippot, la portera, nos ha salido al encuentro, gruesa, enorme, sonriente.

— ¡Ya hemos cogido una bandera alemana! — ha dicho gritando, con los brazos en alto, como si enarbolara un trofeo invisible. — Pero esos periódicos son estúpidos. No dicen el nombre del autor de la hazaña. ¡Pobre hijo mío! ¡Yo me lo imagino luchando lleno de rabia y de coraje, persiguiendo el águila alemana entre el tumulto del combate!

A la buena Mme. Philippot, mientras hablaba de esta suerte, casi se le saltaban las lágrimas de los ojos. Hoy no habrá en Francia una sola mujer que no sueñe en la gloria del héroe, pálido y demacrado, cubierto de sangre, con los ojos ardientes, puesto de pie sobre un montón de cadáveres y estrujando entre sus manos crispadas la bandera imperial.

El de hoy es un día bueno, después de tanto esperar inútilmente. Los periódicos están llenos de noticias vagas, pero comunicadas con un ardor que entusiasma. Ha empezado la ofensiva francesa en los Vosgos. Un

cuerpo de ejército bávaro ha sido rechazado, con grandes pérdidas. El general *von* Deimling, que mandaba las fuerzas alemanas, ha sido herido durante el combate. Los aviadores franceses andan realizando bellas y heroicas proezas. Los aeroplanos salidos de Verdun, han lanzado algunas bombas sobre los cobertizos de Frascati, donde están alojados varios dirigibles alemanes. Italia se prepara para la guerra contra Austria. El espectro del hambre comienza a aparecer en Alemania. En Hungría cunde la miseria. Rusia está terminando su formidable movilización...

Pero, ¿y en el norte? ¿Qué ocurre en Bélgica? Yo recuerdo las palabras que me dijo hace días sobre un puente del Sena, M. Bondel, el viejo ex profesor de Epernay. ¿Por qué no se habla de lo que ocurre en Bélgica? ¿Qué estará haciendo el grueso del ejército invasor alemán, durante estos días en que no se dice nada más sino que se está preparando la grande y famosa batalla sin nombre, célebre ya mucho antes de entablarse? ¿Es posible que los alemanes permanezcan atascados, en continua derrota, ante los muros de Lieja? No vaya a resultar después, según decía M. Bondel, que se nos vengan encima como por milagro.

Después de recoger la correspondencia que nos ha dado Mme. Philippot, hemos estado esta mañana, mi amigo y yo, en la viejísima iglesia de Saint-Julien-le-Pauvre, donde se celebra la misa según el rito griego.

Está enclavada a orillas del río, en uno de los rincones más sosegados del barrio Latino. Se entra en la iglesia por la puerta del corral de una casa contigua. El templo se compone de tres naves góticas, pequeñas y claras. La iglesia estaba llena de fieles, extranjeros los más, en un ambiente apacible de intimidad religiosa.

Hay en el presbiterio de Saint-Julien-le-Pauvre, en lugar de la reja de hierro que se ve comúnmente en los templos de rito romano, un tabique de madera pintada, abierto por tres grandes arcos, que separa a los fieles del espacio que ocupa el altar. El sacerdote oficiante tenía un aspecto grave y patriarcal, con luengas barbas negras destacando sobre el fondo dorado, refulgente, de la casulla. Avanzando hacia el arco central que se abre a la entrada del presbiterio, el oficiante leía en voz alta, sonora y en lengua griega el evangelio del día, vuelto de cara al pueblo. Cuando, más tarde, aparecía de nuevo presentando la forma blanca, purísima, diáfana en la luz matinal, y el cáliz brillante de oro y pedrería, se hacía en la iglesia un silencio profundo, casi angustioso, ante la presencia de la Divinidad. Y un monaguillo prosternado a los pies del sacerdote, le envolvía en cálidos vapores de incienso que esparcían por el aire una fragancia oriental.

Bajo uno de los arcos que se abren al lado de la nave mayor y junto al presbiterio, había un simple coro formado por dos muchachas muy jóvenes y un hombre

viejo, rasurado, vestido de negro. Sus voces lánguidas y quejumbrosas como lamentos, tenían una dulzura triste. Una de las muchachas era de rarísima e inolvidable belleza. Cantaba con voz débil, perezosa y como distraída en íntimos pensamientos, y sus ojos levantados, vagando al azar, se llenaban de luz y de melancolía.

Durante todo el tiempo que hemos permanecido en la iglesia, he notado que un joven alto y rubio, que estaba de pie junto a nosotros, me miraba a menudo, como si se esforzara en concretar un recuerdo lejano. A mí me parecía también haberle visto alguna vez, pero me era imposible determinar dónde ni cuándo.

Acabado el oficio, mi amigo y yo hemos salido los primeros, mientras los demás quedaban conversando en voz baja, en el interior del templo, como antiguos conocidos o habituales. Me he parado en el patio exterior, para leer una carta de un amigo de España, que me ha sido entregada al salir de la pensión. La carta se refería a la manera única quizá o, por lo menos singularísima, con que la noticia de la guerra europea ha sido recibida en España.

Se relataban en ella el estado anormal de la opinión pública española, el interés sanguinario y malsano que han despertado entre algunos elementos los primeros combates, las inauditas declaraciones partidistas de unos, el excesivo amilanamiento y cobardía de otros,

la falta casi absoluta de un criterio nacional, la confusión y la algarabía reinantes; « descollando por en» cima de tantos y tan peligrosos males, la soñolienta » apatía, por no decir la crasa cortedad del Gobierno, » y el hecho inaudito — según decía la carta de mi » amigo, — casi inconcebible fuera de las fáciles re» giones de la opereta, de todo un señor Ministro de » Estado, dando diariamente a los periodistas las no» ticias más fantásticas e incompatibles ».

Cuando terminábamos de leer la carta, llenos de confusión, se nos ha acercado el joven alto y rubio, que me había llamado la atención en la iglesia. Y saludándonos muy cortésmente, se ha dirigido a mí para preguntarme si le reconocía, llamándome por mi nombre.

He vuelto a mirarle con no poca sorpresa y, por fin, he reconocido a mi amigo Sócrates Harisiadis, joven estudiante griego con quien trabé amistad durante el verano de 1909, en París, mientras se desarrollaban en España los sangrientos sucesos de julio y las convulsiones políticas que los subsiguieron. Nos hemos dado un largo abrazo, fuerte y cordial, y después de presentarle a mi compañero español, le he preguntado con grande interés cómo había vivido desde el día en que yo abandoné nuestra pensión del parque de Montsouris, para regresar a España.

El joven griego nos ha dicho con una sencillez admirable :

— He estado batiéndome por la causa de Grecia durante todo el tiempo que ha durado la guerra balkánica. Estos últimos han sido los años más hermosos de mi vida. No pueden ustedes imaginarse el entusiasmo y la dicha que se siente peleando por un sentimiento nacional como el nuestro, que ya parecía muerto y sepultado definitivamente y que ahora renace con un vigor de inmortalidad. He recibido tres heridas: una en el brazo izquierdo, muy leve; otra en el pecho, que me tuvo tres meses en cama; y otra aquí—dijo, señalando una ancha cicatriz que tenía en el cuello—de un golpe de alfanje turco que recibí en Salónica.

Mi amigo griego estaba desconocido. Parecía más alto y vigoroso, tostado por el sol de los campos, y sus ojos brillaban con un orgullo heroico, ingenuo, casi infantil. Mi compañero y yo le mirábamos mudos y absortos. Al ver nuestra actitud pensativa, el patriota griego, me ha preguntado con amabilidad :

— Y ustedes, ¿qué tal andan en España?

Hemos bajado los ojos, avergonzados, recordando la carta que acabábamos de leer. Pero el joven griego — pensando sin duda en las tremendas y furibundas polémicas que yo sostuve en 1909 con un viejo ruso que estaba en la pensión, hombre de carácter dulce y bondadoso, pero que sostenía que España estaba gobernada por inquisidores y asesinos, — me ha dicho de pronto, sin aguardar la respuesta a su primera demanda.

— ¿Y qué? ¿Siguen ustedes todavía con el famoso equívoco planteado en torno de la figura de Maura?

«¡Siguen ustedes todavía!» Estas palabras sin querer irónicas, desoladoras, han concretado, para mi amigo Trabal y para mí, en un instante de muda y espantosa vergüenza, los cuatro últimos años de la historia de España : de 1909 a 1914. Cuatro años inútiles, vacíos, perdidos. Y mi amigo preguntaba : «¿Siguen ustedes todavía?» Yo he respondido :

— Así estamos aún. Desde entonces acá la política general de España ha girado en torno de ese problema quimérico, sin contenido fijo y determinado, que jamás ha existido en realidad. «Maura, sí ; Maura, no». He aquí lo que se ha hecho en España durante todo este tiempo.

— Pues nosotros, los griegos, — ha replicado, mi amigo, con su orgullo inmenso, sano, nada molesto, — hemos llevado a cabo una guerra gloriosa, doblado nuestro territorio, rescatado las regiones de Grecia que estaban bajo el yugo musulmán ; hemos hallado primero y respetado después a Venizelos, que es uno de los primeros estadistas del mundo, y estamos hoy en camino de volver a figurar dignamente entre las demás naciones. Esto lo hemos hecho nosotros desde entonces acá.

Sobremanera angustiados estábamos mi compañero y yo escuchando al joven griego, cuando ha ocurrido un suceso cómico e inesperado. Sócrates Harisiadis

se jacta de conocer a fondo la política internacional. De suerte que, para dar su opinión sobre la actualidad española, al ver nuestro pesar y ensimismamiento, ha seguido diciendo :

— Lo que les hace falta a ustedes, además de otras cosas, es que ocupe el poder un hombre muy distinto del que dirige actualmente el gabinete español. Porque o yo ando muy mal informado, o ese « Tato » que tienen ustedes en España, no es más que un gobernante de ocasión.

Al oir el cambio singular que el joven griego daba al nombre de nuestro Presidente del Consejo, mi amigo Trabal ha prorrumpido en una carcajada ingenua y estrepitosa. Yo no he podido menos que echarme a reir también con toda el alma. Y mientras el joven Sócrates permanecía inmóvil, mirándonos estupefacto, ha sido preciso explicarle que el Jefe del Gobierno español se llama Dato, pero no Tato, y que su error, excusable en un extranjero, había tenido la jocosa virtud de sugerirnos la idea de una España de pandereta, tan monstruosamente descompuesta, tan sin aliento y sin vigor nacional, que las riendas del Estado andaban ya en manos de un descendiente del propio Antonio Sánchez (a) *el Tato*, príncipe reconocido de la tauromaquia.

Enmendado el error y justificada nuestra hilaridad nos hemos despedido de Sócrates Harisiadis. Y mientras nos alejábamos, vueltos a nuestra angustia pri

mera, íbamos comentando las palabras que acabábamos de escuchar. ¡Hasta los griegos, Señor, hasta los griegos, que aun no hace diez años parecían sumidos en la postración final, se levantan y recobran vigorosamente, mientras en España seguimos resbalando, en plena decadencia!...

Por la tarde, mi amigo Trabal se ha encerrado en su cuarto para terminar la copia de un manuscrito. Yo he salido a dar un paseo con Mlle. Rabier, que acababa de regresar de Suresnes. Nos hemos dirigido al Bosque de Bolonia. El cielo estaba gris, y bajo las frondas obscuras el aire se empañaba de humedad otoñal· Hemos tomado una canoa para dar un paseo sobre el lago terso, lustroso, desierto. Mlle. Rabier llevaba el timón y yo remaba, empujando la frágil barquilla seguida de una escolta silenciosa de cisnes. Nos hemos parado a la sombra fría y densa de un árbol, que se derramaba sobre la lisa superficie del lago. Mlle. Rabier ha dado de comer a los cisnes esbeltos y a los patos gangosos, que acudían aleteando al ver flotar por encima del agua las blancas migas de pan. Yo fumaba y sonreía en silencio.

Al atardecer hemos seguido paseando en dirección a Longchamps. La hermosa pradera donde se celebraban las grandes fiestas hípicas de París, estaba invadida por un inmenso rebaño de corderos blancos, como un mar esponjoso y encrespado. Hemos preguntado a uno de los pastores por qué se les había permitido

detenerse en aquel lugar. Ha dicho que el rebaño iba destinado al ejército francés que está batiéndose en las fronteras.

Hemos dado la vuelta hacia el Jardín de Aclimatación, para tomar el tranvía que va por Auteuil hasta la Madeleine. París se adormecía, sin un rumor, callado y triste, envuelto en la niebla.

Lunes, 17 de agosto

Muy de mañana me ha traído el correo una postal de Paquita Camacho, la muchacha toledana que partió en un tren de emigrantes. « ¿Todavía está usted en » París? — me escribe mi amiga. — ¿No tiene usted » miedo de que le cojan los prusianos o de que le metan » los franceses en la cárcel, como sospechoso? Yo me » encuentro como el pez en el agua en Toledo, donde » estoy con mi madre desde hace dos días. Mi viaje fué » en extremo penoso, pero el sombrero de moda que » usted criticó tanto, ha producido inmensa sensación. » Pero ¡qué calma y qué silencio, Dios mío, siento a » mi alrededor, después del vivir agitado y revuelto » de ese París que, por más que me esfuerce, no puedo » olvidar! Escríbame usted pronto, contándome mu» chas cosas ».

En la paz de mi cuarto he recordado el rostro lindísimo de mi amiga de un día, y el mirar tan dulce y angustiado de sus ojos negros, cuando apareció en la pensión acompañada de Mlle. Leticia, suplicán-

dome que la ayudara a regresar a España. Venía en la postal una fotografía de Toledo, con el puente de Alcántara. El puente pasando, sobre un solo arco, por encima del Tajo adormecido, cristalino, lento; la calzada amarilla bordeando la cuesta árida del monte; un edificio triste, con ventanas pequeñas y tejados de ocre, destacando por encima de las altas murallas, y un cielo azul, terso, bruñido, demasiado fuerte y luminoso en su vastedad inmensa, pesando sobre la llanura aplastada, pobre, oprimida. Con la postal en la mano, he recordado por unos instantes las muchas veces que yo había pasado por aquel noble y solitario lugar, durante los días de vacaciones, cuando estaba estudiando en Madrid hace ya algunos años.

Después de las dos fiestas últimas, la mañana de hoy me ha parecido singularmente ligera. He estado trabajando en la Biblioteca Nacional; en la sala de estudio sólo había una docena de mujeres leyendo, y algún viejo erudito que prosigue estoicamente sus investigaciones. Pero por la tarde me ha sido necesario interrumpir de nuevo mis trabajos, para acudir al Consulado de España. He tomado el *metro* hasta la Estación de Villiers y luego he debido continuar mi camino andando, por estar interrumpido el servicio en dirección a la puerta Dauphine.

El Consulado de España se halla instalado en un piso bajo y pequeño de la calle de Offémont, muy cerca del parque Monceau. Las dos o tres veces que yo

había tenido ocasión de visitar las oficinas del Consulado, las hallé escasamente concurridas. Un empleado solícito pero que jamás se apresura, llamado Espejo, y un viejo sordo, enano y encorvado, se encargaban siempre de despachar mis asuntos con amabilidad. Pero esta vez, al doblar la esquina de la calle de Offémont, por lo regular desierta, he sentido el impulso instintivo de retroceder, lleno de espanto.

Eran poco más de las tres de la tarde. Un gentío inmenso se apiñaba a la puerta del Consulado. Era una turba de españoles, la más extraña y abigarrada que pueda darse, llegada de todos los rincones de París y del Norte de Francia, en busca de un billete de repatriación. Sonaban voces fuertes, gritos, carcajadas, suspiros, y en todas partes se gesticulaba con un ímpetu meridional, desusado en París. Eran os espectantes, en su mayoría, gente moza y trabajadora, de aspecto pobre, vestida con una diversidad de trajes singular. Había aragoneses, rudos y fuertes, con sus anchas fajas rojas y azules, mudos, atónitos, descansando sobre las piernas abiertas, con los brazos en jarras; mujeres enjutas, con un pañolón negro puesto en cruz sobre el pecho aplastado, pequeñitas, de ojos vivos y astutos, con un aire tan hosco como si acabaran de llegar del terruño. Puesto a un lado de la turba, había un fuerte grupo de obreros catalanes, de aspecto alegre y socarrón, mejor vestidos que los demás, bien afeitados, limpios, sin ninguna muestra

de decaimiento, como gente acostumbrada a la vida libre y aventurera. Había también entre la multitud algunos tipos macilentos de artista anónimo, con grandes melenas, ojos taciturnos y anchas corbatas, muy mal vestidos y peor calzados. Los catalanes les miraban con cierto aire burlón y compasivo. Y esparcidas entre esa muchedumbre, un sinnúmero de muchachas de servicio, castellanas, andaluzas, extremeñas, murcianas, vestidas como señoritas pobres, con sombreros marchitos y trajes usados, pero limpios. Se reconocían de lejos entre sí y, después de agruparse, hablaban en correcto francés, causando la admiración de los atónitos catetos que las escuchaban.

Oíanse hablar todas las lenguas que en España se usan, con todos los matices regionales que las diversifican. Y causaba verdadera extrañeza ver reunidos en aquella estrecha y apartada calle de un barrio extremo de París, a un grupo de españoles tan numeroso y diverso, cuya presencia en aquel lugar parecía inexplicable. Los artistas melancólicos, las doncellas de servicio y algunos españoles más, en ninguna parte es desusado encontrarles, puesto que en todo el mundo los hay; pero, ¿qué rara fortuna podía haber llevado allí a la caterva triste y asustada de campesinos y labriegos, procedentes del más hondo rincón de Castilla o de Extremadura?

Me ha sido imposible abrirme paso, de momento, hasta las oficinas del Consulado. De suerte que, dispuesto a esperar cuanto fuera preciso, me he en-

tretenido en conversar con algunos de los que, como yo, aguardaban. Había entre la multitud un grupo característico, compuesto de tres viejos castellanos, vestidos con chaquetas negras, ancho sombrero polvoriento, graves, ensimismados, con las manos callosas y huesudas, y el rostro flaco y rasurado. Me he acercado a ellos para preguntarles de dónde venían. El más viejo, con voz reposada, me ha dicho que de Inglaterra, adonde habían ido con el propósito de vender una cosecha de grano. Al estallar la guerra tuvieron que salir precipitadamente de Londres sin concluir su negocio, y después de desembarcar en Ostende, habían atravesado una buena parte de Bélgica y llegado a París con escasos recursos. Luego, resumiendo las peripecias de su viaje y las observaciones hechas en el camino, el viejo castellano decía gravemente, con voz sonora y gutural :

— El inglés está tranquilo, señor ; muy tranquilo. ¡Pero si viera usted esos belgas! Andan huyendo a través de los campos, como del diablo. Aquí no se dice nada por no asustar al pueblo. Esto está bien ; no lo niego. Pero, lo que yo he visto con mis ojos, señor, eso es verdad. Los alemanes entraron en Lieja hace ya mucho tiempo, y van extendiéndose como el agua suelta. No hay más sino que dentro de tres días los tendrán en París. ¡Ya verá usted, señor! Con que, váyase cada cual a su casa, y mucho hará Dios si nos deja llegar a España salvando el pellejo.

Los amigos del cosechero le escuchaban atentos y de vez en cuando daban profundas cabezadas, para corroborar lo que el viejo decía. Luego han permanecido los tres en silencio, y ya no me ha sido posible hacer que siguiera adelante la conversación.

Entonces me he dirigido hacia el grupo que formaban los obreros catalanes. Eran trabajadores muy hábiles en su mayoría. Hablaban con un desenfado singular. Sus vidas, rápidamente adivinadas a través de sus palabras, ofrecían un interés insólito, casi novelesco. Uno de ellos había estado largo tiempo en Rusia, y conocía los lugares y pueblos más exóticos, desde Odesa hasta Riga. Otro había estado en la América del Sur, donde tuvo una taberna y luego un hotel que acabó en un incendio. Un tercero, estucador de mérito, había trabajado en el Palacio del Elíseo, en París. Todos demostraban una resistencia formidable y una disposición singular para la vida libre, independiente, de aventuras sin término. Y al hablar de su regreso a España, mostraban un profundo desdén y una contrariedad sin límites.

Su manera de juzgar la situación actual era en extremo curiosa. No acusaban al Kaiser, ni a Inglaterra, ni a ninguna de las naciones beligerantes. La culpa total de la guerra debía achacarse, según ellos, al socialismo internacional que había faltado cobardemente a sus promesas. Si los socialistas se hubiesen levantado en masa, haciendo imposible la movilización, no sólo no

habría estallado la guerra, sino que, además, se habría dado a los «tiranos» un ejemplo magnífico de la fuerza del pueblo, pensante y organizada. Resumiendo la común opinión sobre la guerra, uno de los obreros exclamaba de continuo, con un gesto de desprecio y de hastío : *¡Això és una enredada! ¡Això és una enredada!*

Junto a este grupo de obreros había, acurrucada en un rincón, una pobre mujer acompañada de un chicuelo que no tendría más de diez años, pálido, macilento, consumido por la fiebre, con el pecho hundido y jadeante. Me he acercado a ella y le he dicho algunas palabras amistosas. La mujer me ha respondido con tristeza, como si recitara una vieja historia :

— Yo soy la viuda de uno de los oficiales que *dieron el grito* en Badajoz, el 5 de agosto de 1883. Conocí a mi esposo cuando salía desterrado de España. Me enamoré tan locamente de él, que quise acompañarle en el destierro. Vinimos a establecernos en París. A los dos años mi esposo murió de abatimiento. Pasado algún tiempo, yo no pude vivir sola en París y me casé con un comerciante de libros viejos. Si usted es aficionado a los libros quizá habrá pasado alguna vez por delante de mi parada, en el *quai* Voltaire, a la orilla del río. Mi marido ha sido llamado a filas. No teníamos ni un céntimo cuando partió. Por no vivir de caridad y por ver España, donde no he vuelto desde *entonces*, me voy a casa de una hermana mía que reside en Logroño, y allí estaré mientras dure la guerra.

Le he preguntado si aquella pobre criatura enfermiza era hijo suyo.

— No señor — ha respondido la buena mujer;—este chico fué abandonado en París por una partida de vendedores de frutas que lo trajeron de España. Fué a parar a manos de unos desalmados que lo emplearon en una fábrica de vidrio, muy cerca de París. Soplando en la fábrica, el pobre muchacho se ha estropeado los pulmones. Cuando se sintió enfermo le echaron a la calle. Yo le recogí en el *quai* Voltaire muerto de hambre y de miseria. En España no tiene padres, ni hermanos, ni nadie que le ampare. Yo le tendré conmigo... — y bajando la voz para no ser oída del enfermo, la mujer ha añadido con una sencillez horrible — ...hasta que se muera!

El pobre niño me miraba con sus grandes ojos velados por una tristeza inmensa, los labios entreabiertos exangües.

Hasta las cinco de la tarde no he logrado penetrar en el Consulado. Los dependientes, acostumbrados a la vida monótona de la oficina, andaban como locos. El Vicecónsul, un joven muy correcto y amable, se desvive por atender a todo el mundo. Me ha dicho que han sido repatriados hasta hoy unos seis mil españoles. Al principio se les pagaba tan sólo la mitad del viaje; actualmente se les da el billete completo, con sólo llenar ligerísimas formalidades de identificación personal.

He salido del Consulado con la cabeza aturdida y el cuerpo cansado de permanecer de pie más de dos horas. Por el bulevar de Courcelles pasaban, gritando, los vendedores de periódicos. La nota del día es el *ultimátum* que el Japón ha enviado a Alemania, para que desocupe en el término de un mes su territorio-protectorado de Kiao-Tcheu. La noticia ha causado un júbilo extraordinario, porque se supone que Alemania no aceptará la brutal imposición japonesa. La idea de tener a su lado un enemigo más del Imperio alemán, dilata el corazón de Francia. Desde que empezó la guerra, ha dominado a la prensa francesa la obsesión de que todo el mundo tenía el deber de lanzarse contra los ejércitos del Kaiser.

Un periódico de esta mañana publica un artículo sumamente curioso, que revela a las claras esta orientación. Está firmado por el senador A. Gervais y se titula *Todos contra la barbarie.* Dice el articulista que el Japón está « indignado por la barbarie teutónica ». (Recordemos que el Japón destruyó alevosamente, traidoramente, en 1904, la escuadra rusa de Vladivostock, *antes* de que fuese declarada la guerra). « Era de » prever, sigue diciendo el senador Gervais, que el Ja- » pón, cuyo espíritu es sobre todo práctico, no resis- » tiria a la tentación *legítima* de alzarse en armas » para expulsar de Extremo Oriente a los bárbaros (es » decir, a los alemanes), posesionándose de esta suerte » de los territorios que están frente a Port-Arthur y

» con los cuales le será asegurada la dominación indis-» cutible del Norte de la China ». El pueblo de Francia se ha portado con tanta nobleza en el proceso de la guerra actual, que no tiene necesidad alguna, para que el mundo reconozca su inocencia, de usar argumentos en pro de su causa como los desarrollados por el senador Gervais.

Después de cenar, esta noche, he recibido un telegrama. Era de mi madre, apremiante, angustioso como un grito de alerta : « La situación es muy grave. Ven en seguida ». He recordado las palabras del viejo castellano que había pasado por Bélgica. Luego he permanecido dudando. ¿Estaria ocurriendo en el Norte algo verdaderamente grave, que no puede saberse en París, porque la censura funciona con sumo rigor? Pero el telegrama de mi madre llevaba el sello de la comisaría. Esto indica que habrá sido leído. ¿Cómo han dejado pasar esas palabras de alarma? ¿Será porque hay motivos de inquietarse y el Gobierno prefiere que los extranjeros nos marchemos de París cuanto antes?

He comunicado el telegrama a mi amigo Trabal. Hemos tenido un pequeño conciliábulo secreto. ¿Qué vamos a hacer? Por fin, he dicho resueltamente :

—¡Yo me quedo!

Martes, 18 de agosto

Las hijas de Mme. Durieux se preparan para ingresar en la Cruz Roja. Desde que empezó la guerra, se han organizado en París cursos especiales y gratuitos con el objeto de propagar los conocimientos indispensables para prestar servicio en los hospitales de sangre. Las mujeres que, en número crecidísimo, asisten a estos cursos deberán someterse luego a un examen, mediante el cual les será otorgado el título de enfermeras. Los ejercicios prácticos tienen lugar en las grandes salas de los liceos de segunda enseñanza, en los pensionados desiertos, en viejos edificios de conventos que pasaron a ser propiedad del Gobierno cuando la expulsión de las órdenes religiosas. Un curso teórico sobre conocimientos elementales, pero indispensables, se prosigue todos los días en el gran anfiteatro Richelieu de la Sorbona.

Mlle. Mireille y su hermana menor, Geneviève, andan atareadísimas. Mientras su madre se queda en caas

al cuidado de la pensión, sumida en sus melancólicos pensamientos, las dos muchachas salen muy de mañana, con el *Manual del perfecto enfermero* debajo del brazo, los sombreritos ladeados graciosamente, enguantadas, con un *boa* enroscado alrededor del cuello, porque el aire comienza a ser frío y sutil en las calles desiertas, a través de la niebla. Regresan tarde, sofocadas por el cansancio de andar de prisa, cuando los demás estamos ya sentados a la mesa. Después de comer, sin quedarse a tomar café en el salón, se marchan de nuevo y ya no vuelven hasta el atardecer. Por la noche nos cuentan en detalle los diversos ejercicios a que han asistido, fabrican hilas y vendas en cantidad asombrosa, hablan con temor del examen que se avecina y, para ensayar su habilidad, se pasan largo rato vendándonos a mi amigo Trabal y a mí, la cabeza, los brazos, las manos, los dedos.

«Vamos a ver, señor soldado—nos dicen con mucha seriedad. —¿De qué se queja usted? ¿Está usted herido?» Con grandes ayes de dolor fingido y la voz lastimera, nosotros respondemos : «Sí, señora. Un maldito alemán me ha dado un sablazo en la cabeza». «No se apure usted. Vamos a ver. Esto no será nada», — contestan ellas. Y tomando un rollo enorme de vendas, comienzan a dar vueltas y más vueltas alrededor de nuestras cabezas. Sus manos ligeras, menudas, pasan sin rozar ni uno sólo de nuestros cabellos, con una habilidad increíble, instintiva, para no dañar con el tacto

la herida imaginaria que nos aqueja. Mme. Durieux sonríe bondadosa al ver nuestra inmovilidad paciente, y exclama con dulzura : «¡Qué chiquillas! ¡Qué chiquillas! ¡Para ellas todo se convierte en pasatiempo!»

Esta frase de Mme. Durieux, vulgar en apariencia, encierra un sentido profundo y capital. He tenido ocasión de asistir esta tarde al curso teórico que se da en la Sorbona. He ido acompañando a las hijas de Mme. Durieux. El anfiteatro estaba lleno de muchachas jóvenes, recogiendo ávidamente las explicaciones de un viejo doctor. La luz mortecina de la tarde se filtraba por el tragaluz de cristales opacos, abierto en el centro del techo. Y había tal rumor femenino de vocecillas discretas, de cadenillas, brazaletes y abanicos, agitándose entre un mar de blusas claras y leves, de sombreros caprichosos y lindos, que más parecía aquella reunión una academia de corte que un curso de prácticas de hospital.

El viejo doctor pronunciaba palabras y frases que infunden aversión y congoja. «Los síntomas de la gangrena...» «Cuando un herido presenta el hueso de la pierna al descubierto, hecho astillas...» «Una llaga infectada se distingue por...» «Los signos inequívocos de la muerte...» Pero estas palabras de dolor y de sangre se depuraban y desvanecían en la suavidad imponderablemente graciosa del auditorio. Mientras el viejo doctor iba explicando y las muchachas tomaban sus notas, con lápices diminutos

y finos, yo pensaba que en Alemania, a la misma hora y en parecido lugar, debían estar celebrándose reuniones semejantes. Pero su aspecto sería, sin duda, más lúgubre y desolador. Porque sólo la mujer de París es capaz de «convertirlo todo en pasatiempo», no para malearlo con una ligereza intempestiva y absurda, — como han dado en creer algunas gentes, — sino para sublimarlo todo, aun lo más pobre y desconsolador, con una gracia única e imperecedera.

Salíamos de la Sorbona al atardecer, cuando Mlle. Mireille ha propuesto volver a casa atravesando los jardines del Luxemburgo. Las bellas avenidas de árboles altos, densos, recortados, estaban cubiertas de hojarasca polvorienta y marchita. Bandadas de palomas revoloteaban mansamente en el cielo frío, o iban a posarse sobre las desnudas estatuas de piedra, erguidas en el silencio del jardín. Los bordes de la fuente llamada de Médicis, estaban desiertos, y el agua remansada y lustrosa brillaba en la paz vespertina, con tranquilo fulgor. El estanque central del jardín, que antes surcaban de continuo las diminutas navecillas de los pequeñuelos, aparece abandonado y desnudo. El chorro del surtidor se elevaba muy alto en un haz cristalino, para caer desparramado por el viento otoñal, como un finísimo cortinaje de rocío, húmedo y transparente.

Al pasar junto al palacio del Luxemburgo, el redoble de un tambor anunciaba el cierre del jardín. Un

pelotón de soldados iba a relevar la guardia que custodia el palacio. Andaban alegres, sin marcar el paso, requebrando a las muchachas que cruzaban de prisa la avenida desierta. Uno de los soldados llevaba atravesado en la punta de la bayoneta un banderín de papel con los colores de Francia. Nos hemos parado a mirar el relevo de uno de los centinelas. Ha tenido lugar en completo desorden, sin ceremonias disciplinares de ninguna clase. Los soldados hablaban entre sí. El que llevaba el banderín nacional lo ha entregado al que se quedaba de guardia y le ha dicho : « Toma. Para que te proteja contra las balas de los prusianos ». Y echándose a reír todos a coro, el nuevo centinela se ha quedado haciendo gestos y muecas mientras el pelotón se alejaba tal como había venido, marchando sin compás y requebrando a las mozas.

Cuando salíamos del jardín, Mlle. Mireille me ha dicho con entusiasmo :

— ¡Los soldados de Francia son los más alegres del mundo!

Yo permanecía perplejo, sin responder. Recordaba haber visto alguna vez el relevo parcial de la guardia en el regio alcázar, de Madrid, o en el Buckingham Palace, de Londres. Era una ceremonia lenta, ordenada, durante la cual los soldados maniobraban con religiosa mesura, a las órdenes de un cabo o sargento que murmuraba el santo y seña como un conjuro. He expuesto mis dudas a Mlle. Mireille. ¿Sería preferible

la alegre camaradería francesa, al orden estricto y esencialmente militar? Mlle. Mireille ha replicado con viveza :

— El espíritu francés no sabe permanecer encadenado bajo la férrea atadura de una disciplina implacable. Cada país debe regirse según su íntima manera de ser. Quizá en Alemania será imprescindible todo el rigor prusiano para mantener la disciplina dentro de los límites estrictos. Pero en Francia la libertad se limita por sí misma. Cuando esos soldados se encuentren en las avanzadas, frente al enemigo, su confraternidad y compañerismo no servirá para menguar su fuerza, sino para darle el supremo coraje que arrolla y triunfa.

Y mientras mi amiga pronunciaba estas palabras henchidas de entusiasmo, yo recordaba que fueron en verdad los soldados mal disciplinados, andrajosos y hambrientos de la Revolución, los que vencieron a todos los ejércitos de Europa y formaron, más tarde, el núcleo incomparable de las huestes napoleónicas...

Al pasar por la calle de Seine, junto a la puerta de un cafetín popular, hemos visto a un grupo de obreros haciendo burla de un viejo miserable que estaba con ellos. Era el burlado un hombre enclenque y enfermizo, decaído, encorvado, con los cabellos de una blancura nívea y el rostro encendido y pálido al mismo tiempo, con expresión de idiotez alcohólica. Uno de sus compañeros le había puesto en la mano un vaso

recio, lleno de líquido amarillento, que el viejo sostenía con mano convulsa. «Anda, hombre, — le decían. — ¿Por qué no bebes? ¿Es que ya no te gusta el ajenjo? ¿Estás triste?»

El viejo levantaba la mano, sosteniendo el vaso a la altura de sus ojos turbios, y mirando el líquido con una expresión de desconsuelo profundo. «¡Ya te conozco, — gritaba, — cochino traidor, que no eres lo que pareces! Tú no eres ajenjo ni jamás lo has sido. ¡Anda que te beban esos canallas prusianos!» Y arrojando al suelo el contenido del vaso, el miserable viejo hacía gestos de repugnancia profunda, mientras sus burladores se reían con grandes y regocijadas voces... El Gobierno francés ha prohibido en absoluto la venta y consumo de toda clase de bebidas a base de ajenjo.

Al llegar a la pensión, mientras se aguarda la cena, leo los periódicos de la noche. Ninguna noticia sensacional. Los Estados Unidos de América prometen comprar a Francia mercancías por valor de 300 millones de francos. Los ejércitos de mar y tierra «progresan continuamente», dice un periódico; pero no se sabe en qué consiste este progreso. Al pie de una columna, como para llenar un espacio vacío, se lee la siguiente noticia: «El *Giornale d'Italia* dice que el Papa sufre »un ligero acceso de fiebre, que le obliga a guardar »cama». En otros tiempos esta noticia ocuparía un lugar preferente en las páginas de los periódicos, acompañada de un gran título sensacional y del retrato de

Pío X. Hoy apenas ocupa el espacio de una «gacetilla» insignificante.

Salimos por la noche con mi amigo Trabal. Hace ya algunos días que nos quedábamos en casa después de cenar. Al poner los pies en el bulevar Saint-Germain, notamos un cambio considerable. La circulación nocturna ha disminuído de tal suerte, que apenas se ve un alma en toda la extensión del bulevar. De una manera sorda, callada, imperceptible, París se va despoblando. Durante los primeros días de la guerra, la huída de los asustadizos tuvo el aspecto de un éxodo general. Luego ha parecido como si la corriente emigratoria se redujese y estancase del todo. Pero en realidad ha ido siguiendo su curso, menos caudaloso, pero regular. Todos los trenes que parten de París salen abarrotados y vuelven vacíos. Esta despoblación callada, incesante, se echa de ver ahora en el aspecto que nos ofrece París después de haber pasado algunas noches sin salir de la pensión.

Llegamos, atravesando el río, hasta la Plaza del Carroussel. Los jardines de las Tullerías que antes permanecían abiertos hasta las once, están cerrados y sumidos en la más densa obscuridad. Pero a los lados del Arco del Carroussel, bajo la luz de los focos eléctricos, hallamos una concurrencia insólita en aquel lugar. Muchas mujeres del pueblo y algunos viejos y niños, sentados en corro o tendidos apaciblemente, ocupan los grandes espacios cubiertos de césped que

rodean los bellos arriates del jardín. En tiempo normal está prohibido andar por encima de la hierba. Pero, en la actualidad, con la escasa vigilancia policiaca que desaparece casi por completo al anochecer, estos humildes habitantes de París, — que son los únicos que no abandonarán jamás su ciudad querida, — usan a su antojo, y gracias a la guerra, de las bellezas que nunca gustaron a su anchas en los días de paz.

Miércoles, 19 de agosto

Hoy he conocido a una heroina anónima de la guerra. De ella no se hablará jamás en los periódicos, ni las grandes revistas ilustradas publicarán su retrato, ni el Presidente de la República, con gesto solemne, la impondrá una cruz delante del pueblo, cuando llegue la hora de las recompensas. Esta permanecerá olvidada, sola en su inmensa grandeza, sin que nadie la admire, sin que nadie la premie. El heroísmo es, en este ser anónimo, una manifestación natural que brota sin esfuerzo del fondo de su alma, cuando la patria lo exige. Por esto no recompensarán jamás a *mi* heroina. Los hombres aprecian solamente las acciones insólitas y extraordinarias; y la grande e incomparable virtud que yo he conocido, no tiene nada de anormal: es fuerte, pura y espontánea como la naturaleza.

Por la mañana he recibido un billete de Mme. Gognéry, diciéndome que se marchaba de Paris esta tarde. Desde los primeros días de agosto, no había vuelto a

poner los pies en su casa de la Avenida Montaigne. Mme. Gognéry, que tiene a su esposo y a su hijo en la guerra, quedó sola en París, con su hija Odette y Mgr. Lagrois, el viejo preceptor eclesiástico. ¿A qué obedecía su marcha? El telegrama de mi madre, recibido anteayer, las impresiones de los fugitivos que recogí en el Consulado de España, el silencio absoluto de los periódicos sobre las operaciones en Bélgica, la despoblación continua de París y el aviso de Mme. Gognéry, comienzan a ser síntomas inquietantes.

He encontrado a Mme. Gognéry con su hija Odette, en el salón claro y confortable de su casa. Todos los muebles estaban enfundados cuidadosamente, los cuadros cubiertos con lienzos blancos, la lámpara de cristal veneciano desmontada en gran parte, el suelo sin alfombras y las sillas ocupadas por varias maletas de cuero, cerradas ya, a punto de partir.

Mme. Gognéry me ha explicado el motivo de su marcha. Mgr. Lagrois partió a Suiza, hará ya algunos días, a reunirse con una sobrina suya que vive en Lausanne. Al hallarse sola con su hija, Mme. Gognéry recibió una carta de su marido, fechada cerca de Amiens. Mme. Gognéry fué a verle. Y después de haber hablado los dos, decidieron que Mme. Gognéry y la pequeña Odette fueran a juntarse con el resto de la familia, que está en Biarritz. Al terminar de informarme, Mme. Gognéry me ha aconsejado, con cierto tono de misterio:

— Márchese usted de París. Váyase usted más al Sur de Francia o vuélvase a su casa; pero no se quede usted aquí.

— Pero ¿qué es lo que ocurre? ¿Andarán mal las operaciones en Bélgica? ¿Por qué no dicen nada los periódicos? ¿Sabe usted algo extraordinario? — he preguntado con gran curiosidad a Mme. Gognéry.

— Nada. No se sabe nada. No ocurre nada, — me ha respondido. — Pero márchese usted ; no hay que ser imprudente.

Luego, como si quisiera recordar por un medio indirecto sus consejos, ha proseguido diciendo :

— Nosotras partimos esta tarde, con una doncella de servicio y la *Miss* que cuida de Odette.

Odette me ha mirado con sus ojos ingenuos y ha dicho muy contenta :

— También viene con nosotras mamá Triboulet.

¿Mamá Triboulet? Jamás había oído yo nombrar a tal personaje en casa de Mme. Gognéry. Pero ésta, al observar mi asombro, me ha referido que *mamá* Triboulet, llamada así familiarmente, no es otra que la nodriza de la pequeña Odette, acabada de llegar de Vitré, pueblecito escondido en Bretaña. La pobre mujer vivía en su pueblo cuando estalló la guerra. Mamá Triboulet era viuda y tenía cuatro hijos, entre los veinte y veinticinco años. El padre y otro hijo menor, del tiempo de Odette, habían muerto sepultados por un desprendimiento de tierras, hace ya seis años, en las

canteras de Mayenne. Al comenzar la movilización, los cuatro hijos de mamá Triboulet fueron llamados al ejército. Uno de ellos, Andrés, el menor, era el supremo encanto de su madre. Amparándose en la ley, Andrés quiso obtener un permiso para quedarse al cuidado de la casa. Pero mamá Triboulet se negó rotundamente. « ¡Tengo cuatro hijos — decía — tengo sólo cuatro hijos, pero habrá que matar a los cuatro, antes que los alemanes pongan los pies *en mi casa!* » Para mamá Triboulet, ruda y acantonada como buena bretona, su pobre casa de Vitré, con los muros de ladrillo y el techo de pizarra, era toda Francia, y sus cuatro hijos todo el ejército que iba a defenderla.

— ¿Quiere usted conocer a mamá Triboulet? — ha interrumpido Odette. Y sin aguardar la respuesta, se ha levantado diciendo: — Voy a llamarla en seguida.

Mme. Gognéry ha tenido un momento de alarma:

— ¡Ten cuidado, Odette! — ha dicho a su hija que desaparecía corriendo. Y luego, dirigiéndose a mí con el acento apagado, lleno de ese misterio, que toma instintivamente la voz al decir cosas horribles: — ¡Le han matado a su hijo! Sí, al menor, a Andrés. ¡Por Dios, no lo diga usted! *Ella,* no sabe nada todavía. Yo la llamé a mi casa cuando me enteré de que se había quedado sola en Vitré; y el mismo día que llegó a París, supimos la muerte de su hijo por conducto del Alcalde del pueblo, que envió un telegrama. Andrés murió como un héroe, en Alsacia, con la ca-

beza rota por un casco de granada. Se ha recibido una carta de un compañero suyo. De sus hermanos nada se sabe aún. Pero su madre lo ignora todo. ¡Por Dios, que no nos oiga! ¡Ya viene, ya está aquí!

La impresión que yo sentía al escuchar a Mme. Gognéry es inolvidable. Estaba suspenso y como aterrado. Al volver la cabeza hacia la puerta del salón, me dominaban un temor profundo y una curiosidad extraña, como si fuera a aparecer ante mí una figura inesperada y venerable... Se abre la puerta, y mamá Triboulet se presenta toda de una vez, y se queda inmóvil, mirándome, bañada de luz y en silencio. Es una mujer pequeña, de unos cuarenta y cinco años, ves, tida de negro. Tiene una frente inmensa, abombada, lustrosa, con los cabellos grises recogidos hacia atrás bajo el marco apretado de la cofia bretona, tenue limpia. Sus ojos son verdes y adormecidos, como el mar a través de la niebla. En sus mejillas, roídas por el sol, hay dos pinceladas de un rojo encendido, sobre los pómulos. Su boca breve y enjuta, parece dispuesta estrictamente para comer lo necesario y para hablar lo justo. El pecho raso, aplastado, como desapa recido. Y las manos que, en no trabajando se quedan en paz, plegadas sobre la cintura. Tal era la heroína anónima, madre de cuatro soldados, cuyo preferido acababa de morir en Alsacia.

Mme. Gognéry ha hecho mi presentación con palabras de intimidad amable. La mujer bretona me miraba en

silencio, con ojos escrutadores y desconfiados. Al oir que Mme. Gognéry hablaba de los hijos de ella, diciendo que todos estaban en la guerra, mamá Triboulet ha exclamado de pronto, con un gesto muy enérgico, dirigiéndose a mí :

— Y usted, ¿qué hace en París? ¿Por qué no se va a la guerra también?

La pequeña Odette, que estaba observando a su nodriza con una curiosidad obstinada e infantil, se ha echado a reir muy sorprendida por la pregunta de mamá Triboulet. Cuando Mme. Gognéry le ha explicado que yo soy extranjero y, por lo tanto, libre del servicio militar en Francia, la ruda bretona, moviendo la cabeza obstinadamente con grandes signos negativos, ha replicado casi airada :

—¡No importa, no importa! En el mundo no hay más que dos clases de hombres : los buenos y los malos. Para impedir que los alemanes triunfen, todos los hombres buenos, vengan de donde vengan, deben ir a batirse.

Y con voz lenta, pero robusta y simple como sus pensamientos, mamá Triboulet ha seguido diciendo :

— Cuatro hijos tengo y los cuatro se han ido. Yo me he quedado sola, sin nada en el mundo. ¡Allá ellos, y que Dios los ampare! Mi abuelo murió peleando por el gran Emperador de Francia ; mi padre sucumbió en la guerra del año 70, y esta vez yo he dado toda mi sangre para defender la tierra.

Esta frase tan simple, «para defender la tierra», la decía mamá Triboulet con acento profundo de amor instintivo, casi físico y animal. Y al pronunciarla, se daba con el puño cerrado grandes y fuertes golpes sobre el pecho hundido, como si quisiera indicar que la tierra, la patria, no era simplemente para ella algo objetivo, exterior, como los verdes campos de su pueblo o las paredes de su casa natal, sino además algo muy hondo, fuerte y tempestuoso, que palpitaba imperativamente en la vasta y obscura región de su alma.

Yo permanecía mudo y atónito, mirando a mamá Triboulet. Su figura, enjuta y severa, era para mí la expresión fidelísima de las secretas virtudes de toda una raza. Me parecía estar contemplando en ella la médula esencial donde radica el vigor inagotable del pueblo. Todo lo que no sea *mamá Triboulet*, es pompa, añadidura, floración y esplendor efímeros de las naciones. En los tiempos de paz, el viejo tronco de donde brotan los pueblos permanece escondido y oculto bajo el ramaje verde, salpicado de frutos que maduran lenta y difícilmente. Pero en los días trágicos, cuando los vientos deshojan las ramas y caen los frutos arrancados por manos sacrílegas o muertos por su propia podredumbre, entonces aparece en su desnudez rugosa y casta el viejo tronco inmortal, y él es el que sostiene toda la furia de la adversidad, clavándose con sus raíces, duras como garras, en las entrañas de la tierra!

Nada como esta mujer, me había dado, en Francia, la sensación del alma popular. Ni el ánimo de los soldados al partir, ni el valor de las madres abandonadas, ni la superior y fuerte serenidad patriótica de los hombres cultos, ni la unánime unión de todas las banderas políticas, pueden compararse al heroico vigor de esta pobre mujer bretona, mamá Triboulet, que tenía cuatro hijos y ha dado los cuatro para «defender la tierra!»

Cuando he salido de casa de Mme. Gognéry, donde quizá no volveré a entrar en mi vida, me parecía como si acabara de salir del corazón de Francia. Un día, se hará la paz y sonará la hora de las grandes recompensas para los héroes. Se hablará de Joffre, a quien se habrá nombrado quizá mariscal de Francia, y de otros muchos preclaros modelos de virtud y de gloria Pero se olvidará fatalmente, irremediablemente, a esas pobres mujeres que, no pudiendo dar más, dieron con toda su alma la sangre preciosa de sus hijos.

Y yo entonces quizá seré el único que se acordará de mamá Triboulet, de esa mujer fuerte, ruda, toda vestida de negro, con su frente ceñida por la cofia blanquísima y sus ojillos dulces, verde-mar; de la viuda bretona que ya no verá más a su amado Benjamín, —el que murió con la cabeza destrozada, en Alsacia,—y que es una de las más grandes heroínas anónimas de la historia de Francia.

Jueves, 20 de agosto

Cuando salía de casa esta mañana, he visto a Mme. Grimm, la suegra casi centenaria de Mme. Philippot, la portera, en una actitud que me ha sorprendido. Estaba la buena vieja arrodillada sobre un reclinatorio, en el fondo de la portería, estática y orando ante una imagen de la Virgen de Lourdes, puesta sobre una vieja consola entre dos velas encendidas.

Al notar mi presencia, Mme. Grimm ha vuelto hacia mí sus ojos marchitos, anegados en llanto, y me ha dicho en voz baja y con mucha amargura :

— *¡Le Pape est mort!*

Mme. Grimm ha sido la única persona que me ha hablado en París de la muerte del Papa, con muestras de sincero y profundo pesar. La preocupación constante y principal de todos es la guerra. Lo demás es casi insignificante. Al encontrar a un conocido en la calle, nuestras primeras palabras son para preguntar

por los amigos que están peleando. Luego, en mitad de la conversación y como de pasada, uno de nosotros dice maquinalmente : « El Papa ha muerto ». El interlocutor, sin responder palabra, hace un leve gesto como para indicar que ya conoce la noticia. Y en seguida pregunta con verdadero afán : « ¿Sabe usted algo de Bélgica? ¿Se estará ya librando la gran batalla anunciada? ¿Será imposible impedir que los alemanes penetren en Francia? » Y nadie se acuerda más de Pío X cuyo retrato aparece en los periódicos relegado a último lugar, después de las fotografías de la guerra y de los planos indispensables para seguir la marcha de los ejércitos.

Sin que se pueda saber de fijo por qué motivo, vuelve a soplar en Paris una corriente glacial y pegadiza de desaliento. Con grandes caracteres impresos sobre tres columnas, los periódicos populares anuncian la continuación y desarrollo firme del avance en Alsacia. Se dice que la situación militar es excelente. Se pronostican próximos y formidables motines en Berlín, a causa de la escasez de víveres. Se elogia el entusiasmo que la proclama del Zar ha levantado en Polonia. Pero el pueblo lee en silencio esas noticias de tierras y sucesos demasiado lejanos, y luego pregunta, impulsado por un secreto instinto que le orienta hacia el verdadero enigma de la campaña actual : « ¿Y en Bélgica ? ¿Qué ocurre en Bélgica? »... Los periódicos de hoy dicen solamente estas cortas palabras : « *Se*

anuncia que importantes fuerzas alemanas atraviesan el Mosa, entre Lieja y Namur ».

¿Entre Lieja y Namur?... Al mediodía Mme. Durieux exclamaba, razonando con una lógica implacable, aguzada por su ardiente temor maternal : « Si Lieja continúa resistiendo a las fuerzas alemanas, según dicen los periódicos, ¿cómo se explica que los alemanes puedan atravesar el Mosa entre Lieja y Namur? Y si los enemigos han podido seguir avanzando hacia Francia, a pesar de la resistencia de Lieja, ¿de qué sirven esas fortalezas formidables, que aquí nos alabaron tanto, si no pueden contener el avance alemán? » Otras dos noticias en extremo alarmantes han llegado hoy también a París. La Corte y la familia Real de Bélgica abandonan precipitadamente la capital del reino para refugiarse en Amberes. Y un telegrama, no confirmado en las esferas oficiales, asegura que los alemanes han entrado en Bruselas.

El malestar que se siente en París, se refleja en una recrudescencia sobremanera violenta de los ataques que los periódicos dirigen al pueblo alemán. Los epítetos tales como « salvajes », « bárbaros », « asesinos », « incendiarios », « ladrones », parecen obedecer a noticias recibidas de Bélgica, indicando una durísima y enérgica penetración alemana que se mantiene oculta al pueblo de París. También aparecen caricaturas grotescas y enconadas de tipos característicos de la raza germánica. He visto un dibujo represen-

tando a tres viejos nobles alemanes, con bigotes descomunales, la cabeza redonda y pesada, de aspecto feroz, y debajo de ellos tres cadetes tudescos, llenos de insolencia y fatuidad, con sendos monóculos. El tema decía : « De tal palo, tal astilla ». Y los siguientes párrafos de un artículo que aparece en otro periódico, demuestran el grado de acritud a que ha llegado el sentimiento público :

« Los crímenes, los incendios, los asesinatos, robos, » violaciones y torturas cometidos (en Bélgica) por » los alemanes contra los heridos, viejos, mujeres y » niños, no son más que las etapas premeditadas de » un proyecto oficial de destrucción. Se trata de ani- » quilar metódicamente, con torturas horribles, a los » hijos e hijas de una raza que ha tenido la osadía de » oponer el derecho y la justicia al imperialismo ale- » mán... La matanza de la población civil se verifica » en virtud de « órdenes » venidas de las altas esferas.. » Ordenes emanadas de los coroneles, de los generales » comandantes de los cuerpos de ejército, del hijo del » Emperador, señalando con el dedo a los hombres que » hay que matar, a las mujeres y niños que deben ser » fusilados ; órdenes dictadas por el propio Emperador, » que aparece por encima de esta carnicería espantosa » con su sonrisa de condenado, con aquella sonrisa » que tenía ya cuando era Kronprinz y estaba en San » Remo, acechando la agonía de su padre y contando » las horas que le faltaban para subir al trono. »

La población de Paris está enervada por veinte días de aguardar inútilmente la noticia de una gran victoria. Las crueldades y atropellos que se atribuyen a los alemanes, no hacen más que exasperar el ansia del triunfo. Por esto los telegramas que refieren el avance francés en Alsacia despiertan poco entusiasmo ya; porque el supremo anhelo de los habitantes de París está puesto en la gran batalla que debe librarse en Bélgica, y no bastan para calmar esta inquietud creciente los éxitos de los Vosgos, ni el cambio de nombres que el Ministro de la Gobernación ha decretado para dos calles de París : la de Alemania, que tomará el nombre de «Avenida de Juan Jaurès», y la de Berlín, que se llamará en adelante calle de « Lieja ».

Después de comer me he encerrrado en mi cuarto, y ya no he vuelto a salir a la calle en todo el dia. Siento que mi estancia en París quizá sea imposible dentro de breve plazo y quiero terminar cuanto antes, por si es preciso abandonar la ciudad, una parte de los trabajos en que he venido ocupándome durante todo el año. Hay un silencio completo en mi cuarto, y a pesar del afán con que prosigo mi tarea, me distraigo de continuo y me dejo caer, a menudo, sobre el respaldo de mi sillón, lleno de angustia y de melancolía.

Al atardecer, llega el correo con tres cartas para mí. Una viene del Norte, otra del Sur y otra del Este de

Francia. La que acaba de llegar del Mediodía, es quizá única en su clase. No creo que nadie en París y aun en Francia, haya recibido, desde que empezó la guerra, carta alguna de un alemán. La mía es de Mlle. Ericka, la pianista sajona que estaba en la pensión. Me escribe desde Périgueux, donde se halla uno de los depósitos que el Gobierno ha establecido para los alemanes que no pudieron abandonar a tiempo el territorio de Francia. La prensa internacional publica centenares de cartas de soldados, contando sus impresiones durante la campaña. Pero nadie podrá publicar, seguramente, una carta como la mía, que revela uno de los aspectos más interesantes y desconocidos de la guerra actual.

Mlle. Ericka me escribe desde su destierro de Périgueux, en lengua francesa. Algunos párrafos de su epístola, dicen así, puntualmente :

« Siento una viva lástima, al par que una profunda » admiración, por los encargados de examinar la co» rrespondencia de los que fuimos expulsados de Pa» rís. En mis cartas no hallarán rastro alguno de espio» naje, y perderán el tiempo sensiblemente leyendo esta » larga epístola, que ha llenado por completo los dos » mejores días de mi destierro.

» Aquí no recibimos noticia alguna de la guerra. Lo » que más envidio a usted en estos instantes, es el tener » a su disposición todos los periódicos que se publican » en Francia. Si yo pudiera leerlos, tendría a lo menos el

» consuelo de formarme, como todo el mundo, una opi-
» nión particular sobre la guerra. Pero ya que me es
» imposible obtener noticias directamente, le ruego a
» usted, con toda el alma, que me escriba algo de lo
» mucho que debe haber leído durante estos días.

» Hace ya una semana que me hallo en este hermoso
» país, donde se encuentran las más bellas trufas de
» Francia. Si no fuera tan perezosa, me aplicaría con
» diligencia a buscar, todo el día, esos tubérculos de per-
» fume exquisito ; quizá lograría, con ello, una mayor
» libertad para salir a dar largos paseos por el campo.
» Pero ya sabe usted que, fuera del piano, mis manos
» son las más inhábiles y « aristocráticas » que puedan
» darse.

» Mi viaje hasta Périgueux fué sumamente diver-
» tido. Íbamos amontonados en vagones de lujo sin-
» gular, donde por lo común sólo resuenan toda clase
» de gruñidos, y entre perfumes tan penetrantes que
» turbaban el ánimo: Estábamos tendidos, hombres,
» mujeres y niños, en cómodos y mullidos montones de
» paja esparcidos por el suelo del vagón. En mi compar-
» timiento íbamos treinta y dos, mezclados y revueltos
» con las maletas y demás equipajes, apretados como
» sardinas en banasta *(comme des sardines dans une
» boîte)*. Al amanecer del día siguiente, después de una
» noche perdida en plena meditación filosófica, sin
» cerrar los ojos, pasé un grande apuro para reconocer
» mis propias piernas entre las que se hallaban entrela-

» zadas y esparcidas por el suelo. Estuvimos veintitrés » horas para ir de París hasta Périgueux. La velocidad » que llevábamos era tal, que muchas veces estuve ten- » tada de bajar del vagón y seguir andando al lado del » tren, para desentumecerme las piernas. Yo iba sen- » tada junto a la puerta corredera del coche, que era el » único agujero por donde se lograba respirar con cierta » holgura. Aprovechando mi situación, iba saludando a » todas las gentes que encontrábamos al paso del tren. » Mis saludos fueron devueltos siempre de una manera » sumamente cordial y casi enternecedora.

» Al llegar a Périgueux nos dividieron en dos grupos, » por razón del sexo. Un centenar de mujeres nos ha- » llamos alojadas en una escuela llamada de Santa » Genoveva, en el número 41 de la calle Chanzy. En la » escuela hay un patio, y en el patio seis soldados que » nos vigilan constantemente, noche y día. Nos está » prohibido salir a la calle.

» Llevamos una vida de cuartel. Debemos arreglar » nosotras mismas la comida, lavar la ropa, limpiar el » cuarto y despachar los demás menesteres domésticos. » Por fortuna, la gran mayoría de mis compañeras son » muchachas de servicio, que se encargan con suma » amabilidad de la parte que a mí me corresponde » en el zafarrancho común.

» A pesar de tantas contrariedades, estoy agradecidísima a la caballerosidad y cortesía de las autoridades francesas, que han hecho, sin duda, todo cuanto

» estaba en su mano para garantizar la seguridad y el » aislamiento de los alemanes que no pudimos regresar » a nuestra patria.

» Estoy sin noticia alguna de mi familia. Paso lar- » gas horas de melancolía en este pequeño mundo » compuesto de sirvientas, cocineras, nodrizas y amas » de llaves, donde la inteligencia más rudimentaria » huelga casi por completo. En el dormitorio nos » reunimos diez y ocho mujeres. Y mis instantes más » felices los hallo todos los días al levantarme y al » acostarme, escuchando las conversaciones que se » entablan — en todos los dialectos alemanes — alre- » dedor de la guerra, y las observaciones curiosísi- » mas, inimaginables, de estas pobres mujeres, que » aunque ignoran por completo la política internacio- » nal, tienen, en cambio, un alma patriótica hasta el » heroísmo.

» Cuando nos veamos en París después de la guerra, » le contaré a usted cosas divertidísimas. Escríbame » pronto y, por lo menos, con tanta extensión como yo.

» Su afectísima amiga, ERICKA. »

El sobre que encerraba esta carta, llevaba el sello del Comisario de policía de Périgueux.

La segunda de las tres que acabo de recibir, me ha producido una impresión penosa. Es una carta de M. Douglas, joven amigo mío que había estado en la pensión Durieux, durante el invierno, con su hermana Mlle. Marie-Madeleine. Los hermanos Douglas,

huérfanos desde hace muchos años, vivían en París. Mi amigo estudiaba la carrera de ingeniero electricista y su hermana seguía los cursos de la Escuela de Bellas Artes, con el fin de obtener el título de maestra. Hace ya algunos meses, los dos hermanos abandodonaron la pensión Durieux para trasladarse a otra, situada en las cercanías de la Plaza Saint-Sulpice. Desde entonces, sólo vi a los dos hermanos muy de tarde en tarde.

M. Douglas, llamado a filas en seguida de estallar la guerra, me escribe desde un lugar situado en el Norte de Francia (que mi amigo designa por X, a causa de la censura militar), pidiéndome noticias de su hermana. Mlle. Marie-Madeleine que, a lo que parece, enfermó súbitamente hará unos veinte días, y hallándose sola, sin familia y con escasos recursos, se hizo trasladar al Hospital Tenon. M. Douglas recibió dos cartas de su hermana, escritas con mano débil desde su cama del hospital. Luego, la correspondencia cesó de improviso y mi amigo se encuentra hace ya muchos días sin noticia alguna, conmovido por una angustia indecible, marchando en busca del enemigo, y con el recuerdo tenaz y desolador de su pobre hermana que está enferma en París, casi abandonada.

Pensando que todos sus amigos franceses estarán en filas, M. Douglas me escribe suplicándome que vaya al Hospital Tenon, que me entere del estado

de su hermana, y que le conteste inmediatamente a Compiègne, desde donde — por caminos secretos — le será enviada mi carta hasta el lugar donde se encuentre su regimiento. Mañana iré al hospital. Mlle. Marie-Madeleine era una muchacha de carácter dulce, sentimental, que todas las tardes arrojaba miguitas de pan a los gorriones del barrio, asomada a la ventana de su cuarto y peinada como las *grisettes* del tiempo de Murger.

La tercera y última de las cartas que he recibido, es de una familia amiga, que vive en Borgoña. « Márchese » usted de París — me escribe M. Récondy. — ¿Qué » hace usted ahí? Le aguardamos en Chalon con los » brazos abiertos, si es que no quiere regresar a Es- » paña. Le hace usted pasar a Luisa unos ratos terri- » bles. Es usted indigno de la amistad y del cariño » que le profesamos. Si no viene usted en seguida, » iremos a arrancarlo de París por la fuerza. »

Reconozco en la carta el humor inagotable de M. Récondy y la nerviosidad infantil de su hija, Mlle. Louise, mi buena amiga que estaba en la pensión Durieux y se fué de vacaciones a su tierra, para no volver. Pero, es curioso que « todo el mundo », menos yo, juzgue imprudente, temeraria, o a lo menos ligera, mi resolución de quedarme en París a todo trance. ¿ Qué ocurre ? ¿ Qué peligros nos acechan ? ¿ Por qué no hablan claro de una vez ?...

Yo le decía esta tarde a mi amigo Trabal :

—Mientras el Gobierno de Francia permanezca en Paris, no hay cuidado.

Y como mi amigo ha sido del mismo parecer, hemos jurado los dos, con gran solemnidad amistosa, no abandonarnos ni abandonar nuestra amada ciudad hasta el momento en que los prusianos se hallen tan cerca de ella, que el Gobierno se marche, por no verlos, con el resto de la población.

Viernes, 21 de agosto

Iba esta mañana por el bulevar Saint - Germain con el propósito de visitar a mi amiga que está enferma en el hospital, cuando a la altura de la calle Danton, frente a la Facultad de Medicina, he alcanzado en mi camino a Mme. Parthiker, que andaba con el inolvidable y misterioso paquete colgando de una mano, vestida de blanco y con su gran sombrero adornado de plumas grises, ondeando al viento.

—Todo va a pedir de boca —me dijo. —¿No ha visto usted los periódicos de esta mañana? Los franceses han entrado por segunda vez en Mulhouse. *Nuestro* general (el general French, sin duda) está ya en su puesto. No hay cuidado alguno. Los alemanes serán derrotados dentro de breves días, en la gran batalla que se está preparando en las tierras de Bélgica.

Hemos seguido hablando de la guerra, hasta llegar a la puerta del sumidero por donde se baja a la estación del *metro*, situada en la Plaza Saint-Michel. Entonces

nos hemos dado cuenta de que los dos llevábamos el mismo camino. Mme. Parthiker había recibido también una carta de M. Douglas, suplicándole que fuera a visitar a su hermana. Cuando Mlle. Douglas estaba en la pensión Durieux, era muy amiga de Mme. Parthiker y ambas se prestaban los folletines sentimentales de moda.

Hemos tomado el *metro* para dirigirnos a la Plaza Gambetta, en cuyas cercanías se encuentra el Hospital Tenon. En los vagones y a lo largo de los andenes, no se ven más que mujeres. Muchas de las estaciones, las de menos tránsito, han sido suprimidas, y el ferrocarril subterráneo pasa por ellas sin detenerse, entre un rumor de timbres eléctricos que resuenan bajo la cóncava techumbre del túnel iluminado y desierto. El número de trenes, — que antes pasaban cada minuto, — ha disminuído considerablemente, y hay que aguardar largo rato paseando por los fríos andenes, en medio de gentes malhumoradas y tristes, atormentadas por la angustia constante de sus pensamientos. El *metro* ha perdido también, con la guerra, su aspecto típico de los días de paz, en que la población de París asaltaba los trenes con un tumulto tan vivo, que era el pasmo y el temor de los extranjeros y provincianos llegados por vez primera a la capital.

Entramos en el Hospital Tenon, enclavado en uno de los extremos más pobres de París, poco antes de las once de la mañana. Al penetrar en el establecimiento,

presenciamos un suceso fúnebre y deprimente. Un auto de alquiler está parado a la entrada del edificio. Al lado del *chauffeur* hay un agente de policía, y en el interior otros tres que sostienen el cuerpo de un hombre anciano, con la cabeza caída sobre el pecho y cubierta de mortal palidez. Un médico del establecimiento acude a examinar al desconocido. Después de breves instantes, dice en voz baja : « Este hombre está muerto ». Los policías que sostienen el cadáver se miran asustados. Luego, a una orden del que va en el pescante, el auto parte velozmente y se pierde a lo lejos. ¿Qué sería? El muerto vestía de frac y llevaba una insignia colgada del pecho.

Después de preguntar a un empleado, subimos por una escalera ancha y desierta que nos conduce a la sala donde se encuentra Mlle. Douglas. Es un espacio silencioso y triste, con pequeñas ventanas abiertas a uno de los lados y una hilera interminable de camas alineadas contra el muro opuesto. Buscando con paso quedo, hallamos presto la cama donde yace Marie-Madeleine. Su linda cabecita asoma por la abertura de las sábanas, hundida en la almohada, entre el marco obscuro y brillante de sus cabellos negros. Mlle. Marie-Madeleine tiene los párpados cerrados, palpitando con un temblor febril, casi imperceptible, en el que se adivina la congoja de los sueños que atormentan su espíritu. Sus finos labios rojos conservan todavía su frescura sin par. Al acercarme al lecho,

diviso bajo la almohada un libro viejo y deshojado. Es un tomo de poesías de Alfredo de Musset.

Al poner Mme. Parthiker su mano fría sobre la frente de la enferma, Mlle. Marie-Madeleine ha abierto los ojos vagos y dilatados. Al reconocernos, ha lanzado un grito de alegría súbita, hondo, desgarrador, y sin poder reprimir un movimiento impulsivo, ha sacado sus brazos blancos y aniñados fuera de las sábanas, para cogernos las manos, exclamando : « ¡Por fin han venido a verme! ¡Gracias, gracias! » Y lloraba con un dolor insaciable, tiernísimo, recordando la suprema tristeza de sus horas de soledad y de amargura.

Ha costado un esfuerzo indecible calmar a la pobre muchacha. Su alegría al ver almas amigas a su lado era tal, que con una furia loca besaba la mano de Mme. Parthiker y estrujaba la mía entre sus dedos, como si creyera estar soñando y abrigase el temor de despertar luego en medio de aquel profundo y melancólico silencio, sola y abandonada en su pobre cama de hospital. Mme. Parthiker, con gran solicitud, la obligaba a esconder los brazos dentro del lecho, mientras Marie-Madeleine decía con acento desfallecido, aquietándose : « ¡He sufrido tanto! ¡He sufrido tanto! » Y su voz era tan dulce y lastimera, que parecía querer excusarse del dolor que nos causaba su desolación.

—¿Qué saben ustedes de mi hermano? ¿Ocurre algo malo? ¡Cuéntenlo, díganlo todo de una vez!—Y al sa-

ber que su hermano estaba en la frontera, sin novedad alguna, esperando la hora de entrar en batalla, la enferma ha proseguido diciendo : — ¡Pobre hermano mío! Hace ya mucho tiempo que no puedo escribirle. He pasado tres días entre la vida y la muerte. A mí no me han dicho nada, pero yo he visto cosas a mi alrededor que denotaban mi estado. Ahora parece que estoy algo mejor, ¿no es verdad? A mi hermano no le digan nada, no le asusten, ¡por Dios! Díganle que el médico no quiere que escriba, pero que yo lo haré a hurtadillas en cuanto pueda. Díganle que me encuentro muy bien, que estoy muy animada y que pronto saldré del hospital.

Durante largo rato, Mlle. Marie-Madeleine nos estuvo mirando en silencio ; luego, como si manifestara sus más íntimos pensamientos, siguió hablando :

—¡Si mi hermano hubiera estado en París cuando me sentí enferma, jamás yo habría venido a parar aquí! —Y levantando los ojos hacia el techo sombrío de la sala con un rencor secreto y doloroso : — ¡Maldita guerra! Me encontré sola y enferma. En la pensión donde yo estaba, todo el mundo partía a su casa al saber la orden de movilización. Una mañana no pude levantarme de la cama. Tenía muy poco dinero, *lo justo para no poder estar enferma.* Mis lecciones de dibujo habían menguado sensiblemente durante el verano. Mi hermano había partido a la guerra. ¿Qué hacer?... Dije que me buscaran una cama en el

hospital. Hace ya veinte días que estoy aquí. ¿Cuándo podré salir, Dios mío?

Y haciendo un esfuerzo difícil, como si no acertara a comunicarnos un secreto deseo, sonrojándose, mademoiselle Douglas ha dicho a Mme. Parthiker:

— Quiero pedirle a usted otro favor. Desearía que escribiera también a un amigo mío que está peleando en Alsacia. He recibido tres cartas suyas. No he podido contestar ninguna. Dígale que estoy enferma, que le escribiré cuando pueda, y dígale, además, que... no me olvide.

Y tomando el libro de poesías oculto debajo de la almohada, Mlle. Douglas ha sacado de entre las hojas un papelito blanco, donde estaban escritos un nombre y una dirección. Mme. Parthiker, con una gravedad cómica y solemne, ha tomado el papel y lo ha escondido cuidadosamente en su seno. Luego, con una llaneza perfecta, como si preguntara algo corriente y fácil de ejecutar, ha dicho en su francés detestable y con una entonación de voz sentimental:

— ¿No quiere usted, además, que le ponga algunas frasecillas elocuentes?

La enferma ha sonreído, mirándome con aire burlón. ¿Qué entendería Mme. Parthiker por «frasecillas elocuentes?» Mlle. Douglas, dirigiéndose a la vieja inglesa:

— Muchas gracias — ha dicho — pero, con ponerle que no me olvide, creo que habrá bastante.

Mme. Parthiker ha replicado:

— Como usted quiera, amiga mía. En asuntos de negocio y de amor, el primer interesado es el dueño, como dice Thackeray.

A continuación, Mme. Parthiker ha tomado el paquete que colgaba de su mano. Y abriendo el envoltorio de papel, ha descubierto una linda cajita de bizcochos Potin y la ha entregado a la enferma. Este era, por lo menos en el día de hoy, el contenido de misterioso paquete que, según la opinión de Mlle. Geneviève, encerraba una bomba de sufragista.

Con un gesto de sencillez dignísima y afable, madame Parthiker, al tiempo que entregaba la cajita a la enferma, ha puesto entre sus manos hasta cuarenta francos en dos monedas de oro. Mlle. Douglas protestaba, sin querer aceptar la oferta de su amiga. Pero Mme. Parthiker le ha dicho con imperio y bondad:

—¡No sea usted chiquilla! Cuando se trata de amores manda usted; pero fuera de este caso, soy yo quien debe mandar a todos ustedes.

Una enfermera vestida de blanco, ha venido a decirnos que debiamos partir. Mlle. Douglas nos ha estrechado las manos llorando. Y después de prometer que cumpliríamos sus encargos y que volveríamos a visitarla de nuevo, hemos salido del silencioso hospital.

Mme. Parthiker me ha preguntado qué me parecía el estado de la enferma. Yo he recordado las palabras

que, al salir, nos había dicho la enfermera: «Mademoiselle Douglas padece de una grave enfermedad pulmonar. Aquí, en el hospital, es imposible curarla». Mi compañera ha exclamado entonces:

—¡Esta será una de las innumerables víctimas anónimas de la guerra!

¡La guerra! ¡El tomo de versos de Musset, que he sorprendido bajo la almohada de Marie-Madeleine! ¡Destrucción brutal y romanticismo!... Yo iba cabizbajo, mientras andábamos hacia la Plaza Gambetta. He aquí dos cosas que parecían borradas del mundo: los horrores de la guerra y las muchachas sentimentales, peinadas como en tiempo de Murger y tísicas como la heroína de Puccini.

Era poco más de mediodía. Hemos notado que, a pesar de hallarse el cielo despejado y sin nubes, la luz menguaba lentamente, como si desfalleciera el esplendor luminoso del astro solar. De pronto nos acordamos de que estaba anunciado un eclipse. En la Plaza Gambetta, vemos a algunos grupos de curiosos mirando el sol a través de cristales ahumados.

Al llegar junto a la escalera que desciende hasta el subterráneo por donde pasa el *metro*, Mme. Parthiker me dice con acento misterioso, cogiéndome del brazo:

—¿No teme usted que nos hallemos en el fin del mundo? Fíjese usted: la guerra europea está desenca-

denada, el Papa se muere, las profecías se cumplen, el sol se obscurece. ¿Le parece a usted bastante?

Y sin esperar mi respuesta, Mme. Parthiker me ha arrastrado vertiginosamente, — como si ya hubiera llegado la hora fatal, — hacia el fondo obscuro y lóbrego del subterráneo.

Sábado, 22 de agosto

Mme. Durieux ha recibido una carta de su hijo, oficial de la guarnición que defiende Maubeuge. De Maubeuge a Charleroi hay muy poca distancia. Con todo, el hijo de Mme. Durieux tampoco sabe nada de la gran batalla que está preparándose entre Charleroi y Mons. Dice la carta del oficial, que las tropas encerradas en los fuertes de Maubeuge desde el principio de la guerra, se consumen en el ansia creciente de entrar en combate. El espíritu de los soldados es excelente. Y sólo esperan que se libre y termine la famosa batalla, para entrar en contacto con el enemigo. « En cuanto acabe el combate de Charleroi — dice el » oficial con palabras breves, pero henchidas de entu» siasmo — nos mandarán seguramente salir de Mau» beuge para perseguir al enemigo. Y es tal el deseo » que tenemos de hacernos con él, que si nos sueltan » y dejan que traspasemos los muros que nos encie» rran, no pararemos de andar adelante hasta entrar » en Berlín ». Mme. Durieux me ha leído la carta de su

hijo con lágrimas en los ojos. Y al terminar, me decía con el alma llena de orgullo patriótico : «¡Es un valiente, mi hijo, es un valiente».

He conocido al oficial M. Joseph Durieux, durante los días que, en distintas ocasiones, ha pasado en París con nosotros. Es un joven de mediana estatura, enjuto, moreno, de negras y entrelazadas cejas, bigote pequeño y lacio, los ojos de mirada firme y la nariz aguileña. Parece débil de cuerpo porque en él todo es estricto y rígido ; la sobriedad rigurosa de su complexión, no denota poquedad ni falta de resistencia física, sino más bien el vigor inflexible, a toda prueba, adquirido a través de largos años de dura disciplina, desde los días en que estudiaba en la gloriosa Escuela militar de Saint Cyr. El carácter de este oficial amigo mío, es admirable. Correctísimo, afable, bondadoso, firme en sus ideas, hábil en exponerlas, patriota irreductible pero sin jactancia, esclavo voluntario de su deber, protector y amigo de sus soldados, y hombre, en fin, a quien la profesión de las armas no hizo olvidar el trato con las buenas letras, instruído y discreto sobremanera.

M. Durieux se casó hace menos de un año. Su esposa se fué a vivir con él, en Maubeuge. A mediados de julio la esposa del oficial, acompañada de Mme. Durieux, se trasladó a las cercanías de Toulouse, donde viven sus padres. Muy poco antes de estallar la guerra, dió a luz una niña. Su esposo acababa de llegar de

Maubeuge, con licencia para permanecer al lado de su familia por unos veinte días. Pero a la mañana siguiente al nacimiento de su hija, M. Durieux recibió la orden de incorporarse a su batallón con toda urgencia. Se puso en camino, llegó a Maubeuge, y ya no ha vuelto a salir de allí.

No entiendo absolutamente nada en materias militares. Pero si el carácter, el dominio de sí mismo, la templanza y la firmeza de voluntad, influyen de algún modo en las batallas, yo sé decir por mi amistad con M. Durieux y con otros oficiales del ejército francés, que algo habrán de pesar sobre los alemanes las virtudes y la disciplina de estos hombres, que quizá son los mejores que ha producido Francia durante el transcurso de la tercera república.

¡Cuántas veces, durante los días de paz, estuvieron hablando amablemente, en el salón de la casa, M. Joseph Durieux, el oficial francés, y Mr. Joseph Dolbatsch, el oficial prusiano! Éste tenía un alma clara e infantil, dentro de un cuerpo espeso y descomunal. Los dos amigos, mientras se tomaba el té en el salón, se mantenían apartados del bullicioso reir de las muchachas, y hablaban largamente de cañones, asaltos y batallas, en la semiobscuridad de un rincón. Mr. Dolbatsch era tan bueno que todo el mundo le quería. M. Durieux era tan discreto que todos le admiraban. M. Durieux hablaba en voz baja, mesurada ; Mr. Dolbatsch hacía desternillar de risa a las muchachas con

sus continuas admiraciones colosales (Ah!! Oh!! Uh!!), y con sus gracias ingenuas y candorosas. Por ejemplo : volaba una mosca impertinente alrededor de una de las muchachas. Mr. Dolbatsch, con una constancia cómica y admirable, iba expulsando el insecto con grandes y sistemáticos manotazos al aire. Esta operación podia durar hasta cinco o diez minutos, porque el insecto no se cansaba de acercarse ni Mr. Dolbatsch de sacudirle. La muchacha, muy regocijada, hacía ver que no veía, para dar lugar a que todos nos fijáramos en la persistente y metódica manipulación del alemán. Por fin, al tiempo de dar uno de los manotazos, sonaba una carcajada homérica en todo el salón. Entonces Mr. Dolbatsch, exclamaba candorosamente enfurecido : « *¡Donner weter!* ¡Voy a matar a esta *águila* impertinente! » Y sacando el revólver que siempre llevaba consigo, hacía grandes aspavientos y amenazaba y perseguía a la mosca, hasta lograr que desapareciera del salón. Luego Mr. Dolbatsch se reía, y los demás nos reíamos también largo rato, pero con una malicia que todos, menos él, nos comunicábamos sólo con la mirada.

M. Durieux y Mr. Dolbatsch eran muy amigos. Yo creo que en el secreto de sus almas, M. Durieux admiraba el ardor inextinguible, sano, formidable, de su compañero, y Mr. Dolbatsch, a su vez, envidiaba la finura, la elegancia de espíritu y el tacto del oficial francés. Estos dos hombres que tantas veces se dieron

las manos con verdadera amistad, están hoy frente a frente en el campo de batalla. Mme. Durieux ha conservado un recuerdo afectuosísimo de Mr. Dolbatsch. Cuando lee las horripilantes descripciones que los periódicos publican dando cuenta de la barbarie alemana, Mme. Durieux exclama siempre con acento dolorido, perpleja y confusa, como si se hallara delante de un enigma incomprensible : « *¡Pourtant, il était bon!* ¡A pesar de todo, era bueno! » El personaje que Mme. Durieux tiene por bueno, «a pesar de todo», es Mr. Dolbatsch. Otras veces, Mme. Durieux (siempre sumida en sus melancólicas cavilaciones) exclama de pronto : « ¡Es horrible pensar que mi hijo y Mr. Dolbatsch pueden encontrarse cara a cara, en un choque de los dos ejércitos! ¿Qué deberían hacer en tal caso?...» Y Mme. Durieux se queda absorta, suspensa, sin acertar a resolver tan difícil problema.

El ansia y la depresión que se observan en París nuevamente, han crecido durante el día de hoy. Los periódicos repiten todavía, y ya parece increíble, la frase consabida : *Les forts de Liège tiennent toujours.* « Los fuertes de Lieja siguen sosteniéndose ». ¿Qué significa esta frase, cuando se nos dice, a continuación, que los alemanes han entrado en Bruselas, que la Corte belga se ha refugiado en Amberes, que los alemanes han comenzado ya el bombardeo de Namur y que algunas de sus patrullas han pasado adelante, hasta llegar muy cerca de la frontera de Francia?

«La gran batalla es inminente». Este es el título capital de los periódicos de hoy ; esta es la frase que llena de congoja a todo París, cuya suerte depende, en gran parte, de la lucha que va a comenzar. Pero, además de los repetidos cálculos más o menos optimistas sobre la próxima batalla, se lee en los periódicos cierto comunicado oficial, redactado en forma inusitada y desconcertante. Reducido a su esencia, dice así : « NUES- » TRAS TROPAS SE REPLIEGAN EN LORENA.—Es ya sabi- » do que, después de reconquistar la frontera, nuestras » tropas habían penetrado en Lorena avanzando en » todo el frente, desde el Donon hasta Château-Salins. » Pero durante el día de ayer, a consecuencia de un » vigoroso contra-ataque de los alemanes, nuestras tro- » pas, que venían combatiendo sin descanso durante » seis días, se han visto obligadas a replegarse (la frase » francesa tiene un matiz intraductible : *ont été ramenées » en arrière.)* La importancia de las fuerzas enemigas » es tal, que sólo nos hubiera sido permitido mantener » nuestras tropas en Lorena a cambio de una impru- » dencia inútil ». Aquí hay gato encerrado. ¿Qué ha sucedido en Lorena? Para que el Ministerio de la Guerra se haya decidido a dar al público un parte oficial de tal naturaleza, razones habrá que lo justifiquen. Se ha hablado mucho hoy, en París, de esta noticia oficial. Se hacen cálculos monstruosos y la fantasía del pueblo se echa a volar desenfrenada. Madame Philippot, la portera, me ha hablado otra vez de minas

subterráneas, de corrientes eléctricas misteriosas y de otros medios infernales que los alemanes emplean para destrozar a traición, ya que no para vencer con lealtad, a los soldados de Francia.

Por la tarde, después de comer, he ido a dar un paseo por las cercanías de los Inválidos. La mole inmensa y cenicienta que Napoleón el Grande escogió para asilo de sus héroes, se levantaba al fondo de la ancha avenida que enlaza con el Puente de Alejandro III. La cúpula del edificio se erguía airosamente en el cielo empañado por la niebla, ancho y abierto sobre la ciudad adormecida en la paz de la tarde, sin un rumor. Al atravesar el puente, he visto ondear en la explanada que está delante del viejo edificio, algunas banderas francesas con otras de nacionalidad desconocida para mí. Picado de curiosidad, me he aproximado al lugar donde tal manifestación aparecía. Y de esta suerte y sin que hubiera sido mi propósito, he presenciado un espectáculo sumamente curioso.

Estaban, puestos en formación en el centro de la explanada, como unos cuatrocientos o quinientos hombres (que no he contado exactamente a cuantos llegaban), jóvenes en su inmensa mayoría, divididos en grupos, ostentando, erguidas al aire, banderas exóticas y sendos cartelones con letras pintadas a mano, que decían : « *Voluntarios tcheques* », « *Voluntarios rumanos* », « *Voluntarios griegos* »; y de esta suerte los

había también polacos, búlgaros, serbios y aun de otros diversos pueblos y naciones.

A cada momento, por la avenida que conduce a los Inválidos, llegaban grandes y compactos vuelos de esos amigos de la causa de Francia, todos muy bien dispuestos, en actitud solemne, marcando el paso, con el pecho levantado, la cabeza erguida, echando al aire los sombreros a cada grito o aplauso de los circunstantes y curiosos que allí nos reuníamos en número escaso. Y eran de admirar la extrema diversidad de rostros, la desigualdad de las cabezas, anchas y aplastadas unas, angostas y larguiruchas otras, y la inaudita confusión de lenguas, todas ásperas al parecer, que entre la muchedumbre de los voluntarios se veían y escuchaban.

Mientras unos oficiales franceses parecían examinar a los pretendientes, yo estaba absorto y perdido entre la turba de los espectadores, tratando de adivinar por qué recónditos y verdaderos motivos todos y cada uno de aquellos voluntarios habían tomado una resolución tan grave y capital, como era la de ir a batirse bajo un pabellón extranjero. La miseria, el abandono forzoso del trabajo, la falta absoluta de recursos y esa sed inagotable de aventuras que abrasa y consume el alma rebelde de la juventud, habrían influído en los espíritus de aquellos jóvenes, — obreros y empleados en su mayoría, — mucho más que las altas razones especulativas o la consideración práctica de la absoluta ineficacia de su esfuerzo romántico.

¿Cuántos voluntarios extranjeros podrían reclutarse en toda Francia? ¿Pongamos diez mil? ¿Y qué haría Francia con ellos? En cambio, después de la guerra, habrá en Creta o Smirna, en Budapest o en Varsovia, algunas pobres madres que llorarán toda su vida la pérdida absolutamente inútil, infructuosa, de un hijo que se fué a correr mundo con la esperanza de abarcarlo y dominarlo todo entre sus brazos juveniles. Y el mundo se lo tragó traidoramente, con una sencillez monstruosa, empleando la propia generosidad del iluso para perderle, y sin dejar ni rastro de sus huellas...

Al volver a la pensión, entrada ya la noche, he encontrado en la puerta a las dos jóvenes rusas, Mlle. Hélène y Mlle. Rachel. Mlle. Hélène está muy contenta; Mlle. Rachel muy triste. La primera está alegre porque se va, uno de estos días, — con el magnate persa que la tiene a su servicio, — a refugiarse en Londres, con el propósito de encontrar allí un buque que la devuelva a su patria. Mlle. Rachel está triste porque dice que no tiene dinero, y no puede marcharse a su casa. Pero las dos están de acuerdo en su voluntad de irse cuanto antes, siguiendo el consejo del Embajador de Rusia en París.

Las deserciones que yo había previsto se van produciendo fatalmente. Cuando se marchen estas jóvenes rusas, sólo quedaremos en la pensión Mlle. Rabier (que el primer día se irá también a Chartres), mi amigo Trabal y yo, puesto que Mme. Parthiker habla

también de volverse a Inglaterra. En la pensión hay más de quince habitaciones vacías. ¿Podrá sostenerse hasta *el fin* con tan pocos recursos?

Mientras subimos la escalera mis dos amigas rusas y yo, Mlle. Rachel, la joven judía, se lamenta con grandes muestras de desolación. Mlle. Rachel vino a pasar sólo el verano en Francia, y estaba en la playa de Saint-Malo, « haciendo vida elegante », cuando estalló la guerra. Al regresar precipitadamente a París escribió a sus padres, según dice, pidiendo dinero. No ha recibido contestación alguna. Sus quejas y lamentos tienen un acento desgarrador y casi lírico, que conmueve el alma. Pero en la obscuridad de la escalera, siento que Mlle. Hélène me tira del brazo, y acercándose a mí me dice al oído, en voz baja :

— No la crea usted. Yo sé que tiene mucho dinero ; pero teme que le pidan prestado sus amigos rusos que se encuentran en París sin recursos. ¡Es judía, es judía!

Y al pasar junto al mechero de gas que ilumina el descanso del primer piso, veo ante mí la silueta de Mlle. Rachel, con la nariz corva, los labios gruesos, colgantes, los ojos miopes y astutos, llorando por precaución, para evitar el asalto de la bolsa repleta de dinero que lleva apretujada entre sus manos pálidas y avaras.

Domingo, 23 de agosto

Día de fiesta. Despertar perezoso en mi cama inundada de sol. Oigo la voz de mi amigo Trabal cantando alegremente en el cuarto contiguo. Hay un silencio absoluto en la calle desierta y en el barrio tranquilo. Por mi ventana abierta entra el martilleo sonoro de las campanas de Saint-Germain, y las de Saint-Sulpice resuenan más lejos, en el aire puro y luminoso. Me visto despacio, para dar lugar a que se deslice, sin sentirla, la monotonía del tiempo. Desde que empezó la guerra, los domingos se han hecho insoportables. Día de fiesta, día de hastío.

Después del desayuno, salimos con mi amigo a dar un paseo por los jardines de las Tullerías, la Plaza de la Concordia, la calle de Rívoli y, por el Puente des Arts, regresamos a casa al mediodía. Al comprar los periódicos, nos sorprende una noticia que ansiábamos ver desde que empezó la guerra. ¡Por fin! Todos los periódicos la anuncian con gruesos caracteres. « HA COMEN-

ZADO LA GRAN BATALLA». Ya está echada la suerte. Parece ser que el magno combate se entabló hace dos días. El frente principal de esta horrible matanza, se extiende desde Mons hasta la frontera del Luxemburgo. Al leer la noticia en los periódicos, desaparece durante un instante la opresión que nos angustiaba. El alma que se consumía en la expectativa forzosa e insoportable, se abre de pronto a la acción y a la esperanza. Ahora va a decidirse el inquietante problema de la invasión alemana. Los ejércitos imperiales serán lanzados otra vez hacia sus fronteras, o entrarán triunfantes, arrolladores, en las fértiles tierras de Francia. ¡Dad, Señor, la victoria a nuestros amigos que se baten heroicamente por la libertad de su patria!

No se habla de otra cosa en París. Los periódicos anuncian que la lucha durará algunos días. Se arrebatan los números de manos de los vendedores. Se forman corrillos de comentaristas. Y todos buscamos inútilmente, con ansia febril, en la última edición que aparece, la noticia de la victoria tantas veces soñada, para lanzarnos a gritar ¡Viva Francia!, locos de entusiasmo.

En medio de la agitación que la noticia de la batalla ha despertado en París, seguimos buscando detalles sobre el repliegue de las fuerzas que operaban en Lorena, comunicado ayer por el parte oficial. Los telegramas del Estado Mayor alemán, reproducidos por la prensa parisiense, aseguran que el contratiempo su-

frido por las tropas francesas el día 20, se convirtió el 21 en una espantosa derrota, en la cual se perdieron 10,000 prisioneros y 50 cañones. Los periódicos de París desmienten indignados esta noticia. « El repliegue » de Lorena — dice un periódico oficioso — no ha sido » nada más que el episodio de una lucha tan formidable, » que implica necesariamente numerosas alternativas » prósperas y adversas. » Pero no se dan todavía detalles concretos que permitan formar una idea de lo que pudo ser la retirada francesa, ni de las verdadera causas que la motivaron.

En cambio, encontramos en el *Daily Mail* llegado hoy a París, una descripción minuciosa de la entrada de los alemanes en Bruselas... Sentados bajo la sombra de los árboles, en un silencioso rincón de las Tullerías, mi amigo y yo hemos leído con gran avidez la relación de aquel aparatoso suceso. Una vez librada a los alemanes la ciudad de Bruselas, el ejército imperial hizo su entrada a las dos de la tarde del día 20 de agosto. A esta hora, estruendosas salvas de artillería anunciaron a la población que los alemanes iniciaban su entrada triunfal. Precedían al grueso del ejército un pelotón de hulanos, una compañía de artilleros a pie y otra de ingenieros con un tren de sitio completo. Había en él, causando la admiración de los espectadores, cien ametralladoras automóviles. Las tropas, en número de 50,000 hombres, desfilaron vestidas de gala, con músicas, tambores y vivos pífanos que desgarraban el

aire con sus sonidos bélicos y estridentes. Los soldados iban cantando las canciones guerreras más populares en Alemania : *Die Wacht am Rhein* y *Deutschland über alles*, pisando fuerte sobre la calzada de las calles, luciendo su famoso paso de parada (el *paso del ganso*, lo llaman los franceses), y golpeando el suelo brutalmente con los tacones claveteados de sus recias botas.

Las fuerzas iban vestidas con uniforme de color ceniciento y apagado ; los puntiagudos cascos de la infantería estaban cubiertos con tela gris, como las baterías de campaña, y hasta los pontones destinados a la construcción de pasos, — que también desfilaron por las calles de Bruselas, — aparecían pintados de tal suerte que se confundiesen, a distancia, con el tono monótono y obscuro de las tierras bajas. Era como el desfile de un monstruo enorme, de músculos férreos y miembros de acero, resbalando lentamente sobre los empedrados de Bruselas, en un alarde de fuerza victoriosa e inexpugnable.

El desfile duró hasta las cinco de la tarde. Los habitantes de la población debieron contemplarlo atónitos, sin poder manifestar el inmenso rencor que llenaba sus almas. De pronto, aparecieron entre las filas dos oficiales belgas maniatados al estribo de otros tantos oficiales alemanes de caballería, y siguiendo a pie, con los ojos caídos, la marcha de sus vencedores. Un murmullo de indignación y de ira estalló

entre la multitud. Los oficiales alemanes dirigieron sus caballos sobre ella, amenazándola con los sables desnudos. Entonces, en medio del terror que reinaba en la calle, una mujer francesa gritó con toda su alma: «¡Sois unos brutos!» Y con los ojos centelleantes, el pecho trémulo de coraje y de odio inmortal, se quedó mirando fieramente a los dos oficiales, en actitud provocadora y resuelta, como de quien echa a la suerte su vida para salvar su honor. Los circunstantes permanecieron aterrados, creyendo ver estallar la cólera despiadada de los vencedores. Pero éstos no hicieron más que sonreir con expresión altanera, y volviendo a la multitud las grupas de sus caballos, se alejaron entre las filas imperiales.

Las fuerzas alemanas atravesaron toda la ciudad, desde la puerta de Lovaina hasta la de Nivelles. Al atardecer, sólo quedaron en la plaza unos 3,000 soldados. Para poder verificar el día 20 su entrada en Bruselas, las tropas del Kaiser habían andado durante toda la noche. A pesar de este esfuerzo y de los días que llevaban peleando, la mayor parte de las tropas que desfilaron en la capital de Bélgica presentaban un aspecto de fortaleza física inmejorable. Los regimientos 66, 40 y 26, causaron la admiración de los espectadores por su aire marcial, sin huella alguna de fatiga. Y aun después de una noche de insomnio y de marcha, ordenaron los jefes que la entrada en Bruselas se ejecutase con el durísimo «paso de parada», para demostrar

al pueblo vencido la resistencia formidable del ejército alemán...

A mediodía, Mlle. Hélène continúa hablando, durante la comida, de su próxima marcha. Partirá dentro de tres o cuatro días, junto con el personaje que acompaña y con M. Salem, el preceptor persa, que lleva a Inglaterra la caterva escolar que está a su cargo. Mlle. Rachel continúa en sus lamentaciones. Parece ser que su intento es de quedarse en París algunos días, dejar que sus compatriotas se marchen, y luego, a sus anchas, buscar el camino más corto para volver a Rusia, sin el temor de sufrir carga alguna que merme la repleta y escondida integridad de su bolsa.

Al atardecer, mi amigo y yo nos dirigimos a la capilla protestante de la calle de Rívoli. Viendo que está cerrada, nos encaminamos a la iglesia católica de Notre Dame-des-Victoires. Hay un gentío enorme agolpado a la puerta. A los lados, una legión de pordioseros pidiendo limosna, ofrece un espectáculo desusado en París. Las puertas se hallan abiertas de par en par, y desde la pequeña plaza que está frente a la iglesia se divisan en el interior del templo millares de puntos luminosos, brillando en la obscuridad.

Penetramos en la iglesia. Hay un silencio melancólico y profundo. Sólo se escucha el rumor sordo de los fieles que circulan por el paso central, arrastrando los pies sobre las losas. Todos los rostros están vueltos hacia la parte derecha del crucero, donde fulgura un

vasto y ardiente resplandor de cirios. Jamás había estado yo en la iglesia de Notre Dame-des-Victoires, templo favorito de los militares católicos de París El aspecto que ofrecen las paredes del templo y el interior de los arcos que separan la nave central de las laterales, es curioso y sorprendente. La piedra de los muros ha desaparecido por completo bajo un inmenso mosaico, compuesto de pequeñas lápidas o tabletas votivas de mármol blanco, como las losas de los cementerios. La inmensa mayoría de ellas recuerdan los nombres de los héroes del año 70. Las inscripciones, encabezadas por una cruz, son todas parecidas : *Pierre-Joseph-Richard Poligny des Ardelles, capitaine du 15e corps des dragons, tué sur le champ de bataille à Issy-les-Moulineaux le 14 septembre 1870.* Estas lápidas se cuentan a millares. Han invadido ya los muros de la gran nave central, y cubren en dos apretadas hileras la cornisa del templo. A causa de la guerra actual, si la piadosa tradición no se extingue, llegarán seguramente a cubrir las anchas y espaciosas bóvedas, por donde se esparce el humo perfumado del incienso.

La imagen de Notre Dame-des-Victoires es una obra moderna, de piedra, que no contará más de un siglo y medio. Desde que empezó la guerra, el número de fieles y devotos de esta imagen ha crecido considerablemente. Mme. Durieux pasa aquí casi todas sus tardes, rezando por la gloria de Francia y la salvación

de su hijo. En torno del altar de la Virgen la aglomeración es enorme. Arden millares de cirios que esparcen un vaho cálido y pegajoso. La mayor parte de los fieles son mujeres vestidas de luto, arrodilladas sobre las losas de piedra, con los rostros tapados por espesos velos o levantados en alto, en actitud extática. En medio del crucero, frente a la imagen venerada, hay un oficial de dragones, alto, rubio, esbelto, con los ojos claros, que reflejan el dorado fulgor de los cirios, puesto de pie, orando, sosteniendo en la mano su casco bruñido, cuyas crines lustrosas descienden hasta el suelo. Los viejos y mujeres que pasan por su lado le miran atónitos, en su actitud gallarda, bello y robusto como si fuera el símbolo de la gloria militar de Francia.

Volvemos a casa, atravesando la corriente límpida y sosegada del río, mientras cierra la noche con un claro fulgor de estrellas esparcido en lo alto. Todo es objeto de hastío para nuestro corazón. Las horas son tardas y lentas, interminables. ¡Esa batalla, esa batalla que se está librando con rabia y estruendo, mientras París se duerme tristemente, bajo el soberano y apacible silencio crepuscular!

Ahora comprendo el valor único de esa virtud femenina de esperar callando, en la angustia de la soledad. ¡Mil veces, si yo fuera francés, preferiría encontrarme en el fragor del combate, — olvidando el pasado y el porvenir para hundirme por completo en el instante presente, — a este interminable y doloroso

esperar en que el alma, vacía de todo contenido actual, lucha sola y perdida contra entrañables recuerdos de amor, contra obscuros temores de muerte, que la asaltan y devoran!

Después de la cena, hablando en el salón de madame Durieux, Mlle. Rabier me comunica que espera un aviso de su madre para partir a Chartres. Mme. Parthiker, las jóvenes rusas, Mlle. Rabier : todos se van. ¿Por qué no esperan el término de la batalla? Si salen triunfantes los soldados de Francia, ¿por qué marcharse de París?... Hoy he leído en un periódico que el viejo Rey de Rumania reunió en su palacio, hace ya algunos días, al Gobierno de su nación en pleno y a los jefes más significados de los partidos de oposición. Cuando estuvieron todos en presencia del Monarca, éste les preguntó su parecer acerca del magno conflicto europeo y de la conducta que, a juicio de ellos, debía adoptar la nación rumana respecto a las partes beligerantes. Uno por uno, los preguntados expresaron unánimemente su adhesión al partido de Francia. Pero cuando todos hubieron hablado, se hizo un profundo silencio y el viejo Rey de Rumania pronunció estas palabras : « Lo que acabáis de decirme es muy justo y muy noble. Pero tened en cuenta que Alemania sola, sin el auxilio de Austria-Hungría, es lo bastante poderosa para vencer a Francia y a Rusia juntamente. Y no hay que olvidar que el interés vital de Rumania está en ponerse al lado del más fuerte, que será, sin

duda, el que saldrá vencedor.» ¿Será profeta el viejo Rey de Rumania?

A las nueve de la noche todo el mundo está ya acostado en la pensión. Antes de meterme en cama paso media hora fumando, recostado en la ancha ventana de mi cuarto. La noche es hermosísima. París está envuelto en un silencio absoluto. ¿Habremos de abandonar esta amada ciudad? No hace un mes todavía, mi vida era bella y apacible, tan lisa, tan ocupada, tan intensa y sosegada a un tiempo, tan en armonía con mi sentimiento entrañable del mundo. ¿Se habrá acabado ya? ¿Por qué razón?

Y me doy cuenta de que yo soy también una víctima anónima de la guerra, perdida entre el número incalculable de sus víctimas inocentes.

Lunes, 24 de agosto

Con una claridad sin ejemplo, a pesar de la censura oficial, algunos periódicos de esta mañana dan cuenta de la causa que motivó la retirada de las tropas francesas que actuaban en Lorena. La noticia ha producido en París una sensación enorme. Parece ser que una división del 15.º cuerpo de ejército, compuesta de soldados reclutados en las regiones de Antibes, Tolón, Marsella y Aix, retrocedió cobardemente en plena lucha con el enemigo. A pesar de los grandes y heroicos esfuerzos del resto de las tropas que participaban en la operación, la huída de aquella parte del ejército arrastró consigo e hizo retroceder toda la línea de combate.

Al salir de casa esta mañana yo no sabía nada todavía. Pero he encontrado a Mme. Durieux departiendo acaloradamente con Mme. Philippot, la portera, y agitando un periódico con movimientos rápidos de indignación. Al verme aparecer, Mme. Durieux me ha dicho con voz indignada :

—¿No ha visto usted? ¡Esto es infame! El repliegue de Lorena fué debido a que algunos cobardes huyeron al ver el enemigo. ¡Esto es indigno de Francia! ¡Hay que fusilarlos a todos, inmediatamente!

Tal ha sido la opinión unánime del pueblo de París. La indignación que la noticia ha producido es extraordinaria. Yo mismo he sentido durante breves momentos, arrastrado por la corriente general e impulsado por mi amor a Francia, el deseo de un castigo inmediato, sumarísimo y ejemplar. Luego he reflexionado sobre el caso, y me ha parecido que en los momentos actuales lo mejor hubiera sido castigar callando, para no producir una excitación inútil en el sentimiento público. Está entablada en Bélgica la gran batalla. El alma del pueblo de París se halla en suspenso, angustiada, anhelante, esperando recibir noticias del desenlace de tan descomunal combate. ¿Qué se ha ganado con decir al pueblo, en estos instantes supremos, que algunos miserables huyeron el día 21 de agosto, en Lorena, ante las fuerzas enemigas?

En la Biblioteca Nacional era imposible trabajar esta mañana. Es preciso haber vivido alguna vez esas horas ardientes en que el alma de toda una raza palpita con un ritmo agitado de fiebre patriótica, para hacerse cargo del hervor angustioso que reinaba esta mañana en la Biblioteca Nacional. Durante los primeros días de la movilización, yo me quedé solo, abandonado, trabajando en el silencio de la gran nave

desierta. Luego, pasados los primeros instantes de confusión general, cuando todos los temerosos y prevenidos hubieron abandonado la ciudad, apareció en la Biblioteca una legión triste y apesadumbrada de mujeres, deseosas de distraer, leyendo, sus horas de ocio y de melancolía, que en la soledad de los hogares vacíos debían parecerles interminables. Algún viejo erudito volvió también a proseguir sus tareas, y se le veía vagar por el ámbito silencioso, con el solideo puesto sobre la calva fría, cargado de libros, encorvado, desteñido y errante como alma en pena.

Pero esta mañana las noticias del combate entablado en Bélgica, no han permitido a nadie continuar trabajando. « *La parole est au canon* », dicen los periódicos de la mañana. Y ante una afirmación semejante, los porteros, lectores, sirvientes, curiosos y bedeles de la Biblioteca Nacional, nos hemos reunido en apiñados grupos, comentando y discutiendo acaloradamente. Era un espectáculo inusitado y pintoresco.

— Para mí — decía un portero gordo y mofletudo, con su sombrero de dos picos echado sobre el cogote y ladeado, como barco en peligro, — la cuestión sería dejar que los alemanes entrasen en Francia, llegasen hasta las puertas de París, y una vez derengados por el cansancio de la marcha, salirles al encuentro y deshacerles en un abrir y cerrar de ojos.

Uno de los bibliotecarios, hombre enjuto y malhu-

morado, ha dicho quitándose los lentes y cerrando los ojos con autoridad :

— ¡Vaya una tontería! — Y al notar que los demás nos quedábamos suspensos esperando su refutación, se ha calado los lentes otra vez, muy despacio, y mirándonos a todos, uno a uno, ha repetido con voz firme y rotunda : — ¡Vaya una tontería! — Y se ha marchado sin hablar más, abandonando el grupo.

Una pobre mujer, mal vestida, de ojos miopes y expresión angustiada, ha cortado el silencio de estupefacción que el bibliotecario dejaba tras de sí, diciendo con voz débil y enfermiza :

— Yo tengo a mi marido en el ejército del Norte, creo que en Charleroi. ¿Les parece a ustedes si estarán peleando por allí a estas horas?

Un viejo pulcro, meticuloso, enclenque, ha respondido alzando al aire una mano pálida que temblaba :

— En Charleroi, señora, la Historia atestigua que ha habido, en todos tiempos, continuas batallas. Durante el reinado de nuestro gran Enrique IV...

Cuando el erudito comenzaba su disertación, la pobre mujer le ha vuelto la espalda para dirigirse ansiosa a los demás circunstantes :

— ¿Y ustedes no tienen a alguno de su familia en Charleroi? ¿Saben ustedes algo de lo que allí sucede?

El erudito proseguía recordando :

— También en tiempos de Francisco I...

— ¡Ay, por Dios! — ha exclamado la buena mujer, desasosegada por la implacable exposición del viejo. — ¿Le parece a usted que estamos ahora para repasar toda la historia de Francia?

— ¡Señora! — ha replicado el erudito. — Yo sólo hablo para los que quieran escucharme.

De esta suerte, prosiguiendo el viejo sus inagotables recuerdos y empeñada la buena mujer en enterarse de lo que nadie sabía, ha venido a resultar, inevitablemente, que nuestro grupo se ha disuelto de un modo misterioso y como por ensalmo.

Toda la mañana he estado en continuo ir y venir entre los diversos corrillos formados en la Biblioteca, escuchando las opiniones más extraordinarias, tomando parte en las disputas más inverosímiles, saliendo de todas ellas con el corazón agitado y la cabeza turbia. Es un fenómeno curiosísimo el que se produce entre los componentes de una multitud que, no teniendo nada nuevo que hablar entre sí, sienten, a pesar de todo, la necesidad imperiosa de comunicarse. Ese espectáculo de gentes que hablan por hablar, impulsadas tan sólo por el deseo de aturdirse mutuamente, — como si importara huir a todo trance de la propia soledad, — se ha dado hoy en París, no sólo en la Biblioteca Nacional, sino en las calles y plazas, y en cualquier lugar donde se hayan encontrado reunidas dos almas.

Todos hemos leído las mismas breves noticias, ser-

vidas por los mismos periódicos; ninguno de nosotros sabe nada que no sea del dominio público. A pesar de lo cual, ¡cuántos planes asombrosos, cuántos temores insensatos, cuántas ilusiones prematuras y cuántos desengaños injustificados nacen, crecen, se desarrollan, circulan e invaden la total extensión de la ciudad en este día memorable de esperanza y de delirio, en que el alma de París se halla levantada febrilmente, velando, en espera de esa noticia que nunca acaba de llegar de los campos de Bélgica!

Jamás había visto en París una tensión semejante. No digo que la ciudad haya aparecido hoy más animada que de costumbre. Se ve poquísima gente en las calles y el tránsito es en extremo reducido. Pero en vez de permanecer mudos y aislados, como durante todos los días que han pasado desde los primeros de agosto, hoy los que estamos en París nos asaltamos unos a otros en las calles y plazas, en las peluquerías, cafés y restauranes.

Además de la explicación extemporánea del repliegue de Lorena y de los escasísimos datos relacionados con la gran batalla, ha llegado hoy a París una tercera noticia que ha producido una impresión indescriptible. Ayer por la tarde se susurraba ya que los ejércitos rusos habían alcanzado una victoria importante en Prusia oriental. Y aunque el anhelo de victoria es tan grande en París, no obstante se notó en el espíritu general un prudente esfuerzo encaminado a reprimir el entusias-

mo, para no tener luego que desandar lo andado si resultaba, a la postre, que el victorioso anuncio era tan sólo una invención periodística. No es que se reputara falsa la noticia, sino que se aplazaba la manifestación del entusiasmo que despertaba en las almas. Imagínese, pues, la explosión de alegría popular cuando los periódicos de hoy han aparecido publicando, con caracteres de tamaño solemne, la siguiente leyenda : LA VICTORIA DE LOS RUSOS SOBRE LOS ALEMANES HA SIDO DECISIVA. Y este subtítulo, en letras un poco menores : *El ejército aliado camino de Berlín.*

Es necesario leer el telegrama entero para formarse dea de la emoción que ha producido en París. Dice así : « Roma, 23 de agosto. — La Embajada de Rusia, » en Roma, ha confirmado que la victoria alcanzada » por las tropas rusas en Gumbinnen ha sido decisiva. » Su importancia es mucho mayor de lo que han pu» blicado los boletines oficiales. Tres cuerpos de ejér» cito alemanes se han dado a la fuga ante la enérgica » ofensiva rusa. *Después de esta victoria, es imposible » todo acto de resistencia por parte del ejército alemán.* » Efectivamente, las fuerzas rusas están penetrando en » Alemania en número siete veces superior a los ejér» citos del Kaiser. *El plan del Estado Mayor ruso es de » marchar inmediatamente sobre Berlín.* »

Esta confirmación espléndida, ha desatado la simpatía que el pueblo de París siente por su aliado. Desde que empezó la guerra, el avance del ejército

ruso ha sido la obsesión constante del patriotismo francés. El ejército del Zar, se decía, es invencible y sobre todo inagotable. Pero pasaban los días y ninguna noticia capital nos llegaba de los campos del Este. La confianza popular iba retrayéndose. Lieja cayó en poder de los alemanes; luego Bruselas, después Gante y la invasión teutónica avanzaba arrolladora e imponente. A cada noticia de los campos de Bélgica, el pueblo de París se demandaba angustiado : « Y esos rusos ¿qué hacen? ¿Por qué no invaden las tierras alemanas con su empuje avasallador? » En la pensión, Mme. Durieux y sus hijas preguntaban a cada paso a las dos jóvenes rusas, con cierta aspereza rencorosa y desconfiada : « Pero ¿qué hacen *ustedes?* ¿Por qué no entran a saco en Berlín? » Las dos aludidas se miraban contritas, en silencio, como si callaran un grave secreto, y contestaban con timidez, casi corridas y avergonza das : « En nuestro país todo es muy complicado. ¿Qué le va usted a hacer? » Y bajaban los ojos.

Pero la noticia de hoy nos ha devuelto la esperanza. En la Plaza de la Bolsa, saliendo de la Biblioteca Nacional, iba yo esta mañana leyendo el telegrama referente a la victoria rusa. De pronto se me ha acercado un señor desconocido, y me ha pedido que le permitiera leer en mi periódico. A medida que sus ojos reseguían las líneas impresas, su rostro tomaba una expresión de contentamiento inusitado. Al terminar y al tiempo de darme las gracias, me ha dicho con entusiasmo :

— ¡Ya ve usted esos rusos! Han tardado un poco, pero han comenzado brillantísimamente. Verá usted como antes de que los alemanes pongan el pie en territorio de Francia, los rusos estarán en Berlín. Son tremendos, créame usted, y además — ha añadido el buen señor cerrando un ojo, con expresión maliciosa, y bajando la voz — ¡aprietan de firme!

Pero el entusiasmo ha subido de punto cuando, a anochecer, aparece uno de los más grandes rotativos de Francia con el siguiente anuncio en letras descomunales: LOS COSACOS SE ENCUENTRAN A CINCO ETAPAS DE BERLÍN. Hemos olvidado todo, incluso la batalla de Bélgica. La noticia venía acompañada de un gráfico en el cual se veía la Prusia oriental invadida por innumerables saetas, que partiendo de la frontera rusa, llegaban a tocar con su acerada punta Danzig, Kœnisberg y Posen. Una de ellas, rauda y atrevida, llegaba hasta las puertas de Berlín. Era la saeta indicadora de la marcha arrolladora de los cosacos.

En la pensión la alegría ha sido imponderable. Cuando yo he llegado al anochecer, Mme. Durieux y sus hijas, Mlle. Rabier y Mme. Parthiker, han salido a mi encuentro para darme la noticia que yo también anhelaba comunicarles.

Por fin, han venido las dos jóvenes rusas. Cuando les hemos enterado de lo que ocurría, se han mirado las dos como siempre, atónitas y confusas, y luego han murmurado con voz débil :

— ¡Es imposible! ¡Es imposible!

Pero el entusiasmo era tal que nadie les ha hecho caso. Y Mme. Durieux, levantándose en un impulso de agradecimiento y de alegría, ha besado a las dos rusas con besos claros, sonoros, de alianza y de amistad.

Martes, 25 de agosto

¡Ha terminado ya la gran batalla! Ha sido imposible contener la avalancha gigantesca, formidable, ceñida de hierro, aureolada de fuego, del ejército alemán. Nos estaba reservada para hoy, cuando menos la esperábamos, esta noticia que ha llenado de tristeza y de amargura nuestro corazón. ¡Francia, la dulce Francia, va a ser invadida de nuevo por los cascos prusianos!

Habiéndose adormecido ayer con la visión gloriosa y confortadora de los cosacos galopando hacia Berlín, París ha despertado hoy con la noticia glacial de que las tropas aliadas se retiran a toda prisa de Bélgica. Al mismo tiempo una comunicación berlinesa, lacónica, nos anuncia que fuertes contingentes de caballería enemiga han invadido el territorio francés cerca de Lille, entre Roubaix y Turcoing. El plan ofensivo, mejor dicho, contensivo, de los ejércitos aliados, ha fracasado. Y a una orden de Joffre, los soldados de Inglaterra y de Francia abandonan el territorio belga

y se repliegan hacia las líneas de defensa cuya situación permanece en el más impenetrable secreto.

Muy de mañana, los habitantes de la pensión nos hemos reunido para hablar de este magno e importante suceso. Todos permanecíamos mudos, tristes, atónitos, recorriendo las líneas escuetas y breves del comunicado oficial. Y en el silencio angustioso que reinaba en el cuarto, lleno de la claridad dulce y tibia del sol, parecía que estábamos escuchando resonar a lo lejos el galopar de la caballería enemiga, camino de París.

Ha circulado después, durante el dia, una versión popular de este grave suceso de Bélgica. *Se dice* que el generalísimo Joffre era contrario al proyecto de cerrar el paso al ejército alemán en territorio belga. Pero M. Messimy, Ministro de la Guerra, le ordenó que avanzara para contener más allá de la frontera de Francia las fuerzas imperiales. El plan del Ministro, según el rumor que ha circulado en París, se dirigía a evitar por una parte la más mínima violación del territoiio de Francia y a acudir, al mismo tiempo, en auxilio de la infortunada nación belga, expuesta a perecer del todo si se ve abandonada a sus propias y reducidísimas fuerzas. Se dice también (y esto parece ser cierto), que Joffre estuvo en París, por espacio de breves horas, durante uno de los últimos días. Llegó del Cuartel general en un automóvil que llevaba las cortinillas caídas, y entró en el Ministerio de la Guerra por la calle de Saint-Dominique. La fantasía del pueblo, que

siente una confianza absoluta y sincera por el gran general, ha bordado una leyenda de energía y de orgullo alrededor de esta misteriosa entrevista de Joffre con Messimy. *Se dice*, pues, que el generalísimo estuvo exponiendo al Ministro o Ministros reunidos, la imposibilidad práctica de llevar a buen término el plan consistente en contener dentro de Bélgica al ejército alemán. Pero M. Messimy, escudado en su superioridad jerárquica, se mantenía firme, ordenando al General que realizara lo que se le había mandado. Entonces el bravo General, arrancando su espada del cinto y deponiéndola sobre la mesa del Ministro, dicen que dijo con voz entera y enérgica : « ¡Si vos queréis demostrar la bondad de vuestro plan, señor Ministro, tomad esta espada mía e id vos mismo a poneros al frente del ejército ; que o yo me volveré a mi casa, de donde el Gobierno me sacó para que defendiera la patria, o seré yo, y nadie más que yo, quien mande y dirija a los hijos de Francia! » El epílogo de la leyenda cuenta que el Ministro se declaró vencido ante la grandeza de carácter del generalísimo, que Joffre ciñó otra vez su espada y que, al volver al Cuartel general con amplios y omnímodos poderes, ordenó inmediatamente la retirada en toda la línea, diezmada y comprometida por el enorme empuje formidable del enemigo.

Dos rasgos aparecen en el memorable comunicado oficial del día de hoy, que podrían tomarse como coyunturas para expresar veladamente lo que de modo

simple y heroico refiere la leyenda popular. Dice el despacho, que el repliegue se ha llevado a cabo *por orden del General Joffre*, y que el ejército aliado permanecerá en la defensiva hasta el momento en que, *a juicio del general en jefe*, sea oportuno reemprender la ofensiva.

Otras cosas añade el comunicado, entre ellas el aban. dono provisional, pero absoluto, de todas las posiciones ocupadas por los franceses en Alsacia y Lorena- Parece que en la batalla de Mons-Charleroi, las pérdidas, por ambas partes, han sido importantes. El ejército inglés ha sufrido de una manera particular las consecuencias de la lucha. Las tropas senegalesas, los « turcos » como los llaman en Francia, fueron lanzados contra la guardia prusiana... A última hora, un despacho llegado de Londres comunica esta breves pero terribles palabras : « Namur ha caído en poder de los alemanes ». Se había dicho que Namur se defendería aún mucho más que Lieja. Se hablaba de cinco o seis meses de resistencia. Pero tres días han bastado para rendir la plaza. ¡Cuánta amargura, Señor, en el día de hoy!

En la mesa de la pensión Durieux nadie habla, nadie levanta los ojos, como si todos temieran ver la expresión acongojada de los circunstantes. Hay un silencio angustioso. Era ayer cuando todavía leíamos con orgullo y esperanza en el comunicado oficial : « No hay ni un solo enemigo en tierra francesa ». Mas

a estas horas en que París se estremece ante la negra noticia llegada de Bélgica, ¿cuántos alemanes deben estar ya pisando las verdes y dulces llanuras de Normandía? Nos hemos olvidado por completo de los triunfos rusos, que ayer fueron nuestro hondo y entusiasta contentamiento. Mme. Durieux está a la mesa con los brazos cruzados, pálida, los párpados caídos y ensombrecidos, sin probar alimento. Yo adivino sus pesares detrás de su frente rugosa y marchita. « ¡Namur ha caído. Ahora le tocará el turno a Maubeuge! » Y un estremecimiento glacial, de temor y de angustia, sacude el cuerpecito de la pobre señora, que está pensando en su hijo encerrado en un fuerte de la plaza que quizá a estas horas ya esté sitiada.

En mitad de la comida, llaman nerviosamente a la puerta de la pensión. Se oye un rumor de andar femenino ; entreábrese la mampara de cristales que da entrada al comedor y aparece, como llovida del cielo, Mlle. Henriette, la ex pensionista que se marchó a Soissons. En su rostro vivaracho se refleja el estado descompuesto de su alma.

Todos nos levantamos. Mme. Durieux sale al encuentro de Mlle. Henriette con un impulso febril. Mademoiselle Mireille y su hermana Geneviève se acercan a ella para besarla cordialmente. ¿Qué ocurre en Soissons? Un presentimiento trágico nos sacude. Mlle. Henriette se deja caer sobre una silla y nos dice con voz entrecortada y temblorosa :

— ¡Están llegando los prusianos! Ya he visto que en París no se sospecha nada. Pero el Norte de Francia está invadido. Yo he salido de Soissons con mis abuelos y mi hermana, al amanecer de hoy, abandonándolo todo. Acabamos de llegar ahora mismo, muertos de fatiga y de sueño. Mientras mi familia se ha quedado en un hotel cercano a la estación, yo he venido para verles a ustedes.

Las palabras de Mlle. Henriette nos han producido una impresión inolvidable. Nos mirábamos todos como si saliéramos de un sueño profundo. Mlle. Henriette, algo repuesta del primer momento, ha proseguido su relato emocionante. Ha dicho que las tropas alemanas se hallaban ayer tarde en las cercanías de Vervins. Una vez terminada la batalla de Charleroi y comenzado el repliegue de los aliados, las fuerzas imperiales invadieron a marchas forzadas el suelo de Francia. Los caminos que llegan a París desde la frontera del Norte están intransitables. Una masa enorme compuesta de los habitantes del Sur de Bélgica, ocupa las carreteras y caminos vecinales. Andan despavoridos, en pequeños carritos destrozados o a pie, llevando los padres sus pequeñuelos en brazos, cargados con el escaso equipaje que pudieron salvar a última hora, muertos de fatiga, aterrados, huyendo de las fuerzas prusianas que les van alcanzando.

Este éxodo trágico de la población belga que ha podido abandonar su patria, ha sembrado el espanto

y la confusión por el Norte de Francia. Los horrores relatados por los fugitivos y los hechos brutales de los alemanes, referidos por los periódicos desde el principio de la guerra, no dejan lugar a duda. Nadie quiere experimentar por sí mismo las crueldades horribles que se han atribuído al ejército alemán. De suerte que, al solo anuncio de la presencia de un pelotón de hulanos en sus cercanías, las poblaciones del Norte se levantan en masa, para ir a refugiarse en las regiones donde el peligro es menos cercano e inminente.

Mlle. Henriette ha referido que el tren en que acababa de llegar de Soissons, venía atestado de fugitivos. Por el camino el convoy ha sufrido grandes retrasos y paradas sin cuento, con objeto de dar paso a los trenes militares que conducen las tropas retiradas del Norte y del Este a sus nuevas líneas de concentración. En las estaciones del tránsito hay un revuelo enorme. Se ven vagones llenos de tropas inglesas y convoyes cargados de material de guerra. Los soldados senegaleses pasan dando aullidos feroces, asomando a las ventanillas sus rostros negros, donde brillan los ojos ardientes, inyectados de sangre.

— Esos « turcos » — decía Mlle. Henriette — se han batido como fieras en la batalla de Charleroi. Las ametralladoras alemanas segaban sus filas con una mortandad espantosa. Pero los negros seguían adelante aullando, locos de furor, y entraban en los haces de la

guardia prusiana, hiriendo y matando, hasta caer destrozados, echando sangre por todo el cuerpo.

Luego, como señalando un detalle curioso, mademoiselle Henriette ha proseguido diciendo :

— En Soissons hemos tenido muchos de esos negros senegaleses, heridos en Bélgica. Como enfermera de la Cruz Roja, estaba yo hace algunos días en el hospital de sangre de Soissons, cuidando de algunos heridos. Había entre ellos un senegalés, alto, robusto, duro como una piedra, que llevaba consigo una especie de saco o alforja que no quería abandonar en ninguna ocasión. Todos habíamos notado que, al pasar junto a él, se percibía siempre un hedor fétido, corrompido. Uno de los enfermeros, no pudiendo soportarlo por más tiempo, preguntó al herido estando yo presente, qué era lo que llevaba guardado tan cuidadosamente en el fondo del saco. Entonces — ¡pásmense ustedes! — el senegalés, sin contestar palabra, nos miró sonriendo y después de meter el brazo derecho en la alforja, sacó de ella, entera y verdadera, una cabeza de soldado alemán, — carcomida, pútrida, con los ojos hundidos y una mueca espantosa en la boca entreabierta, — cercenada de un tajo y arrancada del tronco.

Al recordar aquella visión macabra Mlle. Henriette se tapaba los ojos con horror y se estremecía. Los demás nos quedamos atónitos y sobrecogidos. Mlle. Henriette terminó diciendo :

— ¡Yo no sé que haya ocurrido otro caso semejante! ¡Pero si vieran ustedes las docenas de orejas cortadas que llevan esos bárbaros en sus bolsillos!

Mlle. Rachel, la rusa judía, ha exclamado con un rencor feroz e implacable :

— ¡Eso es poco todavía para esos malditos prusianos!

Pero Mme. Durieux ha replicado con energía :

— ¡Cállese usted, por Dios! ¡Esos sentimientos son indignos de una persona que ha vivido largo tiempo en Francia! Yo estoy segura de que nuestros oficiales castigarán debidamente esos actos innobles. Y les pido a ustedes que no hablen más de este asunto brutal.

Se ha levantado la mesa y todos hemos salido del comedor en silencio, preocupados por la extraordinaria gravedad del momento presente. Hemos pasado la tarde con mi amigo Trabal dialogando en mi cuarto, sin acertar a definir nuestra conducta. ¿Estamos seguros en París?

En estos instantes, la vida toma un interés dramático extraordinario, por la sucesión inesperada de los acontecimientos y la constante inseguridad del porvenir. En sólo un día ha cambiado por completo nuestra situación.

¿Qué sucederá mañana?

Miércoles, 26 de agosto

París se ha entristecido en veinticuatro horas. Las calles están más desiertas todavía. Ha amanecido lloviendo. El aire es frío, desapacible; el cielo liso, húmedo, opaco, cubierto de nieblas cenicientas que se desgajan para volver a agolparse después, en raudos vuelos que llenan el alma de melancolía.

Tomo los periódicos con temor. Nada, absolutamente nada. ¡El reposo completo que sigue siempre a los grandes sucesos! Se desmiente la toma de Namur, que ayer nos anunciaba un despacho llegado de Inglaterra. Se dice que la plaza de Namur, defendida por una cintura de fuertes más modernos que los de Lieja, contando con provisiones abundantes, llena de defensores heroicos, sabrá resistir largo tiempo el empuje de los ejércitos alemanes. Otro despacho anuncia que Amberes, en caso de ser sitiada, resistirá más de un año. La cantidad de provisiones que posee la nueva capital de Bélgica parece ser enorme. Se dice, además,

que aun en caso de sitio. Amberes puede ser socorrida por Inglaterra, a través del río Escalda. Se asegura, por tanto, que Amberes es inexpugnable.

Han sido llamadas hacia el Norte, con toda urgencia, las tropas francesas que estaban de guarnición en el Mediodía de Francia. La mayor parte de las fuerzas de infantería de marina que cuidaban de la vigilancia en París, durante estos últimos días, han sido también incorporadas al grueso del ejército. Se presume que el generalísimo Joffre quiere oponer un dique formidable al desbordamiento del ejército alemán. Francia se apresta con todas sus fuerzas a una guerra de independencia. Mientras tanto lord Kitchener, el Ministro de la Guerra inglés, ha declarado en la Cámara de los Lores que Inglaterra preparará un ejército numeroso, para lanzarlo contra las tropas alemanas el día en que éstas se hallen quebrantadas por la lucha gigantesca que va a desarrollarse en Francia. Estas revelaciones del Ministro inglés demuestran toda la frialdad imponderable y astuta del pueblo británico. Su espíritu interesado, siempre al acecho de los negocios sin pérdidas ni riesgo, aparece reflejado con toda fidelidad en las siguientes palabras, pronunciadas no sé si por el propio Ministro de la Guerra o por otro personaje del Reino Unido : « Inglaterra, — » ha dicho el personaje en cuestión, — necesita hacer » un esfuerzo máximo, no sólo con el fin de aplastar » a Alemania, sino también para que sus derechos sean

» reconocidos como los primeros, el día en que se haga » el reparto de las ganancias obtenidas en la guerra».

Por el momento, Inglaterra no parece tener mucho empeño en librar grandes batallas con los alemanes. Bélgica y Francia se encargarán de hacerlo. Mientras tanto, con toda holgura y en completo sosiego, Inglaterra, — ceñida con la muralla infranqueable de su escuadra, — se dedicará a la práctica tarea de reclutar un ejército de más de un millón de hombres. Durante este tiempo, Bélgica quedará aniquilada, Francia cubierta de ruinas y anegada en sangre, Alemania debilitada y enflaquecida por su lucha titánica. Cuando llegue el momento oportuno, Inglaterra mandará un millón de hombres a luchar con los restos del ejército alemán. La victoria será fácil y pronta. Entonces se hará la paz e Inglaterra dirá a Francia y a Bélgica : « Amigas mías, yo he sido vuestra salvación. Cuando yo llegué al campo de batalla, vosotras estabais sumamente afligidas. Yo os he librado de un desastre seguro. Venga, pues, la mejor parte del botín ».

Ayer nos parecía llegado ya el momento de tomar una resolución definitiva. Sin embargo, hemos pasado todo el día de hoy perdidos en el sopor profundo de este compás de espera abierto entre las noticias que ayer llegaron a París, y las que vendrán seguramente dentro de breves días. Mi amigo Trabal recibe continuas amonestaciones de los suyos, para que regrese a España cuanto antes. Pero todavía queda en el fondo

de nuestras almas un destello de esperanza. Cada día decimos: « Esperaremos las noticias de mañana para resolver nuestra situación ». Y es que, aunque las noticias llegan cada día más amenazadoras, a fuerza de interpretaciones optimistas y llevados por nuestro más íntimo deseo, logramos aplazar el instante angustioso de abandonar París.

En la pensión corren rumores alarmantes. Madame Parthiker, Mlle. Rabier y las dos jóvenes rusas, es decir, todos los pensionistas menos mi amigo y yo, hablan de su próxima deserción. Esta mañana he conferenciado largo rato con Mlle. Mireille, la hija mayor de la dueña. Y ella también me ha dicho que la familia Durieux abandonará probablemente París, dentro de breve plazo, para ir a refugiarse en casa de sus parientes que viven en las cercanías de Toulouse. Si se cierra la pensión, no habrá más remedio que marcharse.

En medio de la monotonía y de la indecisión características del día de hoy, Mlle. Henriette me ha contado, con su ingenuidad característica, una historia ejemplar. Es un caso rigurosamente exacto, digno de figurar en los anales de guerra actual. Al escucharlo de labios de Mlle. Henriette, la misma protagonista de la singular historia, yo he sentido una emoción inolvidable. Se trata de una página bellísima de la lucha europea, que yo quiero conservar en mi DIARIO.

Regresaba esta mañana a la pensión, mucho antes del mediodía, cuando al llegar ante la puerta de mi

casa, he visto a Mlle. Henriette asomada a la ventana de su cuarto, alegre, vivaracha, como en aquella tarde ya lejana en que me anunció que las turbas del barrio estaban saqueando un establecimiento alemán. Aprovechando su estancia accidental en París, huyendo de Soissons, Mlle. Henriette había venido esta mañana a la pensión para recoger algunas cosas que dejó guardadas. Yo no tenía nada que hacer, y Mlle. Henriette me ha invitado a subir a su cuarto para charlar un rato.

La habitación de Mlle. Henriette, un poco desmantelada desde que ella y su hermana se fueron a Soissons, conserva todavía su aire característico e inimitable. Es grande y espaciosa, con dos ventanas de cristales menudos sumamente claros, cubierto con visillos blanquísimos, bordados y transparentes. Hay encima de la chimenea y sobre la consola ancha y lustrosa, mil chucherías diminutas e inverosímiles que Mlle. Henriette trajo de las colonias del Tonkín. Zapatitos chinescos de seda bordada; insectos raros, disecados, con un fulgor metálico en las alas tersas; casitas minúsculas, con puertas y ventanas, labradas en el hueso de un fruto tropical; muñecos pálidos y sonrosados, de ojos oblicuos, que sonríen mostrando unos dientes de marfil amarillo; agujas de peinados exóticos, colmillos de fieras, piedrecitas brillantes, cajitas de laca, conchas, peinetas, y un sin fin de otros diversos e innu merables objetos raros o extraordinarios.

Todo en esta habitación es limpio y bien ordenado. En las paredes hay grandes abanicos abiertos y fotografías de valles exuberantes y selvas frondosas, donde se divisan algunas casas de campo, anchas y de escasa altura, con los tejados de paja entretejida. Aunque lleva luto por la muerte reciente de sus padres, cuando Mlle. Henriette estaba en la pensión se ponía, para trabajar en su cuarto, claros y holgados vestidos coloniales. Con este exterior atractivo y limpísimo, y aun sin él, Mlle. Henriette es la criatura más delicadamente bella que puede imaginarse. Tiene los ojos claros, azules, nítidos, y su rostro es de una blancura finísima y sonrosada, que no alteraron en lo más mínimo los ardientes soles asiáticos. Sus manos son pequeñas y ágiles, casi infantiles, con hoyuelos. Y toda su figura es sobremanera graciosa y esbelta.

Sentados ella y yo en sendos sillones de mimbre, Mlle. Henriette ha comenzado a hablarme de su vida en Soissons, durante su última estancia en la casa de sus abuelos. Ella y su hermana estuvieron prestando servicio como enfermeras en la Cruz Roja de la población. Mlle. Henriette iba explicándome mil detalles triviales y pintorescos. De pronto, dando una gran palmada con sus manos inquietas, Mlle. Henriette me ha dicho :

— Se me olvidaba lo mejor. ¿A qué no sabe usted lo que me ha sucedido en Soissons estos días? Es un caso verdaderamente serio. Se lo diré a usted porque

sé que es discreto. ¡Horrorícese usted! Uno de los heridos senegaleses que están en el hospital de Soissons, se enamoró de mí!

Y con grandes muestras de contentamiento, al terminar de anunciarme con expresión irónica el extraño suceso, Mlle. Henriette daba sonoras carcajadas, con una alegría bulliciosa e infantil. Al pedirle yo que me relatara el caso, mi amiga ha proseguido diciendo :

— Verá usted. En el Hospital de Soissons hay algunos senegaleses que fueron heridos en el Norte. No hay que decir que todos ellos son feos y sucios como el propio diablo. Yo estaba encargada de cuidar enfermos y, por tanto, varias veces me tocaba asistir a esos pobres salvajes. Había uno entre ellos, el más horrible de todos, grande, robusto, negro como la noche, con unos labios ásperos y prominentes, la frente aplastada y corta, los pómulos abultados y los ojos tan vivos y feroces que daba horror mirarle. Sus compañeros le llamaban Assar. Tenía en el muslo derecho un tremendo boquete, abierto en carne viva por el casco de una granada alemana.

Cuando le curaban la herida, el pobre salvaje daba unos aullidos terribles que atronaban el vasto y silencioso recinto del hospital. La primera vez que yo le vi, fué precisamente en el instante en que el médico le estaba curando. Al acercarme a su cama, Assar me miró y sus gritos cesaron como por ensalmo. El propio médico se quedó parado y le dijo : « ¿Por qué no gritas

ya?» Assar, sin responder palabra, continuó mirándome, absorto, como embobado. Terminó el médico el reconocimiento y dejamos al enfermo solo en su cama.

Al día siguiente, al curarle de nuevo, Assar se quejaba a gritos, como de costumbre. Yo acerté a pasar junto al lecho y, al verme, el herido apagó al instante sus voces, como si se avergonzara de demostrar su dolor en mi presencia. Desde aquel día ya se supo qué hacer en el hospital, cuando Assar atronaba la sala con sus horribles aullidos. El médico decía : «¡Que vayan a buscar a Mlle. Henriette!» Y el pobre negro se mordía los labios y callaba en seguida.

Algunos días, al atardecer, cuando los enfermos se rendían bajo el peso creciente de la fiebre, yo acostumbraba sentarme a la cabecera de una de las camas, para bordar en silencio mientras el enfermo dormía su sueño agitado. Una de las tardes, por casualidad, fuí a sentarme a la cabecera de Assar. El senegalés estaba dormido. Yo le miré un instante para observarle. Era horrible, con el rostro entumecido y sudoroso, y el vasto respirar de su cuerpo gigante. Al ponerle la mano en la frente que ardía, Assar despertó.

Sin decirle palabra yo me senté junto a la cama y comencé a bordar. Al cabo de un rato, levanté los ojos y vi que Assar me miraba embobado, sin parpadear, con una expresión melancólica y muda. Yo le dije : «¿Qué miras? ¿No sabes que es hora de dormir?» Assar se quedó inmóvil, como si no hubiera oído. Yo

continué trabajando. Pero pasado un buen rato, volví a mirarle y lo hallé en la misma posición, vuelto hacia mí, extático, contemplándome. Entonces le dije : « ¿De dónde eres, Assar? » El pobre negro levantó la cabeza y se quedó pensando, sin responder palabra, como si no pudiera recordar el nombre obscuro de su patria. « Eres de África, ¿ no es verdad ? », le dije yo para sacarle de su estupor. Entonces Assar movió la cabeza con un signo afirmativo, y se quedó mirándome como avergonzado. « Bueno, repliqué yo ; no temas, Assar. El médico ha dicho que curarías pronto. Pero no quiero que me mires así. En Europa no es costumbre mirar a las muchachas de ese modo. Ahora mismo vas a volverte del otro lado y a dormir. Anda, yo lo quiero. »

Siempre mudo y sumiso, Assar me volvió la espalda suspirando. Yo le puse la ropa de la cama muy prieta, tapándole hasta los ojos. Assar me dejaba hacer, dócil como un niño. Yo continué trabajando. Pero a poco rato me pareció oir como un rumor de sollozos oprimidos que salía del lecho. « ¿Qué tienes, Assar?, le pregunté. ¿Por qué lloras? El médico ha dicho que tu herida no ofrece cuidado. Y ¿no sabes que los hombres no deben llorar nunca? » Oí un rumor sordo que se escapaba del pecho del herido y, como por ensalmo, dejó de llorar. Luego, me alejé cuando me pareció que Assar se había dormido.

Anteayer, estuve por última vez en el Hospital de Soissons. Al llegar junto a la cama del senegalés, le

dije: «Adiós, Assar. Yo me voy a Paris esta noche. Ya no te veré más. Sé que eres un valiente. Cuando estés curado, espero que irás otra vez a batirte. ¡A ver si ganas una cruz para enseñarla a tus amigos al volver a la patria!»

Y le tendí la mano. Entonces el herido se levantó con un impulso feroz que daba miedo. Y cogiéndome el brazo con una fuerza brutal, me atraía hacia él como si quisiera derribarme contra su pecho. Yo le dije asustada. «¿Qué es esto, Assar? ¿Qué quieres?» Pero Assar se incorporó más todavía, temblando, y, agarrándome por el cuerpo con sus dos brazos, acercó a mí su faz horrible, como si intentara besarme en el rostro con sus labios ardientes, en una ansia salvaje. Yo me resistí, forcejando por desasirme. En esto llegó el médico de servicio con sus acompañantes. Al verlos, Assar me soltó en seguida y se acurrucó atemorizado bajo las ropas del lecho. Jamás había yo sentido una emoción semejante. Le juro a usted que el pobre Assar me dió una lástima infinita, una sensación de piedad completamente nueva para mí, tal que no creo volver a experimentarla otra vez en mi vida. ¡Cuando yo me alejé de la cama, a la llegada del médico, el cuerpo de Assar se agitaba entre terribles y espantosos sollozos, mucho más hondos y penetrantes que los gritos de dolor animal que daba al curarle la herida abierta en su carne!...»

Al terminar Mlle. Henriette su relato, yo he sentido ese estupor especial que nos cautiva el alma cuando,

de pronto, un hecho concreto y particular se levanta ante nosotros con la fuerza poderosa de un símbolo· La historia de Mlle. Henriette y del pobre Assar, es la historia trágica, invariable, de Europa con África. Este Continente rudo y salvaje, tierra de bárbaros, patria de sclavos, sólo existe para prestar una servidumbre eterna de dolor y de angustia, a Europa, su dueña, sin que le llegue nunca la hora de sentarse en la mesa opulenta de su señor. ¡Y ese pobre Assar que ha dado con tanta ingenuidad su sangre por la causa de Francia, jamás podrá rozar con sus labios ardientes, la fragancia ideal y la frescura sedante del rostro finisimo, sonrosado, de Mlle. Henriette!

Jueves, 27 de agosto

Continúa el tiempo frío, desapacible, lluvioso. Al comenzar el día de hoy era tan densa la niebla que empañaba el aire, que he debido encender la lámpara de mi cuarto para afeitarme junto a la ventana, en el silencio triste del amanecer. Costaba gran esfuerzo abandonar las tibias coberturas del lecho. Un tedio infinito se apoderaba del alma al despertar con el temor de que vendrían a asaltarla nuevas e irremediables amarguras, y una pereza traidora y suavísima embotaba los miembros del cuerpo, sobrecogidos en pleno mes de agosto por los escalofríos de una temperatura otoñal.

Mientras tomaba el desayuno en mi cuarto, han llegado a mis oídos, a través de la ventana cerrada, mansos y sosegados acordes de una guitarra pulsada despacio en algún recóndito lugar de la casa. ¿Qué podía ser? Una sola vez, desde que vivo en París, he oído tocar la guitarra. Fué en la pensión Durieux. El

que la tocaba no era andaluz, ni siquiera español, ni había nacido tan sólo en tierras del Mediodía. Era Mlle. Lagny, una solterona parisiense algo vieja, fea, pero simpatiquísima, que había vivido largo tiempo en España, hablaba el castellano muy cumplidamente y estuvo algunos días en la pensión, descansando de sus continuos viajes por toda Europa, durante los cuales no abandona jamás su vieja guitarra de Andalucía. Pero Mlle. Lagny se fué a Bélgica, al comenzar el verano, para pasar una temporada en el *château* de unos amigos suyos. Y, hasta ahora, no había vuelto a aparecer en París.

Al bajar de mi cuarto he encontrado en la portería a Mlle. Lagny, alta, delgada, con ademán resuelto, siempre alegre y cordial, el rostro feo pero sobremanera expresivo y los ojos llenos de inteligencia y de ironía.

— ¡Santo Dios! — he exclamado con sorpresa, al verla. — Ya creía que no volveríamos a encontrarnos jamás. Para que usted haya decidido volver a París, es preciso que anden muy mal los negocios en Bélgica.

Mlle. Lagny ha respondido en castellano, al tiempo de estrecharme la diestra :

— La verdad es que no pueden ir peor. *Aquello* está perdido. Los belgas han resistido heroicamente, porque creyeron al principio que nosotros y los ingleses iríamos a ayudarles. Pero ya ve usted que, por ahora, nos es del todo imposible. Y reducidos a sus propias fuerzas, los belgas van a ser aniquilados. ¡Si viera

usted cómo andan huyendo los pobres paisanos! Es un espectáculo espantoso. La población de Bélgica era, en densidad, la primera del mundo. El territorio belga está materialmente cuajado de pueblos y ciudades. Los alemanes encuentran a su paso dificultades enormes. Pero avanzan sin parar, destruyendo todo cuanto se opone a su marcha invasora. Yo he llegado esta mañana. Si quiere usted ir a ver lo que sucede por allí, véngase conmigo. Esta tarde me marcho otra vez a reunirme con mis amigos que viven *todavía* en los alrededores de Brujas.

Casi me he asustado al oir las últimas palabras de mi buena amiga. ¡Volverse a Bélgica era una temeridad imperdonable! Al observar mi asombro, mademoiselle Lagny me ha dicho con viveza :

— He visto ya dos revoluciones : la de Rusia y la de Portugal. Durante la que ustedes llaman *semana trágica*, me encontraba también en Barcelona. He venido a París con el único objeto de ver a mi familia. Una vez hecho esto, me volveré a Brujas a vivir con mis amigos. Si allí estorbamos, los alemanes se encargarán de avisarnos. Yo no tengo miedo de que maten a mis hijos ni a mi marido, porque no los tengo, ni a mis padres y hermanos porque están en salvo. En cuanto a mí, ¿qué quiere usted que me hagan los prusianos? Ya no sirvo más que para vivir en paz conmigo misma, y para divertir a mis amigos tocando de vez en cuando mi vieja guitarra de España. ¿No es verdad?

Y Mlle. Lagny se reía alegremente, dilatando sus labios marchitos, casi varoniles, con una plena confianza en sí misma y en su buen humor inagotable, que le ha permitido soportar, sin rencor ni amargura, la renuncia forzosa a todos los locos devaneos de la juventud.

Al despedirme de mi amiga y al comprar los periódicos del día, no he podido menos que notar la profunda e irreductible contradicción que existe entre las noticias que nos llegan por conducto de las personas conocidas—de Mlle. Henriette y de Mlle. Lagny—y las publicadas por la prensa de la capital. Si hay que atender a lo que dicen los periódicos, el ejército aliado que tomó parte en la batalla de Charleroi más bien parece hallarse resistiendo todavía, que estar efectuando un repliegue completo : «Continúa la resistencia en el norte». Pero si damos crédito a las versiones de los fugitivos, esta llamada resistencia no debe ser propiamente tal, desde el momento en que los alemanes avanzan con gran rapidez por las tierras de Francia.

Para nosotros, los que vivimos en París, es muy difícil hacernos cargo del verdadero aspecto de la situación, porque es de presumir que los periódicos dicen menos de lo que saben, y que los fugitivos cuentan más de lo que han visto. Si la resistencia es cierta, la vida en Paris no ofrece aún peligro alguno, puesto que el ejército aliado no es una cosa baladí que pueda quebrarse como un muro viejo. Pero si, como dicen

ciertos rumores, el plan de Joffre consiste en atraer al enemigo muy hacia dentro de las tierras de Francia, París, que está situado tan cerca de la frontera, puede despertarse el mejor día con los prusianos llamando a sus puertas.

La noticia capital de hoy es el cambio de Gobierno. El Gabinete que presidía M. Viviani presentó su dimisión ayer noche, para dar lugar a que el Presidente de la República pudiera formar un nuevo Ministerio que ha sido llamado « de defensa nacional ». Ninguna lección tan significativa y profunda para el pueblo de Francia como este cambio repentino, y la substitución consiguiente de los hombres que regían los destinos del país. En primer lugar, M. Messimy, el que hasta ahora había sido Ministro de la Guerra, ha cedido su puesto a M. Millerand, el verdadero organizador del ejército de Francia. Este cambio inexplicable del personaje que ocupa el puesto más elevado en la jerarquía militar de la nación, realizado en circunstancias tan graves como las presentes — en que la continuidad es uno de los factores esenciales del éxito, — parece confirmar lo que se ha venido diciendo en París acerca de secretas desavenencias surgidas entre M. Messimy y el generalísimo Joffre. Ante los graves sucesos de estos últimos días, el Presidente de la República habrá querido rodearse de los más altos prestigios gubernamentales de Francia, entre los cuales descuella el nuevo Ministro de la Guerra, M. Millerand.

Figuran además en el nuevo Gobierno, Briand, Delcassé, Ribot y dos socialistas, Guesde y Sembat. Esta es la suprema lección que no debe olvidar jamás el pueblo de Francia. Hacía mucho tiempo que Arístides Briand se veía alejado del poder, perseguido por el rencor implacable de las izquierdas. Aun no hace dos meses, Ribot, Delcassé y Millerand, fueron derrotados en el Parlamento, después de la crisis del Gabinete Doumergue. Su Gobierno duró sólo un día por haberse propuesto sostener a todo trance la nueva ley de servicio militar, la famosa *ley de los tres años*. Y esos hombres ultrajados y perseguidos, que fueron llamados mil veces traidores y enemigos del pueblo, son los únicos capaces de salvarle en estos instantes de angustia suprema, en que, caídas las vendas de la pasión partidista, todos buscan tan sólo los políticos que representen en Francia el máximum de inteligencia y de energía.

Pero lo más provechoso de esta lección sin ejemplo, es ver a los socialistas Guesde y Sembat, los mismos que combatieron encarnizadamente la ley de los tres años y a sus propulsores, entrando a formar parte del nuevo Ministerio de defensa nacional. Si llegara un día en que el general Joffre pidiera al Gobierno nuevas fuerzas para defender a Francia, o se comprobara que algunas de la ya existentes no tienen la cohesión y entrenamiento necesarios para una campaña como la actual, ¿qué iban a responder esos dos Ministros que

hasta ahora han sido enemigos jurados de la ley de los tres años? El socialismo francés no ha sufrido ninguna rectificación teórica, porque en la pura región de las ideas representa una fuerza innegable, propulsora y juvenil; pero quizá a causa de esa misma fogosidad y adolescencia de sus teorías, los directores del socialismo francés han sufrido una equivocación práctica monstruosa. La campaña antimilitarista implacable del socialismo francés, terminando con la guerra europea, ha sido algo así como el vuelo ingenuo, arriesgado y gallardo de Ícaro hacia las áureas regiones solares, que terminó tan lamentablemente con la caída del héroe. Algo tarde el socialismo francés ha abierto los ojos a las necesidades ineludibles de la vida nacional. Y así es como, aunque parezca en contradicción con su pasado, Guesde y Sembat han entrado a formar parte del nuevo Ministerio, en el cual están representadas las fracciones todas de la política francesa, excepto el grupo capitaneado por Jorge Clemenceau.

El alejamiento del poder de este tan caracterizado personaje, obedece, según unos, a su mortal enemistad contra el Presidente de la República; aunque otros dicen que no es más que una hábil maniobra política, para disponer en todo caso de una especie de *válvula de seguridad*, el día en que fuera conveniente a los actuales Ministros abandonar el Poder. Llegada la hora, Clemenceau se encargaría del Gobierno, empu-

jado por un movimiento popular, con lo cual se tendría por lo menos la garantía de confiar la dirección del Estado a manos hábiles, expertas y patrióticas. Sin embargo, parece más verosímil la primera versión.

Otro de los cambios ocurridos en esta rápida crisis, ha sido el nombramiento del general Gallieni para ocupar el cargo de Gobernador militar de París. ¿La designación de una figura tan prestigiosa en Francia, obedecerá quizá al temor de que la capital se encuentre sitiada dentro de breve plazo? Esta tarde, Mlle. Rabier me ha dicho que en los centros comerciales se habla de aprovisionamientos enormes, destinados a la villa de París. Por otra parte, al ir a comprar hoy, como de costumbre, los periódicos ingleses, me han dicho que estaba prohibida su venta en Francia. La prensa inglesa, orientada hacia un público naturalmente frío y sensato, da muchos más detalles y confiesa casi todos los reveses de los aliados. Por fin, en el número de *Le Temps* aparecido hoy, se advierte de una manera vaga a la población de París que no debe alarmarse por las noticias que vayan llegando del Norte de Francia. ¿Estaremos ya metidos en algún mal paso?

Corre el rumor de que la Venus de Milo y la Victoria de Samotracia, las dos joyas más célebres de la escultura griega que figuran en el Museo del Louvre, habían sido retiradas de su sitio habitual y cuidadosamente escondidas en lugar seguro. En el año 70, la Venus de Milo estuvo encerrada durante todo el tiempo

que duró la guerra. Yo he querido comprobar la verdad del rumor público. Estando cerrado el Museo del Louvre, no es posible saber si la Victoria de Samotracia ocupa todavía el mismo lugar de siempre, en lo alto de la gran escalera que conduce a las galerías de pintura del Renacimiento. Pero en cuanto a la Venus de Milo, he imaginado para saber si ha sido transportada a otro sitio, una estratagema muy sencilla y eficaz.

La Venus de Milo estaba situada de tal suerte en su *camerino* puesto al extremo del corredor de Pan, que desde el patio más viejo del Louvre se la podía ver, blanca y erguida, a través del alto ventanal. Esta tarde, al anochecer, hemos ido con mi amigo Trabal a atisbar en el patio desierto y suntuoso del Louvre. A través de los cristales se veían, como siempre, los bustos enormes de la sala de las Cariátides, y las líneas inefables de las Venus menores alineadas en el corredor de Pan. Pero al llegar frente al ventanal que ilumina el *camerino* de la Venus de Milo, hemos visto detrás de los cristales, en lugar de la figura inmortal, el velo obscuro y denso de una cortina impenetrable, puesta para ocultar sin duda la desaparición de la blanca deidad.

Mi amigo y yo nos hemos mirado con tristeza. Una sensación indecible y angustiosa nos oprimía el pecho. Ninguna de las alarmantes noticias que han circulado últimamente por la capital, podía compararse con esta

impresión íntima y melancólica de la belleza clásica huyendo de París. El viejo patio del Louvre estaba desierto. En lo alto se adormecía el cielo pálido del atardecer. Hemos vuelto a la pensión andando muy despacio, humillados los ojos, caídos los brazos, con la seguridad de que nuestra vida en París se está acabando por momentos.

Viernes, 28 de agosto

Al mediodía nos hemos sentado a la mesa muy tarde, porque las dos jóvenes rusas y Mme. Parthiker han llegado a la pensión con extraordinario retraso. Venían las tres agitadísimas, muy sofocadas, con muestras evidentes de cansancio, como si acabaran de realizar alguna empresa grave. Mlle. Hélène nos ha dicho en seguida, con sumo contento :

— Esta tarde nos vamos Mme. Parthiker y yo, a Inglaterra. Saldremos de París con M. Fathollah, el personaje persa que yo acompaño, M. Salem, el preceptor, y toda su colonia escolar infantil. En Boulogne encontraremos un buque que nos llevará a Folkeston. Desde allí iremos todos juntos hasta Londres. Mme. Parthiker se quedará en la capital y los demás intentaremos dirigirnos, yo a Rusia con M. Fathollah, y M. Salem a Persia con sus pequeñuelos. Hemos tenido una suerte inaudita. El vapor que nos

llevará a Inglaterra es quizá el último que salga con viajeros de las costas de Francia.

Todos hemos mirado a Mlle. Rachel, como para preguntarle por qué no aprovechaba esta ocasión, yéndose a Inglaterra con su amiga. Mlle. Rachel ha empezado a quejarse con voz lastimera :

— Mi situación es horrible. No tengo dinero. Mis padres no contestan. He pensado partir también esta tarde para Rennes, donde iré a refugiarme en casa de unos amigos. ¡Qué desgraciada soy, Dios mío!

Mme. Durieux le ha ofrecido recursos para que pudiera partir con los demás y llegar a Rusia. También le ha dicho que podía quedarse cuanto quisiera en la pensión, hasta ver si por fin llegaba la respuesta de sus padres. Mientras Mme. Durieux hacía estas amables y amistosas ofertas, Mlle. Héléne me miraba y miraba luego a la joven judía, sonriendo en silencio, socarronamente. Mlle. Rachel, dando las gracias a Mme. Durieux, se ha empeñado en su propósito de marchar a Rennes.

La comida ha sido muy animada, con esa agitación peculiar que precede siempre a los grandes viajes. Se oían frases amables, de cordialidad exquisita, expresadas con acento de melancolía : « Acuérdense ustedes de nosotros ». « No nos olviden ». « Cuando termine la guerra, nos volveremos a ver todos juntos, en París, celebrando la victoria de Francia ». « ¡Dios mío! ¡Quién hubiera dicho, hace un mes, que íbamos a separarnos

tan pronto! » Mme. Durieux, encargaba ingenuamente a Mlle. Hélène :

— Cuando llegue usted a Rusia, dígales a esos bravos cosacos que vayan de prisa, que no descansen ni un instante hasta entrar en Berlín!

Mme. Parthiker, movida por un sentimentalismo árido, pero afectuoso, iba diciendo a todos con gravedad solemne :

— ¡Amigos míos, aquí les dejo a ustedes mi corazón!

Y con la mano derecha, flaca y descarnada, se daba fuertes golpes en el pecho, que resonaba como el tronco vacío de un eucaliptus secular.

Al terminar la comida, todos puestos de pie alrededor de la mesa, hemos brindado por la gloria de Francia y nuestra próxima reunión en París. Mme. Parthiker, que no cata el vino, levantaba en alto con el brazo rígido, limpia y transparente, su copa llena de agua mineral.

Han comenzado después los agitados preparativos de la marcha. Mlle. Rachel ha desaparecido. Madame Parthiker, acompañada de las hijas de Mme. Durieux, se ha ido a su casa a preparar el equipaje. Mi amigo Trabal y yo hemos ido a ayudar a Mlle. Hélène, liando paquetes, arreglando maletas y apretando fuertemente la tapa de un cofre enorme, que no podíamos cerrar, aun con esfuerzos sobrehumanos. En un instante de relativa calma, Mlle. Hélène nos ha preguntado en tono de misterio, abriendo sus grandes ojos pardos y dulces :

— ¿Qué hacen ustedes en París? ¿Por qué no se van a sus tierras? Nuestro Embajador me ha dicho que es cuestión de marcharse sin pérdida de tiempo. La situación es grave. El Embajador de Rusia está a punto de abandonar la capital. Se susurra que el Gobierno francés se marchará de París dentro de breves días. Ya están ultimándose los preparativos de la marcha oficial. No hagan ustedes locuras. Váyanse cuanto antes.

Ha entrado en el cuarto Marguerite, la sirvienta. anunciando la llegada de M. Fathollah, el personaje persa. Llevado de la curiosidad, yo me he dirigido al salón para verle. Es un hombre pequeñito, escuálido, de tez amarilla, muy ceremonioso, pulcro y atildado, vestido de chaqué, calzado con botines gris perla, la corbata de seda verde-mar,—con un brillante solitario de una refulgencia lívida y misteriosa, — el bigote ralo, recortado, negrísimo, sobre unos dientes blancos y feroces, y el cabello aplastado sobre las sienes, muy lustroso, cubierto de pomada grasienta y perfumado de azahar.

Mme. Durieux me ha presentado. El personaje persa apenas sabía pronunciar algunos monosílabos en francés. A todo cuanto le decíamos, contestaba invariablemente : *¡C'est drôle, c'est drôle!*, aunque Mme. Durieux le dijera que su hijo estaba en uno de los fuertes de Maubeuge. Y luego se quedaba inmóvil, dando vueltas al bastón con puño de oro que tenía entre las manos amarillas.

Cuando Mlle. Hélène ha terminado sus preparativos, comenzaron las despedidas. Ha vuelto a la pensión Mme. Parthiker. Mme. Durieux y sus hijas la han abrazado cordialmente, con lágrimas en los ojos. El señor persa, sin duda impaciente, iba diciendo con gran suavidad : « Vamos, vamos. Ya volveremos otro día. Basta, basta ». Y empujaba a Mlle. Hélène, tomándola del brazo. Mi amigo Trabal y yo hemos salido con los viajeros, para acompañarlos a la estación. A Mlle. Rachel, no se la ha hallado por ninguna parte.

En la puerta de la calle estaban ya esperando M. Salem, el preceptor, con los chiquillos persas que componian su caterva escolar. Eran una docena, por lo menos. Todos iban vestidos de igual suerte, con un traje obscuro, una bufanda arrollada alrededor del cuello, y los ojillos negros asomando en lo alto, asustados, tristes, refulgentes. Había cinco coches aguardando. Dos han quedado llenos con los equipajes. M. Salem, el preceptor, ha ocupado el tercero, con un puñado de escolares persas, uno de ellos montado en el pescante. El cuarto lo ocupaban Mlle. Hélène, mi amigo Trabal y el resto de los chiquillos. Finalmente aparecíamos, en el último, el personaje persa y Mme. Parthiker, graves ambos y ceremoniosos, y yo, sentado de espaldas al cochero. Mme. Parthiker miraba de reojo, casi con recelo, al perfumado señor, y éste miraba asustado a Mme. Parthiker ; y de vez en cuando, sin saber yo por qué, se sonreia con tristeza y exclamaba « *¡C'est*

drôle, c'est drôle!». Todo el barrio estaba asomado a las puertas para contemplar este éxodo sin precedentes. En las ventanas de la pensión, Mme. Durieux y sus hijas agitaban las manos. Los cinco coches han arrancado de una vez, con grandes voces de los aurigas y chasquear estridente de látigos.

Hemos llegado a la Estación del Norte. Los andenes estaban atestados de gente. Había una confusión enorme y a cada paso se encontraban tendidas por el suelo, en medio de un montón de equipajes, familias enteras con los niños durmiendo en el regazo de sus madres, y los hombres con la mirada perdida en el espacio, sentados sobre un rollo de mantas, en actitud de abatimiento y desesperación. Eran los belgas que habían llegado a París, sin recursos, con sólo lo que pudieron recoger de sus casas al abandonarlas precipitadamente, hostigados por las tropas alemanas. La mayor parte de los fugitivos eran campesinos y gente pobre de aldea, de cabellos rubios y ojos azulados y dulces, el rostro curtido por el sol, las manos callosas, gruesas, rudas, que se consumían en el ocio de la inacción. Las mujeres eran fuertes y robustas, de tez blanquísima y ojos claros que miraban a todas partes con angustia y asombro. ¡Este París, este famoso París, que esas pobres gentes oyeron nombrar tantas veces, desde el rincón apacible de su aldea, con la vaga esperanza de visitarlo un día para ver de cerca y gustar las bienandanzas del mundo! Ahora debe pa-

recerles lóbrego y agitado como un infierno, al llegar a él después de noches interminables de insomnio, dejando tras de sí la tierra esquilmada, la casa destruída, los amigos muertos y la patria en peligro!...

Ha sido muy difícil abrirnos paso entre la muchedumbre revuelta que invadía la estación. Mi amigo y yo hemos debido comprar un billete para Saint-Denis, con el objeto de poder entrar en los muelles, porque en estos días de aglomeración inusitada no se despachan billetes de andén. Entre la multitud que se agolpaba en las taquillas, yo me he encontrado con una dama que llevaba una capa holgadísima, hasta los pies, y tenía el rostro cubierto por un velo blanco, denso, arrollado al sombrero. Al pasar junto a ella, la dama desconocida ha parecido mirarme y, luego, con un movimiento de contrariedad como si huyera de mí, se ha abierto paso entre la muchedumbre y ha desaparecido.

A duras penas hemos podido llegar hasta el andén, cargados con los equipajes. Nuestros amigos se han repartido entre dos compartimientos. El tren estaba completo, abarrotado. Una vez instalados los que partían, mi amigo Trabal y yo nos hemos despedido de ellos. M. Fathollah nos ha estrechado la mano con efusión, pero guardando silencio. Mme. Parthiker, la buena vieja inglesa, nos ha dirigido una plática sentimental, encargándonos sobremanera que no dudáramos ni un momento de la derrota infalible de los ale-

manes. Mlle. Hélène, ha prometido escribirnos en cuanto llegara a Odesa. Y el preceptor, M. Salem, nos ha dicho que volvería a París cuando termine la guerra. Sus pupilos sacaban las cabecitas azoradas por las ventanillas, alzando sus gorras de colegial en signo de respeto. De esta suerte hemos abandonado a nuestros últimos amigos extranjeros que aun quedaban en París.

Cuando íbamos a salir del andén, he visto a la dama desconocida — que antes se había alejado de mí con una rapidez tan misteriosa, — asomada a la ventanilla de uno de los últimos vagones del tren. Parecía estar atisbando a través de su velo impenetrable, y, al verme, se ha escurrido de prisa hacia el interior del vagón. Entonces, picado de la curiosidad, he dicho a mi amigo que me aguardara a la salida del andén, mientras yo subía al departamento contiguo al que ocupaba la dama. ¿Quién podía ser? Acechando a través del pequeño cristal puesto en mitad del tabique, he visto a la misteriosa desconocida sentada en el compartimiento de al lado. Al cabo de un instante, levantándose de un golpe, ha salido a mirar al andén, quizá por ver si yo andaba por allí todavía. Luego ha vuelto a su asiento, ha suspirado como si le quitaran un gran peso de encima, y alzando el velo, ha descubierto por completo su rostro.

¡Jamás hubiera imaginado una aparición semejante! Era Mlle. Rachel, la judía rusa que había ase-

gurado que se iba a Rennes, porque no tenía dinero para regresar a su país! Pero, en realidad, se marchaba en el mismo tren que sus amigos, con idéntico rumbo, pero sola y disfrazada, por no verse en peligro de socorrer a alguno de sus compatriotas menesterosos! Hoy ha sido el primer y único día en mi vida que he sentido rápida y pasajeramente, pero con una fuerza medieval, el odio a los judíos...

La cena de hoy ha tenido una tristeza profunda. En la mesa no estábamos más que la familia Durieux, Mlle. Rabier, mi amigo y yo. Hemos seguido con el recuerdo a nuestros amigos que acaban de abandonar París, y a los demás que se encuentran dispersados por el extranjero o luchando en los campos de batalla.

Terminada la cena, reunidos todos los restantes en el salón que parecía inmenso, Mme. Durieux ha empezado a rezar el rosario con voz lenta y henchida de melancolía. Los demás la acompañábamos, inmóviles, con los ojos bajos, al amor de la estufa encendida desde el anochecer. Al terminar la letanía, se han dicho algunos Padrenuestros. Antes de empezarlos, Mme. Durieux murmuraba una dedicatoria breve, despertando en nuestras almas gratos e inolvidables recuerdos. Una vez, la frase votiva de Mme. Durieux ha sido ésta : « Para que todos volvamos a vernos reunidos, muy pronto, en París». Otra decía así : «Por la victoria de Francia ». Por fin, Mme. Durieux ha exclamado, al ir a comenzar el último rezo : « ¡Por

la salud de mi hijo... — Y deteniéndose un instante, como si dudase, ha añadido con un supremo esfuerzo, henchida el alma de inefable caridad : — ... y por M. Dolbatsch, el oficial prusiano! »

Al pronunciar Mme. Durieux estas palabras, sus ojos y los de las tres muchachas que estaban con nosotros, se han llenado de lágrimas.

Sábado, 29 de agosto

Parece ser que mi amigo Trabal, hombre madrugador y circunspecto, se ha levantado hoy muy de mañana para ponerse a meditar, en la soledad de su cuarto, sobre los graves sucesos de estos días y la deserción en masa de los últimos extranjeros que quedaban aún en la pensión. Tales reflexiones no deben haber dejado incólume la paz habitual de su conciencia; porque, a la hora del desayuno, cuando he abierto la puerta de comunicación que media entre el cuarto de mi amigo y el mío, en vez de hallarle como de costumbre dispuesto para irse a trabajar a la Biblioteca Nacional, se me ha aparecido mustio y macilento, con ambas manos enfundadas en los bolsillos. Y al darle yo los buenos días, me ha respondido con la voz grave, mesurada, de quien expone el fruto de hondas y maduras meditaciones:

— Amigo mío, debo participarte, con harto sentimiento, que yo me marcho a España. Es absoluta-

mente inútil discutir si nuestra estancia en París ofrece peligro. Esta es, ante todo, una cuestión de sentimiento. Los que se marcharon de la capital al comenzar la guerra, debían creer llegada ya por aquel entonces la hora prudente de retirarse a un lugar más seguro. Nosotros, sin embargo, hemos resistido muy cerca de un mes. Pero, de hoy en adelante, creo que nuestra permanencia en París sería un desatino. Tú harás lo que te parezca, pero yo me voy. No obstante, antes de partir, quiero hacer una última tentativa. En vez de ir a la Biblioteca Nacional, he pensado encaminarme al Consulado de España, para pedir consejo. Si quieres acompañarme, iremos juntos.

Yo he tomado el sombrero y, sin decir palabra, hemos salido de casa en dirección al Consulado. Las calles estaban desiertas, las puertas cerradas, el aire silencioso y como lleno de misterio y pavor, el cielo claro y transparente con su limpidez renovada por las lluvias copiosas de los últimos días.

Llegamos al Consulado. Las oficinas han vuelto a tomar su aspecto normal de somnolencia. La puerta está abierta y no se divisa a nadie en el interior. Como si fuéramos vistos a través de los muros, la voz de alguien que permanece invisible, nos invita a pasar adelante : « Entren, entren. ¿Qué desean ustedes? » Entramos por la primera puerta que hay a mano, y se nos aparece el Vicecónsul, sentado junto a su mesa

de trabajo. Las palabras que nos ha dicho al exponerle nuestro deseo, son en verdad categóricas :

— Pero, ¿qué aguardan ustedes en París? ¡Váyanse, váyanse cuanto antes! El lunes próximo, pasado mañana, saldrá el último tren para Irún. Luego, quizá no haya modo de salir de París.

¡El último tren para España! ¡París en peligro! Hemos salido corriendo del Consulado. Mi amigo Trabal ha resuelto marcharse en seguida, sin aguardar ni un minuto. Vivos recuerdos íntimos y familiares le asaltaban el ánimo, llenándole de pesimismo. « Aunque tenga que salir de París a pie, andando por los caminos, — decía con voz resuelta e indignada, — yo me voy. ¿Qué necedad es la nuestra? ¿Qué vamos ganando con nuestra permanencia en París? » Yo andaba a su lado, cabizbajo, confuso, con un dolor secreto y profundo que me roía el alma. ¡Abandonar París, abandonarlo todo!... Impulsado por mi amigo Trabal, nos hemos dirigido los dos a la estación del Quai d'Orsay, para enterarnos de si había posibilidad de regresar a España por la frontera de Cataluña.

Llegamos, muertos de cansancio, a la estación. Bajo la bóveda de cristales del Quai d'Orsay, había una aglomeración impenetrable. Los escasos empleados que circulaban entre la multitud, no respondían a nuestras preguntas o no estaban enterados de lo que pedíamos. Por fin, hemos hallado en un rincón una tabla de anuncios, en la que había pegado un enorme cartel de color

verde pálido, anunciando el movimiento de la red Paris-Lyon-Mediterráneo. Observamos un momento, con profunda atención, las columnas interminables del cartel, llenas de cifras diminutas y prietas. Luego, mi amigo y yo nos hemos mirado mutuamente, en silencio, con una expresión de angustia y de imbecilidad. Jamás en mi vida he podido servirme de las guías de ferrocarriles, ni de los itinerarios. Su presencia me llena de un grande pavor de ignorancia. Antes que una de sus laberínticas páginas, preferiría descifrar los misteriosos caracteres de un papiro egipcio. ¡Y a mi amigo Trabal le sucedía lo mismo!

En este estado desconsolador y deprimente, ha querido la suerte que se llegaran a mirar el anuncio dos sudamericanos gordos, opulentos, que llevaban amplios sombreros de paja finísima, y refulgentes anillos en los dedos. Uno de ellos decía a su acompañante, con voz meliflua y cadenciosa :

— Nada, amigo. Esto de Bélgica se ve que ha sido una *sarrasina!*

También ellos se dirigían a España. Nos han enterado de que había cuatro trenes diarios que comunicaban con la frontera de Cerbère. Al saber que mi amigo Trabal quería marcharse a Barcelona y que yo barruntaba el proyecto de irme a Chalon, a reunirme con la familia Récondy, uno de los americanos ha prorrumpido melodiosamente :

— Yo también voy a Barcelona. ¡Bonita ciudad!

Estuve allí el año pasado. Mucha palmera, mucho polvo, ¡pero es un placer! En Francia va a ser la vida muy triste. Va a haber mucho tiro.

Y su compañero repetía encantado :

— Nada amigo. ¡Que esto va a ser una *sarrasina!*

Al salir de la estación, nos hemos dirigido en seguida al comisariato de policía para que nos dieran un pasaporte. Cuando hemos regresado a la pensión, al mediodía, nuestro plan estaba del todo ultimado. Saldríamos los dos por la vía de Lyon, y yo podría acompañar a mi amigo hasta Chalon-sur-Saône. Una vez allí, mientras yo me quedaba en casa de mis excelentes amigos, esperando el desenlace de la situación actual, mi compañero continuaría el viaje hasta llegar a España.

Inmediatamente después de comer, hemos tenido que ir a la estación de Lyon, porque se nos ha dicho que las noticias recogidas por la mañana en la del Quai d'Orsay no servían a nuestro nuevo plan. La estación estaba también invadida de público. Vallas de madera, guardadas con extremado rigor por fuerzas de infantería, cerraban la entrada en los andenes a todos los que no tenían billete marcado con la fecha de hoy. Frente al edificio se agolpaba una cantidad enorme de simones, automóviles y carros de transporte, cargados de viajeros y equipajes. Una multitud compacta y revuelta ocupaba los huecos que dejaban los coches. La confusión era imponente, Se oían gritos, quejas, blasfemias, y se promovían rápidos y violen-

tos altercados entre los que pretendían seguir adelante y los que estaban estacionados, cerrando el paso. Era una gritería ensordecedora que llenaba el aire y una agitación extraordinaria y violenta, complicada con la existencia — en mitad de la plaza — de una salida del ferrocarril subterráneo, que iba arrojando continuamente a la superficie densas oleadas de nuevos viajeros, cargados con maletas y canastas, estrujándose y forcejando por abrirse paso.

Mi amigo y yo hemos quedado atónitos ante aquella manifestación inesperada e ingente. La línea de Lyon comunica, enlaza y atraviesa las tierras más fértiles y populosas del centro de Francia. Es, además, la línea directa para dirigirse a las regiones del Este y llegar hasta Suiza o Italia. En aquella confusa multitud, formada por miles de esos provincianos de que se compone París, se adivinaba el ansia suprema de regresar al rincón sosegado y natal, en estas horas de peligro. Y en todos los ojos brillaba la esperanza de despertar mañana en la paz de una aldea lejana o de una ciudad provincial, al lado de los parientes o deudos que van a acechar cada tarde, con ansia creciente, los trenes interminables que devuelven a sus tierras los fugitivos de París.

¿Qué habíamos hecho nosotros, durante tantos días, ocultos en la paz adormecedora de nuestro barrio de Saint-Germain? ¡Mientras la ciudad iba despoblándose de una manera imperceptible, nosotros conti-

nuábamos trabajando todos los días en la Biblioteca Nacional, o pasábamos las horas muertas con nuestros amigos de la pensión Durieux, mecidos por una vaga esperanza, sin sospechar que a nuestro alrededor se producía un éxodo tan considerable...!

Después de luchar durante más de una hora entre las oleadas y las convulsiones de la multitud, hemos logrado recoger noticias. La comunicación con España por la vía de Lyon, era mucho más incierta y complicada que por la de Toulouse. Entonces mi amigo ha resuelto marcharse solo, y yo he decidido emprender por mi parte el viaje a Chalon. Hemos regresado a casa rendidos y apesadumbrados.

Durante la cena, comunicamos a Mme. Durieux nuestra marcha. Mlle. Rabier ha manifestado que desde mañana se irá a vivir con su tía que habita en Suresnes, cerca de París, para regresar con ella a Chartres cuanto antes. Mme. Durieux, con los ojos arrasados en llanto, nos ha dicho que ella y sus hijas partirían también a reunirse con su familia a Toulouse. De esta suerte ha quedado tácitamente acordado, resuelto, en un instante en que todos sentíamos una emoción inolvidable y profunda, el cierre de la pensión.

Pero han llamado, de pronto, con grandes golpes, a la puerta del piso. Mme. Durieux se ha puesto de pie, sobresaltada. Y al abrir, ha aparecido en una actitud que yo recordaré siempre jamás, la familia entera de una de las hermanas de Mme. Durieux, que habitaba

con su esposo y sus hijos en Montdidier, al Norte de París. Venían delante los cuatro hijos, el menor de siete años, el mayor de diez y seis, enlutados, pálidos, conmovidos; luego seguía la madre, pequeñita y flacucha como Mme. Durieux; y el padre aparecía detrás de todos, viejo ya, alto, y sombrío con su figura hosca y fuerte de galo, los ojos duros, la nariz anhelante, aplastada la frente y la cerviz dura, rojiza y abultada, inyectada de sangre.

El primer movimiento ha sido de una gran confusión, porque los recién llegados y la familia Durieux se besaban entre sí y lloraban todos, sin necesidad de explicar el triste motivo de su desconsuelo. Mlle. Rabier, mi amigo y yo, permanecíamos algo apartados, esperando. Por fin, el viejo ha dicho a Mme. Durieux, con voz fuerte pero temblorosa:

— ¡Estábamos dudando de si os encontraríamos todavía en París! El Norte de Francia está todo invadido por completo. Nosotros hemos salido de Montdidier esta mañana. Ayer noche las avanzadas de los prusianos llegaba ya a Péronne. Yo salí de Montdidier con algunos amigos, en dirección al Norte, para explorar los alrededores. Después de haber andado unos doce kilómetros, vimos avanzar por la mitad del camino un automóvil blindado, echando fuego por los cuatro costados. Nos escondimos precipitadamente detrás de unos árboles. El automóvil explorador estaba lleno de soldados prusianos e iba disparando de continuo,

en el camino desierto, sus ametralladoras. Cuando hubo desaparecido, salimos de nuestro escondrijo y regresamos a Montdidier. Era ya de noche. Por el camino encontramos, tendido en el polvo, el cadáver de una aldeana que tenía las piernas cortadas, cercenadas de un tajo brutal.

Al pronunciar estas palabras, las manos del galo se crispaban con rabia, acusando los fuertes nudos de los dedos, en expresión de venganza. Luego proseguía, mientras sus hijos le miraban asustados :

— Hemos salido de Montdidier esta mañana, abandonándolo todo, la casa y los muebles, dejando las puertas abiertas para que esos bárbaros no las hagan astillas. A estas horas, los alemanes deben haber llegado ya a Montdidier. Anoche tuvimos en la población a una parte de nuestro Estado Mayor. Había dos o tres generales, con muchísimos acompañantes. Se encerraron en la Casa del Ayuntamiento y toda la noche se vieron brillar las luces encendidas, a través de los altos ventanales cerrados. Desde la plaza, se veían cruzar por las habitaciones sombras agitadas y fugaces. Al amanecer, ha llegado un correo militar, galopando sobre un caballo cubierto de sudor y de polvo. Al cabo de una hora el Estado Mayor y todos los soldados que había en Montdidier, se han marchado a toda prisa. Entre Montdidier y París no se encuentran más que fugitivos. ¡Es un espectáculo inimaginable de desolación!

Cuando el viejo terminaba de hablar, ha sobrevenido un gran silencio. Mlle. Rabier, mi amigo y yo, nos hemos retirado para dejar en libertad a los fugitivos con la familia Durieux. Mlle. Rabier se ha despedido de nosotros, porque mañana se va a Suresnes y quizá ya no volveremos a vernos. Después, mi amigo y yo hemos subido a nuestro piso, cambiando muy pocas palabras, sólo para decirnos que es necesario partir cuanto antes. Yo he entrado en mi cuarto y me he dejado caer como desfallecido en mi sillón.

¡Los alemanes a 100 kilómetros de París! Hace ocho días ¿quién lo hubiera creído?... Mañana, después de ir a buscar el billete, pondré un telegrama a mi familia, anunciándole mi marcha de Paris, y otro a mi buen amigo, M. Récondy, para comunicarle mi próxima llegada a Chalon-sur-Saône... Como muy pocas veces en mi vida, siento esta noche, en la soledad de mi cuarto, el ansia poco viril, pero consoladora, de llorar en silencio para sosegar mi espíritu.

He permanecido largo tiempo en la obscuridad. La ventana abierta de mi cuarto, dejaba ver un cacho de cielo diáfano, insondable, cuajado de estrellas vivas, refulgentes, agudas, como los recuerdos clavados en el fondo de mi alma!

Domingo, 30 de agosto.

Mientras mi amigo Trabal estaba procurando obtener en la Estación del Quai d'Orsay un billete para regresar a España, yo me he encaminado a la de Lyon.

Era poco después de la una de la tarde. En todo el bulevar Saint-Germain no había más que el sol, reverberando fuertemente sobre el pavimento asfaltado, del todo desierto. El silencio era casi absoluto. Todas las tiendas estaban cerradas y los restauranes vacíos. Sólo pasaba de vez en cuando algún tranvía eléctrico, de los pocos que han quedado circulando en París, o algún coche lento, llevando pasajeros cargados de equipajes hacia la estación.

He comprado maquinalmente los periódicos del día. Pero al tenerlos en mis manos, me ha invadido una súbita y total indiferencia. ¿A qué leer más? Las noticias me interesaban cuando de ellas creía suspenso mi porvenir. Mas ahora que está echada la suerte,

cuando ya sé que me voy de París, quizá mañana, quizá esta misma noche, ¿a qué continuar leyendo? Se anuncia que está entablada otra batalla en la región del Aisne. Pero el viejo galo llegado ayer a la pensión con su familia, vió con sus propios ojos a los alemanes cerca de Montdidier, a unos 80 kilómetros de París. Ya no cabe duda alguna; es preciso marcharse. Colocada como por casualidad entre dos largos artículos, los periódicos de hoy publican una gacetilla sospechosa, invitando por manera indirecta a los habitantes de París a que abandonen la ciudad cuanto antes. Dice así: « Habiendo disminuído no» tablemente en ciertas líneas — las que se dirigen » hacia el sur, sin duda, — la actividad ocasionada » por los transportes militares, se hace saber a la po» blación de París, que desde hoy será aumentado en » el doble o el triple el número de trenes que salen de » la capital todos los días, con el fin de facilitar la mar» cha a cuantos la soliciten. » Al buen entendedor pocas palabras.

Al llegar a la estación se me ha presentado, quizá más imponente todavía, el mismo espectáculo de ayer tarde. Yo no sé por donde llegará hasta aquí tanta gente, porque las calles de París están desiertas y las casas como abandonadas. Pero lo cierto es que si esa multitud agolpada a las puertas de la estación se esparciese por calles y plazas, París no tendría su aspecto normal, pero ofrecería, cuando menos, la rela-

tiva animación de los primeros quince días que sucedieron a la declaración de guerra.

Mas ¿cómo abrirse paso entre la multitud? Si el acceso al interior del edificio está prohibido, ¿a dónde habrá que dirigirse para tomar billete? Luego de reflexionar algunos instantes, y después de abrocharme hasta el cuello — para no ir dejando todas mis prendas de vestir en medio de los apretones, angosturas y encontronazos en que iba a sumergirme — he decidido entrar por el borde u orilla de ese piélago humano que se agitaba en la plaza. Mis esfuerzos han sido inútiles. Si avanzaba el codo, puesto como cuña para ensanchar alguna rendija abierta entre la multitud, la rendija se cerraba al instante y yo quedaba preso entre sus partes, como en trampa de lobo. Cuando movía una pierna para avanzar, me faltaba la imprescindible colaboración de la otra que se quedaba rezagada, y yo abierto en compás. De suerte que, a las tres de la tarde, después de una hora horrible de contribuir a ese enorme conjunto de pisotones, codazos, pellizcos y zancadillas, que estaba desarrollándose — bajo el cielo limpio y sereno de la tarde — en la plaza de la estación, un movimiento brusco de la multitud me ha lanzado otra vez a la orilla, como leño empujado por una ola inmensa.

Mi primer impulso al hallarme de nuevo en mis estrictos límites, ha sido respirar abundantemente el aire que hacía largo tiempo me estaba faltando.

Luego, limpiando el sudor que bañaba mi rostro, me he puesto a meditar por ver si, con algún recurso estratégico, lograba conseguir lo que estaba vedado a mis impulsos brutales. La multitud seguía enfurecida, llenando toda la plaza con sus convulsiones. Sobre su superficie ondulante, flotaban y se hundían de continuo cestos y maletas, como leves barquillas navegando en un mar proceloso. Entonces he recordado que este piélago inmenso se nutría por la desembocadura del ferrocarril metropolitano, que arrojaba en mitad de la plaza millares de viajeros en una corriente continua y subterránea. Para conseguir mi intento de acercarme a la estación, he comenzado, pues, por alejarme de ella, hasta llegar a la Plaza de la Bastilla donde he tomado el *metro*.

Esta vez he sido más afortunado. Al salir del subterráneo me hallaba ya a pocos pasos de la calle que encierra la entrada de la estación. Con todo, el vaivén incesante de los viajeros era tan agitado, que he permanecido largo tiempo rozando tan sólo con mis pies en el suelo, suspendido y llevado adelante por el impulso mismo que removía a la multitud. Por fin, he llegado a las famosas vallas. Al preguntar — al primer empleado que me ha salido al paso — por las taquillas, me ha respondido con voz agria y malhumorada: «¡Vaya usted a la calle de Châlons!»

Yo he replicado con un abatimiento profundo: «¡Pero si lo que yo pretendo es únicamente que me despachen

un billete! Hace ya tres horas que estoy luchando en vano. ¿Qué diablos quiere usted que haga yo en la calle de Châlons?» El empleado me ha dirigido una mirada furibunda. «Pues es en esa calle — me ha dicho — donde le darán a usted un boletín para que luego vaya a sacar el billete. Y si hace tres horas que está usted esperando, consuélese, amigo, y tome paciencia, que todo es comenzar. Porque me parece que aunque aguarde hasta mañana, no van a darle a usted billete para marcharse de París en toda una semana». Y volviéndome la espalda, el empleado se ha ido hacia el interior del edificio.

¿Dónde estará esa maldita calle de Châlons? He tardado otra media hora hasta poder salir de entre la muchedumbre. Como yo andaba para atrás y la avalancha enorme llevaba toda entera un sentido inverso al mío, me he visto obligado a pedir con voz lastimera, sombrero en alto y con mil cortesías, que me abrieran paso para deslizarme. A cada momento se levantaban a mi alrededor protestas furiosas, que me ponían en peligro de quedarme atascado sin poder continuar mi fatal retroceso. Por fin, he salido milagrosamente ileso. He preguntado por la calle de Châlons y me han indicado la primera que estaba a mano izquierda al borde mismo del vasto edificio.

Al doblar la esquina, he visto ya una espesísima hilera de gente aguardando, como esas que suelen formarse a las puertas de los teatros en días de solemnidad

o de grandes y clamorosos éxitos. He apresurado el paso para ver hasta donde llegaba la fila expectante, y he observado que se prolongaba por la calle de Châlons como unos 120 ó 150 metros, compacta, impenetrable, guardada rigurosamente por numerosos agentes de policía que impedían acercarse a ella ni de lejos.

Eran las cinco de la tarde. A poco más de la una había salido yo de la pensión. Hacía, pues, cuatro horas que estaba luchando para procurarme un billete sin resultado alguno. Y sería necesario haberlos pasado como yo, para hacerse cargo de mi situación al ver el espectáculo de los que estaban aguardando. Me he apartado al otro lado de la calle para meditar. Mis cálculos han sido rápidos y mi resolución en extremo categórica. Si he de ponerme en la cola, me he dicho, y aguardar a que me toque el turno, tendrá razón el empleado con quien he hablado antes : ni en ocho días llegaré a la taquilla donde se despachan los billetes. Puesto en tan duro trance, quizá en un rapto de desesperación, he ido siguiendo la calle de Châlons abajo, hasta llegar a una verja de hierro por donde los primeros de la hilera entraban de cuando en cuando, muy de tarde en tarde, en el interior de la estación. He estado allí observando si me sería posible deslizarme subrepticiamente por la verja, confundido con los que iban entrando, a favor del tumulto espantoso que se producía en las primeras filas cada vez que se entreabría la puerta.

Al cabo de media hora de aguardar en vano, ha sucedido en una ocasión que los empellones y encontronazos delante de la verja, han tomado proporciones trágicas. Los policías se han visto impotentes para mantener el orden establecido y el río humano agolpado a la puerta ha roto sus trabas, desbordándose de la acera e invadiendo la calle por completo. La confusión ha sido monstruosa. Gritos, trompazos, recriminaciones, insultos y empellones, atronaban el aire y se repartían sin piedad ni miramiento alguno. Los policías próximos, han llamado en su ayuda a los que estaban más lejos, conteniendo a la multitud. Yo he querido apartarme, sobrecogido ante aquella oleada irresistible. Pero me he sentido envuelto y atropellado por ella, y he ido avanzando sin querer y como llevado en andas, hasta atravesar la verja tan codiciada e inabordable. En el preciso instante en que, con un apretujón monstruoso, yo lograba traspasar la verja, los policías habían conseguido restablecer el orden y la puerta de hierro se cerraba tras de mí, con gran estruendo.

¡Alabado sea Dios! Todavía conservaba el sombrero puesto sobre mi cabeza, pero el cuello, los puños y toda mi ropa estaban machucados por completo. Mis zapatos quedaban estropeados, sin pizca de barniz, pisoteados por todas partes, con la piel levantada por innumerables y ásperas escoriaciones. Un lápiz vulgar, de madera, que llevaba en uno de los bolsillos

superiores del chaleco, estaba roto en tres pedazos, y uno de ellos lo tenía clavado como una saeta en el lado izquierdo, sin que por fortuna su punta me llegara a las carnes. Y todo mi cuerpo parecía como si acabara de sacarlo de las torturas del potro.

Siguiendo a los que iban delante de mí, comencé a subir por una escalerilla de piedra, hasta llegar a la plataforma superior de la estación. Allí un empleado del ferrocarril me dió un papel o contraseña de color rojizo — con muestras evidentes de haber servido innumerables veces — para que con ella pudiera dirigirme al *bureau des renseignements*. Esta oficina, montada exprofeso, sirve para despachar un segundo pasaporte con el cual se va directamente a la taquilla, a sacar el billete.

A la puerta de la oficina, he tenido que aguardar otra vez, formando cola y por turno riguroso, durante más de media hora. Por fin, he podido llegar a una de las taquillas, que se distinguía de las demás por un rótulo donde estaban escritas con grandes caracteres estas palabras : *Ligne de Bourgogne*. Un empleado me ha dicho en seguida, con malhumor : « ¿A dónde va usted? » Yo he respondido : « A Chalon-sur-Saône ». El empleado ha respondido secamente : « Es imposible ». Yo estaba mirándole como quien ve visiones. « Pero, ¿es que se han acabado ya los trenes para esa línea? » « No, señor ; pero están completos, los que partirán hoy, mañana y pasado ». « Pues déme usted

billete para el día 2 de septiembre, para el miércoles próximo ». « No es posible. Aquí no despachamos más que con dos días de anticipación. Si quiere usted ir hasta Dijon solamente, le daré billete para salir hoy mismo, a las 12'18 de la madrugada ». Yo le escuchaba aturdido : « ¿Pero qué voy a hacer en Dijon? » El empleado me ha dicho enfurecido : « Haga usted lo que quiera. Nada más. ¡Retírese! »

Entonces he recordado mis años de infancia, cuando iba a examinarme al Instituto de Barcelona y, al terminar, con el alma llena de incertidumbres y de tinieblas, el Catedrático me decía : « Nada más. ¡Puede usted retirarse! » Con voz débil y temblorosa, he insistido aún por última vez : « Dígame usted, señor empleado : ¿qué es lo que debo hacer? » « Si quiere usted marcharse a Chalon — me ha respondido, — vuelva usted mañana por aquí y *quizá* podré darle un billete para el miércoles. Madrugue usted y preséntese en cuanto abran las puertas de la oficina. » Yo he dado decorosamente las gracias y ya iba a marcharme, cuando me ha asaltado una idea terrible : « Y diga usted, ¿esta contraseña que he obtenido para llegar hasta aquí, me servirá mañana? » « No señor. Tiene usted que hacer la cola *otra vez* en la calle de Châlons.

Ya no he querido saber más. Me ha parecido que mis horribles torturas de esta tarde y mi tremendo desengaño final, no eran nada más que un justo castigo por haber burlado a los pobres que estaban

esperando, quizá desde el amanecer, en la calle de Châlons. Mañana será preciso levantarme con el día, y hacer la cola hasta que Dios se apiade de mis amarguras.

He vuelto a la pensión, roto, descosido y abrumado como si viniera de un combate adverso. He encontrado a mi amigo Trabal, que ya tenía su billete para regresar mañana a España por la línea de Toulouse. Parece que en la Estación del Quai d'Orsay la muchedumbre, aunque también agitada, es, sin embargo, mucho más reducida. A mi amigo le han bastado seis horas de esperar para obtener el billete. Cuando he entrado en el salón de la casa, me he dejado caer rendido en el sofá. Todos los circunstantes han venido a rodearme, interesándose vivamente por mi estado que, a juzgar por mi exterior, debia parecer el más deplorable del mundo. Llovían sobre mí preguntas y exclamaciones: «¿Está usted herido? ¿Se encuentra usted mal? ¿Se ha peleado usted con alguien en la calle? ¿Se habrá encontrado usted en el suceso de las bombas?»

Al oir estas palabras, he abierto los ojos con estupor : «¿Qué bombas?», he preguntado. Mme. Durieux, me ha respondido con viveza : «¿Pero de veras no sabe usted nada? Esta tarde ha volado sobre París un aeroplano alemán y ha echado dos bombas : una en la calle des Vinaigriers y otra en la de Recollets. No ha habido desgracias personales. Con las bombas, el aviador ha arrojado también una banderita alemana,

y un papel que decía en francés: *Mañana volveré a la misma hora.*»

Entonces, mirando a mi alrededor, he advertido que todos los circunstantes estaban consternados. Y para no añadir la desolación exterior a la que reinaba en mi espíritu, he cerrado los ojos, sin responder palabra, y me ha parecido que el mundo se desvanecía en un caos de sombra, y sólo quedaba mi alma, viva y lacerada, sumida en la depresión de un desconsuelo infinito.

Lunes, 31 de agosto.

Me he levantado a las tres y media de la madrugada. Al salir de casa para dirigirme a la estación, no había amanecido todavía. A esta hora no circulan los tranvías ni el *metro*, y me ha sido imposible encontrar un coche. En el trayecto de mi casa a la estación, apenas he hallado alma viviente. ¿Me despacharán hoy el billete para salir de París?

Al encontrarme de nuevo en la plaza donde ayer me asaltaron tantas amarguras, he visto que estaba casi desierta bajo el cielo del alba. Cuando los trenes comiencen a partir, dentro de una hora, se producirá seguramente de nuevo la tremenda invasión de viajeros que presencié ayer tarde. El aspecto de la plaza me ha tranquilizado. Yo sería de los primeros en llegar. Pero al doblar la esquina de la calle de Châlons, he hallado ya un fuerte grupo compuesto de unos qui-

nientos, entre hombres y mujeres, que estaban aguardando. ¿De dónde habría salido tanta gente? He ido a ponerme en la cola. Un caballero que estaba a mi lado, me ha dicho que los primeros de la fila estaban aguardando desde ayer, y que habían pasado la noche sin dormir y al raso.

Había muchas mujeres que llevaban banquetas de mano y esperaban sentadas, encogidas por el cansancio, con el rostro pálido y demacrado. Después de salir el sol, en pocos instantes nuestras filas se han ido alargando hasta llenar por completo toda la acera de la calle de Châlons. A las seis de la mañana (y faltaba una hora para que abrieran la oficina), había por lo menos cinco o seis mil personas aguardando.

No se hablaba más que del aeroplano alemán que voló ayer tarde por el cielo de París. Cuando han pasado por la calle los primeros vendedores ambulantes, los periódicos han sido arrebatados de sus manos en un abrir y cerrar de ojos. Las noticias del vuelo enemigo sobre la ciudad y de las dos bombas caídas en las calles de París, se dan muy sucintamente, con el propósito manifiesto de no atribuir la más mínima importancia a estos hechos. En realidad, la gente no se atemorizó por el vuelo en sí mismo. Los que tuvieron ocasión de presenciarlo, dicen que las calles y plazas estaban llenas de público que salía de las casas para observar el vuelo del aviador alemán. Muchos han dudado de la presencia del aeroplano, hasta el momento en que

han visto la noticia confirmada en los periódicos. Pero si bien es cierto que, como hecho peligroso, no se ha dado en París al vuelo de ayer la más mínima importancia, en cambio es evidente que la ha tenido muy grande como síntoma o anuncio de lo que quizá pueda ocurrir mañana. Para que los alemanes se arriesguen volando sobre la ciudad, se ha dicho la gente, es que ya deben estar muy cerca de París. Y, en efecto: la afluencia de fugitivos en demanda de billete ha sido hoy mucho mayor, si cabe, que en los días anteriores.

Para juzgar como es debido el pánico que se ha apoderado de la población de París en cuarenta y ocho horas, es preciso notar que hasta pasado el día 20 de agosto no se supo nada del avance alemán en tierras de Bélgica. Desde que se nos dijo a los habitantes de París que las tropas imperiales habían cercado los fuerte de Lieja, sin conseguir resultado alguno y experimentando, en cambio, pérdidas y contratiempos de incalculable valor, ninguna otra noticia había conseguido penetrar en la capital. «*Les forts de Liège tiennent toujours.*» Esta es la frase típica, característica, que resumió para nosotros toda la actividad alemana durante los veinte primeros días de la guerra. Al mismo tiempo, llegaban a París noticias satisfactorias y excelentes del avance francés en Alsacia y Lorena. El día 21 ó 22 de agosto, comenzó a decirse con mucha cautela que *quizá* los alemanes se habían apoderado de Bruselas. De suerte que luego, sólo

entre los días 23 y 26 de agosto, se comunicaron a la ciudad de París la retirada de las tropas francesas en Lorena, la defección de una parte del 15 cuerpo de ejército, la reconquista de Mulhouse por los alemanes, y la retirada completa de las tropas aliadas que operaban en el Norte, después de la batalla de Mons-Charleroi. Finalmente, después del día 26, cuando el pueblo de París no había tenido tiempo de reaccionar contra tales noticias, ocurrió la llegada a la capital de una verdadera plaga de fugitivos que venían huyendo de Bélgica y del Norte de Francia, y, por último, ayer tarde, tuvo lugar el vuelo osado de un *Taube* sobre la ciudad, arrojando dos bombas que por fortuna cayeron en las calles sin causar daño alguno.

Este cúmulo de noticias y sucesos tan rápidamente propagados y acaecidos, ha despertado en los ya escasos habitantes de París el ansia irreprimible de ponerse en salvo. No es que el pánico haya tomado proporciones de catástrofe, ni haya sido un movimiento impulsivo y cobarde. Nada de eso ; los habitantes de París conservan todavía la maravillosa serenidad patriótica de que han dado pruebas desde el principio de la guerra. Todo el mundo tiene el alma puesta en las manos de Joffre, el gran general a quien el pueblo ya comienza a rodear de una leyenda de gloria. Pero sucede que los habitantes de la ciudad, — que habrían ido saliendo de ella poco a poco si las noticias del pe-

ligro hubiesen llegado despacio, — aturdidos por la casi instantánea revelación de los alarmantes sucesos que les rodean, pugnan por realizar cuanto antes la marcha final que han ido aplazando tantos días, confiados en la seguridad de que, en todo caso, se les avisaría con tiempo. La aglomeración producida por esa rápida y unánime decisión, es verdaderamente enorme y espantosa.

Hasta las once de la mañana he debido aguardar en la calle de Châlons, avanzando metro y medio cada cuarto de hora, rendido de permanecer de pie, acosado por el ansia de llegar de los que estaban detrás en la fila. Y al fin me ha sido posible penetrar en la misma oficina de ayer, donde, previo conocimiento de mi pasaporte, me han librado un boletín para marchar a Chalon-sur Saône, el próximo miércoles, día 2 de septiembre, en un tren que saldrá de París a la 18'05.

Al regresar de la estación he ido en seguida a poner un telegrama a mi familia y otro a M. Récondy, mi buen amigo de Chalon, anunciándoles el día de mi marcha. He dicho, además, a M. Récondy que según el horario oficial llegaré a Chalon el jueves próximo, a las 9'18 de la mañana, después de más de quince horas de viaje. En tiempo normal, de París a Chalon se va tan sólo en siete horas.

En la pensión he encontrado a mi amigo Trabal que estaba haciendo sus preparativos de marcha. Parte esta tarde, a las tres, por la Estación de Austerlitz. Le

he ayudado a empaquetar sus cosas y a arreglar cuatro hinchadas maletas repletas de libros, cada una de las cuales pesaba lo suficiente para que apenas pudiese ser levantada del suelo. Cuando el equipaje de mi amigo ha quedado a punto de partir, hemos salido los dos a comprar comestibles para su viaje.

Mi amigo tardará unas setenta horas en llegar a España. Informes que ha recogido en la Estación del Quai d'Orsay, aseguran que no encontrará durante el camino víveres ni provisión alguna de los que comúnmente suelen comprarse en las estaciones de tránsito. Mi amigo, pues, ha comprado un zurrón de caza para llevarlo colgado a la espalda ; y ha ido llenándolo luego con latas de conservas, frutas, pan, queso, vino, agua mineral y dos gruesos y nutridos tomos de Balzac — comprados bajo los pórticos del Odeón — para tener lectura durante su penoso regreso a España.

Luego de terminar estas compras, lleno ya por completo el zurrón de mi amigo, hemos ido a sentarnos durante un cuarto de hora en los desiertos jardines del Luxemburgo. Había una paz tan íntima en aquel lugar y nuestras almas, fraternalmente amigas, sentían tal desasosiego ante la próxima separación, que nuestro espíritu se llenaba de melancolía. ¿Cuándo volveríamos a vernos? Mi amigo en Barcelona y yo en Chalon, ¿qué sucesos favorables o adversos estaban preparados para caer sobre nuestras cabezas, desprendidos de la mano invisible del destino? En un desfile

rápido, luminoso y fugaz, han ido apareciendo nuestros más íntimos recuerdos de las horas de trabajo y de ocio que hemos vivido juntos en el corazón de París, tan frívolo y callejero para los que sólo le conocen por la apariencia, tan manso, íntimo y apacible para aquellos que saben adentrarse amorosamente en su interior...

Al mediodía hemos vuelto a la pensión. Mme. Durieux con sus hijas y los parientes llegados anteayer huyendo de Montdidier, estaban ya sentados a la mesa. Han dicho en seguida que tenían billetes para marcharse mañana a Toulouse. Como yo no podré partir hasta el miércoles, seré el último fugitivo de la pensión.

Después de la comida, mi amigo Trabal se ha despedido de todos. Mme. Durieux le ha besado con una ternura inefable y los demás iban dándole fuertes apretones de manos, sin poder hablar, constreñidos los ánimos por la emoción intensa que nos embargaba. El hijo mayor de la familia llegada de Montdidier — un adolescente pálido, esbelto, con largos cabellos de poeta, que habla el más puro lenguaje de Francia que yo he oído en mi vida — al ver las cuatro enormes maletas de mi amigo, además del zurrón que llevaba puesto en bandolera, se ha ofrecido a acompañarnos muy amablemente.

Hemos salido los tres de la pensión, cargados con el equipaje que a duras penas podíamos llevar, descansando a cada instante, hasta la próxima Plaza de

Saint Germain-des-Prés. Era imposible encontrar un coche que nos llevara a la estación. Todos estaban ya tomados de antemano, y los cocheros de algunos que pasaban vacíos, pedían precios exorbitantes : veinte o veinticinco francos por un trayecto que regularmente cuesta, en *taxi*, una peseta con ochenta céntimos. Después de aguardar más de media hora solicitando en vano a todos los aurigas, viendo que el tiempo se pasaba sin resolver nuestra situación, hemos decidido ir a pie, cargados con las maletas. Entonces un *chauffeur* negro, más humano que los demás, se ha compadecido de nuestro miserable estado, y por seis francos ha consentido cargar en su coche nuestras maletas y llevarnos a la Estación de Austerlitz.

Al llegar a ella, hemos descubierto en seguida un cartelón enorme puesto sobre la verja que ciñe el patio exterior. Decía simplemente : « *Plus de bagages* ». Mi pobre amigo se ha quedado aturdido. ¿Qué iba a hacer él solo, con las cuatro maletas y el zurrón que entre los tres a duras penas podíamos llevar? No pudiendo facturar su equipaje, como tenía pensado, era imposible ir por el mundo con sus bultos enormes, en un tren atiborrado, absurdo, donde la gente andaría apiñada como reses en día de feria. ¿Qué hacer?

Yo he dicho a mi amigo que dejara en París alguna de las maletas. Pero ocurría que todas ellas encerraban algo que le interesaba en extremo llevarse consigo. El tiempo apremiaba. La muchedumbre se

enfurecía a la puerta de la estación, ansiosa de llegar al andén cuanto antes para coger sitio. Por fin, mi amigo, hombre resuelto y valeroso, ha dicho con aire ceñudo, casi con desesperación: « ¡Ayúdenme ustedes a cargarme las maletas! » El satisfacer la enérgica voluntad de mi amigo, ha sido un verdadero problema. Al ponerle una maleta en la mano, su cuerpo se ladeaba y encogía, como si fuera a derrumbarse con el peso excesivo de la carga. Pero jamás hubiera creído que mi amigo Trabal fuese hombre de tanto empuje y resistencia. Haciendo un esfuerzo portentoso, se ha cargado las cuatro maletas, dos en cada mano; y con el zurrón colgando al lado izquierdo, el guardapolvo cruzado sobre el pecho, el billete entre los dientes y los pies arrastrando, mi pobre amigo se ha engolfado en la multitud.

Ha sido imposible darle el último abrazo. Las cuatro maletas formaban alrededor de su cuerpo una muralla dura e infranqueable. Mi joven compañero y yo, hemos ido a mirarle a través de la verja, cuando atravesaba el patio para dirigirse al interior de la estación. Parecía un monstruo nunca visto, horrendo, todo de una pieza él y las maletas que le rodeaban, avanzando hacia el andén, entre el pavor atónito de los circunstantes. Al llegar a la puerta situada en el fondo del patio, mi amigo se ha detenido, perplejo, ante el temor de no poder pasar adelante. Por fin, le hemos visto dar una postrera embestida, rigurosa y terrible.

Los cristales y maderas de la puerta han retumbado como si fueran a derribarse con el inmenso porrazo. Y mi buen amigo Trabal ha desaparecido, súbitamente, del otro lado del andén. Esta ha sido la última vez que le han visto mis ojos, bajo el cielo pálido de París...

Durante la cena, yo soy el único pensionista que se sienta a la mesa. La familia Durieux y sus parientes parten mañana, en el mismo tren que ha tomado mi amigo Trabal. Alarmada con lo que ha sucedido a éste con el equipaje, Mme. Durieux, después de la cena, encarga a sus hijas que vayan a la Estación del Quai d'Orsay a preguntar si es posible enviar de algún modo sus grandes cofres familiares. Yo voy a acompañar a Mlle. Mireille y a su hermana Geneviève.

En el Quai d'Orsay nos dicen que sólo se admiten los equipajes manuales y en número reducido. Un anuncio fijado a la puerta de la estación, manifiesta que a partir de mañana sólo circularán por la línea de Orleans trenes militares. ¿Qué ocurre? ¿Llegaré yo a tiempo para poder marcharme?

Al volver a la pensión pasamos a orillas del río. París ofrece un espectáculo pavoroso e imponente. Hay muchas luces apagadas en las calles, y los puentes que cruzan el Sena están a obscuras. El cielo brilla negro y profundo, con un fulgor misterioso de estrellas, ancho, desierto, sin el vasto resplandor del alumbrado que antes era como el hálito ardiente de París. Haces lu-

minosos de focos eléctricos recorren el espacio infinito, escrutando las vastas y densas tinieblas nocturnas.

¡Todo ha acabado ya! París despoblado y vacío, se encierra en un inmenso mutismo, rudo, agresivo, dispuesto a defenderse como el más alto y glorioso baluarte de Francia!

Martes, 1.º de septiembre.

Hoy hace un mes que comencé a redactar mi DIARIO. Durante este lapso de tiempo tan corto, han ido desapareciendo, impulsadas por una fuerza irresistible, las circunstancias que sostenían mi vida en París. Y todo se ha ido transformando de tal suerte que, casi sin sentirlo, ha llegado ya el momento de abandonar la ciudad.

La dispersión de mis amigos ha sido completa, total. Quizá algunos habrán muerto ya, a estas horas, en el campo de batalla. ¿Qué habrá sido de ese excelente muchacho, M. Dolbatsch, que partió hace un mes a batirse en las primeras filas alemanas, hacia la región de Sarrebourg, donde tantos y tan formidables combates se han estado librando en tan corto tiempo? ¿Qué del oficial Durieux encerrado en Maubeuge? ¿Qué de M. Douglas, de M. Gognéry y de su hijo, y de tantos otros buenos amigos míos que salieron al campo,

a defender la patria? ¿Y qué va a ser de esas pobres muchachas todas, — vueltas a sus hogares, algunas echadas de sus tierras por la invasión alemana, — que esperarán en el silencio y el sopor de una ciudad provincial el fin lejano y misterioso de la guerra?...

Hoy nos hemos reunido por última vez en el comedor de la pensión. Era al mediodía. La familia Durieux y sus parientes estaban a punto de marcharse. Había sobre todas las sillas un sin fin de paquetes, maletines y cestas, donde estaba distribuído el equipaje de ambas familias. Las mujeres se sentaban a la mesa con el sombrero puesto, prontas a partir, y abandonaban de continuo la comida, para ir a recoger alguna de las innúmeras cosas que habían olvidado. Mme. Durieux me miraba con tristeza y, de cuando en cuando, me decía : « Usted es el último y el más fiel amigo de la casa. ¿Cuándo volveremos a vernos? » Yo respondía para contener las lágrimas que brotaban de sus ojos: «No tema usted. Dentro de poco tiempo nos reuniremos otra vez para festejar la victoria de Francia y el ascenso de un héroe». La buena señora me preguntaba admirada: «¿Qué héroe?» Y yo le respondía: «¡El oficial Durieux!»

Marguerite, la doméstica, parte también con sus dueños e irá con ellos hasta Limoges, donde viven sus padres. Yo quedaré completamente solo en la pensión. Mme. Durieux ha querido dejarme las llaves del piso.

A última hora se ha producido un grave conflicto familiar. Mme. Durieux lo ha planteado de improviso diciendo : « ¿Dónde está Pomponnette? ¿Qué hacemos con ella? » Las hijas de Mme. Durieux se han quedado atónitas, como juzgando verdaderamente grave la situación de Pomponnette, Pomponnette es una gatita muy linda y esquiva que andaba recorriendo, con paso lento y cauteloso, las habitaciones todas de la pensión. Por las noches duerme en el cuarto de Mlle. Geneviève, dentro de un lecho diminuto y mullido. Nadie se había acordado de ella.

Se han manifestado en seguida opiniones diversas. Mlle. Mireille decía que debían llevar a Pomponnette al asilo o refugio gatuno, establecido en una vieja iglesia de los barrios pobres de París. Pero Mme. Durieux y su hija menor se han escandalizado, y han querido llevarse con ellas a Toulouse y a todo trance, al esquivo animal. Han comenzado por buscar un cesto donde meterle a traición. Y después de atraerse a Pomponnette con suaves murmullos y engañosas promesas, cogiéndola de pronto por el cogote la han echado en la profunda concavidad del cesto, cerrando luego la tapa para que no se escapase.

A cosa de la una y media ha comenzado el desfile hacia la estación. Al cerrar la puerta y al entregarme las llaves del piso, Mme. Durieux y sus hijas se han echado a llorar. Y abrumadas cada una con el peso de cinco o seis paquetes, seguidas de los demás que

llevábamos una carga semejante, esas buenas mujeres han abandonado su vieja pensión, refugio de extranjeros, abrigo de intimidad, tertulia de amigos, hogar siempre abierto y casa universal, digna de figurar eternamente y en primer lugar en los anales no siempre discretos de la hospedería.

Ante la verja de la Estación de Austerlitz, hemos desarrollado entre todos una escena sentimental aparatosa. Mme. Durieux me ha abrazado, besándome innumerables veces. Y siguiendo la noble y vieja tradición de Francia, al tiempo de estrecharnos las manos he debido besar fraternalmente a Mlles. Mireille y Geneviève, por cuyas mejillas no habían cesado de correr las lágrimas después que abandonaron la pensión. Me he despedido luego de Marguerite y de los parientes de Montdidier... Y cuando todos han desaparecido detrás de la verja, yo me he encontrado sin saber qué hacer, presa de una sensación indefinible de soledad suprema, sin un amigo y con más de veinticuatro horas que pasar todavía en París, horas lentas y lánguidas de soledad y hastío.

He vuelto a mi barrio muy despacio, siguiendo la orilla del Sena hasta llegar al pie de los altos y sombreados muros de Notre-Dame. Y después de comprar los periódicos del día, me he encerrado en mi cuarto para leerlos distraídamente, fumando una buena pipa,—la última quizá que fumaré por ahora en Paris,—cargada con mi tabaco inglés cuyo aroma dulzón horrorizaba

a mis buenas amigas de la casa de huéspedes. Así he pasado mi última tarde parisiense, con el alma rendida de *spleen* y de pesadumbre.

El comunicado oficial del día de hoy, habla del rápido avance del ala derecha alemana en tierras de Francia. Se confirman oficialmente las noticias que trajeron los fugitivos de Montdidier. Está entablada una gran batalla en la región de Péronne. Las fuerzas aliadas van cediendo terreno poco a poco. Los alemanes avanzan hacia París. No se da ningún detalle expresivo de la situación. En uno de los periódicos, he leído que la censura obliga a la prensa a guardar la más grande reserva acerca de las operaciones militares.

Al atardecer he salido otra vez a la calle. Reinaba una soledad espantosa. Al llegar al cruce del bulevar Saint-Germain con el de Saint-Michel, ante las ruinas de Cluny, me he encaminado hacia el Luxemburgo. La arteria central del Barrio Latino, llena de restauranes y cervecerías — que los estudiantes frecuentaban en invierno con mayor placer que las clásicas aulas de la Sorbona — está desanimada por completo. Ya sólo quedan en París los que no podrán salir de la ciudad aunque llegaran a sus puertas los alemanes, y aquellos que, como yo, sólo aguardan la hora próxima de marcharse.

De pronto, he visto ante mí dos o tres transeuntes que estaban parados en mitad del bulevar, mirando a lo alto. En seguida han aparecido a mi lado, como avi-

sados por modo misterioso, los dependientes de una peluquería y algunos clientes a medio afeitar, con las toallas anudadas alrededor del cuello. Han resonado algunas voces vivas : « ¡Miradle! ¡Miradle! Es un *Taube*. ¡Por allí, por allí viene! » Yo me he parado también, alzando los ojos.

En el cielo pálido del atardecer aparecía un punto negro que avanzaba rápidamente, agrandándose poco a poco como si se acercara. Era el famoso aeroplano alemán que todas las tardes repite su visita original, lanzando algunas bombas sobre la población. En un instante, el arroyo de la calle antes desierta, se ha llenado de curiosos que salían a contemplar el espectáculo. Los habitantes del barrio han aparecido en las ventanas abiertas. Un rumor vago de voces admiradas se esparcía por el aire sereno. Los escasos vehículos que estaban circulando por el bulevar se han parado también. Y los pasajeros de los tranvías, bajaban a contemplar a sus anchas ese nuevo espectáculo de un enemigo volando por encima de la ciudad.

Ha habido un momento en que el aeroplano alemán ha descendido tan cerca del suelo, que se veía perfectamente al aviador. El aparato tenía la forma esbelta y regular de una paloma. Se oía el ronco zumbido del motor, y a su paso el aeroplano dejaba una estela larga y tenue de humo azulado, que se desvanecía muy pronto en el aire, confundiéndose con el color opalino del cielo.

El enemigo ha pasado por encima del bulevar Saint-Michel, sobre nuestras cabezas. Ninguno de los espectadores ha abandonado su puesto. Algunos pasantes se mofaban del aparato alemán, desafiando al aviador con palabras y gestos. Otros, más taciturnos, se alejaban sin decir palabra, o quejándose de que los aviadores franceses no salieran al encuentro de tan osado visitante. En los jardines del Luxemburgo había algunas mujeres y niños que estaban contemplando también el singular espectáculo. El aviador alemán ha dado algunas vueltas sobre París y luego se ha alejado hacia el Norte, perdiéndose en las sombras del crepúsculo que ya empezaban a invadir la serena superficie del cielo.

A la hora de cenar, en vez de instalarme en la soledad de un restaurán desierto, he aderezado yo mismo, en mi cuarto, una cena frugal. Mi habitación, puesta en lo alto de la casa, estaba sumida en un silencio profundo. Los habitantes del piso inferior, se marcharon de París al comenzar la guerra. Las restantes dependencias del edificio, ocupadas por la pensión Durieux, estaban también deshabitadas. En todo el inmueble no estábamos más que la buena Mme. Philippot, la portera, sumergida en la lobreguez del sótano o piso bajo, y yo, perdido en la altura, solitario como un vigía.

Súbitamente han llamado a mi cuarto. ¿Quién será a estas horas? Al abrir la puerta, se me ha presentado

la figura grave, obscura y venerable de Mgr. Lagrois, el preceptor eclesiástico de Odette Gognéry, que estaba en Lausanne. Nos hemos estrechado la mano con fuerte apretón de amistad. Luego, sentado en mi sillón, junto a la lámpara encendida sobre mi mesa de trabajo, Mgr. Lagrois me ha dicho que acababa de llegar a París, para alistarse como voluntario en la Guardia Nacional.

— Yo no podía permanecer por más tiempo en Lausanne — me ha dicho el viejo preceptor. — Mientras la lucha ha estado limitada en los campos de Bélgica, aun era posible permanecer apartado. ¡Pero desde el momento en que la tierra de Francia se ve invadida y arrasada por la furia teutónica, no puede quedar ni un solo francés sin tomar el fusil para defender la patria!

Mgr. Lagrois hablaba con una entonación soberbia de patriotismo. Sus manos temblaban agitadas por la emoción que dominaba su espíritu. Y todo su cuerpo se erguía con el impulso febril que le brotaba del alma.

No ha querido permanecer largo tiempo conmigo. Me ha dicho que había llegado a París en automóvil y a través de innúmeras peripecias. Al dirigirse a la Plaza Saint-Sulpice, — donde debe reunirse esta noche con otros eclesiásticos, alistados para la defensa nacional, — Mgr. Lagrois ha preguntado, al pasar, a mi portera, si yo estaba todavía en París. Al saber que me hallaba en mi cuarto, ha querido subir a saludarme. Yo le he dicho que mañana partía para Chalon. Al

acompañarle hasta la puerta, monseñor me ha tendido la mano y me ha dicho gravemente, al tiempo de despedirnos:

—¡Yo le juro a usted, amigo mio, que o ya no volveremos a vernos jamás en esta vida, o será para celebrar juntos la victoria de Francia!

Yo he vuelto a quedarme solo en el silencio de mi cuarto, después de esta visita tan rápida e inesperada que me ha dejado la sensación fugaz de las cosas de sueño. He abierto la ventana y he salido a respirar el aire puro y sosegado de la noche. El barrio estaba sumido en tinieblas. Las casas vetustas que rodean la pensión, parecían en la obscuridad informes montones de ruinas.

Entonces he recordado una impresión inefable que conservo de los años de mi niñez. Había en mi casa, cuando yo era muy pequeño, un ejemplar viejísimo y desencuadernado de *Las ruinas de mi convento*, que jamás leí. Pero muchas veces, en horas lentas y tristes de convalecencia, mi madre me lo daba para que distrajera mis ocios contemplando sus láminas. Una de ellas, bellísima e inolvidable, contenía, entonces para mí, el máximum de romanticismo y de melancolía de que era capaz mi pobre alma infantil. Representaba, si mal no recuerdo, las ruinas sombrías y augustas de un templo destruído. El suelo estaba lleno de escombros humeantes, y de la inmensa nave silenciosa del templo sólo quedaba en pie la sutil abertura de

un arco ojival. La noche envolvía con su manto sereno la vasta soledad de las ruinas. Diminutas estrellas palpitaban en el cielo con vivo y cristalino fulgor. Un lucero brillaba blandamente, pálido e inmarcesible, en el hueco del arco que atravesaba el viento. Y una figura monacal, diminuta y perdida entre tanta grandeza, se alzaba en medio de las ruinas, los brazos en alto, extática, orando con el alma henchida de fervor y lirismo. Una leyenda puesta al pie de esta lámina, bastaba para darme la sensación inmensa de todo un poema. Decía así : *Salgo a visitar las ruinas de mi convento, a la luz de las estrellas.*

Esta noche, cuando yo estaba asomado a mi ventana, sobre el barrio en silencio y en medio de París despoblado, desierto, bajo el pálido fulgor de los astros, he recordado aquella lámina sin par, como si la tuviera aún ante mis ojos.

Miércoles, 2 de septiembre.

¿Quién, en la mañana memorable del día de hoy, me hubiera reconocido sin lástima, a mí, docto. graduado en las ilustres Universidades de Madrid y Barcelona, tirando de un mísero carretón por las calles de Paris?

Mi primer pensamiento, al levantarme, ha sido para meditar con tristeza que hoy es el último día que me despierto en esta ahora horrible y antes venturosa paz de mi cuarto tranquilo. Luego,—llevando el pensamiento a otras cosas más prácticas y de más urgencia, — he juzgado oportuno ir en seguida a tomar el billete para Chalon y enterarme de las condiciones en que me seria dado llevar mi equipaje.

En la estación me han despachado el billete en seguida, después de presentar mi pasaporte, y me han indicado que podría llevar facturados hasta 30 kilogramos. Esta es la única ventaja entre tantos inconve-

nientes, de los que partimos por la línea de Lyon. He vuelto a casa y he comenzado a llenar mi baúl. Cuando me ha parecido que el peso se ajustaba poco más o menos a las prescripciones oficiales, he llamado a mi buena portera, Mme. Philippot, y entre los dos hemos bajado el cofre para pesarlo en la báscula de una droguería contigua a la pensión. Mi baúl pesaba 39 kilogramos. He decidido, pues, quitar ropas y libros, hasta que el peso ha oscilado entre los 29 y los 30. Entonces he cerrado el cofre con llave, y he salido a buscar un *fiacre* para conducir mi equipaje a la estación y facturarlo.

Me ha sido imposible encontrar un coche. Ni ofreciendo cantidades absurdas, casi fabulosas, he podido encontrar un simón vacío. En esta tarea casi deprimente, puesto en mitad del bulevar Saint-Germain y haciendo señas inútiles a todos los cocheros, se me han pasado dos horas interminables. Por fin, desesperado de lograr mi propósito, he acudido a Mme. Philippot para pedirle si conocía a algún mozo de cuerda o faquín, que llevara mi equipaje cargado sobre sus espaldas. La portera me ha indicado que un pobre carpintero del barrio poseía un carretón, mediante el cual quizá podría salir del apuro.

Parado a la puerta del mísero establecimiento, he visto, en efecto, una especie de jaula desvencijada y débil, montada sobre dos ruedas en extremo torcidas. He preguntado al dueño si podría cederme su desman-

telado vehículo, para llevar mi cofre. El buen hombre ha comprendido en seguida que yo me hallaba en un apuro grave, y me ha pedido dos francos por prestarme el carro. Yo he visto el cielo abierto y se los he dado al instante. Pero al preguntarle si sería él mismo o algún aprendiz quien se encargaría de llevarme el cofre, el carpintero me ha respondido que su mozo de carro estaba enfermo desde hace una semana y que él no podía, en modo alguno, abandonar su tienda.

Eran las once y media. No podía perder tiempo. Entonces—recordándome de mi buen amigo Trabal y de su heroico empuje al cargarse sus cuatro maletas en la Estación de Austerlitz, —he dicho al carpintero: « Ayúdeme usted a subir el cofre. Yo mismo voy a llevarlo a la estación ». Hemos cargado el baúl y, después de atarlo convenientemente, me he uncido a los brazos del carro. Y, muerto de vergüenza y de dolor, he echado a andar dando tropiezos, arrastrando tras de mí un crujir de maderas tan lamentable que me hacía temer a cada paso el derrumbamiento y dispersión de la máquina entera, dando conmigo y con el cofre sobre el duro suelo.

He ido tirando del carretón por las calles desiertas, sin osar levantar los ojos del pavimento. Mi obsesión era el temor de encontrarme con alguna persona principal y conocida, que me creería caído en la más triste abyección, juzgando por el extraño empleo a que estaba sometido. Con inauditos trasudores y accidentes

continuos, he llegado por fin a la plaza de la estación. Entonces me he dado cuenta de que el mío era un estado sumamente general. Había a la entrada de la plaza un sinnúmero de carros y carretas de mano, tiradas por gente que parecía nueva en el oficio. Señores graves y taciturnos, vestidos de chaqué, y alguno de ellos con sombrero de copa, estaban como yo, uncidos y apesadumbrados, arrastrando tras de sí en mezquinos vehículos de alquiler sus propios equipajes. Pronto se ha establecido entre nosotros una fraternidad natural y simpática; que nada hay como la desgracia común para hermanar entre sí a los hombres.

Al subir la cuesta que conduce desde la plaza de la estación hasta el lugar donde se despachan los equipajes, se han desarrollado escenas cómicas y accidentadas. Sorprendidos por la rápida elevación del terreno, muchos de nosotros no podían seguir adelante a pesar de estar tirando con extraordinarios esfuerzos. Se oían voces apuradas en demanda de auxilio. Producíanse bruscos e inesperados retrocesos, con grave peligro de los que andaban detrás, subiendo la cuesta entre congojas y suspiros. Yo mismo he permanecido atascado durante largo rato, tirando de mi carro como un condenado, sin poder conseguir sacar una de las ruedas de un bache imprevisto. Por fin, después de indecibles angustias, he llegado al término de mi arrastrada odisea; y luego de facturar mi baúl, he

vuelto a casa con la carreta vacía, ligero y satisfecho por haber logrado mi propósito aun a costa de tanta amargura.

A la una y media he terminado la comida en mi cuarto. Y después de arreglar mis provisiones de viaje y el maletín, me he dispuesto a abandonar la pensión. He mirado por última vez, con ternura infinita, mi mesa de trabajo, el cómodo sillón donde tantas horas inolvidables he pasado durante el invierno, y esas paredes familiares y amigas de mi cuarto tranquilo. El péndulo colgado en la pared, seguía marcando el compás inalterable del tiempo. Antes de abandonar el cuarto, lo he montado por última vez. Durante algunas horas se oirá todavía el dulce y monótono tic-tac, resonando en mi aposento vacío. Mañana, cuando yo estaré ya tan lejos de París, se parará súbitamente. Y hasta Dios sabe cuándo reinará en mi habitación un silencio de muerte...

He cerrado la puerta, y, al bajar, he entregado mis llaves y las de la pensión a la buena Mme. Philippot, único y fiel habitante que se queda en la casa. Me he despedido de la anciana portera. Cuando he salido a la calle, antes de doblar la primera esquina, he vuelto los ojos atrás para ver todavía la vieja fachada de la pensión. En lo alto estaba la ventana de mi cuarto, cerrada y obscura. A su lado, sujeta con un clavo en la pared, ondeaba una bandera de Francia que me dió Mlle. Geneviève, cuando en los primeros días de la

guerra todo París apareció engalanado con los estandartes de las naciones aliadas.

El tren debía partir a las seis de la tarde. He llegado a la estación poco antes de las tres. Los vagones viejos, desvencijados, de tercera clase, estaban ya invadidos casi por completo. Después de andar buscando largo rato, he podido hallar sitio en un compartimiento ocupado por un matrimonio viejo, de aspecto burgués, y una caterva de obreros italianos que regresaban a su país. Eran éstos gente robusta y fuerte, con grandes y enmarañados bigotes, hablando rudamente en una jerga piamontesa incomprensible; y estaba con ellos una pobre mujer, — esposa de alguno de los emigrantes, — pálida, demacrada, con los ojos cargados de pesadumbre y en su cuerpo signos inequívocos de una muy próxima maternidad.

He tomado asiento al lado de la vieja señora burguesa, y enfrente de la pobre mujer italiana. A mi derecha mano estaba uno de los obreros fugitivos, hombre bizco y de aspecto feroz, que ha comenzado en seguida a moverse nerviosamente, dándome tremendos codazos y diciendo a uno de sus compañeros: «¡Saca la botella, Jerónimo! ¡Saca la botella!» Esto lo decía en francés, aunque mal pronunciado, y su compañero le respondía mirándole con aire de sorna: «*¡Pas ancora*, Toribio, *pas ancora ;* que el vino es muy fuerte y tu cabeza muy floja!»

Tales demostraciones de los italianos han comenzado por llenarme de inquietud. ¿Qué iba a suceder durante

un tan largo viaje?... Tres horas mortales hemos estado esperando en la estación. Por fin, cerca de las seis y media, se han cerrado las puertas de los coches y el tren ha comenzado a andar muy lentamente.

Al salir de la ciudad, se han levantado de pronto en todos los vagones del tren, grandes y clamorosos gritos. «¡Ya está aquí otra vez! ¡Miradle, miradle!» Los viajeros se han precipitado a sacar la cabeza por las ventanillas. En nuestro compartimiento sólo había dos, abiertas en las puertas laterales, y su estrechez ha producido una confusión tremenda. Yo he estado largo tiempo sin saber lo que ocurría y arrollado por la avalancha que han formado los italianos para apoderarse de las ventanillas. Todo el tren resonaba en un inmenso clamor de admiración. A los lados de la vía férrea se oían fuertes y continuos estampidos de fusilería. Por fin, después de grandes esfuerzos, he logrado a mi vez sacar la cabeza fuera del coche, subiéndome a la banqueta del vagón. Casi he retrocedido de espanto.

Un aeroplano alemán volaba muy bajo, por encima del tren y siguiendo su marcha. A los lados del camino había apostados, de trecho en trecho, soldados de infantería que disparaban sus fusiles al aire, como apuntando al aeroplano. En la interminable hilera de vagones no se veían más que racimos de cabezas, saliendo de las ventanillas. Los viajeros gritaban indignados : «¡Duro ahí! ¡Matadle, matadle!» Pero el

aeroplano se mecía en el aire, a unos trescientos metros del suelo, y nos iba siguiendo a pesar de las continuas descargas, como si llevara el propósito de arrojarse de pronto sobre el tren, raudo y agresivo como un ave de presa.

Entonces se ha producido un momento de terror. El tren ha forzado su marcha hasta llegar a guarecerse, como un reptil perseguido, bajo el cobertizo de una estación cercana. Algunos viajeros se han arrojado fuera de los coches para ir a esconderse en el interior del edificio. Las descargas de fusilería eran cada vez más nutridas y rápidas. Pasados algunos minutos, juzgando sin duda peligroso su secreto intento, el aeroplano enemigo ha comenzado a alejarse levantándose en un impulso rápido, trazando una amplia y dilatada espiral como el vuelo solemne y espacioso de los gavilanes.

Cuando el tren ha reanudado su marcha, anochecía. En Melun, donde hemos llegado cerca de las ocho, había fuertes contingentes de tropas inglesas y se divisaban en la obscuridad numerosas piezas de artillería, puestas en mitad de la plaza que está contigua a la estación. Pasado Montereau, los que íbamos en el departamento hemos sacado, con un movimiento unánime, nuestras provisiones para cenar. Ha comenzado para mí un tormento indecible. Los obreros italianos han puesto en mitad del vagón y descansando en el suelo, una enorme redoma llena de vino espeso y

violáceo, capaz para dar de beber a toda una tribu numerosa y sedienta. Un solo vaso colosal servía para todo el concurso. Empezando por la mujer, que se tragaba el vino como si fuera ambrosía, los italianos iban bebiendo inagotablemente, y el que estaba a mi lado rugía sin parar, con una ansia insaciable : « ¡Dame vino, Jerónimo, dame vino! » ¡Santo Dios! ¡Y Jerónimo se lo daba!

En Sens, en Laroche, en Saint-Florentin, el tren se paraba para recoger más viajeros, que se apiñaban en los vagones rebosantes. Estando completo nuestro compartimiento con sus diez pasajeros, la primera vez que ha intentado subir un intruso, hemos protestado con grandes y enojosas voces. Pero ha aparecido en la puerta entreabierta la figura de un soldado, gritando : « ¿Qué pasa ahí? ¿Quiénes son los que protestan? » Ninguno de nosotros se ha atrevido a hablar. « Si hay alguno que no esté conforme, — ha proseguido el soldado, — le haremos bajar para que aguarde otro tren donde vaya más cómodo. » Y usando de sus omnímodas y rudas facultades, el soldado nos ha obligado a acoger sin chistar a dos nuevos viajeros. En Nuits-sous-Ravières, a las tres de la madrugada, han subido los últimos. En nuestro compartimiento capaz para diez pasajeros, íbamos diez y nueve, amontonados, prensados, martirizados, sin poder respirar, unos encogidos en los asientos, otros de pie y otros tendidos por el suelo. La pobre mujer italiana, — cuyo estado

requería espacio y sosiego, — iba derengada y medio muerta, dando suspiros tan hondos y fuertes que más de una vez creí llegada la hora de ver aumentarse hasta veinte el número visible de los que íbamos enjaulados en aquel inolvidable vagón. Y a todo esto, el bizco feroz se me iba echando encima, derrumbando por el peso creciente de su borrachera y rugiendo de continuo con voz opaca y pestilente : « ¡Dame vino, Jerónimo, dame vino! »

Toda la noche la he pasado sin pegar los ojos. Mientras tanto, por la ventana abierta entraba un aire finísimo que dilataba el alma. Y sobre el cielo terso y cristalino del amanecer, brillaba el plenilunio soberanamente claro y refulgente, inundando de luz los tranquilos viñedos de una tierra nobilísima y bella entre todas las tierras de Francia : mi amada Borgoña.

Jueves, 3 de septiembre.

A las 9'48 de la mañana, con media hora de retraso, he llegado a Chalon-sur-Saône. Al saltar fuera de la incómoda jaula en la que he permanecido encerrado, entre horribles torturas, más de quince horas, me ha parecido renacer a la vida después de haber estado en grave peligro de perderla de un modo obscuro y miserable. Yo he sido el único viajero que ha bajado en Chalon. En el andén, por el contrario, había una gran muchedumbre que esperaba impaciente para asaltar los ya repletos y atestados vagones. Esto me ha producido un efecto inesperado, algo alarmante. ¿Por qué se marchaba tanta gente de Chalon?

Entre la multitud agolpada en el andén, he visto en seguida desde lejos la cabecita infantil de Mlle. Louise, que me hacía señas para orientarme. A su lado aparecía la figura dulce y venerable de su viejo padre, M. Récondy. He llegado hasta ellos, abriéndome paso

entre la muchedumbre, y en seguida de habernos saludado como buenos y cordiales amigos, M. Récondy me ha dicho con su voz suave y sonora, en la que había un dejo de profunda amargura :

— ¡Pobre amigo mío! No he contestado a su telegrama anunciándome su llegada, porque era ya demasiado tarde. Pero es el caso que nosotros también nos vamos de Chalon. Las noticias de estos últimos días son muy pesimistas. Yo no temo nada, pero Amelia se ha empeñado en que nos vayamos a Aurillac, en Auvernia, a casa de unos amigos que nos han invitado.

Mlle. Louise ha interrumpido vivamente, con su desenfado infantil :

— Mamá es muy temerosa. Ya la conoce usted. Ha sido imposible convencerla de que permanezcamos en Chalon. Pero al recibir su telegrama, mamá ha dicho que usted vendría con nosotros a Aurillac. ¿Verdad que sí?...

Se ha levantado en la estación un clamor súbito y quejumbroso. Llegaba un tren cargado de heridos. Era una hilera interminable de vagones para mercancías, cubiertos de inscripciones pintadas con yeso, que decían : « ¡A Berlín! », « ¡Viva Francia! », « ¡Mueran los prusianos! », « ¡Abajo Guillermo! » Y una, con letras más grandes y fuertes, proclamaba : « ¡Viva Joffre! »

Los heridos iban estirados en el fondo de los coches, sobre una débil cobertura de paja. Los había que se

lamentaban, enardecidos por la fiebre, y sus voces llenaban de espanto y conmiseración. Otros, los heridos más leves, aparecían de pie o sentados al borde de la puerta del vagón, con las piernas colgando fuera, en mangas de camisa, sucios, sin afeitar, con un brazo o una pierna vendados en la que aparecían manchas cárdenas de sangre empapada.

Al parar el convoy, algunos de los soldados han descendido para pasear por los vastos andenes. Los había que andaban cojeando, apoyados en un palo tosco, arrancado quizá de un árbol durante el camino. Muchos reían y bromeaban, saludando a los que les mirábamos con aire atónito y lastimero. Una sección de la Cruz Roja ha acudido a prestar sus servicios. Muchachas jóvenes, vestidas de blanco, limpísimas y delicadamente cubiertas con una toca que flotaba al aire, repartía tabaco, agua azucarada, bombones y vino entre los heridos. Ellos las miraban silenciosos y ávidos. Era como si se maravillaran, después de asistir a la rabiosa confusión de los combates, de encontrar todavía en el mundo seres delicados y apacibles, tan bellos y suaves que parecían encerrar en sus cuerpos esbeltos todas las dichas íntimas de la paz. Y era un espectáculo único el de esas muchachas vestidas de blanco, circulando ligeras y solícitas en medio de los soldados sucios, rotos, pálidos y demacrados, — cubiertos de polvo, de sudor y de sangre, — que las miraban sin pestañear, con ojos dilatados y feroces...

Pero, ¿qué iba a hacer yo en Chalon, si se marchaban mis buenos amigos? Por de pronto, nos hemos dirigido a la casa de M. Récondy. Mme. Amélie, su esposa, me ha recibido con un torrente de palabras, amable y autoritario a la vez :

— Ya le habrán dicho a usted que nos marchamos esta misma tarde a Aurillac. Usted se viene con nosotros. ¡No hay más ; no diga usted nada! Esto es cosa resuelta. Vaya usted a lavarse, tome usted un baño si le apetece, sosiéguese, y luego, mientras almuerza usted, nos contará sus peripecias de estos últimos días, que no deben ser pocas.

En la soledad del cuarto que me habían preparado mis amigos, abierto sobre la mansa y lustrosa corriente del canal del Saône, he reflexionado acerca de mi situación. Al presentarme en el comedor, ya repuesto y tranquilo, he dicho a mis amigos que quería marcharme a España cuanto antes. Se ha levantado a mi alrededor un movimiento de protesta.

— ¡Eso es imposible! ¡No le dejaremos marchar a usted! — decía M. Récondy.

Mlle. Louise, asustada e indignada, repetía con su padre :

— ¡De ningún modo! Usted se viene con nosotros. Aurillac es un lugar delicioso. ¿Qué dirían los padres de usted si supieran que le hemos dejado partir, después de haber pasado en Paris tan malos ratos?

Mme. Amélie clamaba con energía :

— Usted ha venido para quedarse en Chalon. Chalon, para usted, somos nosotros. Nosotros nos vamos a Aurillac. Luego usted se queda en Chalon, aunque se marche a Aurillac o al fin del mundo, con nosotros... Pero, ¿es que no sabe usted nada? ¿No sabe usted que el Gobierno salió ayer de París al mismo tiempo que usted? ¿Ignora usted acaso que estamos aquí muy cerca de la frontera del Este? ¿No ha oído usted hablar de que el general Percin ha sido fusilado por traidor a Francia, en Lille, delante de las tropas? ¿Y qué me dice usted de lo que cuentan como sucedido entre nuestro gran Joffre y el general Sarraut? ¿No sabe usted que Sarraut quería pegarse un tiro, cuando llegó Joffre y, tomándole el revólver de la mano, le dijo: « ¡Alto ahí, amigo! ¡Esta no es hora de hacer justicia todavía! ¡Ya arreglaremos cuentas más tarde! », y lo mandó encerrar en una fortaleza? Pues qué, ¿ignora usted que cuando salió ayer tarde de París, los alemanes iban llegando a sus puertas y que a estas horas estarán ya batiéndose en Vincennes? El triunfo de Francia es indiscutible. Ganaremos la guerra y defenderemos nuestra patria, cueste lo que cueste, aunque al fin tengamos que tomar las armas las mujeres. Mas por el momento hay que esperar graves sucesos, hasta el día próximo en que Joffre haya logrado rodearse de nuestros grandes generales y expurgar el ejército de partes corrompidas. Mientras tanto, no creo yo que sea ninguna cobardía que mi marido (que ya ha pa-

sado la edad de servir a su patria) y mi hija y yo (que lo mismo podemos hacer por la guerra en Chalon como en Constantinopla), nos vayamos a Aurillac a esperar con el alma anhelante el triunfo de Francia. En Chalon hay ya mucha gente principal que ha abandonado la ciudad. Nosotros no seremos los últimos en salir, pero tampoco los primeros.

Todo lo que iba diciendo Mme. Récondy me parecía extraordinario. Por fin, he comprendido que en las pequeñas ciudades provincianas, el espíritu público estaba mucho más excitado por los rumores anónimos, que en el mismo París. Mi buena amiga ha seguido hablando de cosas raras o estupendas, de la pólvora de Turpin que va a asfixiar a todos los alemanes; del número incalculable de espías escondidos en Francia; de los letreros o anuncios de chocolates, licores y específicos, puestos a la entrada de los pueblos franceses como signos convencionales para guiar la invasión alemana; de misteriosas traiciones, y de un sin fin de otras muchas novedades que la buena señora tenía por artículos de fe, hasta el punto que le impedían la clara comprensión de los acontecimientos.

Terminado el almuerzo, yo he vuelto a manifestar el propósito de proseguir mi viaje hasta España. Al ver que esta decisión era inquebrantable, con mucho pesar suyo mis buenos amigos no han insistido más para que me fuera con ellos hasta Aurillac, — donde muy pronto van a gozar de una temperatura glacial

Sin pérdida de tiempo, he salido acompañado de Mlle. Louise a preguntar a qué hora pasaría algún tren en dirección hacia el Sur de Francia. Chalon es una pequeña ciudad de unos 30,000 habitantes, muy limpia y sosegada. Había en todas las calles que hemos atravesado, una paz provincial. Mlle. Louise iba diciéndome que se aburría espantosamente en Chalon después de haberse acostumbrado a la vida agitada y múltiple de París. Y me pedía continuos detalles sobre nuestros amigos de la pensión Durieux, donde ella había pasado los días más felices y gratos de su vida.

Al llegar a la estación, he experimentado una viva contrariedad. En virtud del paso continuo de convoyes de heridos, los trenes de viajeros sufrirían un retraso indefinido. Quizá no saldría ninguno más hasta el día siguiente. Mis amigos debían partir dentro de unas horas a Aurillac. Todo estaba ya dispuesto para la marcha, y en su casa los muebles estaban enfundados y los equipajes prontos para el viaje. ¿Qué hacer?

Ante la posibilidad de tener que quedarme en Chalon, he preguntado si había algún automóvil o diligencia que me llevara por carretera hasta Lyon. Entonces Mlle. Louise me ha dicho que podía hacer el viaje por el río Saône, en un vaporcito que sale de Chalon algunas veces por semana.

Hemos ido hasta el embarcadero. El vaporcito estaba anclado en el río y, afortunadamente, a punto de partir. Casi corriendo hemos vuelto a casa de M. Ré-

condy. Su esposa ha redoblado sus amables ofertas para que me quedara. Por fin, después de despedirme de ella y acompañado de M. Récondy, de Mlle. Louise y de un criado, he ido a recoger mi baúl a la estación del ferrocarril, y a duras penas he llegado a tiempo de poder embarcarme en el *Bateau Parisien.* Mientras el vaporcito se alejaba siguiendo la suave corriente del río, M. Récondy me saludaba con el sombrero en la mano, y Mlle. Louise, alta y esbelta, agitaba su pañuelo blanco desde la orilla, y me gritaba con su voz clara y aniñada que se esparcía en el viento con melancolía : *¡Au revoir! ¡Au revoir! ¡A bientôt!*

Al perder de vista a mis amigos — en un recodo donde el río se para, formando un tranquilo remanso — me parecía que estaba soñando. Después de una noche de insomnio, encerrado en un vagón más negro e incómodo que una cárcel, cuando creía que iba a quedarme en Chalon esperando el ansiado término de la guerra y en compañía de amigos solícitos, me encontraba, de pronto, sobre la cubierta de un pequeño vapor, entre las aguas lentas y anchurosas de un río, atravesando la Borgoña, solo aturdido y con rumbo hacia España. Me he dejado caer sobre un banco, muerto de fatiga, anonadado, meditando la extraña e incomprensible mutación de los sucesos humanos. Y poco a poco, mecido por el tenue oscilar de la nave, refrescado por la brisa que flotaba sobre la superficie de las aguas, y puestos los ojos en la vasta región de viñedos

que, a cada lado, hasta el lejano horizonte se extendían, me he rendido a un sueño profundo y venturoso que me bañaba el alma...

He despertado al atardecer, cerca de la confluencia del Ródano y el Saône. A lo lejos brillaban luces pálidas y fosforescentes anunciando las cercanías de Lyon. Hemos desembarcado en la ciudad cuando daban las ocho. He tomado un *fiacre* y me he dirigido en seguida a la estación del ferrocarril. A las ocho y media salía un tren para Marsella, en el cual podía yo proseguir viajando hasta Tarascón. He facturado por tercera vez mi equipaje y, después de comprar provisiones para cenar durante el camino, he estado esperando en el andén más de media hora.

Al formarse el tren, he procurado encontrar un departamento donde pudiera pasar la noche sin las apreturas y los sinsabores de ayer. Después de andar buscando largo rato, he podido dar con un coche en el cual sólo viajaban tres jóvenes parisienses que se dirigían a Argelia, llamados con urgencia para recibir la instrucción militar. Hemos cerrado puertas y ventanas, para impedir que alguien viniera a estorbar nuestro común propósito de dormir durante buena parte de la noche, tumbados sobre los bancos del vagón.

Nuestro plan se desarrollaba felizmente. El tren iba llenándose de viajeros, y nosotros permanecíamos solos, asombrados de nuestra propia fortuna. Pero ¡oh dolor y rigurosa venganza del hado! A punto de

partir el tren, cuando ya nos creíamos dueños absolutos del compartimiento, se han abierto de pronto las dos puertas laterales con un estrépito formidable. Y entre voces y aullidos como de toda una legión de diablos, han invadido el coche hasta diez y seis gitanos entre grandes y pequeños, todos sucios, andrajosos, cargados con líos de ropas viejas y nada limpias, que despedían un olor acre, insoportable. Era una caterva infernal y espiritada, las mujeres como brujas, los hombres como facinerosos, los chiquillos secos, morenos y desnudos, arrastrándose como lombrices por el suelo, arañándose y gritando sin perder resuello. Y todos entrando a empellones y cachetes, con un tumulto arrollador, mientras el tren marchaba ya, e iba saliéndose a toda prisa de entre los altos y ahumados muros de la estación.

Mis compañeros han comenzado a regocijarse, porque aquella gente ruin y enfurecida hablaba un castellano que les movía a risa. Hemos quedado sepultados todos entre la ropa sucia y los gitanos. Los zíngaros se repartían sin cesar manotazos y golpes (que ésta debe ser una manera de jugar muy propia de ellos), y blasfemaban de continuo o decían obscenidades ingentes, mezclando la lengua castellana con otra para mí desconocida, gritando y aullando maldiciones fantásticas.

Los tres franceses, — que sabían que yo soy español, — me preguntaban de vez en cuando, como maravillados.

— ¿Pero usted les entiende?

Yo respondía con tristeza :

— ¡A ratos!

Y me quedaba mustio y decaído pensando que hasta las seis de la mañana en que llegaríamos a Tarascón, no me sería dado salir de aquel horrible infierno.

Al llegar la madrugada, han ido cesando la furia y el estruendo. Todos se han esparcido por el suelo, roncando con un sordo fragor. A la lívida luz del amanecer parecía como si hubiera, en el coche, un montón de cadáveres. Los cristales de las ventanas se empañaban de vapor opaco, que perleaba con gotas puras y cristalinas.

Yo he sido el único que ha quedado velando en el compartimiento...

Viernes, 4 de septiembre.

He perdido por completo la noción regular y tradicional del tiempo. Hace dos días que ando por el mundo como por milagro, en continuo movimiento, comiendo mal, durmiendo peor, acompañado de mi equipaje que me va siguiendo como una sombra importuna, a traves de mil lances extraordinarios.

Al llegar a Tarascón, cerca de las seis de la mañana, me he arrojado fuera del tren, huyendo de la caterva gitanil y endiablada que ayer noche asaltó el compartimiento. En seguida me he dado cuenta de que mis penas no habían llegado todavía a su término. Se oía un clamor de voces indignadas en el andén. La mayoría de los que, como yo llegaban de Lyon, había perdido su equipaje durante el camino. La aglomeración de viajeros es tal y el servicio de trenes tan escaso y deficiente, que es muy difícil, casi imposible, mandar los equipajes facturados en el mismo tren en que viajan

sus dueños. Yo he corrido a ver si mi baúl habia tenido la rara fortuna de llegar conmigo a Tarascón. Habia amontonados bajo un cobertizo del andén, tres o cuatrocientos cofres y grandes maletas, que habían sido facturados en el Norte de Francia con destino a las regiones del Sur, e iban llegando a Tarascón cuando sus dueños debían estar ya quién sabe donde. Entre ellos me ha sido imposible encontrar el mío.

Entonces he cogido del brazo a un empleado, y dándole una buena propina, hemos ido los dos a escudriñar en el furgón del tren en que yo había llegado. Allí estaba, escondido y olvidado, mi pobre baúl. Apenas el empleado acababa de rescatarlo sin pedir permiso a nadie, cuando el tren ha partido; de suerte que, si llego a descuidarme como los demás que vinieron en el mismo convoy, mi cofre habría salido escapado sin parar hasta Marsella. He asistido yo mismo, como a una ceremonia capital, al acto de facturarlo para Cette. Y luego he acompañado al mozo que lo llevaba a cuestas, hasta el momento de depositar mi baúl en el furgón del nuevo tren que debia tomar.

Próximamente a las siete hemos salido para Cette. En el tren no íbamos ya más que los que podíamos permanecer sentados. Había en el vagón un sosegado ambiente de bienestar apacible, que me reconfortaba en lo más profundo del espíritu... Esas gentes del Mediodía de Francia, gesticuladoras e impulsivas, consideran la guerra de muy distinto modo que los finos

y sutiles habitantes del Norte. En el vagón, todos los circunstantes iban leyendo los periódicos regionales. Se hablaba, naturalmente, de la guerra; pero sin acritud, más bien con melancolía y pesadumbre. La preocupación única de París y del Norte, es la victoria; el anhelo del Mediodía es, tan sólo la paz. ¿A qué matarse de una manera tan encarnizada? ¿Qué motivos hay para que los hombres se odien y destruyan entre sí? ¿Hay nada tan apacible y sereno en el mundo como los trabajos liberales de la paz?

Mientras mis compañeros de viaje se extendían en estas o parecidas consideraciones, yo miraba hacia la vega extendida a los lados del tren bajo la luz áurea y sofocante que envolvía la tierra. Los campos estaban llenos de vides ubérrimas, calentadas por el sol, retorcidas con un gesto de pereza insaciable, cubiertas bajo la pompa verde y anchurosa de su follaje obscuro. Y una brisa llegaba misteriosamente del mar invisible, flotaba sobre las cumbres suaves y rojas de los oteros.

De trecho en trecho, algunos guardias rurales vigilaban con indolencia la vía férrea. Vestían como los campesinos, blusa, pantalón de pana y alpargatas, y llevaban como signo de su autoridad una gorra mugrienta de soldado y un largo fusil, que en sus manos parecía inútil o innecesario. Muchos estaban tendidos bajo la sombra densa de una higuera, con un cántaro de agua puesto a su lado y un perrito escuálido que se levantaba para ladrar al paso del tren.

Las estaciones del tránsito tenían nombres familiares y para mí conocidos — Aigues-Vives, Aimargues, — que recordaban el origen catalán de aquellas pardas y perezosas aldeas. Al llegar a Montpellier, he visto en la estación una gran muchedumbre que aguardaba la llegada del tren. Se oían voces admiradas y alegres : « ¡Son prisioneros alemanes! ¡Miradles! » Y luego, al darse cuenta de que nuestro tren era de viajeros, se producía entre la multitud un gesto de desencanto.

Al llegar a Cette, he encontrado en la contemplación anhelada del mar una suerte de consuelo maravilloso y profundo. La inmensidad de las aguas en calma, me ha devuelto a la paz de mí mismo. Y ante la divina indiferencia del mundo, las tribulaciones humanas me han parecido insignificantes y breves, como vanos tumultos levantados en el seno imperturbable de la eternidad.

A las tres de la tarde he salido para Narbona, instalado en un coche de segunda clase, porque en el Sur de Francia la guerra no ha llegado todavía a destruir las categorías tradicionales. Es casi inútil decir que en Cette he debido facturar mi baúl por quinta vez. A las seis de la tarde llegaba a Narbona. Cambio de tren y sexto acompañamiento de mi cofre hasta dejarlo en el correspondiente furgón. Estaba rendido, abrumado. Al subir al coche que debía llevarme ya directamente hasta la frontera, me he dejado caer sobre el asiento con una satisfacción inmensa.

Al anochecer el tren se ha parado en una pequeña estación del tránsito. A través de la ventanilla abierta, he oído que, en el andén, la gente del pueblo que estaba esperando hablaba en catalán. Me he levantado para mirar el nombre de la estación. Era Rivesaltes. He sentido una honda emoción de sorpresa. Yo había pasado innumerables veces por este lugar, sin dirigirle una sola mirada. Pero hoy tiene para mí un encanto singular y profundo. Aquí, en este pueblo tan pequeño y obscuro, nació Joffre, el admirable caudillo de cuyas manos pende la salvación de Francia. La vieja torre de la iglesia se elevaba por encima de los bajos tejados, en la paz cordial y serena del atardecer. Las casas eran pobres, apiñadas, decrépitas. ¿En cuál de ellas nació el gran caudillo? Quizá mañana habrá en su fachada rugosa una lápida nueva, de mármol o bronce, indicando a los pasantes que allí nació el hombre fuerte y sencillo que salvó la tierra incomparable de Francia. Y esos campesinos que están aguardando en el andén, se sentirán orgullosos de haber nacido en este pequeño y olvidado lugar, resplandeciente y ennoblecido por la gloria del héroe.

En el silencio y obscuridad del crepúsculo, el tren ha atravesado Perpignan y Elna. Luego, bajo un cielo estrellado, abierto sobre el mar inmenso y adormecido en un vasto rumor, la deliciosa soledad de Port-Vendres, fragante de la paz de la noche.

Y, por fin, después de dos días de peregrinar sin

descanso, entre aventuras continuas y ansias inagotables, he llegado, a media noche, a la frontera de España. Al entrar en Port-Bou, me parecía estar despertando de un sueño largo y penoso. Al poner mis plantas sobre el suelo de mi patria, se me ha figurado que se alzaba a mis espaldas una muralla ingente, detrás de la cual quedaban tantos y tan inolvidables amigos míos, luchando por su libertad. ¡Y he pedido a Dios, desde el fondo de mi alma, que los tenga bajo su infinita misericordia, para que un día podamos festejar todos juntos, en París y en esa pensión inolvidable, el retorno solemne de los días de paz!

ADVERTENCIA

Como indica don Miguel S. Oliver en el prólogo, el Diario de un estudiante en Paris *se publicó primeramente en* La Vanguardia, *de Barcelona.*

La Casa Editorial ESTVDIO, *al hacerlo constar así, se complace en expresar su gratitud a la dirección y a la empresa del citado periódico por las facilidades que han dado para la publicación del presente volumen.*

ÍNDICE

ESTVDIO

REVISTA MENSUAL
DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

Redacción y Administración : Escorial, 156, Barcelona


TIPOGRAFÍA
LA·ACADÉMICA

PRECIO: 3 PESETAS